VICTORIA HOLLIS



SERIE ROCKSTARS, LIBRO 4

Libre

Serie Rockstars, libro 4

Victoria Hollis

Capítulo 1

Era una fría y luminosa mañana de mediados de marzo del año 1989. William estaba en su habitación, ordenando ropa. Quería hacer sitio para comprar más, cosa que le encantaba. Con la próxima llegada de la primavera, tenía la excusa perfecta para ir de tiendas y buscar prendas para la nueva temporada.

Troy no estaba. Había ido al estudio de grabación, a revisar el último vídeo musical que estuvieron rodando la semana pasada. El director le había avisado de que ya tenían listo el primer montaje, y Troy había salido disparado a verlo. Parecía ávido por irse a charlar con él y con el resto del equipo. William ofreció acompañarle, pero Troy insistió en que podía ir solo, así que... Bueno, William se había quedado en casa haciendo esto otro, que era más entretenido.

De todas formas, si le pedían su opinión, él prefería grabar el vídeo, actuar, posar, cambiarse de ropa mil veces y ser peinado y maquillado, antes que encerrarse en un estudio a ver la misma grabación una y otra vez. William era un hombre de acción. Suerte que tenían a Troy para hacerse cargo de esas labores aburridas. William no podía imaginar dónde le veía su novio el atractivo a eso de revisar filtros, cambios de plano y de cámaras y cosas así.

Por su parte, Austin y Seth también habían salido. Habían ido los dos a la discográfica. Su segundo disco había salido a la venta hacía un par de semanas, y les habían llamado para concretar con el grupo cuestiones de agenda. William suponía que debía tratarse

de entrevistas, actuaciones, y firmas de discos.

A decir verdad, a él también le traían un poco sin cuidado ese tipo de cosas. A ver, si había que ir, se iba. Pero no le quitaba el sueño el tema de programar una agenda. Se limitaba a hacer su parte, y dejaba esos detalles a Max, a Seth y a los chicos encargados del marketing de la discográfica.

De modo que allí estaba William en aquella mañana de viernes, arremangado y metido en faena hasta los ojos. Había sacado el contenido del armario, o más bien su parte de él, y lo había desperdigado por la cama y varias sillas, mientras decidía qué prendas devolver al lugar de donde habían salido, y cuáles llevarse al armario de la habitación pequeña, la que en un principio fue de Troy y que ahora llamaban "la habitación de música".

Aquel otro armario era más pequeño, de solo dos puertas, y ya estaba bastante lleno con cosas que él mismo había ido llevando a lo largo de los meses. William era un apasionado de la ropa y las joyas, qué se le iba a hacer...

Se detuvo un momento en su tarea para apartarse el pelo de la cara con ambas manos. Se preguntó si el armario pequeño podría contener las prendas que tenía sobre la cama, en varios pequeños montones. ¿Tal vez debería pedir a sus compañeros que compraran uno nuevo? ¿Y dónde lo pondrían? ¿Cabría también en la habitación de música, junto al otro?

Estaba en este punto de sus pensamientos, cuando escuchó abrirse la puerta de la calle, a la vez que Troy llamaba desde el recibidor:

–¿Will? ¡Ya estoy de vuelta!

William se sobresaltó y soltó una exclamación.

–¡Ah! ¡Por fin!

Y salió corriendo a buscarlo mientras parloteaba:

–¡Has tardado una eternidad! ¿Te parece bonito dejarme solo toda la mañana? ¿Tanto se puede tardar en ver un simple vídeo? ¡Pero si no duran más de cinco minutos!

Se reunió con Troy en el recibidor. Su chico estaba soltando las llaves sobre la mesita y quitándose la bufanda mientras decía:

–El vídeo es corto, pero he tenido que ir y volver, y hablar con el equipo, y...

–¿Y eso te ha ocupado toda la mañana?

–¡Pero si solo he estado fuera dos horas!

–¿En serio? Yo estoy seguro de que ha sido bastante más.

Troy hizo una mueca, llevándose las manos al cierre de la cazadora para abrirlo, y luego al cuello de la camisa para hacer lo propio.

–Está bien –repuso–. Me he tomado un refresco en el estudio y un cigarro ahí abajo, en la esquina.

–Y también habrás venido por el camino largo, para presumir de coche, ¿no, bandido? –dijo William, poniéndose en jarras.

Troy esbozó una sonrisita torcida.

–Es posible –contestó–. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Todavía no me he hecho a la idea de que esa maravilla es mía.

William le miró de través. Su frustración inicial se iba tornando poco a poco en unas increíbles ganas de flirteo. Troy estaba buenísimo, con esa barbita de dos días, chaqueta de cuero y porte de chico malo. ¿Y no era adorable y predecible con lo del coche?

–Cualquiera que te oiga, se cree que estás hablando de una chica –comentó, medio en broma, observándole desde debajo de los rizos–. ¿Debo empezar a sentirme celoso de un vulgar coche?

Troy resopló, como ofendido por el comentario, y dijo:

–Ese coche no tiene nada de vulgar, créeme.

William se acercó más, preguntando en tono meloso:

–¿Y tu novio? Tampoco es vulgar, supongo...

Ahora Troy soltó una risita, mirando al techo, al suelo y a todas partes menos a William. Este sintió que se derretía. ¿Todavía tenía este efecto sobre Troy? ¿Todavía le ponía nervioso si le miraba de este modo y le hablaba con esta voz? ¿Después de tantos meses?

–Vulgar no eres, eso desde luego. –Fue la respuesta de su dragoncito rubio.

William iba a contestar algo inteligente, solo por alargar el instante de coqueteo un poco más. Pero de pronto se vio distraído en contra de su voluntad por algo que tenía ante sus ojos. O mejor dicho, por dos cosas.

La primera fue la boca de Troy. Era blanda y jugosa, con el labio superior algo más carnoso que el inferior. Venía sonrosada por el frío, y brillaba un poquito, húmeda de saliva. La necesidad de morder esos labios y de lamerlos suavecito y a conciencia surgió de modo inesperado y feroz de la entrepierna de William y se fue a su cerebro de arriba, a hacerle tormento, apremiándole para que se acercara más.

Lo segundo fue el cuello delgado de Troy, o más bien, el lugar en que se unía a sus clavículas, y la zona de piel de su escote que quedaba expuesta por en medio de la “V” que formaba su camisa oscura, un poco abierta. Este bomboncito tenía las

clavículas marcadas, y el pelo del pecho empezaba justo bajo ellas, liso y suave.

William podría dedicarse a morder ese delicioso escote y no hacer nada más hasta gastarlo. Pero eso le creaba un dilema, porque también quería morder ese precioso labio superior, que ahora descansaba un poquito sobre el inferior. Y él solo tenía una boca, demonios. ¿Por dónde podría empezar?

Mientras se decidía, mordiéndose sus propios labios sin darse cuenta, Troy clavó sus ojos grises en los suyos, entre tímido e inseguro, y preguntó:

–¿Por qué me miras así?

Eso fue la perdición de William. Su cerebro entró en cortocircuito, dejó de funcionar, y le cedió el testigo al instinto. Con un leve gruñido de impaciencia, se echó sobre Troy, lo empujó contra la pared, y agarró su cara con las dos manos.

–¡Qué bueno estás, cabrón! –susurró entre dientes, con la voz grave y oscura, cortesía de sus partes nobles.

Y sin esperar más, procedió a morderle la boca.

Su primera idea, la de besarle y lamerle suavecito, se fue por la ventana en cuanto sintió sus labios en los suyos. Eran efectivamente blandos, y sabían un poco a tabaco. Cuando su lengua se enredó con la suya, William pudo sentir el eco de algo fresco y dulce. Su lengua estaba caliente, sus labios fríos, su pelo olía a calle y a viento, a humo de coches y humo de tabaco, mezclado con un leve atisbo de la colonia de Troy.

El cuerpo de William actuó por sí mismo, pegándose al de su novio todo lo que pudo. La hebilla de su cinturón se le clavó en el ombligo, por encima de la fina tela de su jersey, pero a él no le importó. Sus manos ya estaban en movimiento, metiéndose bajo la cazadora y cubriendo los costados de su chico de caricias, ávidas y

apasionadas.

Le pareció sentir que Troy intentaba protestar, o cuando menos, decir algo, pero no consiguió mucho. Cuando Troy le encendía de esta manera, William era imparable, los dos lo sabían. Este hombre tendría que hacer un intento mucho más decidido, si de veras quería interrumpirle.

Y por lo visto, sí, esa parecía ser su intención. Sus manos se colocaron sobre los hombros de William, y lo empujó suavemente hacia atrás para apartarlo.

–Pero, ¿qué te pasa últimamente, que me asaltas a todas horas? –dijo, en cuanto pudo hablar.

William sonrió, mirándole provocador desde debajo de los rizos.

–¿Qué me pasa? –ronroneó–. ¿Y tienes que preguntarlo?

Ay, Troy estaba riquísimo. El beso le había puesto los labios hinchados y aún más enrojecidos y brillantes. Sus ojos grises echaban rayos, mezcla de frustración y de excitación. A William le ponía un montón verlo así.

–Hombre, ¿tú qué crees? –protestó Troy–. Llevas unas semanas que cada vez que me pillas a solas, me haces lo mismo.

–M-m. –William desvió su atención hacia aquel escote tan masculino. Le llamaba de modo irresistible–. ¿Te parece mal que te quiera?

–Chico, una cosa es quererme y otra esto.

William decidió que esta discusión sin sentido no era más que uno de los intentos de su novio por hacerse el interesante y ponérselo un poquito difícil. Troy lo hacía a menudo. Pero a él no le engañaba. Aunque pareciera molesto por fuera, seguro que la

bomba sexual que tenía delante ya debía tener la mecha prendida.

Solo para confirmar, William dejó que una de sus manos navegara hacia abajo. Sus dedos tropezaron con el cinturón, palparon los tejanos negros de su chico, hormiguearon hacia el centro...

–¡Cht! –exclamó Troy, con un pequeño sobresalto. Le apartó la mano con un gesto, añadiendo–: ¡Quita! ¡No tengo ganas!

–¿No? –dijo William, sonriéndole de modo perverso.

De nuevo, a él no podía engañarle. Sus dedos habían tenido el tiempo justo de rozar lo importante por encima de la fría tela del pantalón, y podría jurar que lo que había dentro estaba bastante caliente y bastante duro. No podía saber exactamente cuánto, pero desde luego era más de lo que su novio intentaba aparentar.

–A mí me parece que sí, cariño –concluyó, meloso.

Apoyó ambas manos en la pared, a los lados de su cabeza, y empezó a cubrirle la mandíbula de besitos cortos y sensuales. Adoraba sentir aquellos pelitos ásperos en sus labios. Y a Troy a veces le gustaba el juego así, más bien lento, suave y dulce. Obligaba a William a bajar un poco el ritmo, pero para él era un mal menor. La recompensa bien merecía la pena el esfuerzo.

Sin prisa pero sin pausa, empezó a dirigir sus atenciones hacia el sur, descendiendo a besitos por el cuello de Troy en busca de sus clavículas.

Pronto tendría a este dragoncito rebelde con el pecho descubierto, el pantalón abierto, y la cabeza apoyada en la pared, gimiendo y murmurando su nombre. Los ágiles dedos de William se fueron por su cuenta a la camisa del chico, para abrirla un poco más.

No veía el momento de besar ese escote...

Y su esternón...

Y todo lo que había más abajo.

***

–¡Madre mía! –suspiró Troy.

Se quedó mirando al techo del recibidor, mientras el placer se iba disipando poco a poco. La piel de su pecho y de su barriga que quedaba descubierta entre las capas de ropa se empezaba a enfriar. Pero todavía sentía ecos del calor de la boca de William en los lugares por donde había ido sembrando un caminito de fuego, beso a beso, caricia a caricia, hasta llegar a las partes.

Ni que decir tiene, para cuando por fin llegó, dichas partes estaban ávidas, durísimas, y un poco húmedas en la puntita, por pura anticipación. Había que reconocer que William tenía una boca extraordinaria, tanto por lo bonita que era, como por lo bien que sabía usarla.

Ahora ya había pasado todo, y Troy intentaba torpemente devolver a sus embotadas neuronas al aquí y ahora.

Sintió que su chico se incorporaba y que volvía a pegarse a él con todo su cuerpo, rodeando su cintura con los brazos y metiendo la cara en su cuello. Agradeció sentir el tacto de su suave jersey oscuro en su piel descubierta, y la solidez de su cuerpo, delgado y cálido. Le rodeó con los brazos y le apretó contra sí.

–¿Qué dices ahora, m? –ronroneó William, haciéndole mimitos en el cuello–. No todo el mundo puede tener una corrida así, de pie, en el recibidor, nada más llegar de la calle. Ya quisieran muchos...

Su tono era bromista. Troy también sonrió.

–Sí.

Le besó en el pelo, y luego volvió a apoyar la cabeza en la pared. Cerró los ojos y suspiró.

En algún lugar de su mente, surgió la idea de que tal vez deberían recomponerse la ropa los dos. Al menos, guardar las partes de nuevo, cada uno en su propio pantalón, se entiende. Si a sus amigos les daba por regresar justo en aquel momento, se iban a ver en una situación un tanto embarazosa. No que tuvieran nada que ocultar, desde luego. Pero tampoco era cuestión de ser sorprendidos en un momento íntimo justo en el recibidor, ¿verdad?

Sin embargo, su cuerpo estaba líquido y no pudo obligarlo a hacer ningún movimiento. Se quedó como estaba.

Ya hacía varias semanas que habían regresado de Newark. Pero William seguía persiguiéndole a todas partes y acorralándole contra toda superficie vertical (y horizontal) que encontraba a la menor ocasión. No que Troy tuviera problema con eso. Después de todo, ¿a quién le amarga un dulce? Pero la cosa, en lugar de ir a menos, parecía estar escalando cada vez más. Y Troy empezaba a tener dificultades para encontrar su propio espacio.

De hecho, hoy había podido escaparse un par de horas, y no sabía bien cómo. Cuando tenía esta suerte, tampoco lo cuestionaba. Daba las gracias mentalmente por los pequeños favores, intentaba alargar el paseo todo lo que podía, disfrutaba de su propia compañía, fumaba, se relajaba, respiraba...

Y en cuanto volvía a acercarse a menos de dos metros de William, este volvía a asaltarlo físicamente, y allá que se iba su espacio por la ventana, como si nunca hubiera existido.

Troy cada vez se sentía más agobiado, esta era la verdad. El sexo era genial, ser amado era maravilloso, pero uno también necesitaba tener momentos para sí mismo, más que nada para recargar baterías y recordar quién era él. William era demasiado

intenso. Y aunque pudiera parecer absurdo, porque Troy era mayor que él y más estable, en ocasiones sentía que se perdía a sí mismo en esa intensidad.

A lo mejor era porque Troy nunca antes había tenido pareja y había pasado la mayor parte de su vida solo. Él no quería culpar a Will de esto, porque era muy evidente que el pobre le quería con locura. Pero una cosa estaba clara, y es que le quería demasiado. Y Troy necesitaba vacaciones.

Y tal vez ahora fuera el mejor momento para quitarse de en medio por unos días. Que él supiera, la semana que viene no tenían compromisos. Y si surgía algo, estaba seguro de que sus tres compañeros sabrían resolver lo que fuera sin él. No creía que se fuera a hundir el mundo si se iba un par de días.

Pero, ¿a dónde podría ir? ¿Se iría a casa, a Charleston?

La idea no le agradaba. Y eso que tal vez debería ir. En Navidad le prometió a su madre que iría a verles en enero, y a estas alturas del año, aún no lo había cumplido. Pero cada vez que pensaba en volver a casa, se le hacía una cuesta arriba tremenda. No quería ir. No estaba seguro de que su familia le dejara descansar mucho, no.

Ahora bien, si no era a casa, ¿a dónde?

¿Dónde podría ir, que le recibieran con los brazos abiertos, pudiera descansar y ser él mismo, y su novio no quisiera seguirle?

Capítulo 2

—¿Cómo? –exclamó William, horrorizado–. ¿Que te vas a casa de *Harold*?

Pronunció el nombre del productor con espanto, como si

fuera el de un bicho repugnante.

–Solo será durante tres días, Will.

–¡Tres eternidades sin ti!

–¡Vamos! No vas a quedarte solo. Austin y Seth se quedan contigo.

–¡Gracias a Dios! ¡Solo faltaría que os fuerais los tres! –Hizo un gesto de desesperación con las manos, añadiendo–: ¡Con *Harold*, por favor! ¿Por qué? ¿Es que no hay más sitios en el mundo?

–Me ha invitado, ya te lo he dicho.

–¿Cuándo?

–Esta mañana.

Era domingo a mediodía. Troy efectivamente había llamado a Harold aquella misma mañana para preguntarle si seguía en pie su oferta de dejarle pasar unos días en su rancho.

–¡Por supuesto! ¡Todo el tiempo que necesites! –Había respondido Harold–. Yo ahora mismo estoy libre. Si quieres que te preste alguna de mis guitarras, ahí están. Si quieres salir a caballo, ellos estarán encantados. ¡Lo que quieras! Aquí siempre eres bienvenido, hijo.

Troy en su vida se había sentido más aliviado, ni más agradecido.

Pero como era de esperar, William no se había tomado la noticia con agrado. Acababan de terminar de comer, y en cuanto Troy había nombrado a Harold, William se había puesto en pie y se había convertido en una verdadera furia.

–¿Por qué, a ver? ¿Qué tiene Harold para que estés deseando

ir a verlo? –exclamaba, con los rizos de punta por la ira y los ojos echando rayos.

–Hombre, tiene diez guitarras... –murmuró Seth.

–Y caballos –apuntó Austin.

Troy echó una ojeada a sus amigos. Todavía estaban sentados a la mesa, y la incomodidad en ellos era palpable. Seth jugueteaba con los restos de su postre, y Austin no sabía dónde mirar. Sus ojos se cruzaron con los de Troy por accidente y le hizo una mueca, como si le dijera sin palabras: "Desde luego, jefe... Tienes unas ideas..."

Parecía que era evidente para todo el mundo que William no tragaba a Harold. Pero Troy decidió no dejarse amilanar. Nadie sabía cuánto necesitaba irse al rancho, por el bien de su salud mental y por ende, del futuro del grupo.

–Estoy harto de decírtelo –explicó, con suavidad pero con decisión a la vez–. No es por Harold. Es por los caballos.

–¡Ya! ¡Y no te creo! Si quieres caballos, puedes conseguirlos en otro sitio. Estoy seguro de que debe haber ranchos donde los alquilen por horas, o algo así. ¡No tienes por qué irte a dormir tres días a casa de Harold!

–Will, sí tengo por qué.

–¿Y es...?

–Harold es mi amigo.

William se le quedó mirando fijamente durante un instante, con los labios tan apretados y fruncidos que su boca se había convertido en un punto. Troy aguardó su reacción, armándose de valor, en medio del tenso silencio. Estaba seguro de que iba a haber alguna clase de respuesta explosiva. Los ojos de William lo

gritaban a voces.

Al fin, el joven cantante se irguió en toda su estatura y habló muy seguro.

–¡Y yo soy tu novio! ¿Qué vale más para ti? ¿Un amigo, o un novio?

–Will, no me hagas elegir.

–¡En serio! ¡Me estás faltando al respeto! ¿Te enteras? ¡Me desvivo por ti!

–Will...

–¡Te busco a todas horas! ¡Te doy mimos, cosas que te gustan, sexo...! –Hizo un gesto con la mano, señalando a Troy–. ¡Incluso te permito que me llames así! Eres el único que puede hacerlo, ¿sabes? ¡No le consiento a nadie que use el diminutivo que usaba mi padre!

–Will...

Troy se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Se interrumpió, chasqueó la lengua y recomenzó:

–Cariño, yo no sabía que tu padre... –Sacudió la cabeza–. Mira, esto no es por ti, te lo aseguro.

–¡No te creo!

–Por favor... Solo son tres días...

–¡Los días son lo de menos! –William pareció pensarlo mejor, y luego rectificó–. ¡Bueno, sí! ¡Los días son un problema! ¡Pero el problema mayor es Harold! ¿No lo entiendes? ¿Qué coño pintas tú allí, con un hombre mayor, su mujer y dos caballos?

–Cuatro –corrigió Austin, alzando cuatro dedos de una mano.

Seth le hizo callar con un codazo en un costado, mientras le miraba con cara de decir: “Ahora no, hombre...”

De todas formas, William no dio muestras de haberle oído, porque ya continuaba con su monólogo.

–¿Y nos dejas aquí? ¿A tu novio y tus dos amigos? Se nos vienen encima semanas muy duras, Troy. En cuanto empecemos a preparar la gira, no vamos a tener ni un minuto libre.

–Lo sé, créeme –contestó Troy.

–Y ahora que tenemos esta semana para descansar y divertirnos... ¿Te vas a casa de Harold? ¿Se te ha ido la pinza, o qué?

–Puede. –Troy se encogió de hombros–. Pero necesito ver el campo, y...

–¡Pues vayamos un día de picnic! –William hizo un gesto con la mano en dirección a la calle–. Estoy seguro de que...

–William –interrumpió Troy. Le miró muy serio al concluir–: Necesito ir solo.

Su novio crispó las manos en el aire.

–¿Por qué, en el nombre de Dios? ¿Qué hago tan mal para que huyas de mí de esta manera?

Y sin esperar respuesta, se marchó en dirección a las habitaciones. Se escuchó un portazo, y luego silencio.

Troy se quedó inmóvil. Aquella última exclamación le había dolido. ¿Huir? ¿Era eso lo que estaba haciendo?

Miró a sus dos amigos, que le miraban a su vez con caras de no saber cómo ayudar.

–¿Y si nos vamos los cuatro? –aventuró Austin–. ¿Le sentaría muy mal a Harold?

–Pero, ¿no lo entendéis? –dijo Troy–. Necesito irme precisamente para descansar. –Bajó la voz al añadir–: William me tiene agobiado. No me deja ni a sol ni a sombra.

–No, si eso ya lo vemos –dijo Seth, hablando también en voz baja.

–¡Ah! ¿Lo veis? ¿Y le dais la razón? –cuchicheó Troy, asombrado.

Seth hizo una mueca de desagrado.

–No es que le demos la razón. Es que... –Se removió un poco en su silla, incómodo–. Entiéndelo, Troy. Para él es una traición. Le estás abandonando.

–¡No le estoy abandonando! ¡Solo voy a estar fuera tres días!

–Le estás abandonando –repitió Seth, mirándole con expresión de reproche.

–Le estás cambiando por Harold –murmuró Austin, y le clavó una mirada penetrante.

Troy hizo un gesto de contrariedad. Volvió la vista y se mordió los labios. En eso tenían razón, mierda. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Sin saber por qué, se le vino a la cabeza aquella noche en la que William se despertó sobresaltado por una pesadilla. "Se fue, Troy. Me dejó solo", dijo refiriéndose a su ex, ese tal Patrick al que Troy no quería ni oír nombrar.

Patrick había sido un cabrón. Le había hecho daño a William. Troy todavía no sabía los detalles, y no estaba seguro de querer

saberlos nunca, pero...

¿Estaba haciendo él lo mismo? ¿Se estaba comportando también como un cabrón?

***

Después de fumarse un cigarro, enfriarse y pensar un rato, Troy fue a la habitación a buscar a William. Necesitaba pedirle perdón y tratar de arreglarlo. Se sentía un poco inseguro. Si lo que decían sus amigos era cierto, había metido la pata hasta el fondo esta vez. A ver qué podía hacer...

La puerta estaba cerrada cuando llegó. Troy abrió una rendija y se asomó con cautela. Le sorprendió ver el armario abierto y montones de ropa por todas partes, en las sillas, sobre la cama... William no estaría pensando en marcharse, ¿verdad? ¿Tan grave era la cosa?

Entró un poco más, llamando suavemente.

–Will...

–¿Qué? –Fue el gruñido de respuesta de su novio.

Troy lo divisó tendido en la cama con toda la ropa puesta, zapatos incluidos, de espaldas a él. Eso le tranquilizó, en parte. Si William quería marcharse, desde luego, no se estaba apresurando en hacer la maleta. Tal vez aún tenía alguna posibilidad de hacer las paces. Entró un poco más.

–¿Puedo seguir llamándote así? –preguntó–. ¿O ya no quieres?

–Haz lo que te dé la gana –contestó William, sin volverse, con malos modos.

–¿Puedo pasar?

–¿Puedo impedírtelo?

Troy lo pensó durante unos instantes. Al fin, decidió que aquello no parecía ser un "no" tajante, de modo que entró definitivamente, cerró de nuevo a su espalda, y se acercó a la cama.

–Necesito pedirte perdón –dijo, con voz suave.

–Ya –gruñó William, aún sin mirarle.

–Will, tú no haces nada mal. El problema está en mí.

–Ya lo sé. Por eso huyes.

–Mira...

–¡No, mira tú! Ya lo has decidido, y sin consultarme además. Lo has hablado con Harold. Lo vas a hacer, ¿no? Pues hala, vete y que te vaya bien. No quiero hablar más y no quiero verte.

William hizo un gesto con una mano en el aire, moviendo los enjoyados dedos como para mandarle a tomar viento.

Troy se mordió los labios, mientras se tomaba un instante para pensar. Esto estaba terriblemente mal. Él solo quería respirar, tener algo de espacio. En ningún momento había tenido la intención de abandonar a William ni de hacerle daño. Dios, ¿por qué no se había dado cuenta antes?

Pues porque había estado agobiado, por eso. Si Will no le hubiera tenido asfixiado con tanto amor, Troy habría estado en su sano juicio y nada de esto habría sucedido. Troy apreciaba y admiraba mucho a Harold, pero nunca le habría preferido a él antes que a William.

¿Cómo podría demostrárselo a su novio?

–Will, ya no quiero irme –murmuró.

No hubo respuesta, de modo que continuó:

–Me he dado cuenta de que te he hecho daño, y yo...

–No lo habías pensado antes, muy bonito –interrumpió William con sorna–. Creíste que yo iba a quedarme aquí, contento y feliz sin ti.

–Hombre, no... En realidad, no pensé nada en absoluto.

–No pensaste en mí. Se nota. Solo pensaste en Harold.

Esto no era del todo cierto. Más bien era lo contrario. Troy había pensado demasiado en William y en su obsesión, y nada en absoluto en Harold. Daba por sentado el cariño de su productor y el de Melinda, su mujer. Pero no quiso pararse a explicar todo esto. Sería meterse en reproches, y él quería hacer las paces, no empeorar las cosas. Suspiró.

–Will, lo siento.

–Estoy enfadado, Troy. No quiero hablar.

–Will, no quiero irme así...

–Pues no te vayas. Haz lo que te dé la gana. Pero déjame en paz.

Troy volvió a pensarlo durante un instante. No podía dejar las cosas así. Sabía que Will estaba sufriendo, lo sentía en su tono de voz. Además, aún no había hecho la intención de mirarle. Troy debía esforzarse más. Debía jugar su última carta.

–Am... Oye, Will. ¿Y si nos fuéramos los cuatro?

En esta ocasión, William sí levantó la cabeza por fin. Lo hizo lentamente, y se volvió para mirarle con la expresión que tendría

alguien que acabara de escuchar la estupidez más grande del mundo. Sus ojos estaban húmedos y enrojecidos, pero su mirada era serena, y se clavó en la de Troy con un cierto aire de ofensa y dignidad.

No cabía duda de que aún no estaban ni mucho menos cerca de una reconciliación. Pero al menos, Troy había conseguido que le mirase. Bendito Austin, y sus ideas brillantes...

–¿Qué te hace pensar...? –dijo William, vocalizando despacio y con claridad, como si le hablara a alguien de otro país–. ¿Que a mí me apetece ver a Harold, Troy?

Troy hizo una mueca.

–Hombre, sé que no te cae bien...

–Es una forma de decirlo, sí.

–Crees que quiere separarme de ti. Me lo has dicho antes, en otras ocasiones. No sé por qué lo crees, pero...

–¿No es obvio? Porque vamos, pretende secuestrar a mi novio durante tres días...

–Will, ha sido idea mía.

–Ya.

–Pero si nos vamos los cuatro, verás por ti mismo que eso no es verdad. Y estaremos juntos, y podremos salir a cabalgar, y...

–¿Como la última vez?

William torció el gesto, como diciendo sin palabras: "No, gracias". Troy dejó caer los brazos, vencido.

–No sé. Yo solo quiero cambiar de ambiente. Ver el campo, los caballos...

Ahora William alzó los ojos al techo con una expresión de hastío, mientras murmuraba:

–Tengo un novio cowboy, ¿no es para joderse?

Troy sacudió la cabeza.

–Mira, ¿qué prefieres? ¿Quedarte en Nueva York los días libres? O mejor aún, ¿volvemos a Charleston?

William lo pensó un segundo.

–Hombre, visto así... –dijo, y ya no parecía enfadado.

–Will, tú mismo lo has dicho. Cuando empecemos a preparar la gira, se nos acabó la libertad. ¿No te gustaría tener unos días de campo antes?

William se le quedó mirando con aire abstraído. Su voz sonó con genuina curiosidad cuando preguntó:

–¿Y tú crees que Harold nos acogería a los cuatro?

–¡Seguro que sí! Solo tengo que llamarle, y...

William alzó una mano para pedir la palabra.

–Troy –dijo muy serio–. ¿Quieres que nos vayamos los cuatro porque te hace ilusión a ti? ¿O para contentarme a mí?

Troy se le quedó mirando, perplejo. ¡Qué preguntas tan difíciles le hacía este chico! Pero había que mirarlo, por favor. Incluso estando disgustado, con la ropa en desorden y los pelos de punta, seguía siendo toda una belleza. Troy le quería más que a nada.

–Pues la verdad es que ni una cosa ni otra, cariño –contestó suavemente.

Se acercó un poco más, apoyó las manos en la cama y se estiró para besar los labios de su chico, un piquito dulce y tierno, antes de añadir:

–Lo quiero por nosotros. Lo quiero porque yo no soy como Patrick.

–Pero...

–No, no sé lo que pasó con él, y no quiero saberlo. Tampoco sé muy bien qué coño soy yo, ni por qué no me siento gay del todo. Y créeme que eso me hace sentir muy culpable a veces...

Una arruguita de incomprensión frunció el ceño de William.

–¿Culpable? –repitió–. Pero...

–Shh... Lo único que sé es que te quiero –concluyó Troy, apoyando su frente en la de él. Más bajito, cuchicheó–: Y que no quiero hacerte daño.

Luego cerró los ojos. Se impregnó del aroma de William, del tacto de sus rizos en su frente, de la caricia de sus pestañas cuando parpadeaba, del calor de su respiración en su nariz...

Durante unos instantes interminables, nadie dijo nada. Troy aguardaba, tenso, ansioso. Ya había jugado todas sus cartas. Si para William no eran suficientes y decidía mandarlo a la mierda, sea. Pero al menos, se llevaría consigo el sabor de este momento perfecto.

Por su parte, William no se movió, no se apartó. Se quedó muy quieto, parpadeando como si estuviera procesando esta nueva información. Al fin, Troy sintió sus labios calientes y suaves apretarse contra los suyos para dejarle un besito dulce a su vez, y luego un cuchicheo en su nariz.

–¿Cuándo nos iríamos? ¿Me dará tiempo de recoger todo

esto?

Troy sonrió, sintiendo que el alivio se extendía por todo su cuerpo.

–Claro que sí –contestó.

Y buscó a tientas la boca de su chico con la suya. Lo empujó suavemente hacia atrás, retrepándose a cuatro patas sobre él. Le besó lento y concienzudo, mientras William le cubría la cara de caricias con ambas manos.

Bueno, parecía que Troy no iba a tener el espacio que tanto necesitaba. Pero a lo mejor pasar unos días en el rancho le hacía ver a William que Harold no quería separarles ni nada parecido. Y, ¿quién sabe? Quizás así dejaba de odiarle. Y quizás también se relajaba un poquito con Troy y le agobiaba menos.

En todo caso, las cosas volvían a estar bien entre ellos, y Troy daba gracias, de todo corazón. Quería a este hombre con locura. Él ya se apañaría con sus dilemas. No sabía aún cómo. Pero ya vería...

Capítulo 3

–Nunca entenderé qué llevas en esa inmensa mochila –dijo Troy.

Era el día siguiente, lunes por la mañana. Ni que decir tiene, Troy llamó anoche a Harold para comunicarle el cambio de planes, y el productor no tuvo ningún inconveniente en que fueran los cuatro. Incluso dijo que a Melinda y a él les vendría muy bien tener juventud en casa por unos días. El invierno podía llegar a ser muy solitario para dos viejos, aislados en mitad del campo, añadió.

Troy opinaba que Harold no era viejo en absoluto. No sabía

exactamente la edad que tenía, pero debía rondar los cincuenta años. Vaya, la edad de su padre. Y eso no era ser viejo. El prototipo de anciano en su cabeza era el abuelo de Seth, Gregory, que tenía ochenta. Pero cuando se lo dijo a Harold, él se limitó a echarse a reír...

–Oh, pues es muy sencillo –contestó William–. Llevo un par de libros, una revista y varias mudas de ropa. Por si te da por salir a cabalgar, que te dará. Pienso acompañarte, que lo sepas. Pero esta vez llevo una ropa más adecuada...

Estaban los dos en la escalera del edificio, justo delante de la puerta de su apartamento, esperando a sus amigos. Troy había sido el primero en estar listo. No necesitaba mucho tiempo para meter cuatro cosas en una mochila y vestirse.

William acababa de reunirse con él, vestido con un plumífero y cargado con su inmensa mochila negra. Traía la cara colorada por el esfuerzo, pero sus ojos brillaban. Dejó la mochila en el suelo con un golpe seco, y se echó el pelo hacia atrás con las dos manos.

–Qué raro que Austin vaya tan retrasado –comentó.

–Se ha levantado tarde –dijo Troy–. Nosotros habíamos desayunado ya cuando salió de la habitación.

William sonrió ampliamente, añadiendo:

–La habitación de Seth, sí. Me di cuenta.

Troy sacudió la cabeza.

–Si te digo la verdad, eso me da un poco igual.

–¡Vamos! Sé que te alegras por ellos, di la verdad.

–Hombre, sí. Pero de ahí a ir cotilleando...

–¡Eh! ¡Yo no cotilleo! Es... Podríamos llamarlo “curiosidad sana”.

Troy echó una ojeada de través a su compañero para demostrar que no creía ni una palabra y volvió su atención a la puerta del apartamento. Estaba abierta, pero seguía sin haber ni rastro de sus dos amigos.

Apoyó la espalda en la pared y metió las manos en los bolsillos de la cazadora, comentando:

–Menos mal que no tenemos que coger un tren ni nada, porque es seguro que lo habríamos perdido ya.

Sintió el cuerpo de William acercarse al suyo y su voz ronronear:

–¿Te hace ilusión conducir hasta el rancho?

Troy esbozó una sonrisita. Se volvió para mirarle.

–¿Tú qué crees?

William había apoyado una mano en la pared, junto a uno de sus hombros. Se pegó más a él. Tanto que Troy pudo sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo, a pesar del acolchado del plumífero y de las varias capas de ropa que él mismo llevaba encima.

–A mí me encantará verte, dragoncito –dijo William, y se estiró para sembrar su mandíbula de besitos.

Troy apartó suavemente la cara, protestando en voz baja:

–Aquí no, hombre...

–¿Qué? –dijo William, para nada ofendido. Por el contrario sonrió, travieso, y añadió–: ¿Te da vergüenza? ¿De qué? Si no nos ve nadie...

–¿Y tú qué sabes? –cuchicheó Troy–. Las puertas tienen mirillas.

–Pero si estamos en un rinconcito...

William se pegó aún más a él, rodeando su cintura con la mano libre.

–¿Y qué? –respondió Troy–. En cualquier momento puede abrirse una puerta y salir un vecino, y...

–¡Pff! Pues que me vean y me envidien, chico. La vida es dura.

William metió la cara en el cuello de Troy, echando hacia abajo su bufanda con la barbilla. Troy se removió un poco, incómodo, y chasqueó la lengua.

–¡Cht! ¿Quieres estarte quieto?

–No –bromeó William, y soltó una risita.

–Will...

–Estás riquísimo, Troy. ¿Qué puedo hacer yo?

–Ser adulto y apartarte. ¿Tengo que empujarte yo?

–Podrías intentarlo.

Y William volvió a reír, haciéndole mimitos en el cuello con su nariz. Troy alzó los ojos al techo. Otra vez estaba acorralado contra una pared, otra vez más de lo mismo. Si esos dos no salían pronto, William era capaz de...

Sintió los dedos de su chico escurrirse bajo la cazadora en uno de sus costados y se sobresaltó, apartándole la mano con una de las suyas.

–¡Will, por favor...!

–No, por favor tú. ¡Mírate! Recién afeitadito y oliendo a colonia. Estás igual de guapo que con barbita, ¿lo sabías?

–Am...

–Y haciéndote el duro, ains. Me pones un montón.

–¡Cielos! ¿Sí?

–M-m.

–No estoy haciéndome el duro.

–No, amor.

–Me da vergüenza de verdad, Will.

–Claro, claro.

–¿Por qué no me crees?

–Porque eres una bomba sexual, Troy, por eso. Pero vamos, si lo que te preocupa es que a nuestra vecina de al lado no le dé un patatús, queda tranquilo. Seré bueno y no te quitaré ni una prenda de ropa, cariño. Ni una sola.

Pareció pensarlo mejor, porque volvió a soltar una risita mientras añadía:

–Aunque insisto en que podemos hacer lo que queramos, porque nadie nos verá. La única puerta que da a la escalera es la nuestra. Y ya ves que está vacía...

Sí, y Troy apremió mentalmente a sus amigos para que salieran de una vez. William volvió a meter la nariz en su cuello, y Troy apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

¿Podría ser que unos días de campo relajaran un poco la hipertrófica libido de su novio, por favor? A decir verdad, él tenía pocas esperanzas. William y sexo iban unidos. Era imposible separarlos. Si perdiera su pasión y su ansia, William sencillamente no sería él mismo.

Ah, ¿qué iba a hacer con él?

***

–Austin, ¿estás ya? –preguntó Seth, con su mochila al hombro.

Estaba en su habitación, mirando su bajo, que estaba metido en su funda, apoyado en la pared junto a la cama. Se preguntó si tal vez debería agarrarlo sin más. Pero Troy había dicho que no se trataba de un viaje de trabajo por esta vez. De hecho, él mismo había dejado atrás su guitarra, algo insólito con lo que era Troy, que no se separaba de ella ni para bañarse, como quien dice... Claro que Harold tenía varias guitarras, y si a Troy le entraba el gusanillo, seguro que le prestaría alguna. Pero, ¿y él? ¿Debería llevarse su propio instrumento, por si se terciaba utilizarlo?

–Solo me falta ponerme el abrigo –contestó Austin desde su cuarto. Y añadió–: Pregúntale a Troy si lleva las llaves del coche, anda. Porque a la estrella ya sabemos que lo lleva. Tal vez hasta lo tenga encima y todo...

–No creo –contestó Seth, saliendo en dirección al salón–. Están fuera, en el pasillo. No creo que William...

Se interrumpió. Ah, pues sí. Austin no se engañaba.

Desde el salón ya podía verse la escalera a través de la puerta abierta. Había un pequeño tramo de escalones que descendían, luego un descansillo, y la escalera continuaba en ángulo recto hacia la izquierda. El descansillo formaba un rinconcito. Y allí

estaba el guitarrista, con la espalda apoyada en la pared, y un fogoso cantante pegado a él con todo su cuerpo. William tenía la cara enterrada en el cuello de Troy. Lo único que Seth podía ver de él era su plumífero negro acolchado y su frondosa cabellera rizada.

–¿Qué hacéis ahí? –preguntó, asomándose por el umbral de la puerta–. ¿No bajamos por el ascensor?

–¿Tú crees que puedo tener esto así, allí en medio? –contestó Troy, sacando una mano del bolsillo de la cazadora para señalar a William primero, y luego al pasillo que había junto a la puerta.

Seth escuchó que William soltaba una risita y que murmuraba algo. A él le sonó a: "Un dragoncito hiperbólico. ¡Me encanta!", o algo así, pero no podía estar seguro. Por su parte, Troy le miró con ojos de cachorro abandonado bajo la lluvia y suplicó:

–¿Podéis salir ya, por favor?

–En seguida –dijo Seth. Recordó para qué se había asomado, y preguntó–: ¿Llevas las llaves del coche?

Troy volvió a meter la mano en el bolsillo. Sacó la llave y la mostró en alto, sin dejar de mirarle. Seth asintió.

–¿Y de verdad no hace falta que me lleve el bajo? –insistió.

–Austin no puede llevarse la batería, así que... –Fue la razonable respuesta de Troy, mientras guardaba de nuevo las llaves en su bolsillo.

Seth asintió otra vez. William se rió y comentó:

–Yo siempre llevo mi instrumento conmigo, ¿verdad? –Y frotó su nariz contra la mandíbula de Troy, ronroneando–: Mis dos instrumentos, el de arriba y el de abajo, grrr...

Troy miró a Seth con la que debía ser la expresión más digna de lástima de su repertorio. El bajista no pudo reprimir una mueca de compasión. Pobrecito, hombre. Lo que había hecho de invitarles a los tres había sido muy noble por su parte. Y no cabía duda de que William ya no se sentía herido ni abandonado, solo había que verlo...

Pero el gesto de nobleza y si quieres de amor que había hecho Troy iba a pasarle factura. Saltaba a la vista que ese hombre ya no podía más. Y si William seguía en ese plan, era imposible que Troy tuviera algún descanso.

¿Qué pasaba con William? ¿Acaso no se daba cuenta? Pues tal vez era hora de que alguien se lo dijera, ¿no? ¿Y quién mejor que uno de sus amigos para hacerlo?

Seth se volvió hacia el salón y dio una voz:

–¡Austin! ¡Nos vamos!

–¡Medio minuto! –Se oyó responder por el pasillo.

–¡No! ¡Nos vamos ya!

–¡Joder! ¿Qué pasa? –Austin salió al salón, poniéndose el gorro de lana con ambas manos–. ¿Y esas prisas?

Seth le hizo una seña con la cabeza en dirección a la escalera. Austin estiró el cuello para ver y solo murmuró, con una mueca:

–Joder...

Seth se le acercó unos pasos para murmurar:

–Tenemos que hacer algo, Tarugo. Troy no se lo va a decir.

–Ni yo tampoco.

–¿Cómo?

–¿Qué quieres? ¡No tengo tanta confianza con William! –exclamó Austin en susurros, haciendo un gesto con las manos.

–Ya. Pues alguien tendrá que hacerlo. Troy va a reventar. Y a ver qué va a ser del grupo sin él...

–¿Tan grave es la cosa?

–Míralo tú mismo, coño.

Austin volvió a estirar el cuello, y luego volvió a hacer una mueca y repitió:

–Joder... –Chasqueó la lengua–. Pues yo no me veo, chico.

–Vaya, que me toca a mí el marrón.

Austin se encogió de hombros.

–Si fuera Troy... –Empezó–. Pero, ¿con William? –Sacudió la cabeza–. No me veo.

Seth apretó los labios en un gesto de decisión.

–Está bien –dijo–. Ya veré cómo lo hago. Pero date prisa, Austin. No les hagamos esperar más.

El batería salió corriendo hacia su cuarto, exclamando:

–¡Ve saliendo! ¡Recojo mi mochila y nos vamos!

Seth se quedó por un instante solo en el salón, con el ceño fruncido, pensando...

Necesitaba ayudar a Troy, por el bien de su amigo y el de todo el grupo. Pero, ¿cómo abordar un tema tan delicado con William?

Capítulo 4

El día estaba soleado y, aunque aún hacía frío para ello, Troy se empeñó en ir todo el camino con la capota del coche bajada. William imaginó que querría presumir de coche, y de hecho, se ganaron las miradas de toda la gente con la que se cruzaron en la carretera.

Hubo algún camionero que les saludó y todo, tocando la bocina. Troy respondió del mismo modo, y William agitó una mano en su dirección, con el codo apoyado en la ventanilla, las gafas de sol puestas y el cabello ondeando al viento alrededor de su cabeza. Se sintió una diva, como las actrices de las películas de los años cincuenta. Pero a su espalda, Seth estaba diciendo que le lloraban los ojos por el frío, y Austin se había bajado el gorro hasta las cejas y subido la bufanda hasta las orejas. Lo único que se veía de él era la punta de su nariz.

Por su parte, Troy pareció insensible al viento y al frío. Estuvo silencioso la mayor parte del camino, concentrado en la carretera. Solo reaccionó cuando William le puso una mano en un muslo y empezó a acariciarlo hacia arriba, con discreción pero sin pudor. Troy se sobresaltó visiblemente cuando le sintió, y tomó su mano con la suya para apartarla y dejarla sobre el regazo de William, murmurando un contrariado: “Pero será posible...”

William se sonrió en silencio. Adoraba ver a este hombre frustrado. Tanto, que se podría decir que uno de sus deportes favoritos era frustrarlo a propósito, solo para verlo desprenderse de su halo de serena compostura y convertirse en la bomba sexual que llevaba dentro, bien escondida bajo las capas de niño bueno y modosito. A William este juego le resultaba estimulante.

Pero a la vez, valoraba su integridad física, y Troy era el que conducía. Sería absurdo tener un problema con el coche porque él no había sabido estar ni un ratito con las manos quietas sin

provocar a su novio, ¿verdad? Así que después de pensarlo, se quedó como estaba y decidió que ya retomaría su actividad más tarde, cuando pudiera hacerlo sin peligro. Por el momento, se dedicó a contemplar el paisaje sin más.

Los campos todavía tenían un aspecto muy triste. La tierra se veía de color marrón oscuro, los árboles raquíticos sin hojas, y aquí y allá aparecían grandes parches de nieve a medio fundir. Pero ocasionalmente, se podía tener un atisbo de alguna mancha verde de algo que parecía ser césped. La primavera aún no había llegado del todo, pero se estaba acercando a pasos agigantados.

El camino transcurrió sin otras incidencias, y antes de poder empezar a cansarse de estar sentados, se encontraban delante de la casa de Harold.

El lugar no había cambiado mucho desde la última vez que vinieron, salvo por el hecho de que la tierra tenía el mismo color marrón oscuro que los campos que habían visto antes, y los árboles estaban igual de grises y desnudos.

Troy aparcó el coche justo delante de la puerta de la casa, paró el motor y se bajó en seguida. Apenas hubo puesto el pie en el suelo, la puerta de la casa se abrió y los dos perros de Harold salieron corriendo a recibirle, ladrando, moviendo la cola y saltando a su alrededor. Troy no daba a basto a acariciarles y calmarles.

—¡Hola, preciosos! Yo también me alegro de veros. ¿Estáis bien? Sí, sí, ya lo veo... ¡Ah! ¡No me chupes la cara, hombre! ¡Abajo!... ¡Buen chico!

William se quedó sentado, mirando la escena. Una vez más, no cabía duda de que los animales amaban a Troy. Pero no eran los únicos. Detrás de los perros, salió el propio Harold. Bajó deprisa los escalones del porche y vino a saludarles con los brazos abiertos. William sintió un pellizco en la boca del estómago al verle.

–¡Hola, chicos! –exclamó Harold–. ¡Bienvenidos! Troy... Me alegro de verte.

Abrazó al muchacho, y Troy le devolvió el abrazo como si hiciera mil años que no se veían.

–Gracias, Harold –contestó. Su voz queda sonó amortiguada por la chaqueta del hombre–. Yo también me alegro de verte.

Harold sonrió. Le dio una palmada en un hombro mientras se apartaba, preguntando:

–¿Qué tal el viaje? ¿Todo bien?

–Muy bien –dijo Seth, que también había bajado ya, y se estaba echando su mochila al hombro.

Abrazó fugazmente a Harold, por compromiso, y añadió:

–Troy conduce maravillosamente.

–¡Me alegro! Austin...

El batería estrechó la mano de Harold y luego procedió a abrir el maletero para sacar el resto de los bultos: las mochilas de Troy y de William.

Este se dio cuenta de que era el único que permanecía sentado en el coche, mientras todos los demás estaban fuera haciendo algo, así que abrió la portezuela y se fue hacia el maletero para coger su bolsa de la mano de Austin.

Pero no se iba a librar de Harold tan fácilmente. El hombre debía haber visto su maniobra, porque también se acercó al maletero y le dio una palmadita en un hombro.

–¡Hola, William! ¡Qué bien abrigado vienes!

William esbozó una débil sonrisita, por obligación. Por suerte

para él, no tuvo que contestar, porque Seth ya estaba diciendo:

–Ha hecho bien. Troy se ha empeñado en traer la capota bajada. Si lo hubiera sabido, yo también habría traído mi plumífero.

Troy le hizo burla, y Seth le dio un empujón en un hombro. Harold se rió.

–Entonces, esta preciosidad ¿es de Troy? –preguntó, señalando al coche. Miró al chico–. ¡No me habías dicho nada!

–Es que lo tengo desde hace poco. Me lo regaló Will por San Valentín.

Harold miró ahora a William, asombrado.

–¿En serio? –exclamó–. ¡Caramba!

Una vez más, William no supo qué decir, así que se limitó a encogerse de hombros. Pero Harold no debía esperar respuesta, porque volvió a mirar a Troy, diciendo:

–Eres un hombre afortunado, ya veo. ¡Felicidades! ¡Es un coche precioso!

Troy sonrió, como si acabaran de decirle que tenía un hijo guapísimo. Harold pasó un brazo por sus hombros, añadiendo:

–Bueno, ¿lo tenéis todo? Voy a mostraros vuestras habitaciones para que podáis dejar las cosas. ¿Tenéis hambre?

–Un poco –contestó Austin.

–Me alegro, porque Melinda ha preparado comida para un regimiento.

Troy alargó una mano hacia William para entregarle las llaves, diciendo:

—Will, cierra el coche, ¿quieres?

William se limitó a asentir. Y luego se quedó mirando cómo los cuatro se dirigían hacia la casa. Harold continuaba pasando un brazo por los hombros de Troy, y con la otra mano le cedía el paso a Seth, mientras hablaba del clima, del frío, del sol, la carretera...

Entraron en el porche, cruzaron la puerta doble de entrada, abierta de par en par, y sus voces se perdieron en el interior de la casa.

Austin se detuvo un momento en el porche y se volvió hacia él.

—¿Vamos? —Le dijo—. Te espero, William.

El aludido se sobresaltó.

—Ah, sí. Ya voy.

Se volvió hacia el coche y pulsó el mando a distancia que cerraba la capota. Mientras contemplaba el proceso, se preguntó...

¿De verdad habían hecho bien acompañando a Troy? ¿Por qué tenía la sensación de que eran tres intrusos presenciando el reencuentro de una familia?

***

Menos mal que Harold tenía conversación de sobras para todos ellos, porque Troy no habría sabido muy bien qué contarle ni por dónde empezar. Para cuando llegaron al salón, sin embargo, ya se había enterado de que este año el invierno había sido muy duro, con fuertes nevadas, y que la pareja llevaba meses encerrada en casa.

—Ha sido maravilloso que hayáis podido venir —concluía

Harold–. Son pocos días, pero sacaremos provecho de ellos. Lo pasaremos bien, ya lo veréis.

Justo en ese momento, salía Melinda de la cocina, con su largo cabello negro recogido en la nuca, un delantal, las mejillas sonrosadas y los brazos abiertos.

–¡Troy! –exclamó–. ¡Pero qué guapo estás, mi niño!

Las dos últimas palabras las dijo en español, mientras ya le estaba abrazando, pero Troy las entendió igualmente. La estrechó a su vez entre sus brazos. Le pareció que estaba más gordita y quizás más bajita. ¿O a lo mejor él había crecido? En todo caso, su cuerpo era blandito y su pelo olía a canela y azúcar.

Cerró los ojos. Durante un instante, se permitió la libertad de imaginar que estaba abrazando a su madre.

Su verdadera madre, Agnes Anderson, no tenía nada que ver con Melinda Blake. Agnes era delgada, rubia, y olía a perfume caro. Rara vez abrazaba a sus hijos, y nunca de esta manera. Pero Troy siempre había soñado con tener una madre que fuera así, como Melinda: blandita, cariñosa, oliendo a dulce, y que le abrazara diciendo cosas bonitas.

Agnes nunca sería esa clase de madre. Pero a veces era bonito soñar. Y total, no le hacía daño a nadie, ¿verdad?

–¡Qué alegría verte, mi niño! –decía Melinda–. ¡Qué alegría! Te hemos echado de menos.

Se apartó, y a Troy no le quedó más remedio que dejarla ir. Abrió los ojos, y el sueño se esfumó. Pero supo que su recuerdo se había quedado para siempre grabado en su memoria. Desde hoy, el aroma a canela le traería a la mente el calor de una madre. Calor de hogar.

–¡Qué guapa estás, Melinda! –dijo–. Yo también me alegro

de verte.

Ella sonrió, apretándole ambos brazos con ternura, antes de volverse hacia los demás.

–¡Qué alegría veros a todos, chicos! –Les dijo–. ¡Bienvenidos! Pero, ¿todavía estáis cargados? ¡Vamos! ¡Llevad eso a vuestros cuartos! Estoy terminando de poner la mesa. Comeremos en la cocina, que hace calorcito. ¡Vamos!

Troy sintió que Harold volvía a pasar un brazo por sus hombros.

–Venid. –Les dijo, mientras se dirigía hacia un lateral del salón.

No retiró la mano hasta que llegaron a la que iba a ser su habitación, y Troy lo agradeció. Así debía sentirse uno cuando regresaba a casa. Así, y no...

Bueno, así.

***

William fue el último en entrar, y el último en saludar a Melinda. Ella le abrazó, igual que a los demás, le dio una palmadita en un brazo, y le dijo que fuera a su cuarto a dejar la mochila, que iban a comer ya. Luego regresó a la cocina.

William se quedó solo en el salón. Desde allí oía la voz de Harold en un pasillo lateral. Le escuchó pronunciar su nombre, y se acercó con curiosidad.

–Hemos preparado esta para William y para ti –decía–. Esperamos que os guste.

–¡Oh, Harold! ¡Es preciosa! –respondía Troy.

William se acercó más. En efecto, estaban hablando al final de un pasillo. En él había varias puertas, pero todas estaban cerradas, salvo la última.

Cuando se reunió con los demás, comprobó que en realidad, el pasillo no terminaba allí, sino que torcía en ángulo recto hacia la izquierda, dándole la vuelta a la casa. Harold pasó por su lado, diciéndole:

–Ponte cómodo, William. En seguida comeremos.

Y se marchó por el pasillo, conduciendo a Seth y a Austin cada uno por un brazo.

William vio las espaldas de los tres, los dos chicos más altos, vestidos de negro, con mochilas oscuras al hombro, y Harold más bajo, en el centro, con el pelo blanco y escaso en la coronilla y una chaqueta de deporte roja. Hacían un contraste muy curioso.

Harold abrió otra de las puertas, desapareció por ella, y William volvió su atención a su derecha, a la que sería su habitación.

Había mucha luz, y parecía provenir de un gran ventanal que había a la izquierda. La cama, grande, de matrimonio, miraba hacia el ventanal. Las paredes estaban pintadas de color beige. Había unas flores en un jarroncito, sobre una de las mesitas, junto a la cama, y una lamparita pequeña sobre la otra. Las flores no parecían ser naturales, pero alegraban bastante el ambiente. Debían ser obra de Melinda.

Troy estaba allí, de pie en el centro de cuarto, mirando al ventanal. Su presencia también resultaba extraña, con sus tejanos negros, chaqueta de cuero negro y cabello largo sobre los hombros. Su mochila oscura parecía un inmenso insecto sobre la colcha de color marrón claro. William se acercó lentamente y dejó su propia mochila en el suelo, cerca de la cama.

–¡Mira qué vistas, Will! –dijo Troy–. Seguro que de noche podrán verse las estrellas desde la cama. No tenemos esta suerte en Nueva York, ¿verdad?

William le echó una ojeada al ventanal. Ocupaba casi toda la pared. Justo frente a ellos, había lo que en verano debía ser un prado, pero ahora era solo un barrizal con algunos parches de verde y un par de árboles de aspecto seco y triste. Más allá, el terreno descendía suavemente, y había otros árboles, pero solo podían ver sus copas sobresalir en medio de una bruma. Al fondo, la línea recta del horizonte aparecía como trazada en color marrón oscuro por detrás de los árboles. En verdad, la vista daba una curiosa sensación de espacio. De libertad.

–No –reconoció William–. Es muy bonito.

–Sí.

El cantante desvió la vista de nuevo hacia su chico. Troy parecía brillar, como si hubiera regresado a su elemento. William no le había visto así nunca antes, ni siquiera cuando todavía vivían en casa, en Charleston.

Tomó aire profundamente y miró alrededor, por hacer algo, comentando:

–Me gusta la habitación. Es muy acogedora.

–¿A que sí?

–M-m. Y me he dado cuenta del detalle.

–¿Cuál?

Troy se volvió para mirarle con curiosidad. William echó una ojeada a su espalda, al pasillo, para comprobar que no había nadie, y bajó la voz al explicar:

–Bueno, Austin y Seth tienen habitaciones separadas, pero Harold ha preparado para nosotros una de matrimonio.

–Claro. Sabe que somos novios, Will. Yo mismo se lo dije.

–Sí, pero... –William se le acercó poco a poco–. Me ha sorprendido, esa es la verdad.

Rodeó la cintura de Troy con un brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

–Oye, Troy.

Su novio le rodeó con un brazo a su vez y le besó la frente antes de contestar:

–Dime, cariño.

–Ahora que estamos aquí... ¿No te molesta que te hayamos acompañado?

Troy pareció algo sorprendido por la pregunta, pero contestó sin vacilar:

–¡Desde luego que no! Es más, creo que ha sido mejor así. Me alegro de que estéis aquí. Vamos a pasarlo muy bien juntos.

–¿De verdad te alegras?

–¡Sí! Tú tenías razón. ¿Qué iba a hacer yo solo con dos personas mayores? Echarte de menos, como un tonto.

Troy le besó la frente de nuevo, mientras William esbozaba una sonrisita. Luego el primero se volvió hacia el ventanal, con un suspiro.

–Va a ser muy bonito dormir contigo aquí, Will –murmuró–. Muy bonito.

William levantó la cabeza para mirarle. Troy parecía abstraído en su propio mundo, con la expresión soñadora y una sonrisita dulce en los labios. Una vez más, se había ido a ese lugar al que nadie podía seguirle. Pero hoy a William no le importó, al contrario. Se consideró a sí mismo libre para poder contemplarle a sus anchas, ahora que Troy no se daba cuenta, y también libre para pensar...

En noviembre del año pasado, cuando estuvieron grabando el segundo disco, William observó que había una extraña conexión entre Troy y Harold. Desde aquel momento, le había declarado la guerra en su mente al productor. El miedo a que ese viejo entrometido apartara a su novio de su lado había estado omnipresente en su corazón. Y Troy, siendo un rebelde como era, tampoco se lo había puesto fácil, porque había pasado todos estos meses acordándose de Harold y de este lugar.

Ahora que estaba aquí, William empezaba a entender por qué. Y por primera vez, se preguntó...

¿De verdad era Harold un viejo entrometido? ¿Y de verdad pretendía separarles? Porque viendo la habitación que les había preparado, no lo parecía, ¿verdad?

¿Era Harold realmente un rival para William? ¿O era más bien una especie de padre para Troy?

Aún era pronto para saberlo con seguridad. Pero el detalle de la habitación le había gustado. Había hablado de tácita aceptación, y no era algo que William estuviera acostumbrado a sentir, mucho menos en casa de un extraño.

Tal vez fuera buena idea dejar de lado su reserva hacia Harold durante unos días y simplemente observarle, a ver qué ocurría. Tenía el presentimiento de que le iba a sorprender aún más. Y tal vez para bien...

Capítulo 5

La tarde estuvo muy entretenida para los chicos. Después de comer, Troy se fue con Harold a mostrarle su descapotable con más detalle. Y luego fueron a hacer una visita a los caballos en la cuadra, y a llevarles su propia comida y comprobar que tenían de todo.

Cuando regresaron, se sentaron todos en el amplio salón de la casa, frente a la chimenea, y dedicaron la velada a poner a Harold al día de cómo iban las cosas con el nuevo disco. Si rieron mucho hablando de Newark, de Max, de la limusina, de cómo habían celebrado San Valentín, del regalo de Troy... Harold parecía feliz con sus peripecias. Reía y preguntaba cosas. Fue un ratito muy agradable.

Ahora estaban acostados por fin. La puerta de la habitación estaba cerrada, la casa estaba en silencio, la cama era cómoda y caliente, y al otro lado del ventanal, la noche había caído sobre los campos. Estaba nublado, así que hoy no podrían ver las estrellas. Pero la luz blanquecina de la luna se filtraba de cuando en cuando por los huecos entre las nubes, bañando los prados con un resplandor plateado.

William se dio la vuelta en la cama, buscando el cuerpo de Troy con el suyo. Pasó una pierna sobre su cintura, y rodeó su pecho con un brazo, mientras Troy explicaba en voz baja:

–¿Sabes? Puede parecer absurdo. Pero estoy seguro de que los caballos se acordaban de mí. Se pusieron muy contentos cuando me vieron.

–No me sorprende. Todo el que te conozca se acuerda de ti después, Troy –contestó William, haciéndole mimitos con la nariz en el cuello.

Troy se rió.

–¿Y eso por qué?

–Porque eres especial, ¿por qué iba a ser?

–¡Qué cosas tienes!

–M-m. Abrázame un poquito, anda...

Troy rodeó sus hombros con un brazo, diciendo:

–Estoy deseando salir a cabalgar. ¿Iremos mañana?

–Si quieres...

–Me hace ilusión explorar el campo que vimos la otra vez. Pero hacia el norte, por el prado. ¿Te acuerdas?

–Me acuerdo de que hiciste una carrera contigo mismo y que me dejaste solo, sí.

–¡Vamos! No te molestó de veras, ¿a que no?

–No, mi vida. Fue puro teatro.

La realidad era que a William no le molestó. Le dio miedo, que era mucho peor. Pero no quiso entrar en esos detalles ahora. Estaba empezando a sentirse inspirado, y diría lo que tuviera que decir con tal de entrar en materia.

–Si quieres, mañana no haremos ninguna carrera –ofreció Troy.

William soltó una risita, cubriendo su mandíbula de besitos.

–Dudo mucho de que puedas resistirte –contestó.

–Eh, venga. Quiero que tú también lo pases bien.

Aquella frase tuvo un efecto exagerado en el cerebro

calenturiento de William. Fue como si alguien hubiera prendido con una cerilla una pira impregnada en aceite. Un súbito calor subió a sus mejillas y bajó a sus partes, todo a la vez. Con voz áspera, murmuró:

–Dímelo otra vez.

–¿El qué? –preguntó Troy, todo inocencia.

–La frase que acabas de decirme.

–¿Qué frase? No recuerdo...

–Eso de que quieres que yo también lo pase bien. Pero dilo con voz más suave y susurrante, por favor.

Troy guardó silencio durante un instante, como si la petición le hubiera sorprendido o estuviera pensando. Al fin, dijo:

–Desde luego... Eres increíble. Todo lo tomas por donde pica.

–¡Eh! No he sido yo el que ha dicho la frase.

–¡Me refería a cabalgar, Will!

–¡Eso! ¡Sigue arreglándolo!

–Pero, ¿qué demonios...?

–Cabalgar, Troy.

William levantó la cabeza para mirar a su novio. Tenía la expresión reservada, con los labios apretados. Sus ojos grises brillaban en la penumbra. A William le pareció sentir que no estaba tan ofendido como él quería aparentar, y que sí estaba más interesado de lo que demostraba. Se incorporó un poco, vocalizando:

–Ca-bal-gar. ¿Sabes a quién le han entrado ganas de

montarte, cariño?

Troy le dio un empujón en un hombro.

–¡Pff! ¿Lo ves? ¡Siempre pensando en lo mismo!

–Vaya, que a ti no se te ha ocurrido ni una vez.

–Will, que te veo venir...

–Delante de una ventana, Troy. ¡Y no nos verá nadie! ¿No te pone? ¿En serio?

–¡Cht! ¿Será posible...?

William bajó la voz y se inclinó sobre Troy para decirle al oído:

–Sentarme sobre ti... Desnudo... Y verte gemir a la luz de la luna...

Troy hizo una mueca, murmurando:

–Muy romántico, ya lo veo.

William ya sabía que solo estaba haciéndose el duro, así que continuó, impertérrito:

–Moverme sobre ti... Despacito, como a ti te gusta...

–Will...

–Echarte mi leche... Y que en ese momento pase alguien por ahí fuera y me vea desnudo sobre ti, corriéndome...

–No va a pasar nadie. Esto es una propiedad privada, y ya estamos todos acostados, así que...

–¡Cht! ¿Quieres dejarme fantasear en paz?

–¡No! ¡No quiero! –Los ojos de Troy ahora echaban rayos–. Porque me la estás poniendo dura diciéndome guarrerías, y lo sabes. ¡Por eso me las dices!

–¡Eh! ¡A mí también se me pone dura! ¿Qué crees? ¿Que fantaseo por tontear?

–No quiero que se te ponga de ninguna manera. –Troy hizo una mueca–. ¡A ninguno de los dos!

–¿Y eso?

–¿No te das cuenta? ¡Harold podría estar en la habitación de al lado!

El susurro de Troy fue horrorizado, pero William, siendo un pervertido como era, no pudo evitar un escalofrío de anticipación. Se arrodilló en la cama junto a su novio, exclamando:

–¡Joder! ¿No te gustaría?

–Pero, ¿qué...?

–Ellos son mayores, seguro que no deben follar mucho. ¿Te imaginas lo que sentirán si nos oyen?

–¡Vergüenza ajena!

–¿Y si no nos oyen? ¿Y si nos proponemos follar sin hacer ningún ruido? ¿Te imaginas que Harold esté en el cuarto de al lado, leyendo un libro con sus gafas de cerca, creyendo que estamos durmiendo como angelitos...? ¿Y nosotros estamos follando, como los chicos malos que somos?

Troy tomó aire, sobresaltado. Apretó los labios y retuvo la respiración en el pecho, mirando a William de modo terrible desde debajo de las cejas. William ya pensaba que iba a mandarlo a la mierda de un empujón, cuando de pronto, Troy se sentó en la cama

de un salto, agarró su cara entre las dos manos, y le mordió la boca, fuerte.

–Eres terrible. –Le cuchicheó, con sus labios a flor de piel de los suyos, en cuanto se apartó para respirar.

Le mordió la boca otra vez, ávido, posesivo, y de nuevo se apartó para cuchichear:

–Y te quiero más que a nada.

William sonrió ampliamente. Sabía que aquello era un sí.

***

William estaba maravilloso esta noche, sentado a caballo sobre su regazo, con su melena suelta sobre la cara y los hombros, y su blanca piel de color azulado bajo la luz de la luna.

Se movía despacio, saboreando el momento. Tenía los hombros hacia atrás, con los codos pegados a su cuerpo, como ofreciéndole el pecho a Troy, y la cara vuelta hacia un lado, con la expresión fruncida en un gesto de concentración. Respiraba con dificultad, y de vez en cuando se le escapaban pequeños gemidos de necesidad. Troy sabía que solo él podía oírlos y, con lo escandaloso que era su compañero habitualmente, este detalle hoy, esta noche, le ponía un montón.

Dejó que sus manos acariciaran con los dedos abiertos las rodillas y los muslos de su chico. Con voz ronca, susurró:

–Will, ¿traes las cosas? Quiero follarte.

William abrió los ojos. Le miró de través con una sonrisita traviesa.

–La duda ofende, cariño. Por supuesto que traigo las cosas.

Se inclinó hacia delante para colocarse a cuatro patas sobre el cuerpo de Troy, susurrando con voz grave y densa:

–Lo traigo to-do...

Troy sintió un escalofrío de placer. Acarició con ambas manos los costados de su compañero. El cabello de William se derramó sobre sus clavículas y su pecho cuando el chico inclinó la cabeza para morderle suavecito en el pectoral izquierdo.

Troy tomó aire entre dientes. Esa boquita caliente y perversa sembraba fuego húmedo en su piel. Su pene se estiró un poco más en respuesta. Estaba duro ya, casi en plena erección. William movía las caderas de modo que se rozaba con el suyo constantemente, creando una fricción placentera pero no suficiente. Troy necesitaba más. Necesitaba dejarse envolver por ese culito estrecho y caliente. Lo necesitaba todo.

–Bueno, pues... ¿Dónde está? –preguntó sin aliento.

William soltó una risita. Su boca subió a la base de su cuello y ronroneó, muy bajito:

–¿Mi polla? Aquí con la tuya, contenta y feliz.

Y se rió otra vez. Troy también sonrió.

–Eso ya lo sé –dijo–. Pero me refería a las cosas... Preservativo... Vaselina...

Apretó los dientes para retener un gemido cuando William le mordió bajo la oreja, juguetón, provocador. Sus manos apretaron la cintura del chico contra sí, y sus caderas empujaron hacia arriba por acto reflejo.

–Oh, por ahí... –contestó William–. En la mochila, supongo.

–¿Por qué no vas a buscarlas? –murmuró Troy. Y repitió–:

Quiero follarte.

William volvió a soltar una risita.

–¿Y si hoy quiero follarte yo a ti?

Troy también se rió, sorprendido por la ocurrencia.

–De eso nada –dijo.

–¿Ah, no?

–Nop.

–¿Tan seguro estás?

–M-m.

–¿Y eso?

William se quedó mirándole, con su cara a pocos centímetros de la suya. Sus rizos enmarcaban sus rostros unidos, como si fueran dos cortinas de seda suave y brillante. Su expresión era entre divertida y curiosa, y su cuerpo se había quedado inmóvil sobre el de Troy. Maldición.

Troy empujó otra vez con las caderas, pero su chico estaba sentado sobre él, así que no consiguió mucho. "Acorralado otra vez", pensó, haciendo una mueca de frustración.

–Will... –protestó.

–No, Troy, tengo curiosidad.

–¿Y hay que hablarlo ahora? ¿En serio?

–Coño, mañana se me habrá olvidado.

–Pues mejor así.

–Venga, hombre... ¿Qué te cuesta?

–Joder, por si no te has dado cuenta, la tengo dura. Y ha sido obra tuya. Uno no va por ahí calentando a su novio para ponerse de charla después, ¿no?

La sonrisa de William se hizo más amplia.

–Tienes toda la razón –dijo. Le dio un piquito en los labios–. Pero si no quieres, que sepas que tú te lo pierdes.

–Sí que quiero.

–¿El qué?

–Follarte.

–Ah, pero es que yo soy un pervertido, y tengo ganas de otra cosa.

–¿De qué?

–Ya te lo he dicho.

–Y yo digo que no.

–Bueno, entonces...

William metió una mano entre sus dos cuerpos. Troy sintió sus dedos delgados y ágiles rodear su durísimo miembro y echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada, cerrando los ojos y apretando los labios para retener un gemido. William empezó a sacudírsela, susurrándole con voz entrecortada:

–Así... Muy bien... Calladito... No queremos que Harold te oiga cuando te corras, ¿verdad?

–Hijo de puta... –articuló Troy entre dientes.

Pugnó por meter una de sus manos a presión entre el vientre de ambos. Tropezó con la de William. Se frustró. Chasqueó la lengua, mientras su chico soltaba una risita divertida. Lo volvió a intentar...

Y al fin dio con lo que buscaba, y esta vez fue William quien se sobresaltó. Jadeó abiertamente y le miró con grandes ojos de puro placer.

–¡Oh, sí! Troy...

–Shh... –advirtió Troy, haciéndole una mueca para recordarle que bajara la voz.

William jadeó otra vez, más deprisa, murmurando:

–Joder, cómo me pone...

–¡Se te oye, Will! –cuchicheó Troy.

–Chico, es que no puedo... ¡Cielos, más rápido!

–¡Cht! Maldita sea...

Troy alargó la mano libre, la colocó sobre la nuca de William, y se llevó su boca a los labios. Le pajeó más rápido, tal como lo haría si pudiera estar tocándose a sí mismo. William gimió en su boca, varios ruiditos agudos y apremiantes, y luego un gruñido largo y abandonado de placer. Troy sintió el vientre mojado y le acarició ahora más despacio, mientras le mordía los labios poco a poco y apartaba la cara para dejarle ir.

William echó la cabeza hacia atrás. Tomó aire profundamente.

–Oh, madre mía... –murmuró, en el tono de estar nadando en éxtasis.

–Pajéame, Will –articuló Troy, casi sin voz–. ¡Me va a dar

algo!

–Sí, sí, cariño...

La mano del chico volvió a ponerse en movimiento, firme y segura. Troy cerró los ojos y apretó sus caderas contra sí a la desesperada.

–Joder, Troy... –suspiraba William–. No te haces una idea de cómo me pones cuando haces eso... Me gusta que me domines un poquito, que dejes de ser tan niño bueno... Mírate, coño... Estás delicioso. Qué cara de macho tienes, hijo de puta...Y qué pecho... Estás buenísimo, cabrón... Y tu polla es la más perfecta del mundo... Échame tu leche, Troy, córrete para mí, vamos... Así, mi vida... Échala sobre la mía... Así... Como el hijo de puta pervertido que eres...

–¡Oh, por Dios bendito! –gruñó Troy entre dientes.

Y se corrió por fin, llevándose una mano a la boca para retener un grito.

***

Cuando el orgasmo pasó y pudo empezar a respirar, lo primero que salió de él fue un largo gemido de placer. Y lo segundo fue un lento y torpe:

–Eres... El tío más guarro que he conocido en mi vida...

–¡Eh! –bromeó William, fingiendo ofensa–. ¡Me ducho todos los días!

–Guarro de pervertido, hombre...

–Ah, sí. Eso sí. Y me encanta. ¿A ti no?

William le besó los labios, una caricia fugaz, y Troy sonrió, aún sin abrir los ojos. Tomó aire profundamente y lo soltó poco a poco, murmurando:

–Qué bien... Qué gusto... Tienes una voz que no te haces una idea, Will...

–Las chicas dicen que es bonita. –Fue la respuesta de William.

Troy sintió que su cabello volvía a acariciarle la frente y las mejillas y se forzó a abrir los ojos. Parpadeó. William se había inclinado sobre él otra vez y le miraba con una sonrisita abstraída, como si estuviera viendo algo maravilloso. Troy suspiró de nuevo, sintiendo cómo sus músculos se relajaban uno a uno sobre la cama.

–¿Bonita? No –cuchicheó–. Es preciosa. Igual que tú.

La sonrisa de William se hizo más amplia. No rompió el contacto visual. Sus ojos brillaban como estrellas en la penumbra.

–Te gusta que te hable cuando estás salido, ¿es eso? –dijo.

–Oh, no sabes cuánto...

–¿Y te gusta lo que te digo?

–Mucho. –Troy asintió con la cabeza para más énfasis.

–¿Y te gusto yo?

–No sabes cuánto –repitió Troy, pero ahora más serio, grave, íntimo, con los ojos clavados en los de él.

William se le quedó mirando unos instantes más. Luego, sin decir nada, se inclinó para besar dulcemente sus labios. Troy le rodeó con los brazos, le atrajo hacia sí.

Mañana se moriría de vergüenza cuando fuera a mirarle a la cara a Harold. Pero ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Por hoy solo importaba esta boquita en la suya y este cuerpo entre sus brazos. William y nada más...

Capítulo 6

Troy despertó más bien tarde al día siguiente. El sol ya había salido, y teñía de rosa y dorado las ramas secas de los árboles. El prado que había al otro lado de su ventana volvía a estar cubierto por una bruma ligera, situada a ras de suelo, como un manto blanco sobre la hierba y el barro. Debía hacer mucho frío fuera, aunque él se encontraba muy cómodo y calentito bajo las mantas. William dormía apaciblemente, acurrucado contra su cuerpo, con la melena rizada extendida en desorden sobre la almohada.

Troy se quedó un rato mirándole sin hacer nada, sin atreverse a tocarle para no despertarle. Se le ocurrió pensar que era maravilloso poder despertar en este lugar, y que lo primero que viera nada más abrir los ojos fuera el campo y la cara de su novio. En verdad, esto de venir los cuatro había sido una idea estupenda. Tendría que darle las gracias a Austin por ello en cuanto tuviera ocasión.

Empezó a haber movimiento en la casa. Troy escuchó pasos por el pasillo y voces en susurros, y algo más lejos, sonido de cacharros, platos y cubiertos. Melinda debía estar ya preparando el desayuno, y Harold debía estar dando de comer a los perros y a las gallinas.

El estómago de Troy le recordó que tal vez sería buena idea que él también se ocupara de alimentarse. Con mucho cuidado, se destapó y salió de la cama.

—¿Troy? ¿A dónde vas? —Escuchó la voz de William a su

espalda, ronca de sueño.

Troy se metió deprisa en el pantalón y se puso un jersey gordo, explicando:

–Creo que los demás ya están levantados. Voy a saludar a Harold.

–¿Ya es de día?

William se frotó un ojo con una mano. Troy se sonrió un poquito al verle. Parecía un chiquillo.

–Sí –contestó–. Pero puedes quedarte un ratito más. No creo que a nadie le importe.

Apoyó las manos en la cama y se estiró para darle un besito en los labios con un cuchicheo.

–Te quiero.

–Mm... –ronroneó William–. Y yo a ti.

–Te espero fuera, ¿vale, amor?

–Sí. Voy en seguida.

Troy salió, dejando a William estirándose perezosamente bajo la manta. Lo único que se podía ver de él desde la puerta eran sus manos y su pelambrera de punta.

Durante un instante, Troy se preguntó cómo lo haría este hombre para ser un tipo duro sobre un escenario, un pervertido cuando tenía ganas de tema, y un gatito adorable cuando estaba medio dormido. ¿Cómo se podía ser todo eso a la vez? Ah, misterios de la vida...

Con este pensamiento, salió al pasillo, cerrando de nuevo a su espalda. Caminó en dirección a la cocina, tratando sin mucho éxito

de borrar la sonrisita de tonto enamorado de su cara.

Cuando llegó allí, vio que efectivamente los demás estaban ya levantados. Austin y Seth estaban sentados a la mesa, devorando un opíparo desayuno, de esos con huevos fritos y bacon incluidos. Melinda se afanaba en la hornilla. Un agradable olor a cebolla frita flotaba en el aire.

–¡Ah, ya estás aquí! –exclamó Harold, que salía de la despensa con un queso en una tabla de madera–. ¡Buenos días, Troy! ¿Has dormido bien?

Vaya usted a saber por qué, al ver la cara sonriente de Harold, Troy recordó de golpe lo ocurrido anoche. Y no solo recordó que hubo tema, sino que su memoria traidora le trajo vívidamente la voz de William, grave y susurrante, cuchicheando: "¿Te imaginas que Harold esté en el cuarto de al lado...?"

Una oleada de calor subió a sus mejillas, y una punzada de miedo se alojó en la boca de su estómago. Troy no supo distinguir qué era peor, la verdad, si la vergüenza, la culpa, o el terror a haber sido descubierto.

–Ah... Sí, muy bien –contestó su boca por sí misma–. Gracias.

–Ven, cariño. –Le dijo Melinda, batiendo un huevo en un plato–. Siéntate a la mesa. Tienes cara de tener mucha hambre. ¡Sírvete un poco de café! En seguida estará lo tuyo.

Troy se sentó junto a Austin sin rechistar.

La cocina era inmensa, casi tan grande como el salón. Tenía una gran mesa cuadrada y sillas de madera. La mesa, las encimeras y toda superficie libre estaban completamente cubiertas de comida, tazas, vasos... Parecía que Melinda estaba aprovechando para adelantar también parte del almuerzo.

–¿Y la estrella? –preguntó Austin con la boca llena–. ¿Todavía está durmiendo?

–No. En seguida viene –respondió escuetamente Troy, rezando para que el sonrojo desapareciera de su cara, por favor. Qué mal rato estaba pasando...

–Am... ¿Y vosotros? –preguntó, sirviéndose café de un termo en una taza limpia que encontró–. ¿Habéis dormido bien?

–Muy bien –contestó Seth.

–A mí me despertó el gallo. No sabía que Harold tuviera un corral –dijo Austin.

–Yo sí. Lo vi ayer –repuso Troy.

–¡Por cierto! –exclamó Harold, mientras cortaba lonchas de queso y las iba poniendo en un plato, de pie de espaldas a ellos–. Troy, si quieres puedes venir a darle de comer a los animales cuando acabemos de desayunar. Como ayer. ¿Te gustaría?

–Me encantaría, Harold –contestó Troy–. Estoy deseando pasar más tiempo con ellos. –Miró a sus amigos–. Se acordaban de mí, ¿os lo dije? En cuanto me vieron, se pusieron contentísimos. ¡Y solo me habían visto una vez antes!

–Normal, Troy –dijo Seth–. Hablas su idioma.

Harold se echó a reír.

–Vosotros también podéis venir si queréis –dijo.

–Ah... Yo prefiero quedarme ayudando a Melinda –contestó Austin–. Si a ella no le importa, claro...

–¿A mí? –exclamó Melinda–. ¿Cómo me va a importar? ¡Estoy encantada, hijo!

Troy se quedó mirando a Austin con grandes ojos.

–No sabía que supieras cocinar –dijo.

Austin hizo una mueca.

–No sé mucho –respondió–. Pero me gusta ayudar. En casa somos muchos de familia, y siempre me ha gustado echar una mano a mi madre en la cocina. Los demás no caen en ello, pero preparar un almuerzo para mucha gente no es nada fácil.

–Austin sabe más de lo que parece, Troy –dijo Seth.

Tenía los codos apoyados sobre la mesa, con su taza entre las manos y una sonrisita cómplice y tierna en los labios. La expresión de sus ojos era tan obvia, que a Troy le pareció que de un momento a otro le saldría un cartel de neón por encima de su cabeza donde dijera: "Estoy enamorado de Austin", y empezarían a brotarle burbujas de corazón por las orejas. Se preguntó fugazmente si a él también se le notaba tanto lo que sentía por William...

Por su parte, Austin pareció un poco avergonzado, porque bajó la vista a su plato y no dijo nada. Troy carraspeó.

–Y si sabes cocinar, Austin –dijo, tratando de aligerar el ambiente. Además, sentía verdadera curiosidad–. ¿Cómo es que en casa nunca lo haces? Siempre cocinan William o Seth. ¿Por qué?

–Porque no sé, ya te lo he dicho. Yo solo voy poniendo cosas donde me dicen.

–Sabe ayudar, Troy. –Volvió a intervenir Seth–. No sabe cocinar.

–¿Y no son la misma cosa?

–Por lo visto, no.

Seth tomó un sorbo de su taza, y Troy hizo lo propio, pensativo. El café estaba caliente, y su estómago lo agradeció mucho. El pellizco de ansiedad ya había pasado y volvía a tener mucha hambre.

–¿Y tú, Seth? –preguntó–. ¿Nos acompañarás a dar de comer a los animales?

–No, yo... Ah... –Seth titubeó un momento. Tosió discretamente antes de añadir–: Tengo unas cosillas que hablar con William.

Y cambió una mirada significativa con Austin. Troy pensó que debía tratarse de algo privado de ellos, así que se limitó a responder:

–Como quieras.

Melinda le dio la vuelta a la mesa para ponerle un plato delante, grande como una bandeja, con patatas fritas, dos tostadas, dos huevos fritos y bacon. Troy abrió grandes ojos de sorpresa.

–¿Todo esto es para mí? –exclamó.

–Sí, sí, hijo. Y ve comiendo, que se enfría. Tengo que meteros algo de carne en los huesos. Austin es el único que está fuerte. –Fue la respuesta de Melinda. Le dio una palmadita en el hombro, y repitió–: ¡Vamos! No te andes con remilgos. ¡Come!

Troy no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Aquello olía de maravilla. Empezó a atacar su plato con apetito.

Justo en ese momento, la voz grave de William sonaba en el umbral de la cocina.

–Buenos días.

–¡Ah, ya estamos todos! –exclamó Harold, que ya había

terminado con el queso y se secaba las manos en un trapo–. ¡Buenos días, William! ¿Qué tal? ¿Todo bien?

–Sí –contestó William, y vino a sentarse al lado de Troy.

Apenas se hubo sentado, se asomó por encima de su hombro para ver el plato, murmurando:

–¡Caramba! ¡Qué buen desayuno!

–¡Estoy preparando otro igual para ti! –dijo Melinda, ilusionada–. ¿Tienes hambre, hijo?

–No mucha, pero después de ver eso...

Harold se rió, sentándose a la mesa también.

–Después de comer voy a secuestrar a Troy para que me ayude a llevar comida a los caballos –dijo, en tono casual–. Espero que no te importe, William.

Al oír la palabra “secuestrar”, Troy se puso tenso y dejó de masticar para mirar a su novio. William no cambió el gesto. Asintió, conforme, y dijo:

–Claro que no. Le encantan los caballos. Se pasa el día hablando de ellos.

Troy se quedó inmóvil, mirando a William ahora con grandes ojos de sorpresa. ¿Sería posible que hubiera cambiado de opinión sobre Harold? ¿Le caía bien? ¿Por fin? ¿Y cómo se había hecho ese milagro?

Harold asintió también, satisfecho, contestando:

–¡Muy bien! Entonces decidido.

–Es raro que se te peguen las sábanas, William –dijo Seth–. ¿Todo bien?

–Sí, sí. Troy y yo estuvimos hablando anoche hasta tarde, eso es todo.

Seth miró a Troy con cara rara, como si pensara: "¿En casa de Harold? ¿Es que no tenéis vergüenza?" Troy bajó la vista a su plato, dándose golpecitos en el pecho para que bajara la comida. Por su parte, William se sirvió café en una taza. En el momento de llevársela a los labios, dijo, como si recordara algo de repente:

–Por cierto que estuvimos hablando de los caballos precisamente. Troy está seguro de que se acordaban de él. ¿Eso puede ser, Harold?

–¡Claro que sí! –contestó el aludido–. Son animales muy inteligentes.

–Eso mismo dice Troy. Curioso...

El guitarrista masticó su comida en silencio, mirando a sus papas. ¿Sería posible que William no solo hubiera dejado de odiar a Harold, sino que además quisiera trabar amistad con él?

La voz de Melinda le sacó de sus reflexiones.

–Aquí tienes, hijo. ¡Que aproveche!

–¡Vaya! –exclamó William–. ¡Muchas gracias!

Troy levantó la cabeza, volvió a mirar a su novio. Él le miró a su vez y sonrió ampliamente, enarcando las cejas, bromista. Melinda sirvió el plato de Harold y el suyo propio, y se sentó a la mesa con ellos. La conversación derivó en otra dirección menos escabrosa, y Troy dio gracias por poder terminar su desayuno en paz.

Pero el asunto le había intrigado bastante. Intentaría preguntarle a William cuando se quedaran solos qué había cambiado en su cabeza con respecto a Harold.

***

Un rato más tarde, Troy ya había partido con Harold, y Austin se había arremangado a las órdenes de Melinda, cortando hortalizas y hablando con ella de comida mexicana.

Seth se quedó con ellos un rato, fregando los platos, mientras William terminaba de comer. En cuanto el cantante se levantó, Austin le hizo una seña con la cabeza, y Seth procedió a secarse las manos, excusándose todo lo amablemente que pudo con Melinda. Salió en seguida a buscar a William.

Lo encontró en el salón de la casa. Era una amplia estancia cuadrada, con vigas de madera en el techo y chimenea de ladrillo visto. Tenía varios sofás de color marrón y alfombras en el suelo. El conjunto ofrecía un aspecto rústico y confortable.

La chimenea estaba apagada en aquel momento. Harold tenía junto a ella un equipo de música, algo antiguo pero muy bueno, y una estantería llena de discos de vinilo. Seth encontró a William allí, arrodillado sobre la alfombra, repasando los discos con interés.

–Perdona, William. –Le abordó sin rodeos–. ¿Podemos hablar un minuto?

El cantante levantó la cabeza, le miró con cara de pez, y preguntó:

–Claro. ¿De qué?

Seth hizo una mueca y comenzó:

–Bueno, esto es un tema delicado. No es agradable para mí tener que comentártelo, pero...

De pronto, William abrió grandes ojos.

–¡No me digas! –exclamó–. ¿Austin es impotente?

–¿Qué demonios...? –Se horrorizó Seth–. ¡No!

William continuó como si nada.

–Ah, ya me parecía... Porque la otra noche os escuché. Estabais en tu habitación, y por los ruidos, parecías estar pasándolo bien...

Seth se desencajó por la sorpresa.

–¿Cómo?

–Sí, sí. –William asintió varias veces y luego alzó una mano –. Y no pasa nada, ¿eh? Que conste. Yo solo puedo alegrarme por vosotros. Pero francamente, no comprendo de qué te quejas ahora. El chico no es el romanticismo personificado, cierto. Pero se esfuerza. Y yo creo que con el tiempo...

Seth se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos para tratar de centrarse. Estaba empezando a sentirse un poco mareado.

–William, no he venido para hablar de mí –dijo.

–¿Ah, no?

–No. Necesitamos hablar de tu relación con Troy, no de la mía.

–¿De mí? –Se asombró William. Se puso en pie–. ¿Y eso?

–¿En serio no te has dado cuenta?

–¿Cuenta de qué? Seth, me estás asustando.

En efecto, la cara de William era seria y preocupada y había un brillo de ansiedad en sus ojos. Seth deseó que Troy hubiera hecho esto en su lugar. No era agradable tener que inquietar a un

amigo de esta manera. Pero a la vez, también comprendía a Troy. Para él debía ser muy doloroso herir los sentimientos de William.

–Es que el tema es serio, amigo –explicó–. Austin y yo tememos por tu relación. Creemos que corre peligro, y alguien tenía que decírtelo.

–¡Cielos! ¿Tan evidente es la cosa? ¿Los dos lo habéis notado?

Seth asintió.

–¿Y por qué corre peligro, Seth? ¡Dime!

–¿En serio no has notado que Troy parece a punto de reventar?

–¿Troy?

William se precipitó sobre Seth, tomó sus brazos con ambas manos y le miró ávidamente a los ojos, apremiando:

–¿Qué le pasa a Troy? ¡Soy todo oídos!

Capítulo 7

Aquella tarde, Troy y William salieron juntos a dar un paseo a caballo. Al primero le sorprendió que no tuvo que insistir mucho. Apenas dijo:

–Will, ¿vienes...?

–¡Sí! –exclamó William, y ya había salido corriendo a por su plumífero negro.

Troy se quedó mirando al pasillo con el ceño fruncido. Harold dijo que a lo mejor William estaba perdiéndoles el miedo a

los caballos, pero él no estaba tan seguro de que aquella fuera la verdadera razón. Y si lo era, no debía ser la única. Todo era muy raro.

En todo caso, allí estaban los dos. Troy había ensillado a Storm y a Star, como la otra vez. Los animales parecieron ilusionados con la perspectiva de salir un rato de la cuadra. El invierno debía haber sido muy duro también para ellos.

El sol ya había empezado a descender cuando salieron. Troy le había prometido a su novio que en esta ocasión no haría ninguna carrera, y pensaba cumplirlo. De todas formas, el terreno tampoco se prestaba mucho a ello. Había barro en muchos lugares y la hierba era escasa y estaba mojada. Un tropezón o un resbalón en mal sitio podrían ser fatales, tanto para el caballo como para el jinete. Y Troy solo pretendía pasear, no hacer deporte de riesgo. De modo que se limitó a conducir tranquilamente a Storm de camino al prado y a dejar que Star le siguiera.

William no habló mucho durante el trayecto. Iba sentado en su silla, con el abrigo cerrado hasta la barbilla, el ceño fruncido y la expresión abstraída, como si estuviera pensando mucho. Troy no podía saber en qué. ¿Tendría que ver con Harold?

–¿Te apetece que veamos la puesta de sol? –preguntó, volviéndose para mirarle–. No mucho rato porque hace frío. Pero si quieres...

William levantó la vista.

–Sí –dijo simplemente.

–Mira. –Troy señaló un poco más adelante–. Ese sitio podría estar bien, ¿no te parece?

–Vale.

De nuevo, esto de estar de acuerdo en todo era muy extraño

en William. Troy empezó a sentir una vaga intranquilidad en la barriga. ¿Se estaría preparando alguna bronca? ¿Qué le pasaba a su novio?

Se apresuró por llevar a Storm al lugar que le había llamado la atención. Se trataba de la cima de un pequeño terraplén que culminaba una elevación del terreno. Desde allí se veían los campos bajo ellos, el horizonte a lo lejos, y el sol descender entre la bruma.

Apenas llegaron al terraplén, Troy detuvo su montura, desmontó, y fue a ayudar a William a descender de la suya. Los dos se sentaron en un pequeño parche de hierba que el sol había calentado apenas durante el día. Al invierno le costaba irse. El deshielo estaba muy avanzado, pero todavía había parches de nieve aquí y allá. Se veían como manchas blancas sobre el marrón de la tierra.

El día había estado gris. La bruma no se había disipado del todo en ningún momento, y la tarde era igualmente triste y melancólica. Aunque habían empezado a salir ya las primeras flores en algunos lugares, el ambiente era todavía más propio de invierno que de primavera.

–Esto va a estar precioso de aquí a un mes –dijo Troy, apoyando los codos en las rodillas–. Qué pena que para entonces estemos liados con otras cosas.

–Di la verdad –contestó William–. Te encantaría poder quedarte a vivir aquí para siempre.

–Pues no. En realidad, no. Me gusta vivir en Nueva York. Y me gusta nuestra vida. Si tuviera que vivir siempre aquí, creo que acabaría por aburrirme. Es solo que... Algunas veces se agradece el cambio.

–Entiendo.

Troy miró a su chico con curiosidad. El tono de William no parecía enfadado. Pero después de la última palabra, volvió a quedarse pensativo. ¿Por qué?

–Will, espero que no te moleste...

–¿El qué?

William se puso de pronto tenso, mirándole de través como con aprensión. Lo único que se veía de su cara, entre la melena suelta por arriba y el plumífero por abajo, era su nariz, con la punta colorada por el frío, sus ojos negros, y el brillo de las varias argollas de plata que llevaba en ambas orejas.

–Pues... He observado que Harold ya no parece caerte tan mal –explicó Troy, sin saber muy bien cómo entrar en materia–. ¿Es de verdad?

William se encogió de hombros.

–Digamos que en este momento no me cae ni mal ni bien. Estoy tanteando el terreno.

–¿Por qué?

–Bueno, me gustó mucho el detalle de que nos preparase un cuarto para los dos, ya te lo dije.

–¿Solo por eso? –Se asombró Troy.

–Y también... Tú no te das cuenta. Pero desde fuera parece más un padre para ti que un amigo. Y tengo curiosidad. Quiero conocerle.

–¿Un padre?

–M-m.

–No lo comprendo. Yo ya tengo un padre. Está vivo y sano,

gracias a Dios. En Charleston.

William metió las manos entre sus muslos para calentarlas, diciendo:

–A veces nuestra verdadera familia no es la biológica. Yo también tengo un padre. Pero no puedo contar con él, ¿verdad?

Cierto. William sabía de eso más que nadie. Troy bajó la vista a sus manos. Se preguntó si estaba siendo desleal hacia sus padres por haber venido aquí en lugar de ir a Charleston. Antes de salir había estado demasiado absorbido por su problema con William como para planteárselo. Y luego habían ocurrido otras cosas. Pero ahora...

–Troy, hay una cosa importante que tengo que decirte –habló William, a media voz, muy serio.

Troy volvió a mirarle.

–¿De qué se trata?

–Seth estuvo hablando conmigo esta mañana. Me contó el verdadero motivo por el que querías venirte solo al rancho.

Troy sintió una vez más la desagradable presión de la ansiedad en la boca del estómago.

–¿Y cuál es, según él?

–Que te tengo agobiado. –William volvió a encogerse de hombros–. Yo no me había dado cuenta, pero por lo visto, desde fuera la cosa es bastante evidente.

–Joder...

–Troy. –Los ojos negros de William le clavaron una mirada penetrante–. ¿Por qué no me lo has dicho?

Troy resopló. ¡Demonios, qué pregunta!

–Porque no quería herirte, y... En realidad la culpa es mía, supongo. Nunca he tenido novio, y yo...

–Sí, sí, lo comprendo. Eres mayor y necesitas otro ritmo, tiene todo el sentido. En verdad, no sé cómo no me he dado cuenta antes.

–¿Mayor?

–Sí. Mayor que yo. Acabas de cumplir los veintiséis, cariño.

–Lo recuerdo, créeme.

–Y no pasa nada, ¿eh? Te digo que lo comprendo. Si eso es lo que necesitas, eso tendrás, faltaría más. Yo solo digo que podrías habérmelo dicho, en lugar de organizar todo esto.

–Pero...

–No querías herirme, lo entiendo. Tú siempre tan considerado...

William se estiró hacia él, con la clara intención de darle un besito en los labios. Pero en el último momento, se contuvo y se echó atrás diciendo:

–Ah, es verdad. Te agobia. Perdona.

Y volvió la cara hacia el prado. Troy chasqueó la lengua murmurando:

–Asaré a Seth a fuego lento...

William le miró con la cara de la incomprensión absoluta.

–¿Por qué? –dijo–. Desde mi punto de vista, ha hecho muy bien. –Asintió–. Las cosas hay que hablarlas, mi vida. Y si tienes

un problema...

–Tengo un problema, exacto. Ya te lo he dicho. Y tú no tienes nada que ver en él.

–Troy, soy adulto. No me voy a ofender por esto.

Troy lo ponía en duda.

–¿De veras? –preguntó.

–Sí, cariño, ya te digo. Eres mayor. Lo comprendo.

Troy suspiró y murmuró:

–No sé si sentirme agradecido de que lo comprendas, u ofendido por lo de “mayor”.

–Siéntete aliviado, mi vida, porque desde hoy no habrá nada de sexo.

–Pero...

William negó con la cabeza, tajante.

–Ni un poquito. Prometido. Tengo que cuidar de ti.

–Pero si el sexo no es lo que...

–Troy, no me da la gana de que me dejes porque te he querido demasiado.

–Pero si nunca he pensado en dejarte...

–Por si acaso.

Troy guardó silencio. ¿Cómo se suponía que debía tomarse aquello? ¿Debía dar saltos de alegría? ¿O por el contrario, William esperaba que le suplicara sexo a todas horas? ¿Y qué sentía él?

La verdad es que no sabría decirlo. Se sentía confuso. No tenía muy claro qué quería decir William con eso de “otro ritmo”, ni en qué iba a cambiar la relación.

–De modo que nada de sexo... –dijo.

–Ni un poquito –repitió William, negando otra vez.

–Y no es porque estés enfadado...

–En absoluto, cariño. Es para que descanses y recuperes fuerzas.

Troy sintió un suave relincho a su espalda. Storm vino a hacerle un mimito en la cabeza con el hocico. Troy le acarició la punta de la nariz y le dijo:

–Sí, pequeño. En seguida volvemos a casa.

William le miró con cara rara, soltó una risita entre dientes, y no dijo nada. Volvió a mirar al prado.

–¿Y el descanso durará hasta cuándo? –preguntó Troy.

–Hasta que se te haya pasado el agobio, por supuesto –dijo William, muy seguro. Y chasqueó la lengua, murmurando–: ¡Quita!

Troy se dio cuenta de que Star se había acercado a su propio jinete, seguramente para hacerle otro mimito. William trató de apartarle, haciendo un gesto hacia atrás con el brazo y protestando:

–¡Vete, hombre! ¿No ves que estamos hablando? Caballo impaciente...

Ahora fue Troy quien se rió.

–Quiere que le acaricies. Así, ¿ves?

Hizo una demostración gráfica, rascando un poco la nariz de su propia montura, que seguía a su lado. William rezongó:

–Yo no soy como tú. No quiero acabar con la cara llena de babas de caballo.

–¡Eh! ¡No tengo la cara...!

Troy se dio cuenta de que Star estaba empezando a masticar los rizos de William y le hizo un gesto con la mano, poniéndose en pie.

–¡Cht! ¡Star! ¡Atrás, hombre! ¡Eso no se come!

–¿Qué?

William levantó la cabeza, se vio la cara del caballo a pocos centímetros de la suya, se levantó de un salto y salió corriendo, gritando:

–¡Qué fuerte! ¡Que a ti te hagan cariños y a mí quieran comerme el pelo es lo máximo, Troy! ¡Muy fuerte, de verdad!

Troy sujetó a los dos caballos por la brida. Palmeó la cara de Star.

–Tienen prisa por volver –explicó–. Saben más que nosotros. El sol se ha puesto ya.

Señaló al horizonte con la barbilla. Mientras hablaban, el sol se había metido totalmente entre la bruma, y ahora era una mancha anaranjada cerca de la línea de los campos. A sus espaldas, el cielo estaba totalmente oscuro y en la casa había muchas luces amarillas.

William se acercó, tirándose del pelo para tratar de vérselo, con cara de asco.

–¿Se ve muy mal? ¿Me ha comido mucho?

–No te ha comido nada.

–Mira que confundir mi pelo con paja...

–Verdad, qué cosas. Más que paja, parecen ramas secas.

–¡Eh!

William le dio un empujón en un brazo. Troy se rió. Se inclinó para darle un besito, pero el chico apartó la cara, diciendo:

–No, no, que te agobias.

Y se fue para trepar a lomos de Star, rezongando entre dientes sobre caballos miopes. Troy parpadeó, confuso. ¿Ni siquiera un besito en la mejilla? ¿En esto se iba a convertir el pretendido descanso?

Pues no estaba muy seguro de que fuera a gustarle, no...

***

–Lo hemos pasado bien, ¿verdad? –dijo Troy, apagando la luz –. Ha sido divertido, eso de jugar a las cartas todos juntos.

–Sí. Y eso que yo estaba lleno y empezó a entrarme el sueño –contestó William. Sus ojos brillaban en la penumbra–. Melinda nos está cebando como a cerdos.

Troy anduvo a tientas en dirección a su voz y su silueta, comentando:

–La cena ha sido deliciosa.

–Como todo lo que cocina esa mujer, Troy. ¿De qué te asombras?

Troy soltó una risita, metiéndose en la cama. Suspiró agradecidamente. Sentía esa clase de cansancio sano que hace que uno agradezca caer en una cama cómoda y calentita y dormir toda la noche de un tirón. Se estiró.

–Harold dice que nos tiene reservada una sorpresa para mañana –dijo, con un pequeño bostezo–. Me pregunto qué será.

–Espero que no haya que ir a caballo –gruñó William, dándose la vuelta para acomodarse buscando su cuerpo con el suyo, como hacía todas las noches.

Troy se rió.

–No le guardes rencor a Star. El pobre animal no sabía lo que hacía.

–Ya. Pues espero que le haya gustado el sabor del acondicionador. El puñetero me llenó de babas y he tenido que lavarme la cabeza por segunda vez en el día de hoy.

Mientras hablaba, William envolvía el cuerpo de Troy con el suyo, abrazándole con brazos y piernas. De pronto, se interrumpió. Pareció recordar algo y chasqueó la lengua para sí, contrariado. Se apartó diciendo:

–No, no, que no quieres.

Troy rodeó sus hombros con un brazo. Le retuvo. Le atrajo de nuevo hacia sí.

–Will, claro que quiero.

–¿De verdad? Mira que no quiero agobiarte...

–Te prometo que no me agobia que me abraces.

William cedió, no muy convencido, y volvió a apretarse contra él y a apoyar la cabeza en su hombro, diciendo:

–No sé, Troy. Todo esto es muy raro y no sé a qué atenerme. No quiero molestarte, o...

–Por favor, ¿podemos olvidar esa tontería y mirar las estrellas? Hay muchísimas esta noche.

Sí. Ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad, podía ver el ventanal frente a ellos y lo que había más allá. Los campos se habían convertido en sombras negras, y los árboles parecían dibujados con tinta china. La niebla se extendía a ras de suelo, pero en el cielo parpadeaban cientos de estrellas.

–¡Qué bonitas son! ¿Verdad? –murmuró–. En casa no podemos verlas.

–M-m.

Troy le hizo un mimito a la cabeza de su compañero con su nariz.

–Qué bien hueles –ronroneó.

–He tenido que lavarme el pelo, ya te digo –contestó William en voz baja.

–Te quiero mucho.

Troy sintió una caricia suave y fugaz en una de sus clavículas. ¿Un beso? La voz de William cuchicheó:

–Y yo a ti, so tonto.

Troy le abrazó con las dos manos. Soltó una risita.

–Así que soy "mayor", ¿no? –dijo.

–No sé. ¿Lo eres?

–Yo creo que no.

–Pues yo creo que sí.

–¿Eso significa que esta noche no hay besito?

–No.

–¿Y no jugamos a los chicos malos?

–No.

–¿Y no...?

–No, Troy. Hoy toca ser niños buenos, mirar las estrellas y dormir. Venga. –Y William murmuró para sí–: Quién me iba a decir a mí... Anda, a ver si se te quita pronto el agobio, porque vaya tela.

Troy sonrió. Los ojos se le cerraron solos. Estaba calentito, cómodo y feliz. Casi sin darse cuenta, se quedó dormido.

Capítulo 8

A la mañana siguiente no hubo desayuno opíparo en la cocina. Cuando los chicos se levantaron, Melinda y Harold estaban terminando de preparar una gran cesta de picnic, en la que llevaban entre otras cosas, un termo de chocolate caliente y una fiambrera con churros recién hechos. Harold dijo que era todo para comerlo en el lugar que querían mostrarles, y los chicos se apresuraron por abrigarse bien para salir cuanto antes. Estaban intrigadísimos. Y muertos de hambre. El olorcillo que salía de la cesta era de lo más apetitoso.

–Melinda, tus comidas son deliciosas –dijo Seth cuando ya estaban todos en la puerta de la casa, listos para salir.

Desembarazó a la mujer del termo, que no cabía en la cesta, y

lo tomó entre sus dos manos, añadiendo:

–No sé los demás, pero yo voy a regresar a casa el doble de gordo de lo que salí.

–¡Oh, vamos! –Se rió Melinda.

–Yo también. Es que todo está riquísimo –dijo William.

–Y Austin es un pinche de cocina estupendo –bromeó Troy, dándole una palmada en el hombro a su amigo.

Los chicos se sorprendieron mucho cuando vieron que Harold había sacado su todo terreno para llevarlos.

–¿Tan lejos está ese sitio tan misterioso, Harold? –preguntó Troy.

–No. Pero hace frío. Y esto es una excursión para pasarlo bien, no quiero que os canséis. Además, vamos cargados. ¡Subid! ¡Vamos!

Mientras se instalaban en el vehículo, un poco apretujados en los asientos traseros, vieron que Harold había metido en él varias mantas de cuadros, bien dobladas, suaves y esponjosas.

–¿Y esto, Harold? –preguntó Austin.

–Es para que no paséis frío –explicó el productor, arrancando el motor–. No quiero correr el riesgo de que pilléis un catarro.

Y sin más se pusieron en marcha.

Los chicos se pasaron todo el camino haciendo conjeturas, a cual más descabellada, acerca del lugar a donde se dirigían. Melinda y Harold, sentados delante, no paraban de reír.

Al fin, después de un breve paseo en coche por los terrenos del rancho, Harold paró el motor otra vez y anunció:

–¡Hemos llegado!

Los cuatro muchachos se apresuraron por bajar, empujándose unos a otros, y soltando exclamaciones de asombro.

El coche estaba detenido junto a lo que parecía ser una pequeña cueva, excavada en una elevación del terreno. Había asientos labrados en la roca formando un semicírculo en torno a un agujero en el suelo, bordeado de ladrillos vistos. Una guirnalda de bombillas adornaba el techo, a salvo de los elementos.

Una vez sentados, descubrieron que tenían una hermosa vista de un estanque ante ellos, rodeado de césped verde brillante. Varios grupos de árboles al fondo formaban un pequeño bosquecillo. El conjunto era un rinconcito coqueto y acogedor.

Resguardada en un lugar destinado al efecto bajo los asientos, había un montón de leña. Harold comprobó que estaba seca, y procedió a colocar algunas ramas en el agujero de ladrillo. Los chicos se apresuraron a ayudarle.

–¡Una hoguera! –exclamó Troy–. ¡Qué buena idea!

–Si tenías pensado hacer un fuego, ¿para qué querías las mantas? –preguntó Seth.

–Porque aquí hace bastante frío, tan cerca del estanque –explicó Harold–. Ahora no os dais cuenta, porque os estáis moviendo, pero ya veréis cuando estemos sentados... ¿Se ha enfriado el chocolate, Melinda?

–No –contestó ella, mientras lo iba sirviendo en tazas de latón–. Está en su punto.

–Ah, menos mal. William, ¿puedes ir al coche a por las mantas? Seth, tú tráeme las cerillas, anda. Están allí.

Harold señaló con la cabeza uno de los asientos. William y

Seth corrieron a obedecer.

Austin dejó de cargar leña y empezó a mariposear alrededor de Melinda, limpiándose las manos rudamente en su pantalón. Troy se arrodilló junto a Harold, haciendo una bola entre sus manos con ramitas secas y algo de paja que había encontrado entre la leña.

–No sabía que hubiera un sitio tan estupendo por aquí –comentó–. William y yo estuvimos ayer más al norte.

–Sí. Campo abierto, ¿no? –Sonrió Harold.

Troy también sonrió, encogiéndose de hombros. Harold apoyó un codo en una rodilla y explicó:

–Tenemos este rinconcito desde hace un par de años. El momento ideal para venir es primavera y otoño, ya sabes. Sobre todo por la tarde. Pero ya que estabais aquí... Bueno, queríamos que lo vierais.

–¡Es precioso! –exclamó Troy–. Me encanta, Harold.

–Me alegro, hijo.

Harold volvió a sonreír, dándole una palmadita en un hombro. Troy bajó la vista, un poco avergonzado. Otra vez estaba aquí esta curiosa sensación de conexión que solo notaba cuando compartía cosas con este hombre. ¿Sería esto lo que se sentía al estar en presencia de un padre?

El pensamiento le creó un agradable calorcito en el pecho. Pero casi en seguida, notó también una incómoda y vaga sensación, mezcla de tristeza y culpa.

Como le dijo ayer a William, su padre estaba vivo. Troy había tenido la suerte de poder conocerle y de poder crecer a su lado. ¿Por qué nunca había sentido con él nada parecido a esto?

–¡La comida ya está! –anunció Melinda–. ¿Le queda mucho a esa hoguera?

–¡No! –exclamó jovialmente Harold–. ¡Ya casi está también! –Y le habló a Troy, señalando con una mano–. Mira, coloca eso ahí, en todo el centro.

–Será lo primero que prenderemos, ¿verdad? –preguntó el chico con ilusión.

–Exacto. ¿Sabes hacer hogueras?

–Sí. Mi tío Andy me enseñó cuando era pequeño.

–Muy bien. Así está perfecto, Troy. Sujétalo con cuidado. Yo me ocupo de las cerillas. Tu tío Andy parece ser un tipo muy interesante. Tienes que presentármelo algún día.

Troy se rió.

–No sé si podré. Nunca ha salido de Texas.

Las ramitas secas prendieron fuego en seguida. Harold colocó la llameante bola de ramas y paja en el centro de la leña, y empezó a soplar para avivarla. Pronto tuvieron delante una pequeña hoguera, que chisporroteaba y saltaba, lamiendo las ramas que había en el agujero. Austin y Seth soltaron exclamaciones de alegría.

–¡Buen trabajo, Troy! ¡Ya tenemos nuestra hoguera! –exclamó Harold, ayudándole a levantarse.

Troy sonrió, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo. Alzó la cabeza, y sus ojos tropezaron con los de William. Estaba de pie, al otro lado del fuego, con las mantas cargadas en los brazos. Le miraba con una expresión indefinible, entre ternura, admiración y orgullo. Al ver que Troy le miraba a su vez, bajó la vista y se fue a reunirse con los demás en la cueva.

Troy se quedó por unos instantes de pie, junto al fuego. Las llamas iban ganando fuerza y altura rápidamente. Ahora ya era más una hoguera en condiciones. Alegraba el corazón verla, iluminando de naranja y dorado la pequeña cueva, mientras fuera el mundo era aún pálido y gris y los campos estaban medio adormecidos por el invierno.

Pero Troy notaba un calorcito distinto en el pecho. La mirada de los ojos de William había hecho que se le acelerase el corazón un poquito, y le habían bailado mariposas en el estómago. Era una sensación agradable y curiosa, y que él supiera, no la había sentido nunca antes.

¿Sería esto lo que se sentía cuando uno estaba enamorado? Y no menos importante. ¿Lo habría sentido William también?

***

Minutos más tarde, estaban sentados todos juntos en el semicírculo de piedra. Harold estaba en un extremo, junto a Melinda. Luego iban Austin, Seth, William y por último Troy. Se habían abrigado con las mantas y estaban disfrutando del fuego y de un delicioso desayuno.

–Troy es un verdadero cowboy –comentó Austin, masticando churros con entusiasmo–. No me sorprendería nada que cuando digamos de volver a casa, nos diga que nos vayamos sin él.

–¡Venga ya! –dijo Seth–. ¿Y va a separarse de su coche? ¿O de William? –Sacudió la cabeza–. No lo veo, chico.

–Claro que no –contestó William–. Troy es de los nuestros, ¿verdad?

Se volvió hacia él, y otra vez sintió Troy esas extrañas mariposas en la barriga. Sonrió ampliamente.

–Sí –dijo–. Pero este lugar me ha encantado. ¿Podemos venir mañana Will y yo, Harold? Me gustaría hacer unas fotos.

–¿Cómo? –exclamó Austin–. ¿No te has traído la cámara? Desde luego, jefe...

–¿Qué? ¡Yo no sabía que íbamos a venir a un sitio tan fantástico!

–¡Pero había que hacer las fotos hoy, hombre! A la hoguera, a nosotros...

–¿No has oído lo que ha dicho? –interrumpió Seth, con una sonrisita–. Quiere volver mañana solo con William. Algo me dice que para Troy la hoguera, tú y yo somos algo secundario, amigo.

Harold y Melinda se echaron a reír, mientras Austin hacía un puchero, de broma, y Troy bajaba la vista hacia su taza de chocolate, sin saber dónde meterse de la vergüenza. Por suerte para él, escuchó a Harold decir:

–Chicos, podéis venir cuando queráis. ¿Me oís? Y Troy, si enciendes un fuego, acuérdate de apagarlo bien antes de irte, eso es todo.

Troy asintió con la cabeza, muy serio.

–Descuida, Harold. De todas formas, mi idea era solo hacer un par de fotos, al estanque y demás. No quería hacer fuego. Puedes quedarte tranquilo en cuanto a eso.

–Como quieras, hijo.

Harold dio por terminada la conversación, volviéndose para servirse un poco más de chocolate del termo. Austin y Seth discutían por ver quién se comería el último churro, mientras Melinda decía que había para todos, y sacaba de la cesta una jarra de galletas caseras.

Troy miró a William y le murmuró:

–¿Te gustaría volver aquí conmigo mañana?

–Si tú quieres, sí –contestó William, y tomó un sorbo de chocolate con cuidado.

Debía tener mucho frío. Llevaba su plumífero, el cabello suelto sobre los hombros, y se había tapado las piernas, el regazo y la barriga con una de las mantas. Sujetaba la taza con las dos manos, como si quisiera calentárselas. Su piel estaba muy blanca, salvo por un leve tinte rosado en las mejillas. Su voz grave contrastaba mucho con sus rasgos tan delicados y con sus manos, de dedos largos y elegantes. Para Troy era el hombre más hermoso del mundo.

Sintió deseos de besarle, pero le dio vergüenza hacerlo delante de Harold y de Melinda, así que no lo hizo. Además, a saber cómo se lo iba a tomar William. Después de lo de ayer, las cosas estaban un poco raras entre ellos. Pero no parecía para mal.

Mientras se terminaba su chocolate, Troy se preguntó...

¿Cuánto tiempo sería capaz William de prolongar el "descanso" de sexo y de besos?

Y de pronto, una idea perversa se le vino a la mente.

¿Podría William cumplir el "descanso", incluso si él se atrevía a provocarlo un poquito? La tentación de poner a prueba la fuerza de voluntad de su novio era demasiado intensa. Y eso que tal vez no estaba bien que lo hiciera, porque al fin y al cabo, había sido él quien estaba necesitado de descanso aquí...

Pero es que ver esta cara tan bonita mirándole con los ojos grandes de deseo y de frustración a partes iguales debía ser algo delicioso. William era el seductor, el que jugaba a tentarle constantemente. ¿Qué se sentiría al conseguir tenerlo seducido?

La idea era irresistible para Troy. Había llegado a su mente y ahora no quería irse de ninguna de las maneras. Pero tenía un problema...

William era el pervertido aquí, sí. El que sabía provocar. Troy nunca se había visto en la necesidad de aprender a hacerlo, y además tampoco tenía su clase ni su carácter, así que simplemente, no sabía.

¿Qué podría hacer para tentar a William?

Capítulo 9

Aquella tarde, después de almorzar, William se relajaba recostado en el sofá, leyendo una revista. La había apoyado sobre su pecho para verla mejor, con la cabeza incorporada con la ayuda de un cojín. Estaba solo en aquel momento. Los demás estaban desperdigados por distintos lugares de la casa, atareados con sus propios asuntos.

Estaba empezando a entrarle sueño cuando apareció Troy en el salón. Lo que más le llamó la atención de él fue la cantidad de piel descubierta que pudo ver. De hecho, era tanta, que le hizo levantar la cabeza de su lectura y parpadear un par de veces para verlo mejor.

De repente, se sentía totalmente despejado. Y no se engañaba. Su novio vestía solo sus tejanos negros y sus botas. La piel blanca de su torso descubierto destacaba mucho en este salón extraño. Y más con lo friolero que era Troy, y además que no estaban precisamente en agosto. ¿Qué podría ocurrirle para andar por aquí de esta guisa?

–¿Y esa ropa? –preguntó William, mientras Troy se paseaba arriba y abajo, con aspecto de estar buscando algo.

El cantante hizo un gesto vago con la mano en dirección a su novio al añadir:

–O más bien la falta de ella, debería decir...

Troy interrumpió su búsqueda, le miró y sonrió.

–Estoy ayudando a Harold y a Austin a cortar leña para encender la chimenea esta noche.

–Ah.

William retomó su lectura. Escuchó los pasos de Troy abandonar la habitación y le echó una ojeada de través para permitirse el placer culpable de contemplar su espalda y sus hombros. Qué bueno estaba este hombre, por favor...

Cuando le hubo perdido de vista, el cantante volvió su atención a la página que tenía ante sí. Pero apenas había leído una línea, escuchó nuevos pasos que se acercaban. Y por el sonido... ¿Sería posible que fuera Troy otra vez?

Levantó la mirada. Y sí, allí estaba su novio, en toda su gloriosa masculinidad, paseando por delante de él mientras miraba por los muebles y encima de la mesa, diciendo:

–No habrás visto mi paquete de tabaco, ¿verdad?

¿Paquete? Los ojos de William se fueron de forma involuntaria al que se adivinaba entre las piernas de Troy, bien guardadito dentro de sus tejanos. ¡Ah! ¡Eso sí que era un buen paquete! Tenía todo lo necesario, con el tamaño adecuado, la forma ideal, el tacto...

Interrumpió sus pensamientos calenturientos. Troy le estaba mirando. Sin duda esperaba una respuesta. Y el paquete de delante no era el único digno de mención. Por detrás también había cosas que ver...

William carraspeó y volvió a clavar los ojos en la revista, diciendo, con aire despreocupado:

–Lo llevas en el bolsillo trasero del pantalón, cariño.

–Ah, es verdad. Gracias.

Troy salió otra vez. De nuevo, William se quedó mirándole con el rabillo del ojo. Su chico se llevó una mano al paquete de tabaco para sacarlo y al hacer el movimiento, los músculos de su brazo sobresalieron. Su espalda brillaba, mojada de sudor. Su trasero estaba firme y prieto. Era una maldita tentación andante, el puñetero.

William sacudió un poco la cabeza. Volvió a mirar a su revista y murmuró para sí:

–Este chico y su neurona... Es un despistado. Cualquier día pierde la cabeza. Menos mal que me tiene a mí, porque si no...

Aún no había terminado la frase cuando Troy regresó al salón, con un cigarro encendido entre los labios. Miró a William, que le miró a su vez desde debajo de sus rizos con cara de pez, y dijo:

–Will, ¿no estás incómodo de esa postura? Se te va a quedar el cuello tieso.

"¿Tieso?", pensó William. "El cuello no sé, cariño, pero si no te tapas pronto, hay algo por debajo de mi cintura que sí que quiere ponerse tieso. Y no debe, porque tú estás de descanso. En barbecho, como decís la gente de campo. Aunque yo no sé muy bien si tú eres realmente de campo, o solo un cowboy adoptivo. Y tampoco me importa mucho, si te digo la verdad. ¿Cómo va a importarme, si me pones por delante ese pecho? Mira qué pectorales, hijo de puta... Marcados, firmes... ¿Y esas clavículas preciosas que tienes? ¿Y esa barriga, sin un gramo de grasa? Estaría mordiéndote el ombligo hasta hacerte pedir clemencia..."

William volvió a carraspear. Bajó la vista a su lectura, aunque le costó lo suyo porque las letras negras sobre fondo blanco eran lo más insulso del mundo, comparado con el despliegue de feromonas que tenía de pie ante él. Lo pensó un instante y al fin, le increpó:

–Pero vamos a ver. ¿Tú estás cortando leña de verdad, o reuniendo papeletas para pillar un catarro? Porque vamos, aún hace frío para esas pintas...

William no quería, por su alma. Quería ser fiel a su promesa. Quería ser bueno y no montar un espectáculo de lujuria y desenfreno en el salón de la casa de Harold, entre todos los lugares del mundo. Quería darle descanso a Troy y todas esas cosas...

Pero al decir la última frase, hizo otro gesto con la mano en dirección a su compañero y los ojos se le fueron solos a su pecho otra vez. Ay, es que ese pelo que lo cubría le marcaba mejor los músculos y la línea del esternón, y también estaba mojadito, y... ¿Pero qué le estaba haciendo este hombre, por todo lo sagrado?

Para su sorpresa, como si no hubiera tenido bastante con la exhibición que ya le había dado, Troy echó los hombros hacia atrás, sacó pecho (aún más, sí, ains) y dijo:

–¿Qué pasa? ¿Te pongo nervioso?

William frunció el ceño. La mano que sujetaba la revista clavó las uñas en ella, en un esfuerzo desesperado por continuar reteniéndose.

–Sí, la verdad –contestó–. Me has interrumpido tres veces. Y solo con pensar en tener que hacer de enfermera, me dan escalofríos, y no de felicidad precisamente. ¿Quieres abrigarte de una vez?

Troy no pareció para nada ofendido ni impresionado por su retahíla. Por el contrario, dejó escapar una risita tonta y se marchó

otra vez, murmurando:

—¡Le pongo nervioso! ¿Quién lo diría? Si es él quien me pone a mí...

William se quedó mirándole marchar con una ceja levantada, pensando: "Pero, ¿qué demonios le pasa a este? ¿No estaba tan agobiado? Porque vamos, está pidiendo guerra con ese cuerpo que le ha dado el Señor... ¿Y qué habrá querido decir con eso? Desde luego, no hay quien entienda a Troy..."

No. Y sus partes empezaban a estar necesitadas de atención, después de tanto coqueteo y tantas idas y venidas. Era imposible concentrarse otra vez en su lectura. La visión del torso de su novio, su paquete y demás continuaba paseándose por su mente, acompañada de otras nuevas e igualmente estimulantes. Por ejemplo, Troy con la cabeza hacia atrás, todo abandonado por el placer... O la voz grave que se le ponía cuando estaba excitado... O el tacto de su erección bien dura entre sus nalgas...

William chasqueó la lengua y soltó un pequeño juramento entre dientes, frustrado, mientras dejaba caer la revista sobre su pecho.

No había nada que hacer. Tendría que irse al baño a darse un alivio rápido, o de lo contrario las imágenes mentales no iban a dejarle en paz en todo el resto de la tarde.

Una vez más, ¿qué le habría dado a Troy para provocarle así, a ver? No se habría picado por haberle dicho que era "mayor", ¿verdad? Porque vamos, este era capaz...

¿Pretendía seguir así durante todo el tiempo que durase el barbecho? ¿Y cuánto tiempo podría aguantar William? A juzgar por el estado en que estaban sus partes, poco...

Se levantó, con un suspiro de resignación, y se fue al baño. No estaba muy seguro de que esto de darle un descanso a Troy

hubiera sido una buena idea...

***

Troy no sabía coquetear. Se esforzaba y ponía de su parte, pero decididamente, no era lo suyo. Era un hombre demasiado rudo, demasiado ingenuo, demasiado bueno, demasiado... William no sabía qué era. Lo que sí sabía era que a Troy no se le daba bien provocar. Que era muy poco sutil, vaya.

Y esta tarde lo estaba demostrando a base de bien. Por segunda vez, había que añadir.

El sol hacía rato que se había puesto del todo. La cena ya estaba lista, y la chimenea encendida cuando Harold propuso que si querían, podían probar la pequeña sauna que tenía en un lateral de la casa, para abrir boca, por decirlo de alguna manera. Explicó que les relajaría y les daría hambre. Y que después de haber sudado, haber comido y haber pasado un ratito de charla escuchando música frente a la chimenea, aquella noche dormirían como bebés.

Ninguno de los muchachos había estado nunca en una sauna, así que la idea les pareció estupenda. Pocos minutos más tarde, estaban los cuatro encerrados allí, dispuestos a sudar la gota gorda.

En efecto, Harold tenía una pequeña habitación de madera adyacente a la casa. La puerta daba al exterior, a un pequeño recodo del río que formaba un estanque junto a la casa. Harold les explicó que para disfrutar de todos los beneficios de la sauna, una vez que uno se había calentado bien, había que salir fuera y tirarse en la nieve o bañarse en agua fría, porque el contraste de temperatura era bueno de alguna manera. La sauna estaba cerca del estanque por este motivo.

William había leído en alguna parte algo de esto, así que no

le sorprendió. Lo que sí le tenía asombrado, y mucho, era la conducta de Troy.

–Chicos, empiezo a sentirme como un pavo la noche de Acción de Gracias –dijo Seth.

–¿Desplumado? –sugirió William.

–No. ¡Asado al horno!

Seth se abanicó la cara con una mano. Inútil, porque el aire de la sauna, húmedo y caliente, se pegaba en todas partes. Además, el espacio era reducido. A duras penas cabían los cuatro.

William se dijo que desde fuera debían ser un conjunto digno de ver, vestidos solo con una toalla a la cintura, empapados en sudor y con las caras coloradas. Desde luego, él no pensaba repetir la experiencia. Demasiado húmeda para su gusto, y no en el buen sentido. Si uno quería relajarse, un cómodo masaje en la espalda debía ser mucho más efectivo que esto, o eso le parecía a él...

Troy en cambio parecía encantado. Reía y bromeaba. Estaba sentado entre Austin y Seth, muy erguido, como para hacerse el valiente, con los hombros hacia atrás para sacar pecho.

–¡Vamos! –exclamó–. ¡No seáis críos! Miradme a mí, ¿m? ¿No soy el mayor? ¿Y me veis quejarme?

Al decir la palabra "mayor" miró a William y sonrió. Y luego rubricó la frase señalándose a sí mismo con las dos manos. Los ojos de William volvieron a adherirse a sus pectorales por su cuenta. Bien marcaditos, sí, así los tenía. Y con los pezones duros, el puñetero. Los pobres estaban llamando desesperadamente a William para que los cubriera con su boca y...

Despegó los ojos a la fuerza de aquel pecho y bajó la vista al suelo, soltando una tosecilla para disimular. Dio gracias mentalmente por el alivio rápido que se había dado esta tarde en el

baño. A saber lo que habría ocurrido ahora si no lo hubiera hecho.

–No sé, jefe –dijo Austin–. Yo empiezo a pensar cosas raras. Melinda lleva dos días engordándonos, y ahora Harold nos mete aquí.

–Exacto. –Seth le señaló con un dedo–. Como a los pavos.

Troy soltó una carcajada, exclamando:

–¡Oh, por favor! ¡Sois increíbles, tíos!

¡Qué guapo estaba cuando se reía! Parecía más joven y más inocente. William se lo comería a besos ahora mismo. Y luego descendería a bocaditos por su cuello y sus clavículas, y...

–Pero la verdad es que esto da hambre, ¿eh? –comentó Austin–. Yo ya tengo un gusanillo aquí...

Se señaló la barriga. Seth le miró de modo sombrío.

–Lo que notas es la guarnición, Tarugo –dijo.

Troy volvió a reír. William apoyó los codos en las rodillas, preguntándose si a uno se le podía poner dura dentro de una sauna. Porque él no sabía de gusanillo, pero cosquillas sí que estaba notando. Y no en el estómago, precisamente. ¡Qué calentón!

–¿Creéis que será malo follar en una sauna? –preguntó.

–Malo, no sé. Lo que debe ser es resbaladizo –dijo Austin.

–Y agobiante. Qué calor... –Seth volvió a abanicarse.

–A lo mejor a partir de cierta edad es malo –aventuró Austin –. A saber si no sube la tensión o algo...

–Hablando de subir... Bueno, algo sí que tendrá que levantarse para poder follar, ¿no? –dijo Troy, con una risita tonta.

Miró a William desde debajo de las pestañas, añadiendo–: Y eso se sube a cualquier edad...

–Pero, ¿qué le pasa a este con la edad? –dijo Seth. Miró a Troy, extrañado–. ¿Te ha entrado complejo? ¿A estas alturas? ¡Pero si ya hace mucho que cumpliste los años!

–Hombre, no hace tanto –corrigió Austin.

–La gente se acompleja antes de cumplir los años, Tarugo. No después.

–Pero, ¿vosotros me veis acomplejado? ¿A mí?

Troy volvió a señalarse a sí mismo, recostándose en su asiento en postura muy masculina. William se sintió dividido entre maldecir la hora en que le dijo a ese botarate que era mayor, y empezar a contar hasta diez para retenerse y no saltarle encima para morderle la boca. Optó por lo segundo. Y por contar hasta veinte, mejor.

–Pues mira, un poquito sí que te vemos, sí –dijo Seth.

Austin le dio un codazo a Troy.

–Eh, jefe. ¿Qué me dices? ¿Vamos juntando valor para salir?

–¿Ya? –dijo William.

Rayos, solo había llegado al quince. Y seguía notando eso inspirado entre las piernas. Tendría que quitarse la toalla para salir, ¿no? ¡Qué problema!

–Alguna vez tendrá que ser, digo yo –contestó Austin–. Me muero de hambre.

–Sí, yo también –dijo Troy.

–Vosotros lo que queréis es comeros el pastel de carne que ha

hecho Melinda –repuso Seth.

–¿Y pensáis bañaros en el estanque de verdad? –dijo William –. Debe estar helado.

Austin se encogió de hombros.

–De eso se trata, ¿no? Del contraste de temperatura, o yo qué sé.

–Pues a mí no me apetece resfriarme, no sé si me entiendes –objetó William.

–Will, es la segunda vez que hablas de catarros en el día de hoy –observó Troy.

–A ver, soy el cantante. Si tú pierdes la voz, no pasa nada. Pero yo...

–¡Oh, no tienes que cantar mañana!

–No. Pero ya conocéis a Max. Es capaz de llamarnos el viernes para decirnos que tenemos una actuación el sábado.

Austin hizo una mueca.

–No me agrada la idea de acordarme de Max, con lo bien que lo estamos pasando.

–Ni a mí –dijo Seth.

–En verdad, a mí tampoco –convino William–. Solo digo que... Bueno, haced lo que queráis.

Hizo un gesto con la mano. Al pensar en Max, su incipiente erección se había venido abajo como por encanto, así que ahora le daba igual tener que salir o no.

Troy suspiró.

–Bueno, ¿nos decidimos?

–No sé, Troy. Como dice William, debe ser una buena impresión bañarse ahora en ese estanque –dijo Seth.

–Yo con tal de quitarme este sudor... –Austin se frotó el pecho con una mano, con cara de estar agobiado.

–Pero, ¿estáis seguros de que uno no se muere por la impresión? –insistió Seth.

–¡Oh, no seas ave de mal agüero! ¡Morirse! –exclamó William–. ¿Pillar una pulmonía? Sí. Pero, ¿morirse?...

–No hables de aves, William. Me siento aún más pavo todavía –contestó Seth, mortificado.

Troy volvió a reír. Se puso en pie.

–Eh, venga, vamos. Que no se pueda decir nunca que somos cobardes.

Austin también se levantó, exclamando:

–¡Estoy contigo, jefe!

Seth suspiró y también se puso en pie, diciendo:

–Cobardes, no sé. Pero locos, seguro.

–Locos calenturientos –murmuró William para sí, mordiéndose los labios mientras sus ojos recorrían por diezmilésima vez la forma de los hombros de Troy.

Suspiró a su vez y dijo:

–Bueno, ya que hay que morir... ¡Sea!

Troy le dio un empujón en un brazo, riendo.

–¡Venga ya, Will!

Se acercó a la puerta y asió el pomo de madera. Se volvió hacia los demás para decir:

–Venga, no penséis en el frío. Pensad solo en que dentro de un momento estaremos cenando ante la chimenea. –Miró todas las caras antes de añadir–: ¿Listos?

–¡Listos! –dijo Austin.

–Al fin y al cabo, hemos hecho cosas peores –añadió Seth.

–Abre de una vez, Troy. Acabemos con esto –concluyó William.

Y pensó para sus adentros: "Abre, o te comeré la boca por fin. Y no te va a gustar, por el tema del agobio que dices que tienes. Pero chico, tanta calentura está acabando conmigo..."

Troy le sonrió ampliamente, casi travieso. ¿Le habría leído el pensamiento?

–Está bien –dijo–. Vamos.

Abrió la puerta con cautela, la empujó suavemente hacia fuera...

Y los cuatro echaron a correr hacia el estanque a la vez, gritando, empujándose unos a otros y resbalándose en el barro.

En el salón de la casa, Harold escuchó alaridos fuera, seguidos de exclamaciones y risas, y sonrió. Levantó la cabeza del periódico que leía, sentado en un sillón, y llamó:

–¡Melinda! ¡Creo que los chicos ya vienen a cenar!

Capítulo 10

Aquella noche Troy no podía dormir. Había cenado demasiado y se sentía pesado y molesto. Además, su mente no podía dejar de repasar las cosas que habían ocurrido la víspera...

Se preguntaba si William habría captado sus indirectas e insinuaciones. Si lo había hecho, desde luego, no había dado muestras de ello. Cuando vinieron a la cama, se había ido directo a su lado del colchón y se había acurrucado allí, hecho una bola, murmurando que estaba reventado y que necesitaba dormir, por favor, que tantas emociones iban a acabar con él. Lo siguiente que Troy había oído salir desde detrás de sus rizos habían sido sus suaves ronquidos.

Se dio la vuelta para ponerse boca arriba. Metió una mano entre su cabeza y la almohada para incorporarse un poco y poder mirar al ventanal, a sus pies. Fuera era totalmente de noche. Había una niebla bastante espesa. Lo único que se veía era la sombra oscura de los dos árboles que tenían más cerca. En el cielo se adivinaba la luz macilenta y pálida de la luna entre los jirones de niebla. Bajo esa luz, las siluetas de los árboles adquirían sombras extrañas, casi fantasmales. Hacía una noche digna de película de miedo.

Pensar esto no ayudaba. Troy retiró la mano de debajo de su cabeza, se tapó bien bajo la manta y miró al techo. Austin le había pedido a Melinda la receta del pastel de carne, pero él estaba seguro de que iba a tardar mucho tiempo en volver a comerlo. Durante la cena solo pensó en lo riquísimo que estaba, pero ahora...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando escuchó un ruidito a su lado, como un gemido. Troy miró a su novio, pero seguía de espaldas a él, así que lo único que podía ver era su cabeza rizada.

El ruidito se repitió, ahora más fuerte. Troy frunció el ceño.

–¿Will? –cuchicheó–. ¿Estás dormido?

No hubo respuesta. Troy dedujo que sí, y prefirió no molestarlo. Cerró los ojos.

Estaba pensando qué clase de fotos podría sacar mañana en la cueva de la hoguera, cuando escuchó otro ruidito, y esta vez William se movió, dando un saltito en la cama.

Troy le miró otra vez. El chico se había dado la vuelta. Ahora estaba boca arriba también, y parecía dormido. Pero no debía estar teniendo un sueño bonito, porque tenía el ceño fruncido en una mueca de angustia y los puños crispados sobre la manta.

"Tendrá pesadillas otra vez", pensó Troy. "Y no me sorprende. Si está haciendo una digestión tan pesada como la mía..."

William volvió a sobresaltarse, moviendo la cabeza y quejándose en sueños. Troy se incorporó un poco sobre un codo. Pobrecillo, parecía estar sufriendo mucho. Se preguntó si debería despertarle.

Alargó una mano para ponerla en su brazo, pero apenas le hubo tocado, William dio un salto, exclamando:

–¡No! ¡No! ¡Dejadme!

–Shh... Cariño –cuchicheó Troy–. Soy yo.

William continuaba sacudiendo la cabeza, muy agitado. Troy le apretó un hombro y llamó con más decisión.

–Will, solo es un sueño. ¡Will, despierta!

William abrió los ojos con una exclamación.

–¡Ah!

Se quedó por unos instantes jadeando, aferrado a la manta con las dos manos, mientras Troy le acariciaba con cuidado la cara y el pelo y le hablaba al oído:

–Eso es, cariño. Ya está. Ya ha pasado todo. Respira...

–Troy...

–Sí, soy yo. Estoy aquí.

–Cielos, qué susto he pasado.

–Lo sé, mi vida. Ya está...

Troy se apretó contra él, rodeándole con un brazo, y le cubrió la mejilla de besitos. William sacudió un poco la cabeza en un débil gesto de protesta.

–Apártate de mí, Troy –murmuró–. Te agobia.

–No me agobia consolarte, cariño. Te lo aseguro –contestó Troy.

William no dijo nada. Se concentró en respirar, mientras se llevaba una mano a la cara para secarse los ojos. Troy le besó la frente, repitiendo:

–Ya está...

–Qué mal, Troy. Ha sido horrible.

–Sí, mi vida.

–Hacía tiempo que no me daban pesadillas como esta, y últimamente...

–Esas cosas van y vienen. No le des importancia.

–¿Te he despertado?

–No. Ya estaba despierto. Anoche cené demasiado y no puedo dormir.

–Ah.

William se agarró al brazo de Troy con sus dos manos y le apretó contra sí.

–¿De verdad no te agobia abrazarme? –murmuró, con la voz seria y serena, pero un tanto temblorosa.

–No, amor. No te preocupes.

–Tengo miedo, Troy.

–¿De qué?

–De perderte.

–No me vas a perder.

–En serio. Hay algo en mí que cansa a la gente. Se van. Me dejan. No sé si es que soy demasiado intenso... A veces he pensado que simplemente estoy condenado a estar solo.

–Eso son tonterías. Hasta ahora no habías dado con la persona adecuada, nada más. Pero ahora ya la tienes, m-m. Y está aquí, contigo.

Troy le besó la mejilla otra vez para rubricarlo. William se dejó hacer, dándole un mimito con los ojos cerrados.

–Te quiero, Troy.

–Y yo a ti.

–Me da miedo que estés conmigo por pena, o porque te sientas obligado o algo.

Troy apoyó su frente en la cabeza de su chico y cerró los ojos a su vez.

–Te aseguro que no me siento obligado a quererte.

–No sé. Te veo capaz.

–Qué cosas tienes... Anda, abrázame.

–¿De verdad?

–Que sí... –Troy sonrió–. ¿Tengo que pedirlo por favor?

William no contestó. Se movió un poco entre sus brazos para tenderse de costado y abrazarle con manos y piernas. Apoyó su frente en la de él y suspiró.

–Qué alivio escuchar tu voz, Troy... Me recuerda que estás aquí, que eres real.

–Yo siento lo mismo. La noche está muy fea ahí fuera. Da miedo. Y escucharte hablar... Bueno, sé que puedo parecer egoísta porque estabas dormido, pero... Me da alivio ahora que estamos despiertos los dos.

William estiró un poco el cuello para mirar al ventanal y murmuró:

–Si te da miedo, podríamos echar la cortina.

–No, no te muevas. Estoy muy bien así, no hace falta.

Troy volvió a buscar la frente de su chico para apoyar la suya en ella, y cerró los ojos de nuevo.

–¿Con qué sueñas, Will? –preguntó.

–¿Qué? –cuchicheó la voz del chico en la oscuridad.

–Las pesadillas. ¿Qué ocurre en ellas?

–No lo sé. Cuando estoy despierto no las recuerdo. Solo la angustia, el pánico...

–¿Tienen que ver con Patrick o con algún ex?

–No lo sé.

–¿Y te han dado antes?

–Sí, hace años. Antes de conocerte a ti. Luego se fueron, o eso creo, y ahora han vuelto.

–Qué rabia... Si al menos supieras de qué van...

–Ya te digo.

–¿Lo has hablado con alguien, alguna vez?

William calló durante unos instantes, como haciendo memoria. Al fin, dijo:

–Recuerdo que cuando empezaron, estaba viendo a un psicólogo. Pero no sé por qué. Tal vez para superar lo de Patrick, no recuerdo.

Troy abrió los ojos. Miró la carita delicada de su chico ante sí. Alargó una mano para acariciarla con cuidado y murmuró:

–Will, ¿qué te hizo ese tío?

Se arrepintió en cuanto lo hubo dicho. No quería saber, o eso se repetía a sí mismo, ¿no era cierto?

De todas formas, William tampoco pudo o quiso dar demasiada información. Se limitó a encogerse de hombros y contestar:

–Dejarme. Como todos.

Y luego se movió para meter la cabeza en el hueco del hombro de Troy, acurrucarse contra su cuerpo y enterrar la cara en su cuello, con un profundo suspiro.

Troy le apretó contra sí con las dos manos, pensativo.

¡Dejarle! ¿Y eso había sido un motivo suficiente para llevar a William a consultar con un psicólogo? ¿Suficiente como para darle pesadillas de por vida?

Aquí había algo más. Y Troy no estaba muy seguro de querer seguir indagando. Pensar en Patrick dolía. Dolía el pasado en general. Lo mejor era dejarlo atrás, donde debía estar.

Besó la cabeza de su chico con cuidado y le murmuró:

–Yo no voy a dejarte, cariño.

William no contestó. Debía estar dormido ya.

***

La pequeña cueva se veía vacía, solitaria y triste sin el fuego y sin sus amigos. Ahora que estaban aquí, Troy se preguntó si de verdad había sido buena idea venir. La mañana estaba gris, y no estaba seguro de que fueran a salir buenas fotos con esta luz.

–En verano tiene que haber mosquitos –observó William.

–No lo creo. El fuego los ahuyenta –repuso Troy.

–Ah. Eso sí.

Troy se volvió para mirar a su novio. Estaba envuelto en su plumífero, de brazos cruzados, como si estuviera abrazándose a sí

mismo. Miraba a la laguna con el ceño fruncido.

–¿Por qué no te pones aquí y te hago una foto? –preguntó Troy, sacando la cámara de su funda.

Para su sorpresa, William sacudió la cabeza.

–Mejor no –dijo.

–¿No ¡Venga ya! ¿Y eso?

–No me apetece.

William hizo un mohín. Troy soltó una risita incrédula.

–¡Oh, vamos! Creo que es la primera vez desde que te conozco que dices que no a una foto.

–Pues ya ves.

–¿Por qué no quieres?

–No tengo ganas, ya te lo he dicho.

–Ya. Y yo no te creo.

William resopló, haciendo ondear uno de sus rizos delante de su nariz.

–¿Por qué no haces la foto que querías hacer ayer, acabamos con esto, y nos vamos sin más? –dijo.

Troy lo pensó un momento. Luego se acercó poco a poco a su novio, preguntando:

–¿Qué te pasa?

–Que no quiero fotos –gruñó William.

–Eso lo he entendido. Pero, ¿por qué no quieres?

–¿Es necesario explicarlo?

–Sí, Will. Soy cortito, qué quieres que te diga...

–Oh, no eres cortito.

–¿Entonces...?

William resopló otra vez.

–Está bien –consintió–. Lo que me pasa es que no quiero posar.

Troy cada vez lo entendía menos.

–¿Y eso?

William se encogió de hombros.

–Me conozco, Troy. Cuando me emociono con las fotos, me pongo a jugar, a tontear...

–Lo sé. Te he visto hacer las poses más artísticas del mundo en el estudio de Roger.

–Y... –William alzó un índice.

–¿Y...?

–Pues que no quiero provocarte sin darme cuenta.

William dejó caer los hombros, vencido, y miró al suelo. Troy soltó un desmayado "Oh..."

Se acercó más, pasó un brazo por sus hombros y le besó con cuidado en la mejilla, murmurando:

–Vamos... No hagamos un problema de esto. El lugar es precioso, y quiero llevarme un buen recuerdo de él. ¿O para qué he traído la cámara, m?

–Pues hazle fotos al sitio, chico. Sin problemas.

–El sitio sin ti no es precioso, Will.

William levantó la vista para mirarle desde debajo de sus rizos, entre asombrado y receloso. Pareció reflexionar durante unos instantes y al fin, dijo:

–¿Me dices esto? ¿Te recuerdo que tu primera idea fue venirte solo y dejarme en casa, en Nueva York?

Troy hizo una mueca.

–Me equivoqué, ¿vale? Si hubiera venido solo, habría estado echándote de menos todo el rato, ya te lo dije el primer día. El campo, la sauna, esto... Cada cosa que viera, iba a recordarme a ti. Y querría compartirla contigo, pero tú no estarías. Ha sido mejor así.

Le besó en la mejilla otra vez, añadiendo, muy bajito:

–Te pido perdón por aquello, Will. Estaba...

–Agobiado, sí. Ya lo sé. Perdóname tú. Me siento inseguro y... Supongo que todo es un problema.

William acarició su mejilla con una mano, mirándole con expresión tierna ahora, como si tuviera delante algo muy hermoso y adorable. Titubeó un segundo, y se estiró para besar dulcemente sus labios, un piquito casto y fugaz.

–¿De verdad quieres que pose para ti? –murmuró.

Troy sonrió.

–¡Vaya frase! Eso ha sonado muy... ¿Cómo diría mi novio? ¿Muy “grr”?

William se rió, y Troy sintió que el calorcito del alivio se extendía por su pecho.

El cantante le dio un empujoncito en un hombro, de broma.

–Tienes un novio muy pervertido, ¿lo sabías? –dijo.

–Oh, sí. Y me encanta eso de él. ¿Te lo he dicho?

William le miró con cara de no creer ni media palabra.

–¿En serio? Pero si tengo entendido que te agobia con tanto sexo...

Ahora fue Troy quien se rió. Miró al cielo para poner en orden sus pensamientos, antes de responder:

–No es culpa de mi novio.

–Ya.

–Es culpa mía.

–Troy, tú y tu manía de culparte por todo...

–No, Will, escucha... Escúchame un momento, ¿vale? ¿Puedo hablar?

William dejó de murmurar para sí, mirando a un lado y a otro, exasperado. Tomó aire profundamente, clavó sus ojos negros en los de Troy otra vez y asintió. Troy también tomó aire para darse valor.

–Mira, he crecido en un ambiente muy conservador –explicó.

William volvió a asentir.

–Lo sé.

Pero Troy sintió que necesitaba añadir:

–Mi padre es Juez, y es miembro de la Asociación Nacional del Rifle.

William parpadeó, perplejo. Troy continuó, mostrando con una mano su chaqueta de cuero:

–Aunque no lo parezca por esto del rock and roll, me han educado en ir a misa los domingos y seguir todas las tradiciones. Mi padre quería que estudiara leyes, como él y mis hermanos. Quería que encontrara una chica buena y sumisa, que me casara y que tuviera cinco hijos. ¡Y mira yo cómo he salido! Oveja negra total, ¿no?

–Joder... –murmuró William.

–Cuando tú y yo empezamos, me sentí... Estaba como en una nube. Me gustas muchísimo, y todo era nuevo, y... Me has enseñado cosas que jamás creí que dos tíos pudieran hacer. Y me sigues enseñando...

Troy sonrió un poco, nervioso. William también esbozó una sonrisita, antes de ponerse serio otra vez. Sus ojos no se apartaban de los de Troy. Había admiración en ellos, y algo más.

William sabía de lo que estaba hablando. William comprendía.

Troy suspiró. Le apretó contra sí y apoyó su cara en la de él.

–Will –cuchicheó en su oído–. No sé lo que tienes que me hace sentir más libre de lo que nunca me he sentido en mi vida. Contigo puedo experimentar, jugar... Ser yo.

William le apretó un brazo con una mano e inclinó un poco la

cabeza para apoyar su mejilla en la suya.

–Tú también me haces sentir libre para ser yo, Troy –murmuró, y su voz sonó extrañamente densa, como emocionada –. Es un regalo que nadie me ha dado nunca antes.

–Pero ahora te sientes inseguro...

–Porque he exigido demasiado de ti. He sido egoísta. Tenía miedo de perderte y... Casi te pierdo de verdad.

William se aferró a los hombros de Troy con las dos manos, le abrazó muy fuerte. Troy cerró los ojos. Se impregnó del aroma a suavizante de su cabello, del tacto de su mejilla fría en la suya...

Muy bajito, murmuró una vez más:

–Will, no vas a perderme.

–No. Claro que no.

William se apartó para mirarle. Sus ojos negros estaban muy brillantes y sus pestañas húmedas, pero sonreía. Acarició la cara de Troy con cuidado y con ternura, añadiendo:

–Encontraremos el punto medio y estaremos bien otra vez, ahora lo sé. Juntos, ¿verdad?

Troy asintió.

–Juntos.

La sonrisa de William se hizo más amplia, ilusionada, y su carita pareció llenarse de luz. Besó dulcemente los labios de Troy. Su boca estaba fría y húmeda, pero la caricia era cálida y sincera. Troy le besó a él a su vez, apretando su mano contra su mejilla con una de las suyas.

El beso fue demasiado breve para su gusto. William se apartó

como a desgana, acariciando su nariz con la suya, y dejándole besitos en las comisuras y en el mentón. Al fin, se apartó del todo y dijo, con un suspiro:

—Bueno, ¿dónde querías que me pusiera?

Troy se le quedó mirando un instante. Era muy evidente que su compañero no quería alargar el momento tierno para no calentarse, y también que le estaba costando la misma vida conseguirlo. Miraba a todas partes menos a Troy, y una de sus manos seguía apretándole el brazo como si alguien se lo fuera a arrebatar de su lado.

Troy se sonrió con ternura. Le besó la mejilla y se apartó también, con un carraspeo. Señaló la cueva con la cabeza.

—Allí, bajo la guirnalda de bombillas. —William se dirigió al lugar—. Y haz alguna pose de las tuyas, ¿vale?

—Te digo que hoy no estoy inspirado —contestó William, haciendo un gesto con una mano.

Troy preparó la cámara y la alzó para buscar el ángulo, diciendo:

—Hablas como si fueras un actor famoso.

—¿Y no es lo mismo? Posar es actuar.

Troy soltó una risita. Levantó la vista al cielo. Parecía que mientras habían estado hablando, la bruma se había levantado un poco y había más luz. Al final, a lo mejor podía sacar una foto decente y todo...

Cuando volvió a mirar a través del objetivo, vio que William ya estaba en posición, apoyado en la pared, con la cintura un poco arqueada para parecer más sexy, y mirando a la cámara con expresión sugerente.

Troy no lo pensó. Sacó la foto, riendo entre dientes. Aquella postura era tan William, que merecía ser inmortalizada.

–¡Genial! –exclamó–. Ahora allí, junto al agujero del fuego.

William se acercó al círculo de ladrillo, murmurando:

–Verás tú... Si vas a hacer que me inspire y todo...

Troy volvió a reír. Esperaba que sí, que se inspirase. Nunca habían jugado a hacerse fotos los dos solos. Todas las que se habían hecho hasta ahora habían sido por trabajo, para los discos y las revistas y demás, y normalmente habían estado los cuatro.

William llevaba meses diciendo que Troy debería tener alguna foto suya en la mesita de noche, o en la cartera. Pero a Troy ninguna le parecía lo bastante buena. Todas las que tenía de William eran de estudio.

Ahora bien, estas fotos de hoy... Estas para él valían más que ninguna otra. Y no porque el fotógrafo fuera él, que al fin y al cabo, no era más que un aficionado...

Es que esto era más que una foto. Esto era Troy y William. Y eso marcaba toda la diferencia.

–¿Así está bien? –preguntó William, arrodillado junto al agujero del fuego, en pose muy masculina, con plumífero acolchado y todo.

Troy disparó.

–¡Perfecto! –exclamó.

Perfecto. William era perfecto, todo él. Y hacía que una foto sacada en un día gris, junto a una hoguera apagada, vestido con un horrible abrigo gordo, fuera una obra de arte.

Capítulo 11

–Will parece estar pasándolo bien. Me alegro. Espero que le ayude a relajarse un poco.

Ya era de noche. Troy estaba con Harold en la habitación que el productor tenía reservada para su colección de guitarras. Estaban rodeados de ellas. Harold tenía cada una colocada en un soporte, bien cuidada y reluciente, lista para ser tocada en cualquier momento. En la pared frente a donde estaban sentados, había un disco de oro y otro de platino, y también fotos y otros premios y reconocimientos, enmarcados como si fueran trofeos.

Había un ambiente diferente en este lugar. Parecía estar aislado del resto de la casa por una burbuja invisible, como si fuera un recinto sagrado. Sin embargo, Troy se sentía aquí más cómodo que en ningún otro sitio. Tal vez fuera por las guitarras. La música tenía un efecto calmante sobre él...

O tal vez fuera por la presencia de Harold.

Sus tres compañeros estaban con Melinda en el salón, jugando al parchís. Desde allí se escuchaban la clara risa de William y las exclamaciones de Seth y de Austin.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Harold–. ¿Ha estado estresado?

–Sí, ha estado muy raro. No me dejaba solo ni un segundo. Me tenía agobiado.

–Normal. Es muy joven. Tal vez se sienta inseguro.

–¡Pero si él dice que es porque yo soy mayor!

Harold se echó a reír. Estaba sentado en un sillón y Troy en el otro. Cada uno de ellos tenía un botellín de cerveza en la mano.

Troy se dijo que estaban para que los grabaran ahora mismo. Parecía la típica escena entre padre e hijo de las películas.

–Entonces, ¿lo has hablado con él? –preguntó Harold–. ¿Sí?

–Sí. Y me ha dicho que no se daba cuenta de que lo hacía.

–Ah.

–Pero ahora está peor, Harold. De repente no sabe cómo tratarme. Y esta mañana ni siquiera quería posar para las fotos. ¿Puedes creerlo de Will?

Harold volvió a reír. Tomó un trago de su cerveza, diciendo:

–Dale tiempo. Ya verás cómo pronto se le pasa y vuelve a ser él mismo.

–Eso espero, la verdad. Yo tengo mis propios problemas, y estas cosas no ayudan.

Harold le miró ahora muy serio.

–¿Y qué problemas son esos? ¿Se pueden contar?

–Es... Son... –Troy titubeó. Hizo una mueca–. Me da un poco de vergüenza hablarte de esto.

Harold hizo un gesto con la mano, tranquilizador.

–Si no quieres, no lo hagas, hijo. Lo que tú necesites.

Troy lo pensó un momento, removiéndose en su silla. Al fin, murmuró, hablando lentamente:

–En realidad, necesito hablarlo. Tú tienes más edad, y tienes mucho mundo. Tal vez tú sabrías decirme... –Se pasó la mano por la frente–. No sé si hago bien contándote esto. Pero pesa ya demasiado.

–¿De qué se trata?

Harold parecía de veras preocupado. Troy se irguió y tomó aire profundamente para darse valor antes de comenzar:

–Verás, me gustan las mujeres.

–¿Ah?

–Pero también me gusta Will. Y no solo él. También otros chicos.

–Comprendo.

–Y eso me hace sentir una mala persona, Harold. Estoy saliendo con Will como si yo fuera gay. Pero, ¿y si no lo soy? Porque a los gays no les atraen las mujeres, ¿no? ¿O sí?

Se dio cuenta de que acababa de vomitarle al hombre su más oscuro secreto y volvió a llevarse una mano a la frente, avergonzado.

–Perdona, Harold –murmuró–. Debes pensar que esto son cosas de críos.

–En realidad, no, Troy. Lo único que pienso es que tienes un problema y que es importante. Te agradezco que hayas sido lo bastante valiente como para contármelo.

Troy levantó la vista. Le miró. La expresión de Harold era seria y atenta, y eso le tranquilizó, en parte. Al menos, no se estaba riendo de él. A lo mejor lo que le pasaba era un problema real, no una tontería de su propia mente. Y si era un problema, debía tener una solución...

–Tú sabes más, ya te lo he dicho –contestó, sintiéndose más seguro–. Y mi familia es muy tradicional, a ellos no puedo preguntarles. Y los chicos asumen que todo está bien, y yo...

–Tú te sientes confuso y culpable, por estar con William sin tener tus ideas claras.

–¡Exacto!

Troy se quedó mirando a Harold, maravillado. El alivio que sentía al haber oído en su voz lo mismo que tenía en su cabeza era indescriptible. ¡Eso quería decir que Harold comprendía! Quizás Troy no era el único en el mundo que se había sentido así alguna vez. ¡A lo mejor Harold podía ayudarle!

–¿Y William sabe algo de esto? –preguntó el hombre, tomando otro trago.

–¡Oh, Will no me hace ni caso! Se lo he dicho, desde luego. Pero, o yo no me sé explicar, o a él le da lo mismo. Ninguna de las veces que se lo he dicho le ha dado importancia.

Harold hizo una mueca de contrariedad.

–Vaya... –murmuró.

–Es muy bueno, Harold. Le quiero mucho. Yo... No quiero hacerle daño.

–Desde luego que no.

–Austin dice que soy como él, que me gusta todo. Pero no me ha aclarado mucho más. ¿Eso puede ser, Harold?

–Por supuesto, hijo.

–¿En serio?

–Sí. Las cosas no siempre son blancas o negras. También pueden ser grises.

Troy parpadeó, confuso.

–¿Qué quieres decir?

Harold se acomodó mejor en su sillón y se tomó un instante para pensar antes de responder:

–¿Te cuento una pequeña historia?

–Am... Claro.

Harold reflexionó otra vez y luego explicó:

–Verás, yo no siempre he tenido la edad que tengo ahora. Y no siempre he estado casado con Melinda.

Le sonrió a Troy, enarcando las cejas. El chico asintió. Suponía que no, claro, aunque seguía sin entender a dónde quería ir a parar Harold, ni qué tenía que ver eso con su propio dilema.

El hombre continuó:

–Ahora puedo decirte que la quiero con locura, y que doy gracias por tenerla. Pero mucho antes de conocerla a ella, había otra persona.

Volvió la vista hacia la pared, al cuadro situado entre el disco de oro y el de platino. Se trataba de una foto enmarcada en la que aparecían dos jóvenes. Los dos tenían el cabello largo y ondulado y llevaban barba, aunque uno era pelirrojo y el otro rubio. Vestían a estilo años setenta, y estaban abrazados. Sonreían mirando a la cámara.

La foto estaba autografiada. Debajo del pelirrojo podía leerse, escrito con rotulador negro: “Fox”. Debajo del hombre rubio, se leía, escrito con el mismo rotulador: “H. Blake”.

Troy había visto antes muchas fotos del dúo musical Blake and Fox. Y siempre había sabido que aquel joven rubio con barba era el propio Harold, aunque al verlo ahora con el pelo blanco y

entradas costara reconocerlo. Pero la mirada que le dirigió Harold a aquella foto hizo que, por primera vez, Troy viera con ojos completamente distintos al pelirrojo Fox.

–¿Fox? –exclamó en susurros–. ¿En serio?

Harold asintió.

–Sí. Fuimos pareja en todos los sentidos, no solo por trabajo.

–¡Oh! –Troy estaba anonadado–. ¡No tenía idea!

Harold volvió a asentir.

–No me sorprende. Poca gente lo sabe. Eran otros tiempos, y preferimos llevar lo nuestro con discreción.

Troy también asintió.

–Lo comprendo. Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué terminasteis?

–Él tenía otro ritmo de vida. Empezó a consumir drogas, alcohol y todo eso. Al principio yo también, eso tengo que decirlo. Pero pronto me di cuenta de que aquello no era lo que yo quería para mí. Si seguía con esa vida, no iba a tardar mucho en acabar muerto. De modo que lo dejé todo. Le pedí a Fox que hiciera un esfuerzo por limpiarse, se lo pedí muchas veces. Pero no quiso.

–Oh...

Harold se quedó por un momento con la mirada abstraída, serio y triste. Troy volvió a mirar a la foto. Ahora sabía el verdadero motivo por el que el dúo se separó y Harold se retiró. ¡Las drogas! Jamás lo habría imaginado.

Como en respuesta a su pensamiento, Harold volvió a hablar.

–Esta profesión es bonita, pero peligrosa, Troy. Los artistas consumen sin medida, y se considera algo normal. Algunos hasta

dicen que solo pueden componer o tocar estando borrachos o colocados. La propia industria lo fomenta todo. Te dan pastillas, te dan sustancias, te tapan los escándalos... Al principio te dicen que aquello te ayudará a llevar mejor el estrés de los conciertos y de estar siempre viajando. Todo el mundo te lo dice. Pero es mentira. Todo mentira. Recuérdalo.

Troy asintió, mirando con respeto a Harold. Ellos todavía no se habían visto expuestos a esa clase de mierda, o eso creía él. Aunque en verdad... ¿Dónde le dieron a William las pastillas aquellas? ¿No fue en el estudio de grabación?

Joder, pues sí que había que tener cuidado. Por lo visto, en este mundillo las drogas podían llegarte hasta por el lugar más insospechado. Tal vez no era un mito, aquello de que sexo, drogas y rock and roll iban unidos...

–Troy, no necesitas consumir nada para crear música –prosiguió Harold–. Es al contrario. Al principio te parecerá que la música que sale cuando estás drogado es mejor que la que sale cuando estás sobrio. Pero es un espejismo. Todo mentira. Pronto te das cuenta de que la nueva música cada vez va siendo peor y peor. Y te sientes una mierda, así que consumes más, para calmar el dolor... Es un círculo infernal.

Esta vez fue Harold quien se pasó una mano por la frente, mientras Troy le miraba, sobrecogido. El productor continuó:

–Te dicen que te ayuda en los conciertos, pero cuando ves las grabaciones, no te reconoces a ti mismo. Tocar bebido o drogado siempre es peor, hijo. No coordinas los dedos igual, no te concentras igual. Te vuelves irritable, impaciente, quisquilloso... Empiezas a discutir con todo el mundo...

Harold suspiró antes de murmurar:

–Hasta que la música de dentro se va, tu guitarra se queda muda, y te hundes en la desesperación. Porque, ¿qué somos sin

música?

–Nada –articuló Troy.

Harold asintió. Le miró muy serio y concluyó:

–Las drogas terminaron con nuestro sueño de ser famosos. Me quitaron la música durante muchos años. Y me arrebataron a Fox para siempre. No permitas que te hagan lo mismo.

El chico tragó saliva. No estaba seguro de si debía preguntar esto, pero no lo pudo remediar. Muy bajito, dijo:

–¿Nunca has vuelto a saber de él?

–Me dijeron que lo habían encontrado muerto en su casa, en Miami. Ya hace algunos años. Yo ya tenía una nueva vida. Estaba casado con Melinda y... Bueno, aquello formaba ya parte del pasado.

Troy asintió lentamente. Entendía lo que se sentía. Aunque lo de Bobby a él le afectó de lleno, y fue una circunstancia distinta, pero... Bueno, él también había perdido a alguien muy querido, hacía años. Sabía que el dolor se volvía más sordo, más soterrado, pero nunca se iba. No del todo.

Miró alrededor. Esta habitación acababa de adquirir un significado totalmente nuevo para él. Ahora entendía por qué se sentía diferente al resto de la casa. Era un santuario, y no solo para las guitarras. También para el recuerdo de lo que fueron Harold y Fox.

También entendía por qué Harold tenía una colección de guitarras, pero raras veces le había visto tocar alguna. Cuando la música de dentro se va, estar rodeado de guitarras te da esperanza. Te ayuda a creer que alguna vez la música volverá.

Su admiración por este hombre alcanzó una nueva dimensión

en aquel momento. Troy no habría sido capaz de hacer lo mismo, de crear una pequeña burbuja de amor en el corazón de su rancho y de su casa, destinada a conservar el recuerdo de algo hermoso, de otra vida. Si él también hubiera tenido que romper con William y con la música... Troy no sabía lo que habría hecho, y no quería saberlo. Pero desde luego, esto no. No sería capaz.

Tomó aire profundamente antes de murmurar:

–¿Melinda sabe...?

–Sí. –Harold asintió amablemente–. Lo sabe todo.

–¿Y lo ve bien?

–¿Por qué iba a verlo mal?

–Bueno, no sé lo que opina una mujer de casarse con un gay...

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Harold volvió a sonreír.

–Troy, te he dicho antes que las cosas no siempre son blancas o negras. No solo se puede ser gay o heterosexual. También se puede ser bisexual, hijo.

–Entonces, ¿te gustan tanto los hombres como las mujeres?

–Sí. Igual que a ti.

Troy soltó un "¡Ah!" de esos prolongados. ¡Ahora entendía! ¡Joder, por fin se hizo la luz en su mente! ¡Pero si se lo dijo Austin...! ¡Cielos, tenía delante a alguien como él! ¡Lo había tenido todo el tiempo! ¡Por eso Harold no se había reído! Por eso...

–¡Bisexual! –exclamó–. No tenía idea... –Lo pensó un momento, frunciendo el ceño–. Entonces, Harold, estás enamorado de Melinda, ¿no? Igual que lo estuviste de Fox en su

día.

–Quiero mucho a Melinda, sí. Es el amor de mi vida.

–Pero no estás enamorado de ella...

–Digamos que lo nuestro es un amor más maduro. Diferente.

–Entiendo.

Troy prefirió no insistir. Por el curioso juego de palabras, había deducido que Harold nunca había olvidado realmente a Fox. Y eso explicaba muchas cosas, ¿verdad?

No, decidió. Era mejor dejarlo así. Además, él tenía otras cosas en las que pensar. Esta revelación le abría un universo nuevo de posibilidades, y necesitaba asimilarlo, integrarlo, antes de poder decidir qué hacer con todo ello.

–Bueno –dijo Harold, poniéndose en pie–. Mi cerveza se ha enfriado. Creo que voy a dejarla en la cocina y voy a ver en qué andan los demás. ¿Te vienes?

–Ah...No, Harold. Si no te importa, preferiría salir al porche a fumar un cigarro antes.

Harold sonrió ampliamente. Le dio una palmadita en un hombro, y dijo:

–Desde luego, hijo. Tómate el tiempo que necesites. Pero abrígate bien. Hace frío.

Y salió, dejando a Troy muy pensativo.

Capítulo 12

A William le sorprendió que Harold viniera al salón y que se

sentara con ellos, bromeando y riendo, mientras les veía jugar. ¿Acaso había dejado a Troy solo en el cuarto de las guitarras? ¿Haciendo qué?

Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntar. Harold apenas se había sentado en su sillón favorito, frente al tablero, cuando se oyeron pasos que se acercaban. William se volvió, y vio salir a Troy, con su cazadora de cuero y su bufanda puestas, en dirección a la puerta de la casa. No se volvió. No les miró ni les habló. Parecía sumido en sus pensamientos.

–¿A dónde va este ahora? –dijo Austin.

–Me ha dicho que iba fuera a fumar un cigarro –repuso Harold, despreocupado.

–¿Con el frío que hace? –Se extrañó Seth–. ¿Y con lo friolero que es Troy?

–Habrá ido a contemplar su descapotable. Conociéndole, es capaz –comentó Austin.

–¿De noche? –dijo Seth.

William hizo la intención de ponerse en pie, murmurando:

–Voy a ver...

Pero Harold lo retuvo, alargando una mano en su dirección y diciendo:

–No, no, William. No le pasa nada, te lo aseguro.

–¿De verdad?

William miró al productor, desconfiado. Harold asintió.

–De verdad. Dejadle unos minutos a solas. Necesita pensar, solo eso. Regresará en seguida.

–Pero, ¿está bien? ¿Se ha puesto malo? ¿Le ha pasado algo? –preguntó Seth, inquieto.

–No, no. Está bien. Perfectamente.

Harold hizo un gesto con las manos, como para barrer las preocupaciones. Y luego se quedó mirando a William y sonrió con ternura, murmurando:

–Y después de esta noche, estará aún mejor...

William no comprendió nada en absoluto, ni la actitud de Troy, ni los extraños comentarios de Harold. El hombre parecía empeñado en tranquilizarlos, pero a él solo había conseguido confundirle.

Ahora bien, ¿cómo iba a buscar a Troy, después de lo que había pasado entre ellos? Parecía que Troy le había dicho a Harold que quería fumar y pensar a solas. ¿Qué podría decir si William iba a buscarlo? Le echaría de un empujón, eso por lo menos. Y luego se quejaría de que lo agobiaba y no le dejaba ni fumar en paz.

No, no. Era mejor quedarse aquí. Pero William no estaba tranquilo. Miró largamente a Harold desde debajo de las cejas para hacérselo ver. Si ese tío le había hecho o dicho algo malo a Troy, William aún estaba a tiempo de agarrar su hacha de guerra metafórica, que nunca había enterrado del todo, y morderle en la cabeza a Harold. Eso no lo sabía él bien...

Por su parte, Harold no pareció impresionado por su expresión asesina. Su sonrisa se hizo más amplia, pero nada más. Volvió su atención al juego y pareció olvidarse de él.

William le echó una ojeada a la puerta del salón por encima de su hombro. No estaría tranquilo otra vez hasta que viera a Troy regresar sano y salvo y hablarles como siempre.

¡Maldita sea! ¿Por qué se había relajado tanto con Harold? ¿Por qué había permitido que esta tarde se llevase solo a su novio?

***

Era ya noche cerrada cuando Troy salió al porche. La neblina empezaba a extenderse a ras de suelo por los alrededores de la casa, como en los días anteriores. No se veía mucho alrededor, solo las sombras de los árboles y la forma de los otros edificios, la cuadra, el granero... También la de su coche, aparcado delante de la casa.

Troy sacó su paquete de tabaco y prendió un cigarrillo. Sopló el humo al cielo agradecidamente, mirando su precioso descapotable. William y él estaban construyendo poco a poco una vida bonita y agradable. Su grupo, sus dos discos, sus amigos, su apartamento en Nueva York, sus fans, su coche...

¡Y pensar que llevaba todos estos meses sufriendo y sintiéndose culpable...! ¿Sufriendo por qué? Por ser un pipiolo, un ignorante, un ingenuo que no sabía nada de la vida, por eso. ¡Y todo este tiempo no había habido nada por lo que sufrir! ¡Nada! ¡Era bisexual, por favor! ¡Solo eso! Esta simple palabra acababa de cambiarlo todo para él. La saboreó en su mente con delicia. "Bisexual". ¿No era maravilloso?

Ahora podía sentir atracción hacia una mujer bonita sin sentirse culpable por ello. Podía sentirse enamorado de William sin sentirse culpable también por ello, y sin tener miedo a descubrir algún día que no era gay y que había estado engañándole sin saberlo. Esta simple palabra acababa de cambiarle la vida. Le había hecho libre.

Libre para amar a William sin reservas, sin más dudas ni confusiones.

Libre para ser él mismo con su chico y permitirse aprender y experimentar todo lo que William quisiera enseñarle.

Libre de la pesada carga de la culpa, por fin.

Libre.

¡Y qué delicioso era el sabor de la libertad! Troy se sentía como intoxicado, como en un vértigo. El alivio de haberse desprendido de la culpa le hacía sentir como más liviano. Tenía la cabeza ligera y todo le daba vueltas. Tomó otra calada de su cigarro para tratar de centrarse...

Cuando empezó lo suyo con William, este le había dicho en más de una ocasión: “Tú y yo juntos, Troy. Y el mundo a nuestros pies”.

Ahora que por fin sabía quién era, qué era, Troy entendía realmente el significado de aquella frase. Y amó a William más de lo que lo había querido nunca antes. Tanto, que casi se emocionó con la intensidad del sentimiento, y tuvo que parpadear un par de veces para no ponerse a llorar como un bebé.

William le había dado mucho más que un grupo, éxito comercial, un coche y sexo. William le había ayudado a descubrir quién era él realmente. Si no le hubiera conocido nunca, Troy no se habría planteado iniciar una relación con un chico. Habría vivido siempre con la culpa de sentirse atraído por ellos, pero sin atreverse a ir más allá ni a averiguar por qué. Y quizás jamás habría salido de Charleston, encadenado para siempre a su familia, sus tradiciones, y el deber para con los suyos.

William le había hecho libre, en más de un sentido. Quizás él mismo no era consciente de haberlo hecho, y tal vez era mejor así. Pero Troy se sentía agradecido de todas formas.

Tomó la última calada de su cigarro. Había llegado al filtro casi sin darse cuenta. Lo tiró al suelo y lo pisó con una de sus

botas.

Había una única cosa que aún no tenía nada de clara. Acababa de descubrirse a sí mismo, como quien dice. Antes no conocía esta faceta de sí, y por tanto, nunca había tenido la posibilidad de mostrarla. Pero ahora...

¿Qué hacer con este conocimiento? ¿Cómo ser él mismo con William? ¿Cómo dar rienda suelta a lo que sentía por él? ¿Cómo demostrarle que era un hombre nuevo, y que le quería más que a nada?

Suponía que solo había una manera, ¿no? Como decía el propio William, tendrían que aprender juntos.

Troy se sonrió un poquito con el recuerdo. Con este pensamiento, y una última mirada a su coche, abrió la puerta a su espalda y regresó con los demás.

Se frotó una mano en la otra y las metió en los bolsillos. ¡Demonios, sí que hacía frío fuera! Se había quedado helado en los escasos minutos que había estado fumando. Dentro hacía un agradable calorcito, pero él resolvió no quitarse la bufanda ni la chaqueta hasta haberse calentado bien junto a la chimenea. Menos mal que hizo caso al consejo de Harold y que se abrigó bien antes de salir...

Ya estaba en la puerta del salón. Desde aquí veía la pelambrera rizada de William. Troy se detuvo un momento, tragó saliva.

Harold le había dicho muchas cosas esta noche, y le había dado varios consejos, todos buenos. Troy los tendría en cuenta. Todos. Por el bien de su grupo, el de William, y el suyo propio.

“Te protegeré, Will”, pensó. “Protegeré esto tan bonito que tenemos tú y yo. Con uñas y dientes si hace falta”.

Alzó la barbilla con un gesto de decisión y continuó su camino para ir a sentarse junto a su chico.

***

William sintió pasos a su espalda y levantó la cabeza para volver a mirar a la puerta. Vio que Troy se acercaba a ellos, por fin, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Tenía la cara muy pálida, tal vez por el frío, pero sus ojos grises brillaban y su expresión era firme y decidida. William no podría asegurarlo, pero le pareció ver en él algo diferente. Parecía... ¿Mayor?

–¡Ah, ya estás aquí! –exclamó–. Y vendrás congelado, me imagino.

–Pues sí. Hace mucho frío fuera –contestó Troy.

No se quitó la chaqueta ni nada. Se sentó en el sofá junto a William, sacando las manos de los bolsillos para frotarlas una en la otra.

–Si es que jefe... A quién se le ocurre –dijo Austin, sacudiendo la cabeza.

Troy no contestó. Estiró el cuello para mirar el tablero, y preguntó:

–¿Cómo vais?

–Perdiendo –gruñó William, apoyando la barbilla en una mano–. Este maldito juego me ha mandado de vuelta a la casilla número uno.

–Creí que estabais jugando al parchís –observó Troy.

–No –respondió Seth–. Al juego de la oca. Del parchís nos cansamos hace rato.

–Y de este también me he cansado. –William hizo un gesto en dirección al tablero–. ¡Mira lo adelantados que van todos! ¡Y mira dónde estoy yo! Maldita oca repelente...

Hubo un coro de risas. Austin le dio una palmada en un hombro, exclamando:

–¡Venga, hombre! ¡Hay que saber perder!

–La respuesta típica de los que van ganando –dijo William, y le sacó la lengua a su amigo para hacerle burla.

Esta vez Troy también se rió. Se pegó mucho al cuerpo de William, le rodeó con un brazo por detrás, y le dio un besito en la mejilla, diciendo:

–No te rindas, Will. Hagamos una tirada los dos juntos, ¿vale? A ver qué tal.

Antes de que William pudiera responder, la mano de Troy envolvió la suya, que justamente tenía agarrado el cubilete con el dado. La sujetó con firmeza, y la movió en el aire por los dos. El dado repiqueteó dentro del cubilete.

William se dejó hacer, mirando a su novio con suspicacia. Pero vamos a ver, ¿cuándo había sido Troy así de cariñoso y de expresivo delante de gente? Llevaban aquí tres días, y que él supiera, era la primera vez que le abrazaba estando en presencia de Harold.

Troy lanzó el dado sobre el tablero y todos se deshicieron en exclamaciones de sorpresa.

–¡Un seis! –dijo Melinda–. ¡Qué buena suerte, William!

–Verdad. Llevas una racha de turnos que solo sacabas unos –comentó Seth.

–Nada mal para ser tu primera tirada, jefe –observó Austin.

–Ah... Me pregunto si esto ha sido trampa... –dijo Harold, de broma.

William dio un salto, como si alguien le hubiera pinchado en el trasero, y exclamó a la defensiva:

–¡No lo es! ¡Ese seis es mío!

Troy volvió a reír, soltando su mano para mover la ficha por él. El cantante desvió la vista de su novio para volver a mirar a Harold, con el ceño fruncido. Pero descubrió que el hombre ya no le miraba a él, sino a Troy. Y no había rastro de maldad en su expresión. Por el contrario, tenía una sonrisita tierna, como si lo que tenía ante sí le pareciera adorable.

William tuvo una curiosa sensación. Podría parecer absurdo, porque todos eran ya adultos, y no eran familia ni nada. Pero la cara de Harold en aquel instante le recordó a la que podría tener un padre cuando ve a su hijo dar sus primeros pasos. Era una curiosa mezcla entre ternura, orgullo y felicidad. Se preguntó por qué sería...

Y no menos importante. ¿Qué le habría dicho a Troy para que este necesitara salir fuera a pensar, pasando frío...? ¿Y hubiera regresado después tan diferente?

Capítulo 13

–Lo hemos pasado bien, ¿eh? –dijo Troy–. Austin ha intentado hacer trampas, pero Melinda no le ha dejado pasar ni una.

–M-m –contestó William.

Hoy habían decidido echar la cortina. A él le daba igual, pero Troy dijo que la noche estaba tan fea y lúgubre como la anterior, y que no quería que tuvieran pesadillas ninguno de los dos.

–Al final ha ganado Seth –continuó su compañero–. Pero es que el puñetero ha tenido suerte toda la partida.

William se metió deprisa en el pantalón y la sudadera que usaba como pijama y trepó a su lado de la cama. Se tapó hasta las orejas, volviéndole la espalda a Troy. No tenía idea de si su novio seguía agobiado o si eso había cambiado, y no le parecía el momento de hablarlo. Así que mejor se atenía a lo seguro, mantenía la distancia y mañana ya verían.

–¿Puedo apagar la luz? –preguntó Troy.

–Sí.

Se hizo la oscuridad. William parpadeó un par de veces. ¡Demonios! ¡Qué sensación tan desagradable! Y más con la cortina echada. El cuarto se había convertido de repente en la boca de un lobo.

–Orgh, ahora no veo nada. –Escuchó decir a su novio.

William levantó la cabeza de la almohada y se volvió para hablarle a la oscuridad.

–Troy, ten cuidado. No vayas a escalabrarte por haber apagado la luz antes de tiempo.

–Alguna vez había que apagarla.

–Podrías haber encendido la lamparita de tu mesilla antes.

–Mi novio, qué inteligente es...

William hizo una mueca, pensando: “Ya. ¿Y qué más?”

–¿Dónde estás? –Se limitó a decir.

–Creo que ya he llegado a la cama. –Escuchó unos golpecitos sobre el colchón y Troy añadió–: Sí, esto es la cama.

–Hala, pues métete en ella y a dormir, chico. –William volvió a apoyar la cabeza en la almohada, rezongando–: Desde luego... ¿Para qué crees que está la lamparita? ¿Para hacer bonito? Tres días durmiendo aquí, y las tres noches has hecho lo mismo. El interruptor de la luz está al lado de la puerta, y te cuesta media hora tanteando en la oscuridad llegar a la cama. ¡Un número! Todo por no pensar. Quién me mandaría a mí...

Se interrumpió. Había notado un movimiento sobre el colchón, y una mano que no era la suya en uno de sus costados, bajo la sábana.

–Troy, ¿qué estás haciendo?

–Abrazarte. –Fue la respuesta–. ¿Te parece mal?

Su voz sonaba suave y dulce, y casi en la nuca de William. Su cuerpo se pegó a su espalda buscando el suyo.

–Sí –contestó, pegándose un poquito al borde–. Estás agobiado, ¿te lo recuerdo?

–Ya no. Ains... No te vayas... Te vas a caer de la cama con tanto huirme, Will...

–Si es que me tienes loco. Primero hay que dejarte en paz porque estás agobiado. Al día siguiente, vienes insinuándote y provocando. ¿Y ahora esto?

–Ah, ¿te diste cuenta?

–¿De qué?

–De que quería provocarte un poquitín.

–¿Un poquitín? ¡Coño! Pues no sé lo que habrías hecho si te hubieras empleado a fondo.

Troy se rió, y William sintió que su ceño fruncido se suavizaba casi sin querer. Qué bonita risa tenía Troy cuando estaba así, relajado y a sus anchas. Alegraba el corazón. Lástima que no fuera muy expresivo y que no riera muy a menudo.

Se le ocurrió pensar que su chico tenía razón. Si seguía huyéndole, iba a caerse de la cama. Y sería algo doloroso, además de patético, de modo que empezó a reptar hacia atrás para tratar de acercarse más al centro.

Su espalda y su trasero tropezaron con el cuerpo de Troy, y sintió que este le envolvía con brazos y piernas desde atrás, como si William fuera el oso de peluche gigante que le regaló por San Valentín.

–¿Te gustó? –Le cuchicheó su compañero al oído.

William sintió un estremecimiento cuando su voz le acarició la oreja y el cuello. Se acurrucó más, hecho una bola sobre sí mismo, y murmuró:

–¿El qué? ¿Que me provocaras? No, la verdad. Me dio un calentón tremendo. ¿Qué pretendías? ¿Ponerme a prueba o algo?

Troy volvió a reír. Frotó su mejilla contra la de él para hacerle un mimito.

–En verdad quería jugar. No sé seducir, Will. Tú eres el maestro en eso, como en todo lo demás. Y... Digamos que quería aprender.

–Justo cuando hemos decidido que nada de sexo. Muy propio de ti, Troy.

–Supongo que necesitaba sentirme seguro. A salvo.

–Ya.

–Pero... ¿Te gustó?

La voz de Troy volvió a sonar dulce, pero con un algo de ansiedad esta vez. William se apresuró por reconfortarlo.

–Sí. Me gustó mucho –contestó, con toda sinceridad.

De hecho, le gustó tanto, que solo con recordar cómo se paseó este hombre ayer por la tarde delante de él sin camiseta, sentía que las partes empezaban a ponerse juguetonas. Movió un poco las piernas para hacer sitio, por si acaso.

–¿Podré repetir otro día? –insistió Troy, en el mismo tono.

–M-m.

–¿Me quieres?

–Con locura, chico. ¿No me ves?

Troy soltó otra risita. Le besó una mejilla y apoyó su cara en la de él. William se dijo que en verdad era muy agradable ser abrazado así, desde atrás, y sentir el cuerpo de su chico envolviendo el suyo, su calor, su respiración...

–Oye, Troy –murmuró.

–¿M?

–¿Puedo preguntarte algo?

–Claro.

–¿Qué te ha dicho Harold esta tarde?

Troy no contestó en seguida. Se quedó muy quieto, como si estuviera pensando. William empezaba a plantearse si la pregunta

habría sido inoportuna y si respondería o no, cuando le oyó susurrar con voz extraña, muy seria y grave:

–Me ha dicho muchas cosas. Algunas todavía no las tengo asumidas, y necesitaré unos días para hacerme a la idea del todo.

–Me estás asustando...

Troy volvió a reír entre dientes, pero más breve y sin alegría esta vez. Le hizo un mimito con su nariz en la mejilla.

–Es que es complicado. Y ya sabes que no soy muy bueno con las palabras –contestó–. Pero por resumir, después de hablar con él, he descubierto que... Bueno, he pasado meses siendo un ignorante y dándote esquinazo, a ti y a lo que siento por ti, y...

William se volvió un poco para mirarle por encima de su hombro y tratar de verle la cara. Sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad. El rostro de Troy estaba tan cerca del suyo, que podía ver claramente sus rasgos y su expresión, fruncida en una mueca de inseguridad. Sus ojos grises brillaban como estrellas en la penumbra.

–Dime –murmuró William.

Troy hizo un pequeño encogimiento de hombros.

–A lo mejor te ríes de mí por ser un pipiolo, a mi edad. Pero antes de esta noche no lo sabía, Will. De verdad que no.

–¿Qué no sabías? –articuló William, casi sin voz.

Troy le miró muy serio a los ojos y su aliento le acarició la nariz cuando contestó:

–Que soy bisexual. Y que estoy totalmente enamorado de ti.

William sintió que algo dentro de él estallaba en pedacitos, que luego se fundían como el hielo. Algo que hasta hacía un

momento había sido duro como el acero, y que había alojado en su seno todo el miedo, toda la inseguridad, toda la lucha que había mantenido con Troy estos meses atrás.

¡Bisexual! ¡Por eso se fijaba en las chicas, el puñetero! Y William que creía que era para darle celos... Y el pobre Troy que no lo sabía... Y William obsesionado con quererle y hacer que la relación funcionase, y Troy huyéndole sin parar...

Pero esto... ¡Esto era tremendo! Troy acababa de salir del armario y de declararse a la vez, en una sola frase. William no sabía si reír, llorar, chillar de felicidad, o irse a despertar a Harold, sacudiéndolo como a una estera con ambas manos, para darle las gracias por haber obrado este milagro.

Como no podía decidirse, se limitó a quedarse allí, inmóvil, mirando a Troy a los ojos, mientras las lágrimas se agolpaban en sus párpados y un patético nudo de emoción se alojaba en su garganta. Al final, parecía que iba a darle por llorar. Si es que...

–Ah... ¿No me dices nada? –murmuró Troy, bajando la vista, como un muchacho inseguro y asustado.

–¿Decir?

La voz de William sonó como un graznido, y se rompió justo al final. Tragó saliva. Se movió para volverse un poco más y tomar las mejillas de Troy entre sus dos manos. En voz bajita y densa, preguntó:

–¿Qué puedo decir que iguale el regalo que acabas de hacerme, Troy?

Sonrió, y sintió la humedad de las lágrimas escaparse por sus pestañas y correr en dirección a sus sienes, mojándole la cara y el pelo. No le importó. Levantó el rostro de su novio para volver a mirarle a los ojos.

–Solo puedo decirte que... Bueno, yo soy homosexual, y que también estoy totalmente enamorado de ti.

Troy sonrió a su vez, un poco trémulo al principio, pero luego con más decisión. Alargó una mano para secar con cuidado uno de sus ojos, con las puntas de los dedos.

–¿Comprendes ahora por qué necesito asumirlo? –dijo–. Todo esto ha sido muy confuso, Will. En mi casa...

–Sí, sí. Lo sé. –William se secó los ojos con las manos. Carraspeó–. Y a pesar de no saberlo, has estado conmigo todo este tiempo, aguantándome, siguiendo mi ritmo...

–Bueno, no del todo, ¿no es cierto?

Los dos se miraron, y se rieron, Troy un poco avergonzado, y William emocionado aún. Volvió a acariciarle las mejillas con las manos.

–Pero le has echado un par, Troy. Con la familia que tienes, y sin saber nada... Y aún así has estado conmigo...

–Tú también me has echado un par a mí. Gracias por no rendirte.

William sonrió tanto, que creyó que le estallaría la cara de felicidad.

–Gracias a ti –contestó–. Por quererme.

–Oh, no sabes cuánto...

Ahora fue William quien se rió.

–Creo que me hago una idea, créeme.

La sonrisa de Troy resplandecía. Se inclinó sobre él y besó dulcemente sus labios. William se aferró a su cara con las dos

manos, en un esfuerzo por retenerse y no morderle la boca como un desesperado. Los labios de Troy eran blandos y suaves en los suyos, y el besito fue casto y demasiado breve para el gusto de William. Cuando se apartó, Troy apoyó su frente en la de él, tomando aire profundamente, como tratando de serenarse. William le acarició con cuidado la cara y el pelo, susurrando:

–Shh... Ya está. Le has echado un buen par también esta noche, cariño. Mi dragoncito valiente...

Troy contestó, sin abrir los ojos:

–La verdad es que no contaba con tener que hablar de esto tan pronto. Todavía estoy confuso y...

–Lo comprendo.

–¿Tú siempre has sabido que eres homosexual? ¿Cómo lo descubriste?

–Pues si soy honesto, hace tanto tiempo que ya no me acuerdo. Supongo que lo he sabido desde siempre, sí.

Troy levantó la cabeza para mirarle otra vez, entre tímido e inseguro.

–¿Y cuándo supiste que estabas enamorado de mí? –preguntó.

–Oh, eso es fácil. –William hizo un gesto con la mano–. El mismo día que te conocí.

Troy pareció maravillado.

–¿En serio?

–M-m.

–Pero si no me dijiste nada. Quiero decir, tardaste...

–Dos años en dar el paso, sí. Me costó mucho. Las veces anteriores salieron mal, y tenía miedo. Tú eras mi mejor amigo. Y estaba el grupo... En fin, ya sabes.

–Sí.

Troy se dejó caer a un lado. Se tendió en la cama junto a él, mirando al techo, y suspiró.

–¡Dos años! –murmuró–. ¡Dos años sabiéndolo y no me dijiste nada! Y yo tan ingenuo... ¿Sabes? Antes, cuando estaba en el porche, me acordé de algo que me dijiste entonces, cuando empezamos.

–¿De qué?

William se dio la vuelta para abrazarse al cuerpo de su novio con brazos y piernas. Troy le rodeó con los brazos a su vez, con la expresión abstraída.

–Me dijiste... –Sacó la voz grave, imitando a William–. “Tú y yo juntos, Troy. Y el mundo a nuestros pies”.

–M-m.

–¿Eso sigue siendo así, Will?

–Por mi parte, sí, cariño.

–Por la mía también.

William ronroneó, metiendo la cabeza en el hueco del hombro de su compañero. Se atrevió a hacer la pregunta que le rondaba por la mente.

–¿Qué pasa con nosotros ahora, Troy? ¿Hay sexo? ¿No lo hay?...

Troy pareció pensarlo unos instantes.

–Dame un tiempo... No sé, unos días. Quiero asentarme y... Bueno, no quiero ser yo quien te agobie a ti, no sé si me entiendes.

William se rió.

–Dudo mucho que eso pueda ocurrir –dijo.

–Por si acaso.

–Mmm... Está bien.

William cerró los ojos. Besó una de las clavículas de su chico y murmuró:

–Oye, Troy.

–¿M?

–Gracias.

–Gracias a ti, mi vida.

Sintió un besito en el pelo, y se sonrió. Ah, este hombre era adorable...

¡Enamorado! ¡Troy estaba enamorado de él! ¿No era esta la frase que William llevaba tanto tiempo ansiando escuchar? ¿Qué le habría dicho Harold para que Troy se diera cuenta?

–Oye, Troy.

–¿M? –murmullo somnoliento del aludido.

–Me parece que vas a tener que enterarte de qué cosas le gustan a Harold.

–¿Por qué?

–Porque le debemos un regalo, chico. Y uno muy grande,

además.

Troy se echó a reír, apretándole contra sí con las dos manos, y William sintió...

Que no se podía ser más feliz.

Capítulo 14

Regresaron a casa al día siguiente por la mañana. Troy parecía realmente un hombre nuevo. Pasó todo el camino de vuelta bromeando y riendo. En esta ocasión, también se empeñó en llevar la capota bajada, y Austin y Seth protestaron por ello, mientras Troy les llamaba cobardes, que no eran capaces de aguantar ni un poquito de frío.

Conducía tranquilo, despacio y mirando a la carretera. Pero siempre que podía, colocaba una mano sobre la rodilla de William y la acariciaba con el pulgar. Y cuando le miraba, su sonrisa resplandecía. Tanto, que a William le daba la vergüenza y miraba para otro lado.

Nunca había visto a Troy tan ilusionado. Parecía como si hubiera algo nuevo entre ellos, algo grande, algo intangible, hermoso y aterrador a la vez. Algo desconocido.

Mientras miraba a los campos tristes, de color marrón y árboles secos, sintiendo el calor de la mano de Troy sobre su rodilla, William se dijo que en verdad había sido una buena idea, esto de darse unos días para asumirlo. Todo era diferente, y él también necesitaba un tiempo para adaptarse a este nuevo Troy.

Además, y todo hay que decirlo, estaba acostumbrado a que le huyera. A que fuera tímido y receloso, y le apartara las manos Troy a él, rezongando y sin saber dónde mirar. Este nuevo Troy le intimidaba. Quizás porque traía consigo la promesa de algo que

William no había experimentado en su vida, a pesar de haberlo buscado en muchos brazos: implicación, compromiso, amor verdadero.

Y no podía dejar de preguntarse...

¿Sería verdadero de verdad, valga la redundancia? ¿Y cuánto tiempo podría durar? ¿Se cansaría de tanto amor, o se cansaría Troy de darlo? ¿De verdad este cambio había sido para bien?

Solo había una manera de averiguarlo, y era vivirlo. Pero William se sentía inseguro.

***

En cuanto estuvieron de vuelta en su apartamento, Seth y Austin se fueron directos cada uno a su habitación.

–¡Joder! –exclamó Troy, perplejo, soltando las llaves sobre la mesita del recibidor–. ¿Tan cansados estáis? ¿Y esas prisas?

–¿Cómo? –Oyó decir a Seth–. ¿No lo sabéis?

Troy cambió una mirada con William, que se encogió de hombros.

–¿Qué? –preguntó, acercándose al pasillo para oír mejor–. ¿Qué tenemos que saber?

–¡Hoy es St. Patrick's Day! –Fue la respuesta de Seth desde su cuarto.

Troy se desencajó por la sorpresa. Dejó caer los hombros y murmuró:

–Vamos, no me jodas... –Volvió a mirar a William–. ¿Tú lo sabías?

Su novio volvió a encogerse de hombros.

–No estoy al tanto del santoral, la verdad –dijo–. Me sé San Valentín y poco más.

Seth vino a reunirse con ellos con mucha prisa, colocándose una bufanda a rayas verdes y blancas en torno al cuello y llamando:

–¡Tarugo! ¿Lo encuentras?

–¡Sí! ¡Ya voy!

–¿Qué tiene que encontrar? –preguntó Troy, aún más confuso –. ¿A dónde vais ahora?

Seth les miró como si los dos se hubieran vuelto de color púrpura y les hubieran salido antenas en las cabezas.

–Pero, ¿de verdad no lo sabéis? –insistió.

–¿Qué? ¡Yo no sé nada, por mi alma! –exclamó Troy.

–El desfile de St. Patrick's Day en Nueva York es el más multitudinario del mundo. Es en la 5ª Avenida. ¿No venís a verlo?

–Yo tengo agujetas hasta en las pestañas –dijo William, haciendo un gesto despreocupado con la mano–. Id vosotros y ya me contaréis.

–¿Agujetas? –Seth miró a Troy–. ¿Ya se te ha pasado el agobio? ¿Has tenido al pobre William toda la noche en función, o qué?

–¿Qué demonios...? –Frunció el ceño Troy.

–¡En función! –resopló William–. ¡Más quisiera él! Las agujetas son del paseíto que dimos a la cueva de la hoguera ayer por la mañana.

–¡Ya estoy! –exclamó Austin, reuniéndose con ellos en el salón.

Traía un gorro verde esmeralda y un anorak acolchado del mismo color. Troy se le quedó mirando con grandes ojos.

–¡Pero bueno! –exclamó–. ¿Tú de verde, Austin? ¡Pero si yo creía que todo tu guardarropa era negro!

–Esto lo compré la semana pasada para la ocasión –dijo Austin, dándose tironcitos de los bajos del anorak.

Le quedaba un poco estrecho y corto de mangas. Era evidente que con las prisas, ni siquiera se había fijado en la talla.

–¿Y a qué se debe el traje de brócoli? –preguntó William, en tono casual.

Seth alzó los ojos al techo.

–Desde luego... Es verdad que no sabéis nada –dijo–. Al desfile de San Patricio hay que llevar alguna prenda de color verde. Es la tradición.

–Ah –contestó William, indiferente.

–Y después, cuando acaba el desfile, hay que irse a un bar a tomar una buena cerveza.

–¡Aaahhh! –exclamó William, como quien acaba de caer en la cuenta de algo–. Entonces ya entiendo por qué os vais. ¡Nada, nada! ¡Id y embriagaos bien, amigos! Yo me quedo aquí, dándome una ducha caliente. Mis pobres y doloridos músculos me lo agradecerán.

–¿Y tú, jefe? –preguntó Austin–. ¿Te vienes?

–No, no. –Troy movió la mano en el aire en un gesto negativo–. A mí eso de los desfiles no me va.

–Quiere quedarse solo con William –dijo Seth–. Normal.

–¡Pues muy bien! –exclamó Austin, dirigiéndose hacia la puerta–. Con tal de que no lo deje embarazado...

–¿Otra vez? –Se sobresaltó William–. Pero, ¿qué...?

–En fin, que lo paséis bien –dijo Seth, dándole una palmadita en un hombro–. Ya nos envidiaréis cuando regresemos... –Se interrumpió, lo pensó un instante y le preguntó a Austin–: ¿Cómo ha dicho?

–¿Borrachos? –aventuró el batería.

–Embriagados –corrigió William. Palmeó también un brazo de Seth–. Muy bien, Seth. Cuidaos mucho.

Austin y Seth se marcharon, entre risas y bromas. En cuanto cerraron la puerta a sus espaldas, William dijo:

–Una cosa está clara. No creo que Seth pierda de vista a Austin entre el gentío. Con esas pintas...

Troy se echó a reír.

–¡Anda que vaya dos! Yo no creo que vaya a ese desfile en la vida.

–No te gustan, ya. A mí tampoco.

–Pero no es solo por eso.

–¿Ah?

–¿Tú crees que me apetece oír nombrar a algún Patrick? Por muy santo que fuera, el pobre hombre...

William también se rió.

–¡A mí tampoco, la verdad! ¡Santo o no santo! –exclamó. Luego hizo un gesto con la mano y se encaminó al pasillo, diciendo, despreocupado–: ¡Me voy a la ducha!

Troy frunció el ceño, extrañado.

–Espera... Lo de las agujetas... ¿Era de verdad?

–¡Claro! –Oyó decir a su novio–. ¿Qué creías?

–No sé –murmuró Troy–. ¿Tanto anduvimos ayer?

Le costaba imaginar que el ejercicio que hicieron por la mañana pudiera darle agujetas a alguien. Aunque era verdad que habían tenido unos días muy intensos, y que habían hecho muchas cosas y habían ocurrido algunas más. Suficiente como para dejar cansado a cualquiera.

Ahora que estaban de nuevo en casa, el rancho, su habitación con el gran ventanal, los caballos, la sauna, la pequeña cueva con el fuego... Todo empezaba a difuminarse poco a poco en la niebla del pasado, como si acabara de despertar de un sueño hermoso y dulce y tratara de volver a orientarse en el aquí y ahora.

Habían sido unos días maravillosos. Pero aquel no era su sitio, no realmente. Ellos eran jóvenes y estaban empezando a vivir. Pertenecían a Nueva York, la ciudad que nunca duerme. A sus calles ajetreadas y sus luces de neón, al mundo del espectáculo, a sus proyectos y sueños... Al futuro. Era aquí donde debían estar.

Escuchó el agua de la ducha correr y a William canturrear con su voz potente y de repente, se le vino una idea a la cabeza.

Hacía mucho tiempo que tenía ganas de hacer algo. Y nunca se había atrevido, por miedo a que su novio se burlara de él.

Tal vez hoy era la ocasión de intentarlo.

***

William estaba cantando a voz en grito como si estuviera solo en el mundo, envuelto en agua caliente, espuma y vapor, cuando escuchó que se abría la puerta del baño y la voz de Troy.

–¿Todo bien, Will?

–Sí. ¿Por qué?

–No sé. Decías que estabas dolorido.

–Sí, pero el agua calentita me está haciendo mucho bien.

–¿Te importa si te acompaño?

–Ah, como quieras.

William escuchó cerrarse la puerta otra vez. Adivinó movimiento detrás de la cortina, mientras Troy decía:

–Es estupendo que nuestros amigos salgan solos y hagan cosas juntos, ¿verdad?

–Sí. La idea fue mía. Le dije a Seth que buscara una excusa para salir por ahí con Austin. Me alegro de que me haya hecho caso, aunque regresen beodos los dos.

Soltó una risita, divertido por la imagen mental de sus dos amigos apoyados el uno en el otro, diciendo tonterías y midiendo la calle. Troy continuó:

–Eres un casamentero incorregible. Estás deseando que se hagan novios, reconócelo.

–Hombre, sería genial, ¿no te parece? Un grupo formado por dos parejas es mejor que cuatro amiguetes.

–No sé. Ya se ha hecho antes. Y no salió bien.

–Ya. Pero nosotros somos diferentes.

–Tú siempre tan optimista... ¿Sabes? Eso me encanta de ti.

William sonrió. Y ya tenía una bromita preparada en la boca, cuando de pronto, la cortina se abrió y un cuerpo desnudo se metió en la bañera.

William dio un salto hasta el techo, soltando un alarido de sorpresa.

–Pero, ¿qué haces? –chilló, llevándose las manos al corazón –. ¡Dios mío, Troy! ¡Acabas de matarme de un infarto! ¡Que lo sepas! ¡Qué susto, por favor! Qué...

Troy chasqueó la lengua.

–¡Cht! Otra vez con morirte...

–¡Me has matado tú! ¿Cómo se te ocurre...? ¿Qué demonios...?

–Te he preguntado si podía acompañarte, y has dicho que sí.

–¡Pensé que te quedarías ahí fuera! ¿Vale? –William señaló a la cortina con ambas manos–. ¡Como haces siempre! No creí... –Se pasó una mano por la frente–. Pero qué susto, por favor...

–Shh... Lo siento.

Troy intentó pasar un brazo por sus hombros, pero William se puso rígido y se apartó con un empujón, diciendo:

–¿Puedes contarme qué se supone que estás haciendo, Troy?

–Bañarme contigo. ¿No es evidente?

–Pero, pero...

–Vamos, como si no lo hubiéramos hecho nunca...

–¡Pero no así! No entiendo...

–Si te molesto, me voy, ¿eh? –Troy señaló a la cortina a su vez–. Yo no quería...

–Pero, ¿no me dijiste que necesitabas unos días para asumirlo? No entiendo...

–Sí. Sí, lo dije. Y lo mantengo. No pretendo...

–¿Lo mantienes? ¿A quién quieres engañar? ¡Mírate! –William señaló ahora al cuerpo de su compañero con las dos manos para más énfasis, exclamando–: ¡Estás desnudo! ¡Conmigo! ¡En la ducha!

–¿Pretendías que me bañara vestido? –preguntó Troy.

–¡No entiendo nada, por favor! ¡O quieres sexo, o no lo quieres! ¡Lo que no puede ser es que me digas que no, y ahora...!

–Total, que quieres que me vaya.

Los ojos de Troy parecieron de pronto serios y heridos. William hizo un gesto de desesperación, diciendo:

–¡Quiero que te aclares! ¿Qué demonios quieres tú?

Troy hizo una pequeña mueca. Estaba tan empapado como William, y no sabía dónde mirar. La decisión inicial con la que había entrado en la bañera se había esfumado como por encanto, y ahora parecía muy inseguro y casi avergonzado.

Durante unos instantes se quedó allí de pie, mirando a la pared de azulejo y a la cortina alternativamente mientras se mordía los labios, como si estuviera pensando mucho. Al fin, murmuró:

–Will, no todo es sexo en esta vida.

–¿Qué quieres decir? –Se extrañó William.

–Mira, solo quiero esto.

Troy alargó una mano hacia el grifo de la ducha para cerrarlo, inclinando la cabeza a un lado. Besó dulcemente los labios de William, sin tocar el resto de su cuerpo. Solo su boca en la suya, suave y húmeda, en una caricia lenta y dedicada, como si quisiera saborear cada milímetro de su piel.

William se quedó inmóvil, pero su cabeza funcionaba a toda velocidad. Este tonto decía que no quería sexo, ya. Pero un beso como este, los dos desnudos en la ducha, se prestaba a pensamientos tórridos, eso como poco. ¿Qué clase de ingenuo se pensaba Troy que era él? ¿Qué rayos quería exactamente? ¿Por qué hasta hacía dos días todo era fácil y divertido, y ahora de repente tenía a William loco, sin saber a qué carta quedar?

Decidió que no importaba. Esto era una provocación en toda regla, le llamara Troy como quisiera llamarle. Y William sabía distinguir un intento de seducción cuando lo tenía delante. Ah, y no era de piedra. Este hombre llevaba dos días dándole un calentón tras otro y luego dejándole con las ganas. Tal vez era hora de que William demostrara que había tenido suficiente de este juego y que acabara con el barbecho de una vez.

Sus manos se pusieron en movimiento por su cuenta y se fueron a por el pecho de Troy. Empezaron a recorrerlo a caricias. Su piel era caliente y firme, y estaba húmeda, y el tacto de los pelitos en sus dedos...

Troy detuvo sus caricias en seco, colocando sus manos sobre las suyas y apretándolas contra su esternón. Le besó con más decisión.

William hizo un ruidito de protesta y apartó la cara.

–Suéltame –gruñó–. Quiero tocarte.

–Ya me estás tocando –repuso Troy, apretando sus manos contra su pecho con las suyas. Le acarició los dedos suavecito con un pulgar.

–Así no –dijo William–. Quiero en condiciones.

–Will, yo solo quería un beso.

–Ya. Y darme otro calentón, eso también, ¿no? ¿Por qué? ¿Te hace sentir especial, quizás? ¿De verdad estabas agobiado, Troy? ¿De verdad estás enamorado de mí?

–¿No lo entiendes? ¡Pero si de eso se trata! ¡Intento demostrártelo!

–Poniéndome como una moto y luego no dejándome que te toque... ¿Así se demuestra el amor?

–Will, solo era un beso.

–Un beso muy sexual, qué quieres que te diga.

–No quería sexo, te lo prometo.

–Ya. A otro con ese cuento.

William se deshizo de las manos de Troy, abrió la cortina y salió de la ducha. Todo su buen humor acababa de irse por el desagüe.

–Will... –comenzó Troy.

El aludido agarró una toalla y empezó a secarse a toda prisa, mientras exclamaba, sin mirarle:

–¡No! ¡No te entiendo! Me dices que estás agobiado y al día siguiente te paseas desnudo por delante de mí...

–No estaba desnudo.

–Me dices que estás enamorado, y que has tenido una epifanía, y que te dé unos días para asumirlo, y al día siguiente, te metes desnudo en la bañera, me besas... ¿Y esto no es sexual? Entonces, ¿qué es, Troy? ¿Una nueva forma de jugar al parchís?

Troy salió también de la ducha y empezó a secarse con su propia toalla, exclamando a su vez:

–¡Se llama "intimidad", Will! ¡Se llama "conexión"! No quería nada, te lo prometo. Solo quería sentirte.

–¿Sentirme sin dejar que te acaricie? ¿Qué demonios...?

–¡Sentirte! Tu cuerpo junto al mío, tu boca en la mía... Tú y yo, Will. Nada más. ¿Tan difícil es?

–Eres muy raro, Troy. Te prometo que no te entiendo.

–Ya me he dado cuenta.

–Mira, si quieres probar algo nuevo en el sexo, solo tienes que decírmelo. Me lo explicas y...

–¿Otra vez? Te digo que no era nada sexual.

–Entonces, ¿qué era, por favor?

Troy le miró durante unos instantes, sus ojos serios y reservados. Al fin, bajó la vista y murmuró:

–Nada. Solo una tontería. Olvidémoslo, ¿quieres?

Y salió del baño, añadiendo:

–Voy a vestirme.

William se quedó allí de pie, con el ceño fruncido y un

interrogante del tamaño del Empire State sobre su cabeza.

¿Por qué tenía la sensación de que algo se le estaba escapando aquí?

***

Troy se vistió deprisa, parpadeando muchas veces para tratar de retener las lágrimas. La decepción y la vergüenza le aplastaban.

Anoche, cuando tuvo la revelación, creyó que ahora que podía ser él mismo todo sería perfecto. Creyó que William le entendería y le seguiría.

Pero William y sexo iban unidos. Era muy evidente que en su cabeza unía sexo con amor.

Para Troy en cambio eran cosas distintas. El sexo estaba bien, era genial. Pero el amor era algo más. Era intimidad, era sentirse comprendido, era sentir que los dos iban volando en la misma dirección.

Ahora que veía que no era así, toda la ilusión que tuvo anoche y esta mañana acababa de estrellarse contra el duro suelo de la realidad. Se sentía un fracaso. Y se sentía solo y triste, y a años-luz de William.

No le quedaba otra. Tendría que dar paso atrás, volver a como estaban antes, y aprender a sacar trocitos de intimidad aquí y allá, donde pudiera encontrarlos. Había tenido ya algunos atisbos, en estos meses atrás. Con esas pequeñas migajas tendría que bastar.

Troy quería a William. Con tal de seguir con él, estaba dispuesto a volar a su ritmo, pero...

¡Joder, qué mala suerte! Habría sido tan bonito...

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Se pasó una mano por los ojos. Suficiente autocompasión. Tenía que ser el de siempre, olvidar toda esta tontería y volver a como era antes. Tenía que volver al mundo real.

Se volvió y salió del cuarto, exclamando:

–¡Voy yo!

***

William escuchó el sonido del teléfono en el salón y Troy dio una voz:

–¡Voy yo!

El aire frío de la habitación en su piel desnuda le hizo sacudirse y empezar a secarse el pelo con la toalla.

–¡Seguro que es Max! –exclamó a su vez–. ¡Verás que es para decir que tenemos una actuación mañana!

–¡Qué va! –contestó Troy, mientras se oían sus pasitos por el pasillo–. ¡Seguro que es Harold para preguntar si hemos llegado bien! ¡Ya lo verás!

William hizo un gesto de duda. En todo caso, tanto si era Max como Harold, Troy podría apañarse sin él. Continuó con lo suyo, vistiéndose deprisa la ropa interior y un pantalón de chándal.

Cuando al fin salió del baño, unos minutos más tarde, Troy continuaba en el salón, hablando por teléfono. Su voz sonaba queda y suave y hablaba con monosílabos, como si tratara de calmar a alguien. ¿Quién podría ser?

Intrigado, fue a reunirse con él, conservando la toalla sobre sus hombros para continuar secándose el cabello con ella. Troy estaba ya vestido, con un pantalón y una camiseta.

–Sí... Sí, tranquila... –Estaba diciendo–. De acuerdo. Adiós. Un beso.

Colgó el teléfono y soltó un profundo suspiro.

–¿Quién era? –preguntó William–. ¿Ha pasado algo?

Troy se volvió para mirarle. Estaba muy serio, y blanco como una sábana.

–Era mi madre –explicó–. Dice que cuándo voy a ir a verles, que mi padre está furioso. –Sacudió la cabeza lentamente, añadiendo–: No me queda otra, Will. Tengo que ir la semana que viene.

William no lo pensó.

–¿Quieres que vaya contigo? –preguntó.

Los ojos de Troy le miraron desamparados. Parecía haberse convertido de repente en un niño asustado y triste. Bajó la vista y se pasó una mano por la frente.

–No sé... Son muy tradicionales, ya te lo he dicho.

–Son homófobos, lo sé.

–No saben nada de lo nuestro –murmuró Troy, mirándole desde debajo de su flequillo húmedo con aprensión.

William asintió.

–M-m. –Se limitó a decir–. También lo sé.

–¿Y no te importa? Quiero decir... ¿Aún así vendrías

conmigo?

–Si tú quieres, sí.

Troy volvió a bajar la vista. Se mordió los labios. William se acercó un poco más.

–¿Lo quieres? –Le cuchicheó.

–No sé, Will... Tendríamos que mentir, fingir... Aguantar tonterías... No quiero hacerte pasar por todo eso. Pero a la vez...

William colocó suavemente una mano en su cintura, apremiando:

–Dime.

Troy tomó su mano y se la llevó a los labios para besarla, antes de decir:

–Me gustaría que vinieras conmigo.

–Claro que sí. Como debe ser.

William asintió, decidido, y luego rodeó a su novio con un brazo y apoyó su frente en la de él.

–Estamos juntos con este dragón, Troy –murmuró–. Como en todo lo demás.

Troy le dejó un besito pequeño y dulce en la punta de la nariz. Cerró los ojos. Apretó el dorso de su mano contra su corazón.

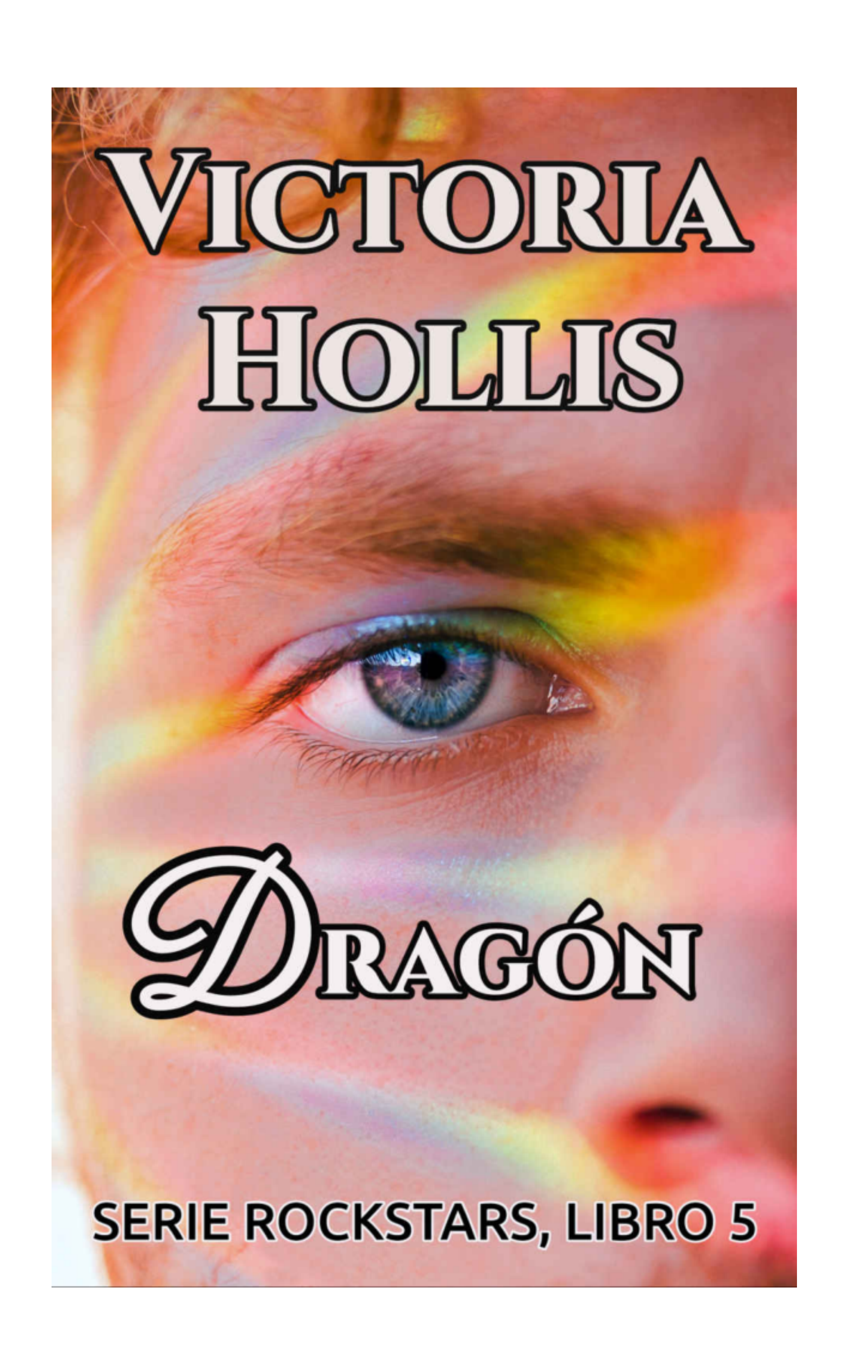
William sintió sus latidos bajo la piel de su mano, y se preguntó...

¿Por qué parecía Troy tan inquieto? ¿Tan terribles eran los Anderson?

No importaba. No le daban miedo. No podían ser peores que los Miller.

FIN

(De este libro, porque la serie continúa...)



Dragón

Serie Rockstars, libro 5

Victoria Hollis

Capítulo 1

—¡Estupendo! —dijo Austin—. ¡Nosotros también vamos!

Era la mañana del sábado, dieciocho de marzo de 1989. Los cuatro Dragon Riders estaban reunidos en el salón de su apartamento en Nueva York, con Troy y William sentados en el sofá, Seth en un sillón frente a ellos y Austin junto a él, instalado sobre el brazo del sillón.

Troy acababa de comunicarles a sus amigos que tenían que ir a Charleston para visitar a su familia, explicando que el asunto era serio y que no admitía más espera. La respuesta de Austin había sido instantánea y sincera.

—Pero... —objetó Troy—. Pero solo van a ser dos días. No podemos permitirnos irnos de vacaciones otra vez. Acabamos de volver del rancho de Harold, y hay cosas que hacer. Tengo entendido que los chicos de marketing nos tienen preparada una agenda muy apretada.

—Es Semana Santa, Troy —dijo Seth suavemente—. El próximo lunes es Lunes Santo. La «agenda», como tú dices, no empieza hasta después de Pascua.

—Y aunque empezara mañana —añadió el batería—. Yo estoy encantado de ir a ver a mi gente. ¿Que solo son dos días? Pues dos días. Sin problemas.

—Mi familia se va a poner loca de contenta —continuó Seth—. No les veo desde Navidad...

—Ni yo a la mía, ya te digo. —Asintió Austin.

Troy miró a William, que se encogió de hombros con una leve sonrisita, como si dijera: «Parece que no hay nada que hacer, chico». El guitarrista se frotó la frente con una mano por debajo

del flequillo. No había contado con esto en absoluto.

—En fin. —Suspiró—. Si estáis decididos...

—¡Desde luego! —Austin se puso en pie—. Me voy yendo a hacer la maleta, jefe...

Y salió en dirección al pasillo.

—¡Pero será posible...! —murmuró Troy. Y llamó en voz alta —: ¡Austin! ¡Espera! ¡Todavía no os he dicho cuándo nos vamos!

William se rió entre dientes.

—Está impaciente, ya veo —dijo—. Y eso que todavía está resacoso por la cogorza que pillasteis ayer.

Seth hizo un gesto con una mano, llevándose la otra a la frente con una mueca de dolor.

—No me la recuerdes. No pienso ir al desfile de San Patricio nunca más en mi vida —respondió.

Austin asomó la cabeza por el umbral del pasillo para preguntar:

—¿Cuándo has dicho que nos vamos, jefe?

—No lo he dicho —repuso Troy—. Pero es el miércoles de la semana que viene.

—¡Ah! Entonces...

El batería volvió a sentarse en el brazo del sillón.

—¿Y cómo iremos? —preguntó Seth—. En avión, supongo, ¿no?

—Sí. Todavía no hemos reservado el vuelo. Pensaba hacerlo el lunes —dijo Troy.

—Menos mal que es fin de semana —comentó Austin, cruzándose de brazos—. Porque si no, os habríais ido sin nosotros. ¡Qué feo, tíos!

—Austin, es un viaje de compromiso. No fui en Navidad ni por mi cumpleaños, así que mis viejos están mosqueados. Pero si fuera por mí, te aseguro que no iría, tío.

—Pues no entiendo por qué. —Austin se encogió de hombros —. Yo estoy encantado de tomar la comida de mi madre por unos días, para variar.

—¿Qué pasa? —bromeó Troy, con una media sonrisita—. ¿Acaso lo que cocina Melinda no te ha gustado? ¿Y no te gusta lo que cocina William, o Seth? Porque yo no veo que le hagas ascos

a nada...

—Claro que no. Todo está muy bueno. Pero nunca es lo mismo, qué quieres que te diga.

Seth le dio un golpecito a Austin en un brazo con el dorso de la mano.

—No habléis más de comida, Tarugo. Todavía se me revuelve el estómago.

William volvió a reír.

—Desde luego, Seth... No aguantas nada, ¿eh? —Se burló.

—Era cerveza irlandesa, William. Servida en jarras de tamaño familiar. —Se defendió Seth—. Tú tampoco habrías aguantado mucho, créeme.

Austin volvió a mirar a Troy y dijo:

—Entonces iremos en avión.

—M-m.

—Curioso. Pensé que querrías mostrarles tu coche a tus hermanos.

—Yo también tuve esa idea en un principio. Pero luego cambié de opinión. —Se limitó a responder Troy, sin querer ser más explícito.

Era cierto. Por un primer momento, tuvo la idea de llevarse su precioso coche para restregárselo a sus hermanos. Pero después lo pensó mejor.

Como acababa de decirles a sus amigos, se trataba de un viaje de compromiso. Iba para contentar a sus padres y nada más. No le apetecía recorrerse el país de norte a sur en carretera ida y vuelta solo para hacerse el listillo y presumir delante de sus hermanos.

Además, el viaje en coche podría llevarles varios días, y él quería acabar con este asunto cuanto antes y regresar para centrarse en su trabajo. De modo que finalmente, optó por dejar su descapotable a salvo en el garaje y viajar en avión, que por otra parte, era más cómodo, más rápido, más seguro y más barato.

—Bueno, pues entonces ya está —comentó Austin—. ¿Vamos a decírselo a Max?

—Creo que no hace falta —opinó Seth—. Ya os digo que esta semana no tenemos compromisos, por ser la fecha que es.

—Es verdad. Además, a saber si Max no se ha ido por ahí de

vacaciones a Miami o algo... —dijo Austin.

Troy hizo un gesto de duda y contestó:

—No sé. Creo que es buena idea llamarle. Es nuestro mánager, y tiene que saber dónde estamos en cada momento. Sobre todo si viajamos. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—¡Ah, Troy! —exclamó William—. ¡Tú siempre tan precavido! —Se puso en pie—. Está bien. Yo le llamaré. Mientras tanto, cuéntales a los chicos los planes que tenemos para el martes, anda.

Troy puso cara de estar mortificado y rezongó:

—¿De veras es necesario?

—Sí, Troy. Sí lo es. A lo mejor también quieren venir. ¿Qué te cuesta ser normal? —refunfuñó William, mientras se llevaba el auricular al oído y marcaba el número de Max.

—¡Joder, qué intriga! —dijo Austin—. ¿Qué planes son esos?

Troy explicó a regañadientes:

—Will quiere ir a unos grandes almacenes. Ha oído que ponen un espectáculo floral para celebrar la entrada de la primavera, y quiere ir a ver la decoración.

—¡Ah! —exclamó Seth—. ¡Es verdad! ¡El martes es el veintiuno de marzo!

Austin se volvió para mirarle por encima de uno de sus hombros.

—¿Y tú quieres ir a eso? —Le preguntó, extrañado.

Seth asintió, explicando:

—Si William quiere ir, yo también. El señor Miller es un hombre de gusto. Seguro que nos vamos a alegrar.

William le dio un empujoncito a Troy en un hombro mientras exclamaba, triunfante:

—¿Qué te dije? ¿Eh?

Troy cambió una mirada sufriente con Austin antes de proponer:

—¿Por qué no os vais los dos solos? A Austin y a mí eso de las flores...

—Troy... —Llamada de advertencia de William.

El aludido resopló, frustrado.

—Tengo alergia a las margaritas —gruñó—. Si hay alguna

cerca, me da por estornudar y...

—Llevaremos pañuelos de papel y asunto resuelto.

William colgó el teléfono. Se volvió hacia los demás añadiendo, mientras señalaba a Troy con una mano:

—Quiero llevarle a merendar a una cafetería después de ver lo de las flores. Tiene que ser muy agradable sentarnos a tomar algo en una terraza como personas normales. Pero él solo quiere estar encerrado en la habitación de música, fumar y escuchar un disco tras otro.

—Soy músico, Will. De alguna manera me tendré que inspirar. —Se defendió Troy.

—Yo también soy músico, amor, por si lo habías olvidado. Y a mí me inspira la calle, la gente, los libros, el sol...

Seth soltó una risita.

—Parecéis un matrimonio, tíos —dijo.

—¡Hala! Tú encima dile esas cosas —protestó Troy.

Seth volvió a reír, mientras William le daba a Troy otro empujón, más fuerte esta vez.

—¿Qué ha pasado con Max, William? —preguntó Austin.

—Oh, que no contesta —respondió el cantante, despreocupado —. Le he llamado dos veces y nada. Lo intentaré el lunes otra vez, y si sigue sin contestar, le dejaré un mensaje de voz.

—A lo mejor está durmiendo la mona de ayer por la tarde —aventuró Seth.

—No me imagino a Max vestido de verde y tomando cerveza irlandesa —dijo Troy.

—Oh, pues yo sí —repuso Austin—. ¿No os acordáis de las pintas que llevó en Newark, que parecía un marqués? A ese tío lo veo capaz de cualquier cosa.

Troy no contestó. Pero para sus adentros tuvo que reconocer que Austin tenía razón. Max era más excéntrico que los propios artistas a los que representaba.

No por primera vez, se preguntó si de verdad tenían alguna clase de futuro con este hombre como mánager. Era buena persona, y tenía contactos hasta en el Infierno, como se suele decir. Pero le gustaba demasiado la vida nocturna. Y a veces Troy tenía la sensación de que no se estaba tomando a su grupo demasiado en

serio.

Aún estaban al principio de su carrera, desde luego, y era pronto para saberlo y para tomar decisiones al respecto. Pero si Max seguía así, Troy no descartaba la idea de cambiar de mánager en el futuro. Su grupo era lo más importante para él, y estaba seguro de que sus compañeros sentían lo mismo.

Los Dragon Riders querían la fama, con Max o sin él. Querían pasar a la historia del rock como grandes músicos. Y harían cualquier cosa para conseguirlo.

***

Un par de días después, el lunes día veinte por la tarde, William estaba en su habitación, con un cuaderno de notas en una mano, abriendo y cerrando cajones mientras buscaba un bolígrafo.

Su quisquilloso novio estaba a su espalda, atosigándole con preguntas absurdas, no dejándole concentrarse, y poniéndole de los nervios en general.

—¿Tienes el número de la agencia de viajes?

—Sí, Troy.

William estaba seguro de que había visto un bolígrafo en el primer cajón de su mesita de noche. Pero ahora no lo veía por ninguna parte. ¿Tal vez lo usó como marca páginas para el libro que estuvo leyendo anoche? ¿Y dónde estaba el libro?

—¿Y has anotado los números de nuestros documentos de identidad? —insistía Troy.

—Sí —contestó distraídamente William, buscando el libro con la vista.

¡Ah! Debía estar sobre aquella silla. Le parecía entreverlo debajo de algunas prendas de ropa. Se encaminó hacia allí, con Troy pisándole los talones y preguntándole:

—¿De los cuatro, Will?

—Sí.

Efectivamente, el libro estaba sobre la silla. Pero de nuevo, no había ni rastro del bolígrafo. Parecía cosa de magia. ¿Qué

demonios habría sido de él?

—Acuérdate de pedir que te reserven también un hotel para nosotros.

William hizo un gesto de hastío. Empezaba a estar hasta los cojones de tanto control. Se volvió hacia su novio, con tanto ímpetu que hizo ondear su melena tras él, y le dijo:

—¿Quieres llamar tú? ¿Es eso?

—No, no. —Troy hizo un gesto negativo con las manos—. Ya sabes que yo los teléfonos no...

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿No te fías de mí?

—Desde luego que sí.

—No sé, Troy. Llevas media hora revoloteando a mi alrededor, preguntando, presionando... ¡Y solo se trata de hacer una llamada, por el amor de Dios!

Troy le miró con un aire de lo más compungido.

—Lo siento —murmuró—. No quería ofenderte.

—No estoy ofendido. ¡Lo que estoy es de los nervios!

—Si no quieres llamar, podríamos...

—¡Oh, no es por la llamada! ¡Es por ti!

—¿Por mí?

—¡Sí! ¡Estás rarísimo! ¡Me buscas a todas horas, hasta cuando voy al baño! ¡Como si me fuera a perder en nuestra propia casa! ¿Y tú eras el que estaba agobiado? Porque vamos, no lo parece...

—Ya te dije que aquello pasó, Will...

—Ya. Y me pediste tiempo. Y ahora me persigues. Y me pides que haga cosas, y luego no te fías de que las vaya a hacer bien, y me das por culo. Mira, si tan poca confianza te doy, ven conmigo al salón, siéntate a mi lado, y corrígeme cada cosa que me equivoque, según tú. Pero vamos, soy adulto. Y deja que te diga...

—Will, eso es ridículo. No voy a sentarme a mirar cómo llamas a la agencia de viajes.

—¡Ah! ¡Menos mal, hombre!

William tomó aire profundamente por la nariz, echándose el pelo hacia atrás para apartarlo de su cara y tratar de serenarse un poco. En tono más suave, preguntó:

—¿Puedes decirme qué es lo que te pasa?

Troy bajó la vista al suelo. Se encogió de hombros y solo dijo:

—Nada.
—Ya. Y las vacas vuelan.
—Te lo prometo, Will. Yo no...
William alzó un índice para pedir la vez y lo puso delante del campo visual de Troy, diciendo:
—¿Es por tu familia? —Antes de que su novio pudiera responder, añadió—: Ya sabes que no vas a estar solo con ese dragón. Coño, puede que incluso vengan también Austin y Seth a visitarlos, aunque sea para hacer bulto. Si se lo pides, seguro que lo harán. Tus viejos no se atreverán a hacer ningún numerito delante de tres amigos tuyos...
Troy sacudió la cabeza, mirándole con aprensión.
—No, no. Deja a nuestros amigos al margen, Will. No quiero implicarles. De hecho, todavía no tengo claro que debas venir tú a mi casa...
—Troy, voy a ir. Lo tengas claro o no.
Su chico hizo otra mueca, pero ahora de dolor.
—Vales mucho, cariño —dijo—. No quiero que tengas que pasar por eso.
William alzó la barbilla con decisión.
—Soy tu novio, y pasaré por lo que tenga que pasar. —Lo pensó un momento y luego preguntó—: Además, ¿qué pueden hacernos? ¿Tan terribles son, joder? ¿Muerden, o qué?
Troy volvió a encogerse de hombros.
—No tengo idea de qué es lo que van a hacer o a decir. Eso es lo que me preocupa.
—¡Nah! ¡Si a lo mejor no dicen nada...!
—Pero...
—Tu madre me adora. La tengo en el bolsillo.
—Eso es verdad. Pero...
—No, mira. —William sacudió la cabeza—. Si se tratara de gente normal, y tú estuvieras contento y feliz por volver a verlos y me pidieras que te dejara solo, lo haría. Son tu familia. Me encantaría poder estar contigo, sea como sea, pero si estuvieras contento... Sin problemas. Ahora bien, es evidente que no lo estás. Y me dijiste que preferías ir conmigo.
Troy asintió, muy serio.

—Sí.

William también asintió.

—Y eso haré. —Suavizó otra vez el tono al añadir—: Pero por eso mismo, Troy. No tienes que tenerles miedo. No estarás solo.

Troy se mordió el labio inferior. Volvió a bajar la vista al suelo.

—No es solo por mi familia —murmuró.

—Ya me parecía...

—Es que... Lo que me ha pasado ha sido muy fuerte, Will. Todavía no lo he asumido.

—¡Si lo entiendo! Eso lo entiendo, amor, pero...

—Y te quiero. Y no sé muy bien cómo demostrártelo. Me siento rarísimo por todo esto.

—Te aseguro que se nota desde lejos, chico.

Troy le miró de nuevo con aprensión.

—¿Sí?

William asintió, muy serio. Miró a los ojos grises de su novio al explicar:

—Estás raro desde el otro día, cuando te encerraste con Harold en la habitación de las guitarras. —Troy volvió la cara, pero William continuó—: Troy, ¿qué más te dijo ese hombre?

—Nada —murmuró Troy.

Y salió deprisa de la habitación.

William apretó los dientes en un gesto de rabia. ¡Nada! ¡Y una mierda! Troy salió rarísimo del cuarto de las guitarras. Y luego, en cuanto estuvo a solas con William, le confesó que había descubierto que era bisexual y que estaba enamorado de él. Y al mismo tiempo, le pidió unos días para asumirlo. Le explicó que procedía de una familia muy conservadora, que aquello le había sorprendido mucho, que si tal, que si cual...

William podía entenderlo. Y estuvo de acuerdo en lo de darle unos días. Pero al día siguiente de aquella conversación, en el camino de regreso, Troy parecía un hombre diferente. Le sonreía a William, le ponía la mano en la rodilla, e hizo cosas que jamás había hecho antes.

Sí, le hizo sentir incómodo.

Y por si eso fuera poco, ya en casa, se metió en la ducha con él y le dio un morreo de película. Y luego dijo que mejor que lo

olvidaran todo.

Decir que William estaba confuso, desorientado y hecho un lío era quedarse corto. Ahora sí que no entendía nada de nada. Y a ratos había empezado a pensar si no habría algo más, si Harold no le habría dicho a Troy alguna otra cosa que le hubiera traumatizado.

William quería saber. Quería entenderle, quería ayudarle. Pero Troy era una maldita caja fuerte, como acababa de demostrar, una vez más. Y seguía siendo muy protector con Harold. Lo único que William podía hacer si quería averiguar algo era llamar al propio Harold y preguntarle, cosa que le daba repelús, porque el tipo no le caía demasiado bien en los últimos tiempos. O para ser más exactos, habría que decir que no sabía muy bien qué pensar sobre él. Quería enterrar el hacha de guerra metafórica, pero...

Harold Blake era otro que le había dado más de una sorpresa en esta semana pasada. Y William todavía no había sido capaz de dilucidar a qué carta debía quedar con él.

¡Ah, qué dilema!

¿Por qué tenía que ser Troy tan difícil y tan rebelde para todo, a ver?

Capítulo 2

Al día siguiente por la mañana, William estaba solo en casa. Troy y Austin habían salido a dar una vuelta con el coche, a lavarlo y hacerle no sé qué más. Y Seth había bajado a la tienda de regalos que había en la esquina a buscar algo para su hermana.

Apenas se hubo cerrado la puerta de la calle tras él, William corrió al teléfono. Tomó el auricular, alzó un dedo para marcar el número de Harold...

Y de pronto, lo pensó mejor. Lo soltó todo y se sentó en el sofá, junto a la mesita donde estaba el aparato. Metió las manos entre las rodillas y tamborileó con los dedos de una sobre la otra. Dio un par de saltitos en su asiento, mordiéndose los labios, mientras su

cabeza funcionaba a toda velocidad.

Si había una ocasión excelente para llamar a Harold, era esta. Pero, ¿qué le diría? ¿Cómo demonios iba a empezar una conversación así con una persona con quien no tenía ninguna clase de confianza?

Se puso en pie. Se dirigió a su habitación. ¡Nah! Todo esto era ridículo. A Troy se le pasaría la tontería en unos días, seguro. No merecía la pena pasar por el mal rato de llamar a Harold. Además, ¿qué le iba a decir el hombre, a ver?

Se detuvo en la puerta de su cuarto. Se quedó mirando su cama. Estaba deshecha y cubierta de ropa. Habían recogido la colada y aún estaba allí, esperando pacientemente a que alguien viniera a doblarlo todo y guardarlo.

Pensándolo bien, era posible que a Troy efectivamente se le pasara la tontería. Pero conociéndole... ¿Era probable?

No. Lo mejor era llamar a Harold y acabar con esto cuanto antes.

William regresó deprisa al salón. Se fue a por el teléfono. A unas malas, podría decirle a su productor la más pura y simple verdad, a saber, que Troy estaba raro desde que habló con él. Harold parecía preocuparse por Troy. A lo mejor así le contaba...

Levantó el auricular y empezó a marcar el número.

Desde luego... Si fuera otra persona, William jamás haría una cosa como esta. Pero se trataba de Troy. Por él cualquier sacrificio merecía la pena.

—¿Sí?

La voz de Harold en su oído le sobresaltó. William se aclaró la suya antes de contestar:

—¡Hola, Harold! ¡Me alegro de escucharte!

Demonios, tal vez se había excedido un poco con el entusiasmo. Se vieron por última vez el viernes por la mañana.

—¡William! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Sí, sí. Muy bien, Harold.

—¿Habéis vuelto ya a la rutina?

—No del todo. Ya sabes, es Semana Santa...

—¡Claro! Por cierto, es la primera que pasáis en Nueva York, ¿verdad?

—Am... Sí.

—Pues tenéis que ir a ver el desfile de sombreros de Pascua el domingo. ¡Es lo más disparatado del mundo!

—¿Un desfile de sombreros? —repitió William, sorprendido.

—¡Sí! Es en la 5ª Avenida. Ya te digo, os vais a reír.

«En la 5ª Avenida», pensó William. «Igual que el desfile de San Patricio. ¿Aquí todo se hace en el mismo sitio?»

Sacudió un poco la cabeza para centrarse y tratar de ir al grano.

—Am... Sí. Desde luego que iremos. Gracias.

—De nada, hijo. Bien, pues... ¿Qué se te ofrece?

—Verás, yo... Necesito preguntarte algo.

—Lo que quieras.

—Es... Es algo delicado, Harold. Es sobre Troy.

—¿De qué se trata?

William echó una ojeada a la puerta de la calle, más que nada para comprobar por última vez que continuaba estando solo, antes de decir:

—Aquella noche... Cuando estuvisteis hablando a solas en la habitación de las guitarras...

—¿Sí?

—¿Qué le dijiste?

Hubo un silencio al otro lado, como si Harold estuviera pensando. Al fin, preguntó suavemente:

—¿Troy no te lo ha contado?

—No. No suelta prenda. Es muy protector con las personas que le importan. Y tú eres muy importante para él, Harold.

—Comprendo.

Harold pareció pensarlo otra vez durante unos breves instantes y al fin, dijo:

—Mira, William. Eres honesto y sincero y eso me gusta mucho de ti. Creo que vas a ser un gran hombre. Por eso me parece que puedo contártelo.

—¿El qué? —preguntó William, a la expectativa y un poco sin aliento por la ansiedad.

—Lo único que hablé con Troy aquella noche fue de mi relación con Fox antes de conocer a Melinda.

—De tu... ¡Oh!

William abrió grandes ojos de sorpresa. Se sentó lentamente en el brazo del sofá, con el teléfono pegado a la oreja.

—¡Tu relación con Fox! —murmuró.

—Sí —contestó Harold.

¡Cielos! ¡Harold era bisexual! ¡Por eso tuvo Troy aquella revelación! ¡Por eso parecía que esos dos compartían algo intangible, que iba más allá de la música! ¡Por eso Harold parecía ser más un maestro o un padre para Troy que un amigo!

—Harold, lo siento —balbuceó William—. No he debido preguntar...

—Te inquietabas por Troy y es normal, hijo. No te preocupes.

—Sí. Es que desde aquella noche está muy raro, Harold. Y me tiene hecho un lío.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Pues... ¡Me busca él a mí! Y eso es extraño, porque antes me huía y decía que yo le tenía agobiado. Y ahora que le dejo en paz... ¡Es él quien me busca a mí! ¿Tú lo entiendes?

Para su sorpresa, Harold se echó a reír.

—¡Claro que sí! Es la reacción normal.

—¿Normal?

—¡Sí! Troy te ha querido siempre igual, William. Pero antes se sentía culpable. No tenía clara su sexualidad y no se atrevía a implicarse contigo. Ahora todo es diferente.

—Pero, ¿se le pasará, Harold? ¿O se va a quedar así de raro para siempre? Porque si te soy sincero, me gustaba más el Troy de antes...

Harold volvió a reír. William sintió cómo se relajaban los músculos de sus hombros al oírle.

—¡Pues claro que se le pasará! —exclamó el productor al otro lado de la línea—. Tú dale tiempo, solo eso. Ya verás lo pronto que vuelve a ser el de siempre.

William se mordió una comisura. ¡Tiempo, otra vez! ¿Cómo se le daba tiempo a alguien que lo buscaba a uno a todas horas?

***

Aquella tarde, Seth se reunió con Troy en la cocina. Iban a ir los cuatro a los grandes almacenes a ver el espectáculo floral. Y como siempre, Troy parecía haber sido el primero en estar listo.

A Seth le llamó la atención que su compañero tenía aspecto de estar inquieto. Miraba fuera, a través de la ventana, como si quisiera predecir si llovería o no, a pesar de que el cielo estaba despejado y lucía un sol radiante. Tenía un tic nervioso en la mano derecha, que tamborileaba con las puntas de los dedos sobre sus tejanos negros.

Era extraño ver así a Troy. Normalmente, era bastante sereno. Austin decía que tenía que ser de esta manera por fuerza para poder aguantar a William, que era un manojo de nervios. Y añadía que a buen seguro la ansiedad de Troy se quedaba en su barriga, y que por eso no se veía por fuera.

Seth no decía nada. Pero en su fuero interno, admiraba la perspicacia de Austin. A él solían pasarle desapercibidas todo este tipo de cosas.

—¿Ya estás listo, Troy? —preguntó, en tono casual.

Su compañero se sobresaltó un poco, como si hubiera sido arrancado de sus pensamientos, y se volvió hacia él.

—Sí. ¿Tú también?

—M-m. —Asintió Seth.

—¿Les queda mucho a esos dos?

—Austin debe estar a punto de terminar. Y William está arreglando sus diferencias con su pelo, ya sabes...

Soltó una risita. Claro que él mismo no era nadie para hablar. También se llevaba su buena media hora de secador y plancha para poder dejar su propio cabello impecable. Pero William era aún más presumido que él, y eso todos lo sabían.

Troy sacudió la cabeza.

—¡Qué chico este! —dijo—. Se me cae la boca de decirle que está bien de todas maneras.

—Sí. Pero su melena es muy importante para él.

Troy se pasó una mano por la nuca para peinar con los dedos abiertos su pelo rubio. Lo tenía ya largo hasta la parte superior del pecho, ondulado y vaporoso.

—Cuando pienso que yo casi no me acuerdo de peinarme... —

dijo.

Seth se rió, y su amigo también relajó un poco el gesto al verle.

—A tu madre le va a dar mucha alegría verte —dijo Seth con ilusión—. Has cambiado mucho en estos meses, Troy. Ya eres un hombre. Y te ha crecido mucho el pelo. Lo tienes muy bonito, aunque no lo peines.

Seth soltó otra risita, y Troy sacó una fugaz sonrisita sin alegría, demasiado pequeña y demasiado breve.

—¿Desde cuándo no la ves? —preguntó el bajista.

—¿A mi madre?

—M-m.

Troy volvió a ponerse serio.

—Desde noviembre, cuando nos vinimos a vivir aquí —dijo, mirando por la ventana otra vez.

Seth abrió grandes ojos, sorprendido.

—¿Tanto? ¡Eso son cinco meses, por lo menos!

—Sí. —Asintió Troy.

—Am... Vaya. Pues entonces se alegrará más todavía. Casi no te va a reconocer cuando te vea.

—¿Tú crees?

—Hombre, es un modo de hablar. Una madre es una madre.

—Ya.

Troy suspiró. De repente parecía triste, aunque Seth no pudo adivinar por qué. ¿Tal vez sentía nostalgia de los suyos? Extraño, porque en todos estos meses nunca había demostrado echarles de menos...

—Am... Tengo entendido que te pareces mucho a ella —recomenzó Seth.

Troy le miró con curiosidad.

—¿Quién te lo ha dicho?

—William.

—Ah. —Troy volvió a mirar fuera, encogiéndose un poco de hombros—. Ella también es rubia. Y mis hermanos son morenos. Ella siempre decía que de los tres, el único que había sacado algo de ella era yo.

Seth sonrió un poco con ternura.

—Tiene que estar deseando verte.

—Sí. Supongo. Pero yo estoy deseando estar ya de regreso y que pase todo esto.

Seth frunció un poco el ceño, extrañado por el comentario. Pero antes de que pudiera preguntar nada, Troy le echó una ojeada fugaz al reloj de la cocina y se acercó al umbral para asomar la cabeza, llamando:

—¡Will! ¡Austin! ¡Es para hoy!

—¡Ya voy! —dijo Austin desde su cuarto.

—¡A las flores no les van a salir patas y no se van a ir de los grandes almacenes, Troy! —Se oyó gritar a William desde el baño.

—¡No! ¡Pero a este paso, seguro que cierran aquello! —contestó Troy.

William murmuró algo que Seth no pudo oír bien, pero que sonó como: «¡Qué exagerado! Claro, como él no se arregla ni nada... Ya te digo».

Troy resopló, impaciente, y regresó a su lugar, frente a la ventana de la cocina. Seth se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el borde de la encimera. Trató de darle conversación a su amigo, en un intento por distraerle, a ver si así se relajaba un poco y se le hacía más corta la espera.

—¿William consiguió hacer lo de la agencia de viajes? —preguntó.

—Sí.

—¿Tenemos el número de vuelo y tal?

—Sí. Hay que estar en el aeropuerto mañana a las nueve.

Seth asintió.

—¿Y para dormir? —preguntó—. William se quedará en tu casa, supongo... Antes vivía con una de sus tías, pero no está muy unido a ella. Y tampoco creo que quiera separarse de ti...

—Ni yo de él —murmuró Troy.

Tomó aire profundamente, como haciendo acopio de valor, antes de explicar:

—Nosotros hemos reservado en un hotel.

—Ah. ¿Y eso? ¿Tal vez no hay sitio en tu casa?

—No, es que... Mi familia no sabe que Will y yo estamos juntos.

—¡Oh! Comprendo... —Seth cayó en la cuenta de algo y añadió, dándole una palmadita en el hombro a su amigo—: Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¡En mi casa hay sitio de sobra! William puede quedarse allí, si quiere. O también podéis venir los dos, como prefiráis.

Troy sacudió la cabeza.

—No, no. Te lo agradezco, pero ya hemos hecho la reserva. Es mejor así.

—Ah... Como quieras.

Troy volvió a desviar la vista hacia la ventana. Seth observó que tenía la mandíbula tensa y que había metido los puños cerrados en los bolsillos de su cazadora de cuero.

Por su parte, no volvió a hablar. No supo qué decir. Bajó la vista al suelo otra vez, pensativo.

¿Qué le pasaba a Troy? ¿Por qué no parecía entusiasmado en absoluto por regresar a su casa y ver a los suyos?

Capítulo 3

El aeropuerto estaba lleno de gente a rebosar, como era habitual. Por suerte, los cuatro amigos no tuvieron que esperar demasiado rato en la cola para poder embarcar sus equipajes.

Después de haber zanjado este asunto, decidieron irse a tomar un café en uno de los establecimientos del aeropuerto, para hacer tiempo mientras esperaban a que llegara el momento de subir al avión.

Apenas estuvieron instalados en torno a una de las mesas cuadradas de la cafetería, y apenas les hubieron puesto por delante sus respectivas tazas, Troy se puso en pie, diciendo:

—Ahora vengo, chicos. Voy al baño.

Y salió deprisa, internándose entre las mesas y la gente. Desapareció por detrás del final de la barra, donde un cartel indicaba la entrada a los servicios.

—¡Ah, este hombre y su barriga...! —exclamó Austin,

recostándose en su asiento, con los codos apoyados en los brazos de la silla—. Cada vez que salimos de viaje, se pone malo.

—No siempre —observó Seth—. Cuando fuimos al rancho no, ¿verdad?

Austin hizo un gesto de duda, y luego asintió con la cabeza lentamente, con aire pensativo. No dijo nada.

Seth pensó que ahora que Troy no estaba, tal vez sería buen momento para compartir sus inquietudes con William. De modo que se volvió hacia él y comenzó:

—Troy me ha dicho que habéis reservado en un hotel.

—¿Ah, sí? —Se asombró Austin, que evidentemente, no lo sabía.

William asintió con la cabeza, metiendo los labios para dentro para lamérselos de la espuma del café, mientras soltaba su taza con cuidado sobre su platito con las dos manos.

—Sí —repuso. Se encogió un poco de hombros, como si la cosa no fuera importante, añadiendo—: Lo hemos preferido así.

Seth continuó:

—También me dijo que su familia no sabe que estáis juntos.

—M-m. —William volvió a asentir—. Troy tiene una relación complicada con su gente. Tengo entendido que son homófobos.

—¿En serio? —dijo Austin—. ¡Joder!

Seth parpadeó, sorprendido también por la noticia.

—Pues con nosotros la llevarían clara —respondió—. Tanto mi hermana como yo somos gays... Menos mal que mis padres nunca se han metido en eso. Es como si lo supieran desde siempre, o lo dieran por hecho, no sé.

—Qué suerte —dijo William.

—Yo no concibo tener que ocultarle algo como esto a la familia de uno —opinó Austin—. Quiero decir... William es la pareja de Troy. ¿Y su familia no debe enterarse porque son homófobos? Muy fuerte.

William volvió a encogerse de hombros.

—Yo he crecido así. Mi viejo no quería ni oír hablar de los gays. Comprendo a Troy, qué queréis que os diga.

—Joder, chico —murmuró Austin—. Pues vaya.

William miró a uno y a otro mientras explicaba:

—Le he dicho a Troy varias veces que no se preocupe, porque no se van a dar cuenta de nada. Mentiré y fingiré lo que sea preciso delante de ellos. Estoy acostumbrado a tener que mentir en mi casa, de todas formas. Y no quiero que lo nuestro le acarree problemas con su gente.

—No, claro que no —dijo Seth suavemente.

William asintió, antes de continuar:

—Yo tuve que romper con mi viejo, porque el tío era incorregible. Pero por eso mismo, sé lo que duele. No quiero que Troy tenga que pasar por eso, ni mucho menos por mi culpa. ¡Bajo ningún concepto!

—No, no. Yo no creo que las cosas lleguen a ese extremo —dijo Seth.

—Yo tampoco. Pero por si acaso, voy a poner de mi parte, tíos. No me fío de la gente intransigente, no sé si me entendéis.

—Ya. —Seth se arrellanó en su asiento para cruzar una pierna sobre la otra, mirando a William con simpatía—. De todas formas, lo que has dicho es muy noble por tu parte, William. No todo el mundo estaría dispuesto a mentir y a fingir para no darle problemas a su pareja.

William se encogió de hombros una vez más. Tomó su taza entre sus dos manos.

—Quiero a Troy. —Se limitó a responder—. Así que...

—Pero aún así... —continuó Seth—. Tiene que ser degradante. Quiero decir, uno se siente mal, ¿no? Mantener tu relación oculta, como si estuvieras haciendo algo malo... Y con el miedo permanente a que se te escape algo sin querer y os descubran.

El cantante tomó otro sorbo de café antes de decir:

—Para mí eso ha sido lo normal hasta ahora, con todos mis novios. De hecho, Troy es el primero con el que no tengo que andar escondiéndome. Por ejemplo, ni delante de vosotros, ni de Max, ni de Harold... Y no sabéis lo que se agradece. En comparación con esta confianza, para mí tener que fingir dos días en casa de Troy es un mal menor.

Seth no pudo evitar sentir una oleada de respeto hacia William. Al parecer, el cantante despreocupado y a veces algo melodramático al que habían aprendido a apreciar poquito a poco

en los últimos meses, escondía un alma noble y valiente detrás, y una historia complicada y para ellos totalmente desconocida. Le pareció que empezaba a entender en parte por qué estaban tan unidos Troy y William. Eran dos personas muy diferentes, cierto. Pero a la vez... A la vez, se parecían.

—Además, desde mi punto de vista... —prosiguió William, como si estuviera pensando en voz alta—. Los equivocados son ellos, los homófobos. Como tú dices, Seth, yo no estoy haciendo nada malo. Son ellos los que no nos dejan vivir con su intolerancia. Nosotros solo queremos ser como los demás.

Hizo una pausa, poniendo en orden sus pensamientos, antes de añadir:

—En una circunstancia como esta, tener que fingir delante de una panda de inconscientes para mí no es degradante. Es simple cuestión de supervivencia.

Empezó a gesticular con las enjoyadas manos, como solía hacer cuando se entusiasmaba explicando algo, y continuó, con los ojos negros muy brillantes y la expresión decidida:

—Ellos quieren que no existamos, pero existimos. Y sobrevivimos, a pesar de ellos, a escondidas de ellos. Me parece que al final ganamos nosotros, aunque sea así, en la sombra. Mientras que Troy siga enamorado de mí y yo de él, mientras que sigamos juntos, estaremos ganándoles a los homófobos, bien sea su familia o quien sea.

Levantó la barbilla, apartándose los rizos de la cara con una mano, y concluyó:

—Así que no me importa hacer el paripé. Lo único que me importa en realidad es Troy.

A Seth le llamó la atención que William había empleado la expresión «mientras que Troy siga enamorado de mí». Que él pudiera recordar, era la primera vez que se la oía decir en voz alta. Y además, lo había dicho con una seguridad y una confianza que casi rayaban en el orgullo.

Le resultó llamativo porque a él nunca le había parecido que Troy y William estuvieran enamorados, no realmente. Aquella relación había empezado más bien como amigos con derechos, algo similar a lo que ocurría con la suya con Austin en este

momento.

Seth suponía que enamorarse era algo más fuerte, eran palabras mayores. Eso conllevaba sentimientos más profundos, y un compromiso más serio, tal vez de por vida. Y sí, sus amigos se llamaban «novios» y tenían una relación más estrecha y más seria que la de Austin y él, pero aún así... ¿Estaban enamorados? ¿En serio?

Se preguntó si habría cambiado algo en aquella relación, y en qué momento habría ocurrido. Los cuatro estaban juntos todo el tiempo, así que lo que fuera debía haber tenido lugar justo ante sus narices. ¿Cómo habían llegado a enamorarse estos dos, sin que ni Austin ni él se hubieran dado ni cuenta?

Y a la vez... ¡Enamorados! ¿No era bonito eso? Qué envidia, caramba. Hacía mil años que Seth no vivía lo que era estar enamorado y ser correspondido, tal vez desde que era adolescente. De nuevo, se alegraba por ellos, y a la vez, les envidiaba. Se preguntó si llegaría a vivir algo parecido a lo que tenían ellos, alguna vez.

—Ahí viene el jefe —dijo Austin, señalando con la barbilla.

Troy se reunió con ellos y regresó a su silla. Venía un poco más pálido que cuando se fue. Aún no había tocado su café, que a estas alturas debía estar ya helado. Seth se preguntó si llegaría a tomarlo de verdad, o si se limitaría a mirarlo.

En cuanto Troy estuvo sentado, William alargó una mano para ponerla afectuosamente en uno de sus brazos. Le hizo una caricia por encima de la manga de la chaqueta, preguntando:

—¿Todo bien, cariño?

—Sí, sí —respondió Troy—. Ya se me ha pasado.

Carraspeó y sacó su paquete de tabaco del bolsillo, mirando alrededor. William volvió a tomar su taza con las dos manos.

—¡Cuánta gente! —comentó Troy—. Con estos techos tan altos y todo el mundo hablando a la vez, hay un ruido...

—Y mi dragoncito que es sensible a los ruidos. —Sonrió William, llevándose la taza a los labios—. Igual que a las margaritas, con lo inofensivas que son. ¡Quién lo iba a decir!

Troy prendió un cigarro, haciendo un gesto de hastío.

—Para mí las margaritas no son inofensivas. —Se defendió,

soplando el humo a un lado—. Ser alérgico no es lo mismo que ser sensible.

—M-m. —Asintió William.

Soltó su taza y apoyó un codo sobre la mesa y la mano en la barbilla, mirando a su novio con una media sonrisita divertida.

—Y soy músico, Will —continuó rezongando Troy—. No soy sensible a los ruidos.

—Lo eres, mi vida —repuso William—. Tus orejitas se agobian con la charla de la gente. Solo están hechas para la música.

Alargó una mano para acariciar una de las orejas de Troy, y este le apartó con una de las suyas, como si se tratara de una mosca molesta, haciendo una mueca y chasqueando la lengua, avergonzado. Seth soltó una risita. William se volvió hacia él, haciendo un gesto con la mano, y diciendo:

—¡En serio! —Puso una mano en el brazo de Seth y señaló a Troy con la otra—. Le agobian los mercadillos, las cafeterías, los centros comerciales... ¿Os acordáis ayer por la tarde? Se pasó todo el tiempo diciendo: «Hay mucha gente».

—¡Había gente! —protestó Troy.

—En los conciertos también hay gente, Troy —dijo William—. Y nunca he visto que eso te moleste.

—Gracias a Dios, porque no sé qué haríamos sin él —bromeó Seth.

Troy le hizo burla. Austin intervino:

—Pues yo no sé si os habéis dado cuenta...

Hizo una pausa. Los otros tres le miraron a la expectativa.

—¿De qué? —apremió William.

—De que vosotros dos de vez en cuando parecéis un matrimonio, tíos —concluyó el batería, señalando a Troy y a William con un dedo.

El primero se llevó una mano a la frente, mortificado, y el segundo soltó una risita entre dientes. Seth también sonrió. Era verdad que estos dos se parecían. Pero a la vez, eran muy, muy diferentes.

Se quedó mirando a Troy, pensativo. Le parecía que empezaba a comprender por qué su amigo estaba tan ansioso desde que les

dijo que tenían que ir a Charleston, por qué llevaba cuatro días irritable, gruñón, comiendo poco, yendo mucho al baño y fumando sin parar.

¡Pobrecillo! Se suponía que la familia de uno debía ser fuente de apoyo y de alegría, no una fuente de estrés y de problemas. Seth deseó de todo corazón que las cosas fueran bien, y que mañana por la tarde estuvieran de regreso en Nueva York con su guitarrista más relajado, continuando con sus vidas como si nada hubiera ocurrido.

Capítulo 4

Ahora que por fin empezaban a tener dinerito, Troy no había querido andarse con remilgos a la hora de hospedarse en Charleston. Ya tenía bastante con tener que pasar el mal rato de volver allí. Al menos, dormir en un buen hotel, no en un hostal barato o en un motel de carretera.

Por este motivo, le había pedido a William que reservara una habitación en un hotel en condiciones. Y William, como no podía ser de otra forma, había mirado alto y había hecho la reserva ni más ni menos que en el hotel Luxe, de cinco estrellas, el más caro de la ciudad.

El edificio estaba situado en todo el centro, frente al Ayuntamiento, y desde los pisos superiores había unas hermosas vistas del río Cooper y de la bahía. Su fachada moderna y elegante y sus bien cuidados jardines contrastaban con las casas señoriales, pintadas de colores pastel, que abundaban en el casco antiguo de la ciudad.

Troy y William se despidieron de sus amigos en el aeropuerto, y quedaron en verse allí de nuevo al día siguiente para tomar el vuelo de regreso.

Uno de los hermanos de Austin había venido a recogerlo, y se llevó también a Seth para dejarlo en su casa. Les ofreció llevarles a ellos, pero Troy denegó la oferta. El hermano de Austin venía

con su mujer y un niño pequeño, así que iban a ir algo apretados en el coche. Agradeció la idea, por supuesto, pero le pareció que sería mejor para todos si ellos dos tomaban un taxi.

El taxi les dejó en la puerta del hotel alrededor del mediodía. Los dos jóvenes cargaron sus respectivas mochilas y se dirigieron a la recepción del hotel.

Hacía un día radiante en Charleston, con un cielo alto y azul y con algunas nubecillas blancas aquí y allá que parecían estar hechas de algodón. La temperatura era perfecta. El sol calentaba bastante, pero soplaba una brisa fresca y húmeda, con olor a mar y a puerto.

Antes de entrar en el edificio, William se detuvo un momento en lo alto de las escaleras. Miró alrededor, al cielo y al Ayuntamiento, y tomó aire profundamente por la nariz, diciendo:

—Ya no me acordaba de lo que se sentía al estar en casa.

—Yo tampoco —murmuró Troy.

No lo dijo. Pero lo pensó. En los últimos meses, se habían habituado tanto a llamar a Nueva York «su casa», que ya habían olvidado por completo que no lo era, que eran neoyorkinos de adopción, y que antes de aquel hogar habían tenido este otro, mucho más al sur, al borde del mar.

Nueva York también estaba al borde del mar. De hecho, Manhattan es una isla. Pero cuando se está allí uno casi no se da cuenta de ello, porque la inmensa urbe lo ocupa todo. Solo los sonidos de algunos barcos en mitad de la noche les recordaban de vez en cuando que existía un puerto a pocas manzanas de donde ellos vivían. Charleston en cambio era totalmente diferente.

Troy se preguntó si alguna vez regresarían aquí para vivir de modo permanente, como antes. Lo más probable era que no. Charleston no tenía la vida ni el bullicio de la ciudad de los rascacielos. Era un modo de vivir y de ser distinto. Y Troy sentía dentro que, aunque era agradable volver a casa, su verdadero hogar estaba ahora en Nueva York.

El hall del hotel era amplio y espacioso, con grandes macetas con plantas y un mostrador brillante de madera de color claro. Había un señor de traje detrás del mostrador, con el pelo engominado. Troy se dirigió a él sin vacilar.

—Buenas tardes. —Le dijo—. Tenemos una reserva para hoy.

—Buenas tardes, señor. Muy bien. ¿Me dice su nombre, por favor? —repuso el hombre, revisando un grueso libro de huéspedes.

—Troy Anderson.

—Anderson...

El recepcionista revisó algunos nombres de la lista, señalándolos con un bolígrafo a medida que iba leyendo. De pronto, se detuvo. Levantó la cabeza para mirarle.

—¿Troy Anderson? —repitió, como para confirmar.

El aludido asintió con la cabeza, mientras indagaba en los bolsillos de su cazadora para sacar su cartera.

—Espere —dijo—. Le mostraré mi tarjeta de identidad...

El recepcionista le miraba con grandes ojos de asombro.

—Disculpe. ¿Es usted familia del Juez Anderson? —preguntó.

Troy sacó su carnet y se lo dio al hombre. Empezaba a sentirse igual de sorprendido que él.

—Sí —contestó—. Soy su hijo pequeño.

—¿De veras?

El recepcionista miró el carnet por las dos caras, como si tuviera en sus manos una reliquia sagrada.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Es estupendo, señor! ¡Qué gran honor! ¡Bienvenido!

Troy no comprendía nada de nada, por su alma.

—Ah... Gracias —respondió.

Se volvió para mirar a William, mientras el hombre anotaba sus datos en el libro, pero su compañero no pudo iluminarle en modo alguno, porque parecía estar igual de perplejo que él. Le miró a su vez y se encogió de hombros. Troy se volvió de nuevo hacia el mostrador.

—Perdone —comenzó—. ¿Por qué ha dicho que es un honor?

El recepcionista le devolvió el carnet, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Oh, no sea modesto, señor! Todo el mundo sabe ya lo de su padre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y es maravilloso que usted nos haya elegido a nosotros

para alojarse. No hace ni quince días que el Alcalde le concedió al Juez la medalla de la ciudad. ¡La máxima distinción! Su padre es un hombre muy querido en Charleston. Créame cuando le digo que nos ha hecho un honor escogiendo nuestro hotel, señor.

—¡Vaya! —repuso Troy, anonadado—. Pues... Me alegro.

No supo qué más decir. Tomó la llave que el hombre le tendía y se dirigió al ascensor con su mochila al hombro, seguido de William.

Apenas habían llegado a las puertas del ascensor, cuando vio con el rabillo del ojo que el recepcionista estaba gesticulando, mientras miraba a otro joven que había en la puerta. Señalaba hacia ellos con gestos apremiantes, haciendo muecas, con el auricular del teléfono pegado a la oreja.

Troy se detuvo, sorprendido por tan extraño comportamiento. El joven, que por el uniforme que llevaba debía ser un botones, se sobresaltó visiblemente y corrió hacia ellos, deshaciéndose en reverencias.

—Perdonen, señores. —Les dijo—. ¿Me permiten sus equipajes? ¿A qué piso van?

William le dio su mochila al chico, que se dobló hacia delante por el peso, y luego desembarazó a Troy de la suya para dársela también, respondiendo, con exagerada dignidad:

—Quinto piso. Habitación quinientos cuatro.

Por su parte, Troy continuaba con su atención puesta en el mostrador, donde el recepcionista estaba hablando por teléfono, muy entusiasmado, diciendo:

—¡Tenemos alojado aquí a Troy Anderson! ¡El hijo del Juez! ¡Sí, sí! ¡Tal como lo oyes! Sí, yo también pensaba que el Juez solo tenía dos hijos, pero qué quieres que te diga... Será el hijo pródigo, que ha vuelto a casa. Tiene pinta rara... ¡Pero he visto su carnet! ¡Y he hablado con él!

No pudo oír nada más. La puerta del ascensor se abrió ante ellos, y William empezó a tirarle de la manga de la cazadora para que subiera.

Mientras iban a la habitación, Troy se quedó pensando...

¿Qué era eso de que el Juez solo tenía dos hijos? Y... ¿«Tiene pinta rara»? Tal vez lo decía por el pelo largo y la chaqueta de

cuero y tal... Pero, ¿le habían dado a su padre la máxima distinción de la ciudad, y su madre no le había dicho nada?

Aquí había muchas cosas muy extrañas...

***

Les costó un poco deshacerse del botones, que se llevó un rato mariposeando por la habitación, descorriendo cortinas, explicándoles cómo funcionaba el aire acondicionado, cuál era el número del servicio de habitaciones...

Al fin, William le puso un billete en una mano y le dijo:

—Está todo muy bien. Venga, vete.

Le hizo un gesto hacia la puerta. El chico se guardó el billete en el bolsillo, haciendo reverencias otra vez.

—Muchas gracias, señor. Adiós. —Y le habló a Troy, como quien se dirige a alguien de la nobleza—. Adiós, señor Troy Anderson.

—Sí, sí. Venga, adiós —apremió William, abriendo la puerta y haciendo otro gesto hacia fuera.

El chico salió al fin, con una tonta sonrisita de excusa, y William cerró a su espalda.

Troy se quedó mirándole, de pie junto a la ventana, mientras su chico regresaba a su lado, con su andar erguido y seguro de sí. William estaba hoy muy guapo, vestido con un pantalón de pinzas oscuro con chaleco a juego y una camisa de seda. La ropa le quedaba como hecha a medida, y parecía abrazar su cuerpo, delgado y sólido.

Cuando salieron esta mañana, Troy pensó que era un atuendo muy incómodo para viajar. Ahora en cambio le pareció que era totalmente apropiado para venir a este hotel tan caro. William parecía pertenecer a este lugar, por su porte y por su elegancia. Destilaba glamour, el puñetero. Troy parecía un simple macarra a su lado.

Se quitó las gafas de sol negras y se pasó una mano por el pelo para aplacarlo un poco por detrás.

«Un macarra no», se dijo. «Un rockero. Y eso es lo que soy, ¿verdad?».

—Manda huevos... —Le dijo a William—. Es muy fuerte que no nos conozcan por nuestra música, sino por mi apellido.

—Ha sido extraño, sí —convino William.

Se acercó más a él y se asomó a la ventana, añadiendo:

—Al menos, el del pelo engominado ha tenido la decencia de darnos una habitación con vistas al mar. Es bonito, ¿verdad?

—M-m.

Troy también miró por la ventana. Era amplia, ocupaba casi toda la pared, y estaba cubierta por una delgada cortina blanca. A su través se podía ver el cielo azul al otro lado, y también el agua de la bahía, centelleando al sol. Innumerables barcos de todos los tamaños se afanaban cerca del puerto, a su derecha. Pero justo frente a ellos, el mar estaba más despejado, con solo algunas barquitas de pescadores aquí y allá.

—¿Tú sabías lo de la medalla esa? —preguntó William de pronto, volviéndose para mirarle.

—No. Mi madre no me ha dicho nada.

—¿Y dice que fue hace quince días?

—Eso ha dicho, sí.

—Pero si tu madre te llamó el viernes... ¿No te lo dijo?

—No. —Troy negó—. Nada de nada.

William frunció un poco el ceño.

—Eso también es muy raro, ¿no te parece?

—Sí. —Troy tomó aire profundamente—. A ver qué tienen que decir sobre eso.

***

La habitación era muy espaciosa, con una gran cama de matrimonio cerca de la ventana, cubierta con una colcha de color marrón claro. Tenía el suelo enmoquetado y un amplio cuarto de baño.

William comprobó que el mini bar estuviera bien surtido, solo

por curiosear. Mientras tanto, Troy se llevó un rato en el baño, probándose distintas ropas y peinándose con esmero. Vale que lo suyo fuera el rock. Pero no quería que su madre se asustara demasiado cuando lo viera. Al fin y al cabo, seguía siendo el mismo Troy de siempre, el pequeño de la casa, el niño ingenuo y soñador que siempre fue. Y parte de él, quizás ese niño, necesitaba que su madre le dijera que estaba muy guapo y que se sentía orgullosa de él.

—Tienen ginebra, Troy. —Oyó que decía William junto a la puerta del baño—. Por si esta noche nos apetece tomar algo. Como en los viejos tiempos, ¿m?

Troy se rió un poco, ansioso.

—No creo que bebamos nada —dijo—. Seguramente tengamos que quedarnos con ellos a cenar. Y regresaremos tarde y hechos polvo.

—¿No te han dicho nada de que te alojes en un hotel? ¿A tu madre no le sorprendió?

Troy miró al hombre del espejo. Estaba pulcramente afeitado, y con el cabello rubio todo lo bien peinado que podía estar. Pero sus ojos ya no eran los de un niño, sino los de un hombre, preocupado y triste.

—No lo saben —contestó con voz queda—. Todavía no se lo he dicho.

A través del espejo, vio asomarse la cabeza rizada de William por el umbral.

—¿Ah, no?

—No.

Y el propio Troy no sabría decir por qué. Tal vez pensó que era mejor no decirle nada a su madre por teléfono para que no le echara una bronca desde el otro lado de la línea. Tal vez simplemente no quiso disgustarla. O tal vez pensó que sería más fácil si lo decía en el último momento, después de la cena, cuando empezaran a hablar de irse a dormir.

De hecho, en algunos instantes hasta había albergado la esperanza de que para su madre sería un alivio. Y había fantaseado con una cena idílica en su casa, reunidos todos en torno a la mesa grande del salón. Y ya después de los postres, Troy diría que

tenían reservado un hotel, y su madre diría que era mejor así, porque de este modo tendrían todos su intimidad. Y qué considerado por parte de Troy, porque así ella no tendría que recoger ningún desastre mañana. Y luego le miraría con orgullo y diría: «Mi pequeño se ha hecho mayor». Y Troy sentiría que todo estaba bien, que había hecho lo correcto.

Porque en realidad era lo correcto, ¿verdad? Todos eran ya adultos aquí. Su hermano mayor, Dick, se casó el año pasado. James aún vivía con sus padres, pero era abogado y viajaba mucho. Y Troy...

Bueno, ni siquiera estaba seguro de que sus padres conservaran aún su habitación. A lo mejor la habían convertido en sala de estar hacía mucho tiempo, y él estaba aquí, preocupándose por nada.

—¿Qué más cosas no saben, Troy? —preguntó William suavemente, acercándose poco a poco.

¡Ah, qué pregunta! Sería difícil decirlo. Y a la vez tan fácil... Dolorosamente fácil.

—Nada —murmuró Troy—. En realidad, no saben nada.

William rodeó su cintura con un brazo, apoyó su cabeza en su hombro y le miró a través del espejo. Troy tomó su mano libre con la suya. La acarició con cuidado con el pulgar.

¿Desde cuándo su familia no sabía nada de su vida? ¿Cuándo empezó a mentir y a fingir? ¿Cuándo empezó a hacerse esta traición a sí mismo, y a su sentido de la moral y el deber para con los suyos?

Probablemente, cuando decidió ir en serio con su grupo, a pesar de que su padre tachaba su proyecto de «locura de juventud».

Y desde luego, seguro que empezó a fingir en condiciones cuando empezó lo suyo con William.

Pero, ¿cuándo había sido él así, por favor? ¿Por qué se había convertido en un extraño para su propia familia? ¿De verdad había merecido la pena?

¿Por su grupo? Sí.

Y por William... Troy no cambiaría la relación que tenía con William por nada en este mundo.

Miró a los ojos grises del hombre del espejo. De repente, todos los esfuerzos que llevaba haciendo la última media hora para

ponerse presentable y no parecer un macarra, le parecieron absurdos. De hecho, se sintió ridículo.

Ya no era el niño que vivía en Charleston y que soñaba con ser famoso.

Ahora era un hombre. Ya era famoso. Y además era neoyorkino, y era la pareja de este precioso joven que tenía de pie a su lado.

La diferencia entre aquel niño que fue y el hombre en el que se había convertido le dio de pronto en toda la frente. Y era tan grande, que comprendió que sus esfuerzos por parecer que era el de antes serían totalmente inútiles. No iba a engañar a sus padres. Ya no. Tenían que verle tal como era, con la chaqueta de cuero, el pelo largo y las pintas de rockero. Tenían que ver al nuevo Troy. Al verdadero Troy. Y la idea resultaba aterradora.

Tragó saliva, sobrecogido.

—He cambiado, Will —murmuró—. He crecido y ya... Casi no me reconozco.

—Todos crecemos, cariño. —Fue la suave respuesta de William.

—Sí, pero... Si no me conozco ni yo... ¿Cómo van a reconocerme ellos? —Troy sacudió la cabeza—. Es imposible. Las cosas ya no son como antes. Y ellos jamás entenderán nuestro mundo, porque viven en otro distinto.

—M-m. —Asintió William—. Por eso venimos de visita. Para pasar un ratito agradable y luego volver a nuestra casa.

Le besó una mejilla y se quedó mirándole, como arrobado, añadiendo:

—¿No vas a ponerte colonia? La tuya de siempre, por favor. Esa que huele tanto a macho y me pone como una moto, ¿m?

Troy intentó sacar una sonrisita torcida.

—¿Eso quieres? ¿Ponerte como una moto justo antes de ir a ver a tu suegra?

William no sonreía. Se apartó un poco para acariciarle el pelo, contestando:

—Si hay que hacerlo... Pero por una vez, no lo he dicho pensando en mí. —Le dio un piquito en los labios, antes de murmurar—: Estás guapísimo, Troy. Quiero que vean la maravilla

de hombre en el que te has convertido.

Troy rodeó el cuerpo de su chico con los brazos, le apretó contra sí. De repente tenía un nudo en la garganta, y no sabía por qué.

O tal vez sí. En los ojos de William había visto algo que nunca antes había podido ver en los de ninguna otra persona: orgullo. Precisamente.

William también le abrazó. Le dio una palmadita en la espalda y bromeó:

—Bueno, puede que también quiera presumir de novio un poquitín. Aunque no sepan que eres mi novio... Pero yo soy así, ya lo sabes. No tengo remedio.

Troy se rió un poco, una risita húmeda y emocionada. Besó la cara de su novio y contestó:

—No lo tengas. Eres perfecto tal como eres.

Apoyó su cabeza en la de él, cerró los ojos. Se dejó envolver por el aroma de su cabello, tan familiar y reconfortante, y por el tacto y el calor de su cuerpo junto al suyo. Agradeció que estuviera aquí con él, dispuesto a pasar el mal rato a su lado. Lo agradeció de todo corazón.

Troy no sabía muy bien qué clase de reacción iban a tener en su casa cuando lo vieran. Y tenía miedo. A su familia no le gustaban los macarras. ¿Qué iban a decir? ¿Se reirían de él, se burlarían? ¿Qué iban a hacer? ¿Le echarían de una patada? ¿O por el contrario, harían como que no pasaba nada, y les acogerían a William y a él con una sonrisa? ¿Les iban a rechazar, o se iban a comportar como una familia normal?

Solo había una forma de averiguarlo, ¿verdad? Había que ir allí y hacerles frente. El estómago de Troy se encogió con el pensamiento. No quería tener que vivir esto, de verdad que no...

Capítulo 5

Troy estuvo muy callado durante todo el trayecto en taxi desde

el hotel hasta su casa. Y en cuanto llegaron al lugar, descendió del coche sin decir palabra, como si no recordara que había un conductor al que tenían que pagar. Menos mal que William estaba aquí y se ocupó él de hacerlo. El taxi se marchó y se quedaron los dos de pie delante de la casa de Troy.

Era una bonita vivienda unifamiliar de una sola planta, con jardín delantero y un garaje adosado al edificio. Estaba situada en las afueras de Charleston, en uno de los barrios de gente pudiente. No era una casa señorial, como la de Seth, pero tampoco tenía nada que ver con el cuchitril de dos plantas en el que había crecido William.

Troy caminó como en un trance por el sendero de losetas blancas que discurría por entre el césped delantero, que separaba la acera de la casa. El sendero ascendía un poco, porque las casas estaban más altas que la carretera. Había un tramo asfaltado delante de los garajes, y en algunos había coches aparcados allí. En la de Troy también había uno. Era muy grande, viejo, gris, con el morro y el maletero cuadrados y aspecto de estar en las últimas. Contrastaba mucho en un barrio tan bonito.

William había estado aquí antes en varias ocasiones. Y siempre le había llamado la atención la limpieza y el orden que había visto en esta casa. Suponía que todo seguiría igual. Desde luego, por fuera no había cambiado nada desde la última vez que vino.

Troy llamó al timbre, y William se quedó respetuosamente a su lado, en silencio, un par de pasos más atrás. Quería ser fiel a su promesa y representar el papel de amigo lo mejor que pudiera. Pero a la vez, quería que Troy sintiera que estaba cerca. Era muy raro que estuviera tan callado. Este hombre debía estar de los nervios.

Al fin, la puerta se abrió y apareció la madre de Troy, Agnes Anderson. Se deshizo en exclamaciones de sorpresa.

—¡Troy! ¡Por fin, hijo! ¡Qué alegría!

Agnes tampoco había cambiado. Era mucho más bajita que ellos, tanto que Troy tenía que inclinarse un poco para besarla. Era delgada, muy blanca de piel, y vestía un elegante traje de falda y chaqueta. Su cabello rubio estaba peinado de peluquería. Si William no se engañaba, la mujer llevaba incluso el mismo corte

de pelo que la última vez que la vio.

—Hola, mamá —murmuró Troy, mientras su madre le besaba las mejillas—. ¿Todo bien?

—Muy bien. ¿Y vosotros? ¿Qué tal el viaje? —Sin esperar respuesta, se volvió hacia el interior de la casa y llamó—: ¡James! ¡Ha venido tu hermano!

Luego se dirigió a William, exclamando:

—¡Y también ha venido William! ¡Qué detalle por su parte! ¡Qué guapo estás, hijo! ¡Qué elegante! ¿Cómo estás?

Besó también las mejillas de William. Este sintió una ráfaga de su perfume. Era dulzón y penetrante, debía ser de los caros. Le sonrió y contestó:

—Muy bien, señora. Me alegro de verla.

—Y yo a ti.

Agnes sonrió también, apretándole los brazos con ambas manos.

En aquel momento apareció un hombre en el umbral, detrás de ella. Era algo más alto que Troy, bastante más corpulento, y tenía el cabello muy corto, castaño y ondulado. Hablaba con voz fuerte.

—¡Vaya! ¡Mira quién se ha dignado venir! ¿Qué pasa, enano?

Le dio una palmada en el hombro a Troy, que se limitó a darle una palmadita en el brazo a su vez, diciendo, con una sonrisita:

—Hola, James.

Agnes explicó:

—Vuestro padre no está. Ya sabes que a esta hora todavía está trabajando. —Tiró un poco del brazo de William hacia sí—. Venid, entrad en casa. ¿Habéis almorzado ya?

—Todavía no —dijo Troy—. Por cierto. Me he enterado de que le han dado un premio a papá.

La madre sonrió ampliamente.

—Sí, fue muy bonito. Qué lástima que no pudieras venir.

—¿Por qué no me avisasteis? A lo mejor, habría podido —contestó Troy.

La madre hizo un gesto de resignación y su sonrisa se volvió condescendiente mientras decía:

—¡Ah, hijo! ¿Cómo íbamos a consentir que arruinaras un acto como ese con estas pintas?

Le señaló con una mano, como si Troy fuera la personificación del desastre. Miró luego a William.

—¿Tú crees que se puede vestir así? —Se dirigió de nuevo a Troy—. ¡Mira a tu amigo! Un joven elegante. ¡Así deberías ser tú!

—Mamá, a una cosa como esa habría ido de traje —protestó Troy.

—Sí. Y con estas greñas. —La madre alargó una mano para tocarle el cabello, con un gesto de desaprobación—. ¿Cuándo vas a cortarte el pelo, Troy?

—Pareces un macarra, tío —opinó James, con una risita burlona.

—Un macarra no, James —corrigió Troy. William no podía verle la cara, pero su espalda y sus hombros se iban poniendo tensos por segundos—. Soy un rockero.

—Ya. ¿Y qué más? —contestó James. Señaló a William con la barbilla, añadiendo—: ¡Tu amigo es el artista aquí! Os he visto en la tele. Él es el famoso, tío. Tú solo eres un segundón.

—Ah, ¿ves la tele? —repuso Troy con sorna—. Creía que solo sabías tocar los cojones a la gente.

—Troy... —Llamada de advertencia de la madre. Miró a William—. Ya sabes, en una casa con tres chicos las peleas no acaban nunca, qué te voy a contar. —Miró luego a los dos hijos alternativamente al añadir—: Chicos, por favor, comportaos. Tenemos visita.

Y agarró otra vez un brazo de William, como si fuera él quien necesitara que lo calmasen. El joven cantante se preguntó por qué lo habría hecho. Que él supiera, no había dado muestras de estar nervioso. Es más, estaba perplejo, mirando la escena. No había tenido ocasión de hablar. Vaya, ni siquiera era capaz de hacer una mueca de asombro. Él era hijo único, pero estaba seguro de que los hermanos no solían tener la costumbre de tratarse así, mucho más después de estar meses sin verse ni hablarse, ¿verdad?

—¡Nah! —exclamó James—. Troy se ha vuelto marica, mamá. ¿No lo ves? El pelo largo, igual que su amigo. Parecéis niñas, tíos.

—¡James! —Susurro horrorizado de la madre, mientras pellizcaba el brazo de William.

—Ten cuidado, James —contestó Troy al mismo tiempo, muy

serio y en voz baja, casi peligrosa.

James no pareció intimidado, ni por el espanto de su madre ni por la advertencia de su hermano. Se rió y dijo:

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Acaso es mentira? ¿No parecéis niñas? ¿Qué macho que se precie lleva el pelo así, a ver?

Era una simple bromita sin gracia, para hacerse el listillo y quedar encima, o eso le pareció a William. De hecho, el tipo debió sentirse muy satisfecho de sí mismo después, porque se rió otra vez, mirando a Troy, como si estuviera seguro de que él también se reiría...

Pero Troy no se rió.

William sintió que una de sus manos buscaba a tientas la suya. Entró en pánico y trató de zafarse, dándole manotazos disimulados para que se apartara, pensando: «Pero, ¿qué está haciendo este loco?»

Troy no pareció captar la indirecta. Persiguió su mano. La atrapó. La agarró fuerte.

Hecho un bocadillo entre la madre, que seguía sujetándole un brazo por un lado, y Troy, que apretaba su otra mano como si no quisiera dejarle ir nunca, William tuvo por un instante un terrible presentimiento.

«Lo va a hacer», se dijo. «Lo va a decir, madre mía. Espero estar equivocándome, pero conociéndole, lo hará. ¡Y no debe hacerlo, por Dios! ¡Cualquier cosa menos eso! Que le ría la gracia al fantoche este si hace falta, pero...»

—Troy... —comenzó en voz alta.

Pero ya Troy estaba diciendo, sereno y seguro:

—Te repito que te andes con cuidado, James. Mi novio es homosexual. Y no le consiento a nadie ni media tontería con ese tema. A nadie, sea quien sea. ¿Te ha quedado claro?

William tuvo deseos de llevarse una mano a la frente, por pura mortificación. Y lo habría hecho, si hubiera tenido alguna libre.

¡Oh, por favor, qué espanto! ¡El dragoncito rubio acababa de sacarlos a los dos del armario, hala! Con su par de huevos y su idealismo característicos.

Pero, ¿en qué clase de mundo de color de rosa vivía Troy? Sabiendo mejor que nadie cómo era su familia... ¿Y hacía esto?

¿Se creía que algo así no iba a tener consecuencias, o qué? Pues las tendría, ¿eh? William estaba seguro de ello. Él mismo había tenido la desgracia de vivir más de una consecuencia, con su propia familia, sin ir más lejos.

Mientras todas estas cosas pasaban a toda velocidad, dando vueltas por la cabeza de William, fuera de ella, a su alrededor, se había hecho un silencio sepulcral. James y Agnes se habían quedado con las caras desencajadas de asombro.

Ella fue la primera en reaccionar. Miró a Troy de hito en hito, y al hacerlo, reparó en que tenía a William cogido de la mano. Completamente perpleja, balbuceó, en tono de no dar crédito:

—¿William?

Le miró luego a él con grandes ojos, y William tuvo que apretar los labios con fuerza para mantenerse calladito y no meter la pata más aún.

«Sí, señora», pensó para sus adentros. «Apuesto a que no se esperaba algo así de mí, ¿verdad? Siempre me han dicho que soy un actor magnífico. Hasta sé hacer el papel de hetero. Y parece que lo bordo, ¿no cree? Soy amigo de Troy desde hace más de dos años, y todo este tiempo he estado haciéndole película y usted no ha sospechado nada. Si eso no es ser buen actor...».

Por su parte, James miró a Troy y repitió:

—¿Novio? —Y soltó una risita pequeña, entre incrédula e insegura—. ¡No me jodas!

Pero Troy continuó muy serio. No contestó esta vez. Se limitó a mirar a James desde debajo de las cejas.

—¡Tío, tiene que ser una broma! —exclamó James—. ¡En nuestra familia nadie nunca...!

La madre se volvió un poco y le dio un empujoncito en la barriga hacia atrás, diciendo con voz débil:

—James, vamos dentro. Tenemos vecinos...

Pero James no hizo caso. Parecía demasiado perplejo como para escucharla.

«O bien eso, o bien es simplemente demasiado estúpido», se dijo William. James le iba cayendo mal por momentos. Se preguntó si de verdad sería hermano de Troy o si sería adoptado, porque no se parecían en nada, vaya...

—O sea, que te has vuelto marica de verdad. —Le dijo el tipo a Troy.

—No me he vuelto nada —contestó Troy—. Siempre he sido como soy, pero yo no lo sabía. Y ahora, gracias a mi chico...

Se volvió para mirar a William, y una expresión de ternura y admiración apareció en sus ojos. Sus labios esbozaron una sonrisita al añadir:

—Ahora ya lo sé.

«¡Madre mía!», pensó William. «Si alguien me hubiera dicho hace seis meses que algún día Troy me miraría con cara de tonto enamorado mientras salía del armario delante de su familia, le habría dicho que se fuera derechito al manicomio».

Cara de tonto enamorado, sí. Una cara preciosa y una mirada que convertía los huesos de William en gelatina. Le comería la boca ahora mismo, por guapo, por valiente, por loco, y porque él también estaba enamorado hasta los huesos. Y lo habría hecho si hubiera podido, eso de comerle la boca. Pero estaba paralizado por la sorpresa y no podía moverse. Todo esto era tan surrealista y estaba ocurriendo tan rápido, que... ¿Lo estaría soñando, en realidad?

Desde luego, de todos los escenarios posibles que William había visto en su cabeza para este día, esto que estaba ocurriendo jamás había pasado ni un instante por su imaginación. Era descabellado e increíble, casi rayaba en el absurdo.

Troy acababa de salir del armario. Delante de su familia. Solo pocos días después de descubrir que era bisexual. Y sabiendo que su familia era homófoba. Vaya, sabiendo que esta revelación podía hacer que los perdiera para siempre.

Y lo había hecho por amor.

Si eso no era para comérselo entero, William no podía imaginar qué podía serlo...

Capítulo 6

Troy se quedó mirando el hermoso rostro de William. Este le miraba a él a su vez con los ojos negros muy abiertos y brillantes y una expresión muy extraña en ellos. En un primer momento, le pareció espanto, casi terror. Pero luego se dibujó en ellos algo distinto, una mezcla entre la admiración y el... ¿Orgullo? Troy no podía saberlo con seguridad.

Sí supo que una vez más, le pareció la cosa más bonita que había visto en su vida. El cabello rizado castaño oscuro enmarcaba sus rasgos cincelados. Curiosamente, con lo que le gustaban las joyas, hoy no traía ninguna. Troy se preguntó si habría sido para caer bien a su familia. No le sorprendió de él, pero el detalle le pareció adorable.

Se alegró enormemente por poder tenerle a su lado en este momento. William simbolizaba más que ninguna otra persona su nueva vida. Tal vez porque no era solo suya, sino que la estaban construyendo entre los dos. En los últimos seis meses, William lo había sido todo para él. Y Troy esperaba que eso continuara siendo así el resto de su vida.

La voz de su hermano James le devolvió al mundo.

—¡Marica! —Le oyó exclamar con desprecio—. Había oído que los rockeros se tiran a la mala vida. Drogas, mujeres... Ya sabes. Pero, ¿esto...?

Troy parpadeó. Se volvió hacia su hermano.

—No todos los rockeros somos iguales —dijo.

—¡Joder, tío! Pero, ¿tú te haces una idea de lo que esto significa? ¿Cómo vamos a decirle esto a Dick? ¿O a papá? ¡Les dará un patatús!

Troy se encogió de hombros.

—No se lo digas —respondió.

Su madre le dio un empujoncito a James en la barriga, murmurando:

—James... Los vecinos...

Troy se dio cuenta de que había soltado el brazo de William y que se había retirado de ellos un paso para pegarse más a la puerta y a James. También notó que parecía intranquila, mirando alrededor con aprensión.

Le echó una ojeada fugaz a las demás casas por encima de sus hombros. Había vecinos asomados a las puertas y les miraban con curiosidad. James estaba formando un espectáculo. ¡Cuánto le gustaba llamar la atención! Y con lo que era su madre con los vecinos, que nunca quería darles motivos para hablar... Con razón parecía inquieta.

—¡Pero hay que decírselo! —continuaba su hermano, al parecer insensible a todo lo que le rodeaba—. ¿Cómo van a sentarse a la misma mesa con dos pervertidos como vosotros?

La última frase se acompañó de un gesto despectivo con la mano en su dirección. Troy frunció el ceño y volvió a mirar a William.

—¿Somos pervertidos? —Le preguntó.

Su novio se limitó a mirarle con grandes ojos, como antes. Parecía ser incapaz de hablar. Troy miró de nuevo a su hermano y le dijo:

—¿Es una perversión querer a alguien? ¿Es una perversión estar enamorado?

—¿Enamorado? ¡Pero cómo puedes...! ¡Es una perversión liarse con un tío, Troy! ¡Y una asquerosidad, además! ¡Papá no va a consentir...!

—Tengo veintiséis años, James. Me da igual la opinión de papá.

—¡Pues para pedirle dinero no te da igual!

—Ya no necesito pedirle dinero. Y si eso es lo que te preocupa, queda tranquilo, porque aunque lo necesitara, no volveré a hacerlo.

—¿Y te crees que ya está? ¡Reflexiona, Troy! ¿Te has vuelto loco? Vale que cuando uno sea joven, le dé por la guitarra, tontear con un grupo y tal... Pero, ¿esto...?

Troy suspiró. Miró a su madre, que se mordía los labios, angustiada, y preguntó:

—Mamá, ¿nos dejáis entrar y hablamos como personas, por favor?

Ella contestó débilmente:

—Sí. James...

Pero James estaba plantado delante de la puerta abierta y no se movió.

—¡Ni hablar! —exclamó—. ¡No voy a arriesgarme a que lleguen papá o Dick y los encuentren aquí!

Troy parpadeó, confundido.

—Total, que no entramos —dijo.

—¡No! —gritó James—. Es decir... ¡Podrás entrar tú solo! ¡Después de haber ido a la iglesia y haberte arrepentido de tus pecados! Pero ese...

Señaló a William con desprecio con la cabeza. Troy sintió una oleada de ira ardiente en la boca del estómago. Nadie se dirigía así al amor de su vida. Nadie.

—Te lo advertí, James —interrumpió—. Ni media tontería con mi novio.

Y sin pensarlo más, se dio la vuelta, apretó la mano de su chico en la suya, y le murmuró:

—Vámonos, cariño.

Descendieron unos pasos por el caminito de losetas blancas. Troy estaba cansado de tonterías. Dick siempre había sido un capullo intolerante, y James un bocazas. Estaba acostumbrado a que se metieran con él. Pero no toleraba que atacaran también a William. Este hombre era su vida. Sencillamente, no.

Además, por otra parte, no parecían dispuestos a dejarles entrar, ¿verdad? ¿Qué sentido tenía continuar aquí, formando una escena y aguantando estupideces? Para eso, mejor se iban ya al hotel.

Troy se alegró lo indecible de haber reservado esa habitación de hotel. Cuando lo hizo, no podía ni imaginar que ocurriría esto. Fue más bien por tener su intimidad por la noche y por no separarse de Will. Pero ahora...

Como muy lejos, escuchó que James continuaba gritando sandeces. Le solía ocurrir. Cuando Troy le daba la espalda y se iba, su hermano se envalentonaba y gritaba más alto. Troy no quiso escucharle. Ya conocía esa canción concreta. Apretó el paso. Tenían que irse ya, ponerse a salvo.

Pero de pronto, al llegar a la acera, cayó en la cuenta de algo. Se detuvo.

El taxi se había ido. No tenían medio de regresar al hotel. Y estaba demasiado lejos como para intentar volver caminando. ¿Qué podían hacer? Maldito James y su estúpida cabeza de

chorlito...

Troy miró a un lado de la calle. Hombre, podría pedirle a algún vecino si podía acercarles. Esta gente le había visto crecer. Pero también era verdad que apreciaban a su padre y que lo más probable era que le dijeran que no. Aunque solo fuera por no meterse entre la ira de James y él.

Miró al otro lado. También podía volverse y pedirle a su madre que llamara otro taxi. Pero no sabía muy bien qué tipo de reacción podría tener James. Y ese loco era capaz de ponerse violento. Vaya, muy violento. Casi mejor que no...

De pronto, sus ojos se posaron sobre el coche gris que había aparcado ante la puerta del garaje de su casa, el coche de James...

Y tuvo una idea.

Troy sabía que su hermano nunca cerraba el coche, porque era un trasto tan viejo, que no temía que se lo robaran. Rezó para que eso continuara siendo así, y se dirigió hacia él, tirando de William.

El corazón se le puso en la garganta solo con pensar en lo que iba a hacer. Pero no tenía otro remedio. Tenían que irse, ya, cuanto antes. James se iba calentando por momentos, tenían que quitarse de en medio. Y este era el único transporte disponible.

James le había prestado el trasto en más de una ocasión en el pasado, no sería ni mucho menos la primera vez que Troy lo conducía. Y además, y todo hay que decirlo... Bueno, James no podría pegarles si estaban dentro del coche. Podría chillar un poco más, pero eso no les haría daño.

En todo caso, la decisión quedó tomada en fracciones de segundo. Antes de darse cuenta, Troy ya estaba junto al coche, y James gritaba:

—¡Eh! ¿Dónde te crees que vas?

—Me llevo tu coche, hermano —dijo Troy de pasada—. No te importa, ¿verdad?

¿Quién sabe? A lo mejor se lo prestaba, como había hecho antaño... No perdían nada por preguntar.

—¿Qué? —gritó James.

Por su tono de voz, pareció que no estaba muy dispuesto a prestárselo. Pero Troy no alteró el plan. Sencillamente, porque no tenía otro.

Abrió la portezuela y le dio un empujoncito a William hacia el maletero, apremiándole en voz baja:

—¡Sube por el otro lado! ¡Deprisa!

William corrió a obedecer sin titubear y sin discutir, gracias a Dios. Troy aguardó a que se hubiera puesto a salvo. James gritaba y se acercaba a ellos hecho una furia. Apenas William estuvo sentado en el asiento del copiloto, tirando de la puerta hacia sí, Troy se dejó caer deprisa en el del conductor. Cerraron los dos a la vez. Y ya estaba James junto al coche. ¡No había tiempo!

Troy pulsó el botón del cierre centralizado y le dijo a su novio:

—¡Abre la guantera! Siempre tiene una llave de repuesto.

James empezó a tirar del pomo de la puerta para abrirla, gritando juramentos. Troy metió los dedos en la ranura del plástico que había bajo el volante, diciendo:

—¡Date prisa, Will! No me gustaría tener que hacer un puente.

El plástico cedió al fin, y el compartimento quedó abierto. Troy tiró la cubierta de plástico a un lado, alargó las manos a tientas hacia los cables que debían estar expuestos debajo del volante. Le temblaban los dedos. Deseó con todas sus fuerzas que Will encontrase la llave. Sabía hacer un puente. Pero no veía nada ahí abajo, y no sabía si podría encontrar los cables adecuados. Con los nervios como los tenía, lo más probable era que no. Y ¿qué iban a hacer entonces? ¿Quedarse aquí hasta que llegara la policía? ¿Y si James partía un cristal, o...?

Escuchó un golpe fuerte en su ventanilla. Se sobresaltó. James estaba allí, a pocos centímetros de su cara, aporreando el cristal y gritando:

—¡No puedes hacer esto! ¡Troy! ¿Me oyes? ¡Baja de ahí ahora mismo!

—Y una mierda... —murmuró Troy entre dientes para sí.

No pensaba bajar. Aunque el coche no se pusiera en marcha por ningún medio. No pensaba bajar, no y no. Sería poner en peligro a William. Troy había padecido algunas de las palizas de James. Sabía que en un momento dado, él podría defenderse y hacerle frente. Pero William no. Aquí dentro estarían a salvo. O eso esperaba...

—¡Aquí está la llave! —murmuró William, un poco sin aliento.

Y añadió—: ¡Ah! También hay una pistola.

Una idea totalmente disparatada cruzó como un relámpago la cabeza de Troy. No pensó. Alargó la mano derecha y dijo:

—¡Dámela!

James seguía golpeando el cristal y gritando:

—¡Que bajes tu puto culo marica de ahí, Troy! ¿No me oyes?

—Troy... —murmuró William, con un hilito de voz.

Troy sacudió la mano en el aire y repitió con más decisión, impaciente:

—¡Dámela!

La pistola era lo único que podía sacarlos de esta. ¿Y no era irónico? Con todo lo que Troy había odiado en el pasado las lecciones de armas de su padre y los domingos en el campo de tiro...

Sintió el peso de la culata del arma, fría y dura, en su mano y la agarró con firmeza. Bajó la ventanilla con la otra mano.

Como era de esperar, apenas apareció un hueco en el cristal, James metió la cabeza en el coche, amenazando con un dedo y gritando, con la cara colorada y congestionada de ira:

—¡Mira, enano! ¡Si todo esto es para llamar la atención de mamá, que sepas...!

Troy alzó la pistola sin decir palabra. Le puso el cañón entre los ojos.

El mundo se detuvo. A su espalda, William soltó una pequeña exclamación de espanto. Su madre, de pie ante la puerta de la casa, también soltó un gritito y se tapó la boca con ambas manos, mirándoles con horror. Pero Troy solo tenía ojos para James.

El muy cabrón se había quedado mudo, por fin, con el dedo en el aire y los ojos desencajados clavados en los suyos. Ni siquiera se había dado cuenta de que Troy no le había quitado el seguro al arma ni la había cargado. Se estaba creyendo la farsa de punta a punta. Aunque no se le podía culpar, claro. Uno no tenía el cañón de una pistola en la frente todos los días...

Troy rezó para que la sangre fría le aguantara a él hasta el final, hasta que estuvieran a salvo.

—¿Puedo llevarme el coche o no, James? —preguntó.

Se asombró al oír su propia voz. Sonaba lenta y calmada, y no

entendía cómo podía ser eso, si por dentro estaba hecho un flan. Tenía el corazón en la boca, y era puro milagro que no le estuviera temblando la mano.

James dio un paso atrás, sin decir nada. Sacó la cabeza del coche y alzó ambas manos, con las palmas abiertas. Reculó otro paso.

Troy se concentró en el peso del arma que sostenía en la mano para tratar de mantenerla firme, apuntando a James. Retiró el dedo del gatillo, pero no apartó los ojos de su objetivo. No se fiaba ni un pelo. Ese tío todavía era capaz de darse cuenta de que estaba haciendo puro teatro y abalanzarse sobre ellos. Le habló a William, sin mirarle.

—Mete la llave en el contacto, Will.

Escuchó que William se sobresaltaba con otra pequeña exclamación, y movimiento a su espalda. Hubo un golpecito, como si algo se hubiera caído y hubiera rebotado por los bajos del coche.

«Por Dios bendito, que no deje caer la llave justo ahora», pensó Troy, esforzándose por no hacer una mueca de frustración. Quería conservar la cara de póker hasta el final. Era lo único que podía ayudarle a mantener la farsa.

—¡Ya está! —murmuró William.

¡Ah! ¡Por fin! Troy le hizo una seña a James con la pistola hacia atrás para que se apartara más. Le necesitaba bien lejos para poder arrancar el coche, no se les fuera a meter dentro otra vez en un descuido.

Su hermano obedeció y reculó unos pasos, aún con las manos en alto, balbuceando:

—Troy... Estás llegando demasiado lejos...

Troy alzó una ceja.

—Soy un macarra, ¿no? —repuso—. O eso has dicho...

Y con un movimiento rápido, soltó la pistola en el salpicadero y arrancó el motor. Metió la marcha atrás y pisó a fondo, gritando:

—¡Recógelo mañana delante de la puerta del Ayuntamiento, cabrón!

Y enfiló calle abajo, frunciendo los labios en un gesto de triunfo. El coche hizo un ruido de todos los demonios y soltó una

nube de humo negro que hizo toser a William.

Troy vio por el espejo retrovisor, en medio del humo, que su hermano corría hasta el centro de la calle y que les veía marchar, impotente. Lo vio hacerse más y más pequeño a medida que se quedaba atrás... Hasta que finalmente lo perdió de vista, y solo entonces respiró. Y luego se rió, golpeando el volante con una mano y gritando:

—¡Sí! ¡Ahí te quedas, capullo! ¡Hoy no has podido pegarme! ¡Somos libres! ¡Libres, coño!

Libre. Era libre. Libre de James, de sus insultos y amenazas, de su violencia. Libre de la obligación de tener que ver a su padre, con el miedo que le daba. Libre de tener que mentir y fingir. Libre de su familia, por fin, después de veintiséis años...

Era libre.

Y acababa de robarle el coche a un abogado, a mano armada, y con su propia pistola.

Capítulo 7

—Mira, Troy. Si alguna vez tienes que defenderte, lo primero es quitarle el seguro a tu arma. No querrás quedar como un imbécil delante del desaprensivo que te esté amenazando, ¿verdad?

El rostro serio y severo de su padre surgió de entre la niebla del recuerdo, tal como era cuando Troy tenía doce años. Su padre siempre decía que Troy era un blandengue porque no era como sus hermanos. No iba de matón por la vida, no le gustaban las armas, y se sobresaltaba y cerraba los ojos cada vez que sonaba un disparo.

Su padre nunca entendió que Troy prefiriese las cuerdas de una guitarra a las balas. No aprobaba nada de lo que Troy era o hacía. En cuanto a sus hermanos, Dick y James, eran mayores que él y más corpulentos y le habían maltratado física y verbalmente toda su vida, con el consentimiento de su padre, que decía que “a ver si así se hace un hombre”.

La emoción predominante cuando uno ha crecido en un hogar así es el miedo.

Troy sabía que era la oveja negra y que no le querían. Por su parte, lo único que sentía hacia ellos era un vago sentido del deber, de compromiso. Pero no hacia su padre y hermanos, sino hacia su madre. No era cariñosa, y nunca fue el tipo de madre que Troy habría deseado tener, pero él la quería.

Ahora ese nexo, tal vez el único hilo que le unía a su familia, se había roto. ¿Qué había pensado ella cuando le vio amenazar a James con el arma? Que se había vuelto un degenerado y un ladrón, por lo menos.

¿Y qué pensaría su padre cuando ella y James le contaran lo ocurrido hoy?

Seguramente, no querría volver a verle nunca más. Había cometido el equivalente a varios pecados capitales según los cánones de su familia en el espacio de media hora. Y delante de todo el vecindario, lo que les confería un agravante. Algo como esto no iba a tener el perdón del Juez Anderson.

Pero, ¿tomaría represalias? ¿Mandaría a la policía tras él? ¿Le metería en la cárcel?

—¡Dios mío, Troy! ¡Qué miedo!

La voz de William sonó muy cerca, muy viva, muy real. Disipó las brumas del recuerdo, y con ellas desapareció también poco a poco la cara de su padre de su mente.

El miedo no. Se quedó en la boca de su estómago, apretándolo en un nudo frío de vacío y oscuridad. La sensación de estar desamparado era abrumadora en su intensidad.

Troy parpadeó, tragó saliva. Se dio cuenta de que estaba conduciendo todavía el coche de James, de camino hacia el centro de Charleston. Le temblaban las manos, y le costaba respirar.

Había algo negro y brillante sobre el salpicadero. Le daba el sol y creaba reflejos y brillos raros en el parabrisas.

Era el arma.

Troy alargó la mano, la tomó de nuevo y se la dio a William, diciendo:

—Mete esta mierda en la guantera otra vez, ¿quieres?

—Sí, sí —contestó William.

Obedeció deprisa, y luego cerró la tapa de la guantera con las dos manos, como si dentro hubiera una bomba nuclear. Suspiró y se llevó las manos al pecho.

—Troy, por tu alma...

—Ya pasó, mi vida.

Troy colocó una mano a tientas sobre la rodilla de su chico. La acarició con cuidado con el pulgar. No sabía muy bien a quién estaba consolando en realidad, si a William o a sí mismo. Seguía teniendo el corazón latiendo con fuerza en el pecho, y la cabeza le daba vueltas.

Tomó aire profundamente. Trató de centrarse en la carretera. Gracias a Dios, estaba bastante despejada de coches. El cielo seguía estando azul, con sus nubecillas blancas aquí y allá, y la brisa del mar entraba por la ventanilla abierta. A izquierda y derecha estaban empezando a aparecer grandes charcas y marismas. Todo alrededor era tan luminoso, tan bonito y estaba tan en calma, que costaba creer que acababa de venirse abajo su vida entera, y por su propia mano.

Cuando salió del hotel, supo que su familia encontraría difícil aceptar su nuevo yo, este nuevo Troy adulto, rockero y bisexual, el único Troy que podía ser en este momento.

Ahora sabía que jamás le aceptarían.

No había marcha atrás para él. Aunque regresara a casa en este instante, llorando y suplicando perdón, las cosas jamás volverían a ser como antes. James se estaría vengando durante años. Y su padre jamás olvidaría la afrenta.

Había roto la imagen de familia perfecta y de hijos modelo que sus padres llevaban décadas proyectando sobre el barrio y medio Charleston. Y con ello, acababa de afianzar para siempre su papel como oveja negra, degenerado, desquiciado y echado a perder de la familia.

Se había convertido en un paria. Acababa de arrancar el pasado de raíz, y las raíces expuestas al aire dolían. Gritaban: «¿Qué has hecho, por Dios? ¿Qué has hecho?».

Pero lo peor de todo, una vez más, era el miedo. ¿Se quedaría todo en esto? ¿Le echarían de la familia sin más? ¿O su padre usaría su influencia para encontrarle y encerrarle, tal vez incluso

diciendo que lo hacía «por su propio bien»?

¿Qué iba a ser de ellos ahora? ¿Acababa de ponerlos a salvo de James a los dos? ¿O acababa de meterles en un lío aún mayor?

—Troy, por Dios bendito —dijo William—. ¿Cómo se te ha ocurrido...?

—Tenía miedo —murmuró Troy, con un hilito de voz—. Mucho miedo. Tú no conoces a James.

Tomó aire profundamente otra vez y trató de hablar con más decisión. No quería que le temblara la voz. No quería derrumbarse. No todavía. Su cabeza era un caos, y necesitaba pensar. Necesitaba aclararla para saber si estaban a salvo o no. Cuando lo supiera, se derrumbaría. Ahora no. No aún.

—Cuando lo vi salir de la casa, supe que tenía ganas de bronca, y me preparé para alguna clase de escena —explicó—. James es un matón, y le encanta hacerse el listo delante de mamá.

—Eso he podido comprobarlo. —Asintió William.

—Parte de mí pensó que era absurdo alarmarse. Ese tonto no iba a formar un número en medio de la calle, ¿verdad? Nadie lo haría. Pero es evidente que me equivoqué.

—Joder...

—Cuando James se pone violento, no se controla. Es más alto que yo, y más fuerte, y además sabe hacer daño. A lo largo de los años, he aprendido cosas. Trucos... Medios de defenderme. Pero tú no. Y tuve miedo por ti. No quería que te hiciera daño. Además, no teníamos medio de volver al hotel... El coche fue lo único que se me ocurrió.

—Pero, ¿en serio pensabas dispararle? Porque te prometo que lo parecía...

Troy sacudió la cabeza.

—¡Desde luego que no! Todo era un teatro. Solo quise asustarle y que se apartara del coche. Que se alejara de ti. Lo hice para protegerte. Tú...

Se interrumpió. De repente, se le había puesto una bola de congoja en la garganta y tenía la vista nublada de lágrimas. Más bajito, concluyó:

—Tú eres lo que más me importa en el mundo.

Sintió que la mano delgada y sólida de William se cerraba

sobre la suya y que la apretaba fuerte. Se arriesgó a volver la vista un instante para mirarle. Entre la niebla de las lágrimas, vio que su chico le estaba mirando a él a su vez, muy serio, enormemente. Tenía los ojos húmedos y los labios apretados. Parecía emocionado y acongojado a su vez.

Troy volvió a mirar a la carretera.

Parpadeó, y las lágrimas cayeron deprisa por sus mejillas. Soltó la mano de William para secarse los ojos y aclararse la vista. No era plan de tener un accidente. Tenía que serenarse hasta que estuvieran en lugar seguro. Pero sus dedos seguían temblando y los sollozos se le agolpaban en el pecho. Volvió a tragar saliva.

—No tenía idea de nada de eso —habló William suavemente.

Troy sintió que ahora era él quien ponía una mano sobre una de sus piernas, y que la apretaba con cuidado, como tratando de consolarle. En voz baja e íntima, William añadió:

—Has tenido un par de huevos, Troy. En un primer momento, pensé que te habías vuelto loco...

Soltó una risita. Hizo reír un poco a Troy, entre sus lágrimas. También le emocionó más, precisamente por eso, y tuvo que volver a pasarse la mano por los ojos, apretando los labios para retener dentro el primer sollozo.

—Pero ahora... ¡Joder, chico! —continuó William—. ¡Qué par de huevos! Apuesto a que ese fantasmón no esperaba que le plantarías cara de esta manera.

Troy negó.

—No suelo plantarle cara —murmuró—. No me gusta pelear.

William le acarició la mejilla y el pelo.

—Y lo has hecho por mí, mi dragoncito valiente... —dijo.

Troy volvió a reír, y cayeron más lágrimas. Tomó la mano de William y la besó antes de dejarla ir. Su chico le enjugó una lágrima con cuidado, añadiendo:

—Yo también te quiero más que a nada, mi vida. —Y más bajito—: Más que a nada.

Troy no contestó. No podía. Y William debió imaginarlo, porque no dijo nada más. Le dejó su espacio y guardó silencio. Pero su mano continuó apoyada en su muslo, caliente y sólida. Le hizo sentir comprendido y acompañado. Le hizo sentir que era

verdad que le quería. Le ayudó a serenarse.

Las lágrimas ya habían dejado de caer y estaban entrando en el centro de la ciudad, dejando el campo atrás e internándose en amplias calles, flanqueadas por edificios de varios pisos, cuando William volvió a hablar.

—¿Qué va a pasar ahora, Troy? ¿Crees que tomarán represalias?

—No lo sé. Creo que no. Mi padre tiene una reputación, ya oíste al recepcionista del hotel. Y James tiene un prestigio que mantener, si quiere tener éxito como abogado. No creo que quieran que una cosa como esta se haga pública.

Sí. Eso era lo que se decía a sí mismo para tratar de conservar la calma y que el pánico no se apoderase de él. Pero su cuerpo no le creía, y el nudo de su estómago seguía allí, inamovible, firmemente alojado en su barriga.

—¿Y los vecinos? —insistió William, repitiendo como un eco la misma pregunta que acababa de lanzarle su mente—. Porque lo han visto todo...

La cabeza de Troy buscaba a toda velocidad la respuesta correcta. Él conocía a los suyos mejor que nadie en el mundo. ¿Qué harían?

—Supongo que mi madre les dirá que estábamos jugando James y yo. Los chicos son chicos, ya sabes... —improvisó—. Ahora no, desde luego. Esta tarde, cuando se haya repuesto un poco de la impresión.

Sí, tal vez. Su madre llevaba toda la vida tapando las fechorías de sus hermanos, mintiendo y sonriendo. Sabía hacerlo bien. Tenía experiencia.

Troy se preguntó qué clase de mentiras inventaría esta vez. Puede que dijera que estaba borracho, o drogado, o enfermo mental. ¿Le mentiría también a papá y a Dick, para que no dejaran de hablarle?

No. Con James por medio, no lo haría. Además...

Troy había dicho que Will era su novio. Su madre jamás podría superar eso. Vaya, la había perdido para siempre. Por muchas vueltas que le diera, esta era la única realidad.

Las malditas lágrimas volvieron a agolparse en sus párpados.

Su voz tembló, como la de un niño asustado, cuando murmuró:

—¿Qué he hecho, Will? ¿Qué he hecho?

De las cercanías de su brazo derecho, le llegó la voz de William, suave pero decidida:

—Tener un par. Ser un hombre íntegro. Salvarnos a los dos. Eso has hecho. Shh... Troy, el volante. Ya casi estamos, cariño. Aguanta un poco más. Ya casi estamos.

Troy asintió, apretando los labios y sorbiendo por la nariz. Un hombre, sí. Ya era un hombre, como decía Will. Y los hombres no lloran, o eso llevaba papá diciéndole toda la vida.

Entonces no debía ser muy hombre que digamos, porque los sollozos empezaron a escapársele al fin, y lo hicieron muy bajito, como si les diera vergüenza salir. Las lágrimas cayeron una tras otra sin parar por sus mejillas, mojándole la chaqueta y la camisa. William trató de enjugarlas con cuidado, repitiendo:

—Shh... Ya, cariño...

Pero fue inútil. Troy no era capaz de parar de llorar. Lloró y lloró como el hombre que era hasta que el coche estuvo aparcado al fin ante la puerta del Ayuntamiento. Y una vez que el motor estuvo parado, metió la cara entre las manos y continuó llorando. Ya no como un hombre, sino como un niño, desarraigado, solo y triste.

Lloró y lloró, sin escuchar a William y sus intentos por consolarle, sin sentir sus manos acariciándole el pelo, la cara, las manos... Sin oír nada ni ver nada ni sentir nada. Su mundo era solo dolor, lo inundaba todo.

Su vida anterior acababa de desaparecer de un plumazo. Y no estaba seguro de que hubiera en él suficiente cantidad del nuevo Troy como para mantenerse en pie.

Y este miedo que tenía en el cuerpo, por Dios... Casi prefería que su padre apareciera de la nada, llamándole por la ventanilla, y que le gritara que le odiaba y que le iba a hacer esto o aquello... Cualquier cosa, con tal de que acabara esta incertidumbre.

Su universo se había dado la vuelta y Troy se sentía perdido. En aquel momento, no recordaba a su recién descubierto nuevo yo, no sabía quién era y no veía más que vacío, oscuridad y lágrimas.

Capítulo 8

Pero todo acaba en esta vida. Y el dolor, por muy intenso u oscuro que sea, tarde o temprano también pasa. Poco a poco, Troy volvió a hacerse consciente de lo que le rodeaba, a sentir las manos de William en su pelo y a escuchar su voz.

—Ya está, cariño. —Le decía—. Ya ha pasado todo. Joder, en la vida te he visto llorar de esta manera. Y es comprensible, pero aún así... Ya está, Troy, por favor. Haz un esfuerzo, vamos...

Troy se dio cuenta de que la voz de su chico temblaba y que sonaba densa y extraña. Empezó a suspirar muchas veces para tratar de serenarse, pasándose las manos por los ojos.

—Sí, ya... Ya estoy mejor.

—Eso es. Poco a poco.

Troy abrió los ojos. William estaba secándole la cara con los dedos, a la vez que secaba la suya propia con la otra mano. ¿Por qué? ¿Acaso él también estaba llorando?

Troy tomó su mano entre las dos suyas y le besó la palma. ¡Pobrecito Will! Era más joven, a lo mejor estaba asustado. Y Troy aquí pensando solo en sí mismo... Se estaba comportando como un inconsciente.

—Lo siento, Will —murmuró—. He perdido los nervios.

—Si es normal, ya te digo —respondió William.

Retiró suavemente su mano de entre las suyas. Se apartó el pelo de la cara y se secó los ojos otra vez, tomando aire por la nariz. Era muy evidente que quería aparentar que era el más adulto de los dos y que quería cuidar de Troy, pero no lo estaba consiguiendo. En aquel momento los dos estaban convertidos en flan. Tendrían que sostenerse el uno al otro como pudieran hasta que hubiera pasado todo.

Troy le dio su espacio al chico. Aguardó a que se hubiera repuesto un poco. Se dejó caer hacia atrás en su asiento, apoyó la cabeza y suspiró.

—Me siento perdido —confesó, mirando al cielo azul que se veía al otro lado del cristal—. No sé qué podemos hacer ahora.

—Podríamos empezar por bajar del coche e irnos al hotel —dijo William—. Este lugar me da escalofríos. No se me cae de la cabeza que tengo un arma a pocos centímetros de mis piernas.

Troy esbozó una sonrisita sin alegría. ¡Ah, este hombre y sus cosas...!

—Will, el arma no te va a hacer nada. Tiene el seguro puesto, y está en la guantera.

—¿El seguro? ¿Sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

Troy se encogió un poco de hombros.

—Sé —dijo—. Algo sé.

Volvió a ponerse serio. Sabía, sí. Sabía más de lo que él desearía saber sobre este tema.

William le miró con curiosidad.

—¿Sabes disparar, entonces? —preguntó.

Troy asintió.

—Sí. Mi padre nos enseñó a los tres. Le apasionan estas cosas. Cuando yo era pequeño tenía un rifle colgado sobre la chimenea del salón. «Por lo que pudiera pasar», decía.

—Joder... Mi viejo es policía, pero yo nunca he tenido un arma.

—Yo tampoco. Mi padre nos llevaba al campo de tiro y practicábamos con las suyas. En cuanto tuve edad para poder decir que no iba, dejé de ir con ellos. —Lo pensó un momento antes de confesar—: No sabía que James fuera de los que llevan una pistola en la guantera.

William sacudió la cabeza.

—Troy, te prometo que cuando me dijiste que teníamos que venir de visita, me imaginé una cena familiar normal y corriente, con paripé incluido, ya sabes. Nunca pensé que saldríamos de tu casa como forajidos, en un coche robado y con una pistola en la mano.

—Yo tampoco. —Troy intentó aligerar un poco el ambiente—. Bueno, en realidad, no le hemos robado el coche. James me lo ha prestado otras veces antes.

—Creo que hoy no, Troy —dijo William, muy serio.

No, hoy no. Y eso marcaba toda la diferencia, ¿verdad? Troy suspiró. ¿Qué iban a hacer?

—¿Por qué nunca me has hablado de las armas? —preguntó

William suavemente.

—Porque no las quiero ni en pintura. —Troy se volvió para mirarle—. En mi opinión, son el argumento de los que no tienen argumento. Cuando salí de casa para irnos a Nueva York, pensé que no volvería a ver una pistola en mi vida.

—Ah, pues en eso estamos de acuerdo. Quiero decir, espero que no volvamos a ver una, ninguno de los dos. —William empezó a moverse—. Vamos al hotel, Troy. Me estoy poniendo nervioso de verdad. Y este coche huele raro.

—Huele a tabaco —dijo Troy, abriendo su portezuela para salir.

—Y a perro —añadió William, haciendo lo propio agradecidamente. Preguntó en tono de conversación—: ¿James tiene perro?

—Que yo sepa, no.

Ya. Pero había muchas cosas que no sabía de sus hermanos, igual que ellos no sabían nada de él. Lo de la pistola había sido una sorpresa, por ejemplo. ¿Qué más cosas habría?

En realidad, no quería saberlo. Quería regresar a su propio pequeño mundo, en Nueva York, con sus discos, su guitarra, su agenda de conciertos, Max, Harold...

Quería salir de aquí y no tener que volver.

—¿Qué hacemos con el coche?

La voz de William le sacó de sus pensamientos, una vez más. Troy se detuvo, se volvió. Se dio cuenta de que su chico seguía de pie junto al vehículo, mirándolo con recelo, como si el maletero se fuera a convertir en una gran boca y fuera a engullirlo.

—Es verdad. No había pensado en ello —reconoció Troy.

Menos mal que estaba aquí Will para pensar por los dos, porque estaba claro que él hoy no podía. Regresó al coche, echando un vistazo alrededor. Estaban en una explanada de aparcamientos que había junto a una de las fachadas del Ayuntamiento, con las plazas señaladas en blanco en el suelo de asfalto. No era el único vehículo que había, pero aquello tampoco estaba muy concurrido que digamos. Lo mejor sería dejarlo cerrado, por si las moscas, no fuera a ser que alguien viniera durante la noche y lo robara de verdad.

—No sé si funcionará —dijo—. A ver si así...

Volvió a entrar. Dejó la llave de repuesto en la guantera y la cerró con firmeza. Luego colocó de nuevo en su lugar el plástico que había bajo el volante. Por último, bajó el pestillo de su portezuela y la cerró. Probó a abrirla desde fuera, pero no pudo. Parecía que sí, que había funcionado.

—Hagamos lo mismo con las otras tres puertas. —Le dijo a William—. James podrá abrirlo mañana con su llave.

—Está bien.

Se dieron prisa por dejarlo todo bien cerrado y luego regresaron al hotel. La brisa estaba adquiriendo más fuerza, y las nubes estaban siendo cada vez más rechonchas. Quizás lloviera esta noche.

—Troy, espera —dijo William.

El aludido se detuvo y se volvió para mirarle. Ya estaban fuera de la explanada. Su chico venía trotando tras él, con el largo cabello rizado ondeando alrededor de su cabeza como una corona.

—¿Qué pasa? —preguntó Troy.

William llegó a su lado. Le quitó las gafas de sol, que Troy llevaba enganchadas en el pico del escote de su camisa, y se las puso con cuidado, diciendo:

—Así. Nadie tiene por qué verte los ojos hoy, cariño. Eres un rockero. Un tío duro, ¿de acuerdo?

Troy sintió que una sonrisita tierna y emocionada le trepaba por los labios sin que pudiera evitarlo. Se inclinó para besarle.

—Te quiero —murmuró.

—Y yo a ti.

William solo le dio un piquito fugaz. Se apartó en seguida, apremiando:

—Venga, vamos. Nunca se sabe quién puede estar viéndonos.

—¿Y qué? ¿Importa algo, con todo lo que hemos hecho hoy?

—Importa. En Charleston siempre importa. —Fue la enigmática respuesta de William.

Se rodeó con sus propios brazos, como si le hubiera dado frío, y continuó caminando, mientras repetía:

—Vamos.

Troy no discutió más. Le siguió. Se sentía inmensamente

cansado. Después de la llantera, el cuerpo lo único que le pedía era caer en la cama, dormir y olvidarse del mundo.

Pero dudaba mucho de que fuera capaz de hacerlo. El pellizco de miedo no se había ido de su barriga. Tenía una desagradable e imprecisa sensación de amenaza, de no estar a salvo. Necesitaba saber qué iba a hacer su padre, cuál iba a ser su reacción. Pero, ¿cómo averiguarlo sin ir a su casa para preguntarle?

***

—Tenemos que llamar a Max —dijo William en cuanto estuvieron de vuelta en su habitación, con la puerta cerrada a sus espaldas.

Troy se volvió hacia él, quitándose la chaqueta.

—¿Max? —repitió—. ¿Para qué?

—Para que nos ayude, ¿para qué iba a ser? Lo que ha pasado es algo serio. Y yo no sé tú, pero no tengo idea de qué es lo que debemos hacer ahora... —Lo pensó un momento, antes de añadir, con un gesto con la mano—: Que sea legal, se entiende.

Troy se dejó caer sentado sobre el borde de la cama, con las manos en su regazo.

—Yo tampoco tengo idea —confesó—. Nunca antes me las he visto en algo como esto.

—¿Lo ves? Hay que llamar a Max. —Asintió William, haciendo un gesto de decisión con la barbilla.

Se dirigió resueltamente al teléfono, haciéndole una seña con la mano a Troy mientras añadía:

—¡Tú no te preocupes! ¡Yo me encargo!

Y levantó el auricular, murmurando para sí:

—Me dijo que se iba mañana jueves de vacaciones. Espero encontrarlo en casa. Como haya adelantado el viaje, no sé yo... ¿Sí? Buenas tardes. ¿Para llamar a Nueva York, por favor?

Troy no prestó atención al resto. Una vez más, agradeció que William estuviera aquí. Él no estaba para muchos teléfonos ahora mismo...

***

Por suerte para ellos, Max sí estaba en casa. Dijo que había tenido que anular el viaje por motivos de trabajo, algo que sorprendió a los chicos, porque no sabían que su mánager realmente trabajara. Cualquiera que lo conociera, diría que este hombre pasaba su vida de fiesta en fiesta.

William no quiso hacer preguntas acerca del motivo que había privado a Max de sus vacaciones, por si tuviera que ver con ellos y fuera algo desagradable. Se dijo, y con razón, que ya tenían bastante con el asunto que tenían entre manos, y se propuso ir al grano. Pero fue Max quien dijo:

—Me parece que todavía no lo sabéis. ¿No habéis puesto la radio? ¿En toda la semana? ¿En serio?

William lo pensó un momento. ¡Vaya una pregunta extraña!

—Am... No —respondió—. Hemos tenido otras cosas en qué pensar, la verdad.

—Ah, pues nada, nada. Ponedla cuando podáis —dijo Max, y preguntó—: Bueno, ¿de qué se trata?

William le contó someramente lo que había ocurrido. La voz de Max se fue volviendo más y más seria en sus respuestas a medida que el cantante iba hablando. Finalmente, cuando William hubo terminado su relato, dijo:

—Habéis hecho bien en llamarme. No hagáis nada más. Voy a contactar con el abogado y en seguida os llamo. ¿En qué hotel estáis?

Capítulo 9

El bufete Hudson and Harriet era conocido porque llevaba los asuntos de un gran número de artistas. Troy y William habían oído a Max nombrarles en alguna ocasión.

Aquella tarde, fue Thomas Hudson en persona quien les llamó. Por la voz, parecía tratarse de un hombre mayor, tal vez incluso

más que el padre de Troy. A este le tranquilizó bastante oírle hablar, en tono tranquilo y reposado.

—Has tenido suerte, chico. —Le dijo el letrado—. Hoy es miércoles y he tenido juicio. Me has pillado en Nueva York por los pelos. Si hubiera sido mañana, habría estado de vacaciones en Cancún.

Troy recordó que cuando estuvieron buscando vuelo para Charleston no encontraron plaza para el jueves, por ser Jueves Santo, y por eso habían venido hoy miércoles. Agradeció esta feliz coincidencia lo que Hudson no se podía imaginar.

—Bueno, ¿de qué se trata? —prosiguió el hombre—. Max me lo ha contado por encima, pero quiero saber tu versión. La pistola no es tuya, ¿no? ¿Tú no tienes armas?

—No, no. Ni quiero tenerlas. Es de James.

Troy volvió a contar todo tal como había ocurrido, sin exagerar ni omitir nada, mientras el abogado escuchaba atentamente al otro lado de la línea. Cuando hubo concluido, el letrado dijo:

—Bueno, es un tema peliagudo. Si presentaran cargos contra ti, podríamos alegar legítima defensa, desde luego. Pero lo ideal sería no tener que llegar a eso y solucionar este asunto como caballeros.

Troy no podía estar más de acuerdo.

Hudson hizo una pausa, murmurando para sí como si estuviera consultando algo, y luego añadió:

—Mira, dame un par de horas. Llamaré a tu hermano y a tu padre y luego te llamaré de nuevo para contarte.

—De acuerdo —murmuró Troy.

—Y por lo que más quieras, quédate en el hotel. Los jóvenes perdéis la cabeza cuando os pasa una cosa de estas y hacéis tonterías. No hagas nada. Sangre fría, Troy. No hables con nadie. Demonios, no respires siquiera hasta que yo te llame otra vez, ¿está claro?

—Sí, sí. No quiero más problemas.

—Bien. ¿El coche está sano y salvo donde le dijiste a James?

—Sí.

—¿Y la pistola?

—También. Está en la guantera, donde él la tenía.

—Muy bien. Dame unas horas y luego hablamos. Relájate,

chico. Todo va a salir bien.

Troy sintió un alivio tremendo y una oleada de gratitud al oír aquello. Pero no consiguió relajarse, por mucho que quiso y por mucho que lo intentó. No podía.

Pasó aquella terrible espera sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y un cenicero sobre su regazo, fumando un cigarro tras otro junto a la ventana abierta. William bajó a por un bocadillo para cada uno, pero Troy no fue capaz de tocar el suyo.

—Te va a devorar el estómago de dentro a fuera, Troy. —Le dijo William, mientras engullía su improvisado almuerzo, sentado a su lado. Le ofreció un paquete pequeño de patatas fritas, a medio consumir—. Come algo, anda.

Troy se limitó a negar con la cabeza. Tenía la boca del estómago ocupada con un nudo. Era imposible para él tomar nada.

Tampoco habló más, por otra parte. Se sentía agotado, y a la vez tan tenso como una de las cuerdas de su guitarra. No podía pensar.

Por su parte, William trató de distraerse con algo. Se sentó junto a Troy, también con la espalda apoyada en el cabecero, y trató de leer un libro que llevaba en su mochila. Tenía la costumbre de llevar uno consigo, fuera donde fuera, para «matar los ratos de aburrimiento», como él decía. Pero esta vez no consiguió concentrarse y a los pocos minutos lo guardó de nuevo, frustrado.

Desde entonces, se dedicó a andar de un lado a otro de la habitación, murmurando para sí entre dientes cosas como:

—De un abogado a otro todo es mejor, digo yo. Las personas normales no entendemos de esas cosas. Seguro que ellos llegan a un acuerdo con toda facilidad...

Troy le miraba, fumaba, y se limitaba a estar allí, ausente, demasiado embotado y demasiado cansado como para sentir. Su mente era un completo vacío, una nada absoluta. Y parte de él lo agradecía. Siempre era mejor no sentir nada que sentir dolor, ¿verdad?

Pero a la vez... Era tan raro en él esto de no sentir... Tanto que por momentos le parecía que estaba viviendo una pesadilla. Que esto no estaba pasando en realidad, y que en cualquier momento se

despertaría y vería que estaba en casa, en Nueva York. Y William despertaría también, entre sus brazos, le miraría y sonreiría, y Troy volvería a sentir que todo estaba bien, que estaba a salvo.

Pero William no estaba entre sus brazos, sino dando paseos por la habitación. Y no tenía la sonrisita somnolienta que Troy le veía en su mente, sino que estaba serio y preocupado, y trataba de calmarse a sí mismo repitiéndose a media voz que todo iba a salir bien. Se había cambiado de ropa y ahora vestía una camiseta y un pantalón de chándal. Parecía el más cuerdo de los dos.

En algunos momentos, Troy se preguntaba si esta espera acabaría alguna vez, o si habían quedado atrapados en alguna clase de agujero fuera del tiempo y estaban aislados en una burbuja sin ellos saberlo. Se preguntó si volvería a ser persona y a levantarse de aquí. Si Hudson les llamaría de verdad, o si se había olvidado de ellos para irse a hacer la maleta.

¿Decía que se iba de vacaciones a Cancún? Joder, qué envidia. Allí quería irse Troy en este instante, en lugar de estar aquí, en Charleston, pasando esta angustia interminable.

Trató de pensar en cosas bonitas, de imaginarse la playa con palmeras y hermosas muchachas con flores en el pelo que les traían bebidas exóticas en cocos, con una sombrillita y una pajita. Lo intentó, pero la imagen se esfumó en seguida. Y no volvió.

Aquellas horas de incertidumbre fueron para él las más largas de su vida.

***

Pero de nuevo, todo acaba alguna vez.

El sol se había puesto hacía rato. Fuera estaba totalmente oscuro y estaba empezando a lloviznar. William interrumpió sus paseos y fue a cerrar la ventana, protestando:

—¡Qué frío, coño! Vamos a pillar una pulmonía. O eso, o va a saltar la alarma antiincendios del hotel. Troy, ¿no puedes parar de fumar?

Y en ese momento, sonó el teléfono.

Troy se sobresaltó. Y luego se quedó inmóvil, incapaz de moverse. William dejó la ventana tal como estaba, dio un brinco, y se precipitó sobre el aparato como un gato sobre su presa. Un instante más tarde, le ponía el teléfono en la oreja a Troy.

—¿Troy? —preguntó la voz de Hudson al otro lado.

—Sí —murmuró el chico, con los labios secos.

—Mira, tengo buenas noticias. Tu familia ha decidido no presentar cargos.

Troy soltó un suspiro de alivio, y solo entonces se dio cuenta de que había estado reteniendo la respiración, vaya usted a saber desde cuándo.

Pero el abogado no había terminado.

—La única condición es que desaparezcas de sus vidas y que no vuelvas a tu casa nunca más. Tu padre dice que no tiene ningún hijo gay.

Troy parpadeó. Se preguntó de dónde habrían salido las lágrimas que se le agolpaban de pronto en los párpados.

—No soy gay, Hudson —murmuró—. Soy bisexual.

—Me temo que para tu padre es lo mismo, hijo.

Troy miró a William. Este hizo una mueca de dolor y empezó a acariciarle la cara y a secarle las mejillas otra vez, diciendo:

—Pobrecito, joder... Pobrecito...

Al otro lado de la línea, el abogado carraspeó educadamente antes de continuar, en tono profesional, aunque algo más suave:

—En fin, están dispuestos a poner el acuerdo por escrito. Si tú también estás conforme, me enviarán el documento la semana que viene, y lo único que tendrás que hacer es venir al despacho para firmarlo.

—¿Tengo que firmar que ellos ya no son mi familia? —preguntó Troy.

—Técnicamente, seguirán siendo tu familia, pero...

—Pero no voy a volver a verles.

—No quieren, hijo.

Troy guardó silencio. Había imaginado que ocurriría algo así. Pero una cosa es imaginarlo y otra muy distinta vivirlo. Ahora se sentía como aplastado, y no sabía cómo reaccionar.

Su padre le daba miedo, y sus hermanos le habían jodido la

vida desde que nació. Pero eran la única familia que tenía. ¿Cómo podían decir que no querían verle nunca más? Vale que lo que había pasado hoy era muy fuerte. Pero su padre, que tanto disertaba sobre moral... ¿No estaba dispuesto a perdonarlo? ¿Cómo podían echar a un hijo de sus vidas por ser bisexual, y hacer como si no existiera?

—¿Tú estarías dispuesto a firmar, Troy? —preguntó el abogado.

Troy hizo una mueca irónica.

—¿Tengo elección? —dijo—. Supongo que la alternativa es dejar a William, dejar mi grupo, volver a casa llorando y suplicando perdón, y hacerme pasar por hetero el resto de mi vida.

—Tú lo has dicho —contestó Hudson.

Troy asintió, decidido.

—Entonces firmaré el documento, Hudson.

William debía estar enterándose de parte de la conversación, porque volvió a acariciar la cara de Troy, murmurando, emocionado:

—¡Con un par de huevos! ¡Este es mi chico...!

Troy tomó su mano en la suya y la besó.

—Muy bien —repuso el abogado—. Entonces lo dicho. Te contactaré la semana que viene para que vengas al despacho a zanjar el asunto.

—¿Ellos también irán? —preguntó Troy—. ¿Tendré que verlos?

—Claro que no. Todo se hará a través de mí.

—¿Y es seguro que no me van a denunciar de aquí a entonces?

—Sería ilegal si lo hicieran, hijo. Antes de empezar la conversación, les pregunté si daban su consentimiento para que la grabara y dijeron que sí. Tanto tu padre como tu hermano han dicho que si firmas que no vas a volver, ellos no harán nada contra ti.

Troy volvió a suspirar.

—Gracias, Hudson. No sabe usted el miedo, las dudas...

—No te preocupes. Lo comprendo. —El tono del abogado sonó más distendido al añadir—: ¿Sabes? Conozco a tu padre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Coincidí con él en un juicio. Fue hace muchos años, antes de que fuera Juez, y supongo que antes de que tú nacieras. Fue un contrincante implacable.

—¿Y ganó aquel juicio?

—No. —A Troy le pareció sentir que el letrado sonreía—. En aquella ocasión gané yo. Pero aprendí a respetarle. Me alegro de que hoy me haya dado todo tipo de facilidades para resolver esto por las buenas.

—En el fondo, yo también me alegro. Siempre es mejor esto que acabar en la cárcel...

—Por si acaso, yo te aconsejaría que no salgas de fiesta esta noche. Podrías encontrarte con tu hermano, o...

—No, no. Estoy agotado. Nos quedaremos aquí.

—¿Regresáis mañana a Nueva York?

—Sí. Mañana por la mañana.

—Muy bien. Que descanses entonces. Has tenido un día duro.

—Sí.

—Ah, y... Troy.

—¿Sí?

—Diga lo que diga tu padre, y ya no te hablo como abogado... Bueno, has sido valiente, chico. Salir del armario así... Muy valiente. Imprudente tal vez. Pero valiente, sin duda.

Troy sintió que se le volvían a llenar los ojos de lágrimas y que le temblaba la barbilla. Miró una vez más a William y contestó:

—Trató con desprecio a Will... Nos insultó... No quiso dejarnos entrar en casa... Temí que fuera a pegarnos. No quiero que nadie le haga daño a Will, señor.

—Y nadie os hará daño, a ninguno de los dos. Queda tranquilo, Troy. Ya ha pasado todo.

—Sí. Gracias.

—Te dejo con Max. Dice que quiere decirte algo.

Hubo un sonido extraño al otro lado de la línea. William empezó a hacer muecas, preguntando en susurros: «¿Qué pasa?». Troy se pasó una mano por los ojos y le hizo una seña para que esperase.

—¿Troy? —llamó el mánager por el auricular.

—Sí. Hola, Max.

—¿Qué tal, chico? ¿Estás más tranquilo ahora?

—Sí, mucho más. Gracias de verdad, Max.

—Bueno, para esto estamos. ¿Habéis puesto la radio? Seguro que no.

—Pues... No. ¿Había que ponerla?

—Le dije a William que lo hiciera.

El aludido abrió grandes ojos y exclamó:

—¡Es verdad! ¡Lo olvidé!

Troy se preguntó cómo pudo haberse enterado, si era él quien tenía el teléfono en la oreja. Pero ya William apremiaba, muy agitado:

—¿Por qué es tan importante la radio? ¿Qué ha pasado? ¿Hay una tormenta de nieve en Nueva York y no podemos volver?

—¿Tormenta de nieve en marzo? —dijo Troy, mientras Max, que debía estar escuchando a William, se echaba a reír.

El cantante continuó:

—Entonces, ¿qué es? ¿Ha llegado el Apocalipsis? ¿Nos invaden los extraterrestres?

Max volvió a reír.

—Casi, casi —dijo—. Ponedla a alguna hora en punto. Os va a gustar. Venga, que descanséis. Mañana seguimos hablando.

Y colgó sin más. Troy se quedó con el auricular en la mano, mirándolo sin comprender.

—Dice que pongamos la radio a una hora en punto, que nos va a gustar —repitió—. ¡Qué extraño!

William ya se había puesto en pie de un salto y corría hacia su mochila, exclamando:

—¡Deben ser las once, o casi! ¡Pongámosla!

—¿Tú traes radio? Porque lo que soy yo...

—¡Sí! Traigo un walkman, por si me aburro en el avión.

—Joder, ahora entiendo por qué pesa tanto tu mochila...

—Es verdad que Max me lo dijo antes, pero lo olvidé por completo.

—¿Cómo has podido escuchar la conversación?

—Troy, estaba justo a tu lado, mi vida. No lo he oído todo, pero sí lo más importante, y deja que te diga... ¡Cht! ¿Dónde estaban las sintonías en Charleston? ¿Tengo que ponerme a

buscarlas? ¿En serio?

Mientras hablaba, William había sacado ya de su mochila un walkman, le había desconectado los auriculares, y forcejeaba con los mandos, arrodillado sobre la cama.

—Deben ser las once... —repitió—. ¿Qué cosas ocurren a las horas en punto en la radio? Como no sean las noticias... ¿Y no te ha dicho qué sintonía es? ¿Servirá una cualquiera?

—Am...

—Troy, cariño, es doloroso, créeme que lo sé. Pero cuando haya pasado todo esto, te vas a alegrar. Volver a tu casa y hacerte pasar por hetero es la muerte en vida. ¿Y qué sería de mí? Soy capaz de disfrazarme de chica para poder seguir viéndote, ya te digo...

Antes de que Troy pudiera contestar, apabullado por el torrente de palabra que estaba derramando su compañero, y por la imagen mental de su muy masculino novio disfrazado de chica, con el pelo en el pecho y la voz grave incluidos, William exclamó de pronto:

—¡Ah! ¡Parece que aquí hay algo!

Subió el volumen y se acercó más a Troy, gateando sobre la cama. En la radio sonaban los pitidos de las señales horarias.

—Si suenan las trompetas del Juicio Final, al menos estaremos juntos, mi vida —dijo William, sentándose junto a Troy y agarrando su mano en la suya con fuerza—. Es un triste consuelo, con todo lo que tenemos aún por vivir, pero...

—Son las once de la noche en Charleston —habló una voz de hombre por la radio, en tono jovial—. Y como cada hora en punto, ha llegado el momento de escuchar al número uno en ventas de esta semana. Aquí están los Dragon Riders y su canción «Strength», de su nuevo disco de estudio «Sons of Death».

Empezaron a sonar unos acordes de guitarra eléctrica. William soltó un chillido de gozo y se abrazó a Troy con las dos manos, gritando:

—¡Números uno! ¡Somos los puñeteros números uno, Troy!

Y se rió con todas sus ganas, abrazándole muy fuerte.

Troy le abrazó a su vez. ¡Su propia canción estaba sonando en la radio! No era la primera vez que les ocurría, pero siempre se sentía extraño. Le costaba creer que esa guitarra era la suya, que

fueron sus dedos los que pulsaron esas cuerdas mientras se grabó ese tema. ¡Y eran números uno en ventas! ¿No era maravilloso?

Cerró los ojos. Enterró la cara en el pelo de William. Se impregnó de su aroma a suavizante y a tabaco. Le pareció sentir que su chico se estremecía por un sollozo. William apretó su cabeza contra la suya y le hizo un mimito, murmurando:

—¡Qué bien suena nuestra canción! ¡Y pensar que te costó elegirla como single porque te parecía cutre...!

Troy soltó una risita nerviosa. William se apartó para mirarle. Tenía los ojos húmedos y sonreía, con la expresión de la más absoluta felicidad.

—¡Números uno, Troy! —repitió—. ¡Nuestro sueño se está cumpliendo!

—Sí.

—¿Y sabes qué es lo mejor?

—¿Qué?

William se pasó una mano por los ojos, señalando a la radio con la otra.

—Que esta maravilla está sonando en Charleston. Va a sonar a todas las horas en punto, durante toda esta semana. Y a tu familia, amor... —Sonrió ampliamente otra vez—. No le va a quedar más remedio que oírla.

Volvió a abrazar a Troy muy fuerte, añadiendo:

—Estoy tan orgulloso de ti... Tan, tan orgulloso...

—Y yo de ti, mi vida —murmuró Troy, volviendo a enterrar la cara en su pelo—. No sé lo que habría sido hoy de mí sin ti. Gracias.

—A ti, amor. Por todo.

William apretó su cabeza contra sí con una mano y sus hombros con la otra. Troy se quedó muy quieto, dejándose abrazar.

William tenía razón. En algún momento, su familia escucharía su canción en la radio y sabría que eran número uno en ventas. Sabían el nombre de su grupo e incluso el de su último disco. Que no quisieran recordarlos, era otra cuestión...

En todo caso, una cosa estaba clara. Todo había terminado con ellos. Y mañana regresaban a Nueva York. A casa.

Su música sonaba en la radio, sonaba en todas las radios del país. Su disco era el más vendido en esta semana. Y esta era su vida: William, la música, Max... Su verdadera y nueva vida, construida por ellos mismos, a base de sudor y sacrificios. En aquel momento, lo único que Troy podía sentir era gratitud, felicidad y amor.

Amor por el hombre que tenía entre sus brazos, y por esto tan bonito y tan grande que estaban construyendo poco a poco entre los dos.

Capítulo 10

Cuando Troy despertó a la mañana siguiente, estaba amaneciendo.

Por un primer momento, se sintió confuso porque no reconocía el sitio. Había poca luz. Entraba por una gran ventana que había a su derecha, cubierta por unas cortinas blancas de tela muy fina. A través de ellas, se podía ver una línea de agua ahí fuera, y el cielo, teñido de rosa y dorado. Los primeros rayos del sol empezaban a despuntar por el horizonte. Ya no llovía, y el cielo parecía estar despejado. Era un hermoso día para volar a casa.

¡A casa, verdad! Estaban en Charleston, ahora recordaba.

Su estómago eligió ese momento para darle un aviso, protestando porque el bocadillo que tomó anoche justo antes de acostarse por lo visto le supo a poco, y decía que era hora de ir pensando en comer.

Su pene en cambio le dio un aviso de algo muy distinto.

A Troy no le sorprendió. De hecho, agradeció el detalle. Era hombre, y tenía solo veintiséis añitos. Estaba acostumbrado a despertarse empalmado. Además, llevaba demasiado tiempo a dos velas. Desde que William se propuso darle un descanso, y eso fue la semana pasada, aunque a Troy le pareciera que hacía un siglo, no habían vuelto a tener contacto íntimo. Y Troy había estado estos días atrás demasiado absorto por la ansiedad que le generaba

todo esto de venir a Charleston como para tener ganas de nada, ni siquiera de aliviarse solo. Era una alegría ver que las cosas iban volviendo a su cauce, en todos los sentidos.

Pero sus partes tenían tensión acumulada, como quien dice. Así que protestaban, erguida y vigorosamente.

Se frotó los ojos con una mano, preguntándose cuál de los dos apetitos podría satisfacer en primer lugar. El de más abajo parecía ser el más urgente y apremiante, y también el más fácil de solucionar. De hecho, su mano ya estaba escurriéndose por sí sola bajo las mantas, cuando escuchó un murmullo somnoliento a su lado en una voz grave. Hubo un movimiento sobre la cama.

Se volvió para mirar. William estaba tendido boca abajo a su lado. Levantó la cabeza de la almohada, con los pelos de punta, le miró a su vez, y sonrió.

Troy también sonrió. Incluso con los ojos pegados de sueño y con la cabellera convertida en un nido de pájaros, William seguía siendo la cosa más bonita que había visto en su vida.

Su chico se estiró para darle un besito en los labios, murmurando:

—Hola, amor. ¿Has dormido bien?

—M-m. Muy bien. ¿Y tú?

—¡Como un tronco!

William se estiró perezosamente, como un gato, y luego se dio la vuelta y se acercó más a Troy. Pasó una pierna sobre las dos suyas y se abrazó a él, apoyando la cabeza en su hombro.

—Hablando de tronco... —ronroneó—. Qué pena que estemos de descanso sexual, cariño. Tengo aquí algo muy interesado en sentirte.

Empujó con las caderas hacia su cuerpo. Troy sonrió un poco más al sentir el tacto inconfundible de su erección apretada contra una de sus caderas. Con una mano, la que estaba bajo las mantas, movió un poco la pierna de su compañero hacia arriba para que él también pudiera sentir el estado en que se encontraban sus propias partes.

—Yo también tengo aquí algo interesado en ti —dijo.

William soltó una risita.

—¡Pff! Pues sí que estamos bien los dos...

Frotó el muslo contra el regazo de Troy. Pareció darse cuenta de la verdadera magnitud del problema, porque murmuró:

—¡Oh! Madre mía, qué interés tan... —Carraspeó—. Ahem... Interesante.

Troy se rió.

—¡Quién diría que tú eres el erudito de los dos!

—¿Qué quieres? Me has dejado sin palabras. —William levantó la cabeza para mirarle otra vez, preguntando—: ¿Tienes ganas? ¿Sí?

Troy apretó su pierna contra su cuerpo.

—¿No se nota?

—¡Uf! Desde luego. Pero...

—Will, lo del descanso lo decidiste por tu cuenta.

—Sí. Porque Seth me dijo que estabas agobiado.

—Agobiado por otros motivos, cariño. No por el sexo.

—Seth dijo que era porque yo estaba todo el día encima de ti.

—Seth debería haber mantenido el pico cerrado.

—¿Por qué? —William inclinó la cabeza a un lado—. Quería ayudar. Y es natural, es lo que hacen los amigos. —Asintió—. Honestamente, yo lo agradecí. Si alguien te avisa, es mejor. Puedes hacer algo, no sé... Cuando tu pareja te deja, ya no tiene remedio. O si lo tiene, es más difícil.

—Will, no voy a dejarte.

—Ya lo sé, mi vida. —William le besó la mejilla y le hizo luego un mimito, repitiendo, tranquilizador—: Ya lo sé.

De pronto, levantó la cabeza de nuevo y le miró con una sonrisa pícara.

—Entonces, ¿podemos dar el descanso por terminado? ¿Sí?

—Joder, ¿tengo que pedirlo por favor?

—No sé, chico. Estaría bien. Eso de verte suplicar, con la voz que se te pone cuando estás salido, tiene que ser...

—Will, ¿va a haber tema, o me voy al baño?

—¿Al baño? ¿Sin mí? ¡Qué feo! ¿No?

A Troy le pareció sentir un eco de estas palabras que llegaba del pasado, de aquellas primeras veces en las que se calentaban a besos y caricias, y luego él se iba a aliviarse al baño y William se quedaba frustrado.

Parecía que hacía otra vida de eso, pero en realidad, solo habían pasado unos pocos meses. ¿Tanto habían cambiado en este tiempo? ¿Tanto había crecido su relación?

Se dio cuenta de que William le sonreía, con un brillo entre travieso y cómplice en sus ojos negros. Seguro que él también se había acordado de aquello.

—¿Qué quieres que haga? —contestó Troy—. ¿Te llevo conmigo?

Su compañero se abrazó a él con más firmeza, respondiendo:

—Sí. Enganchado a ti como un monito. Para que pueda ver cómo te corres, faltaría más. Te pones tan guapo... Y tengo calentura acumulada desde hace una semana. Me van a reventar los huevos, ya te digo.

Troy hizo una mueca, rodeando su cuerpo con un brazo. Se movió un poco para besarle.

—¡Qué desagradable! —murmuró—. Con los huevos tan bonitos que tienes...

—¿Te gustan? ¿Sí? —ronroneó William, entre besitos y mimitos, con un brazo en torno al cuello de Troy.

—M-m. Son pequeños, pero están bien hechos.

—Si los dos los tuviéramos grandes, sería todo muy aburrido, ¿no crees?

Troy cayó en la cuenta de que estaban hablando sobre huevos, de entre todas las cosas del mundo, y le dio la risa. Volvió a besar a su chico, riendo, y dijo:

—Vaya, eso significa que yo soy el que tiene los huevos gordos aquí.

William continuó dándole piquitos en los labios, contestando:

—Tú todo lo tienes precioso, amor.

Troy ronroneó de placer, derretido por los mimitos. Las manos de su compañero se habían puesto en movimiento por fin, y sus caricias le estaban dando escalofríos por la espalda.

—Tú también. —Fue lo único que pudo decir.

William atrapó su labio superior entre los dientes y los labios y lo mordió con delicia. Troy se liberó suavemente para abrir la boca de par en par y atrapar la suya. La mordió a su vez. Esos labios finos y suaves eran la perfección.

Cuando el beso terminó, William se apartó un poquito para mirarle a los ojos, con una sonrisita tierna, y murmuró:

—¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que tenemos demasiada ropa, Troy.

Troy volvió a reír, mientras su chico se escurría de entre sus brazos como un pez, y se arrodillaba sobre la cama para arrancarse la camiseta.

***

—Troy... —ronroneó William, recorriendo su pecho a besitos, lentos, húmedos y sinuosos.

—Oh, madre mía... —Fue todo lo que pudo salir de Troy, con voz débil y temblorosa.

Acababa de correrse. O más bien, acababan de irse los dos, aunque lo de William no lo tenía seguro. La intensidad de su propio orgasmo había sido arrolladora, tremenda. La boca caliente, húmeda y experta de William en su durísima erección le había hecho despegar como un cohete en dos segundos.

En otro momento cualquiera, se habría frustrado un poco por su escasa capacidad de aguante. Hoy en cambio solo podía sentir el alivio de la descarga y el placer extendiéndose por su cuerpo.

Todavía tenía escalofríos por la espalda y los brazos. La boca de William y sus manos deslizándose sobre los pelitos de su pecho le tenían los pezones duros. Y lo de abajo, aunque más relajado, aún no parecía apaciguado del todo. Su cerebro estaba nadando en sensaciones. William no se hacía una idea de cuánto le había faltado esto.

—Troy... —repitió su compañero, subiendo a besitos por sus clavículas y su cuello.

—¿M? —Ruidito incoherente por parte de Troy.

¿Cómo podía Will tener energía para estos besitos, por favor? Si Troy estaba líquido...

Su compañero se retrepó sobre su cuerpo. Apoyó las manos

sobre la cama, a ambos lados de su cabeza, y le besó las mejillas, murmurando:

—Quiero que hagamos el amor.

—¿El qué? —balbuceó Troy.

Debía haber oído mal, seguro. Después de una corrida tan espectacular como esta, Will no podía pretender...

Su cerebro de abajo le dio un pequeño escalofrío de excitación y se estiró un poquito en respuesta, como si dijera: «¡Sí, sí! ¡Que lo pretenda! Por mí, encantado».

Mil rayos. ¿Desde cuándo tenían sus partes voluntad propia?

—El amor —dijo William, dejando caer la cabeza junto a la suya, con su nariz en su mejilla. Suspiró—. Quiero que lo hagamos.

—¿Ahora?

—M-m.

—Pero...

—¿Qué? A mí me parece que hemos liberado tensión, ¿no? Ahora que ya no está esa calentura acumulada... —Le besó la cara otra vez y su voz grave ronroneó en su oído—: Bueno, podemos jugar a cosas más serias.

Se movió un poco. Estaba sentado a caballo sobre el vientre de Troy. Al tacto, sus partes parecían relajadas y blandas. Pero el movimiento hizo que sus nalgas abiertas se rozaran contra la puntita de Troy, que todavía estaba hipersensible. Y ahí dentro había un calor indescriptible.

Lo que tenía entre sus piernas se estiró un poco más, ilusionado con la perspectiva de enterrarse en aquel culito tan caliente. Troy abrió los ojos.

Miró a William. Sus rostros estaban tan juntos, que le costó enfocar la vista para poder verle. Alargó una mano y le acarició una mejilla. William atrapó su mano en la suya y la besó, con los ojos cerrados. Luego entrelazó sus dedos con los suyos y la apretó contra su hombro.

—¿Qué quieres hacer exactamente? —preguntó Troy.

William le miró con una sonrisita abstraída, como si estuviera viendo algo precioso y adorable. Sus labios estaban sonrosados y brillantes y parecían un poco hinchados. Sus ojos negros relucían,

llenos de estrellitas.

—¿Qué prefieres? —dijo—. ¿Te lo describo? ¿O mejor te lo muestro?

Troy se rió. Rodeó su cuello con un brazo y le apretó contra sí.

—Muéstramelo —contestó—. Juguemos a ser chicos malos.

***

Troy se tomó su tiempo en prepararle. Lo hizo despacio, saboreando cada momento, cada caricia. Era muy consciente de que todavía era inexperto, pero eso ya no le hacía sentir inseguro. Por el contrario, le llevaba a esforzarse más por demostrarle a su chico que quería aprender, a ser posible rápido y bien.

La frase «hacer el amor» se había quedado dando vueltas en su mente. Y cada vez que iba y venía, se le aceleraba un poquito el corazón. Esto no era realmente jugar a ser chicos malos. No era una perversión ni una travesura. Esto era algo serio, algo grande y hermoso. Y se sentía ilusionado y excitado solo con pensar en la posibilidad de que llegara a convertirse en la verdadera intimidad que tanto añoraba poder compartir con William.

Solos, ellos dos. Troy y William. William y Troy. Con el mundo detenido a su alrededor. Poder crear una burbuja de amor, y poder sentirse el uno al otro, conocerse y dejarse conocer... ¿No era la perfección?

William estaba en lo cierto. Una vez liberada la tensión acumulada, este segundo asalto pudo ser más lento y concienzudo. Sus partes nunca llegaron a estar blandas del todo, pero tardaron en ponerse en plena erección. Y para cuando lo hicieron, ya estaba William totalmente abierto, empujando hacia atrás con ese culito redondito que tenía, y suspirando y gimiendo con una voz necesitada que le daba a Troy escalofríos por la espalda.

—Troy, si no haces algo más, te prometo que esta vez sí que reviento, chico.

—Shh... No revientes —murmuró Troy.

Se asombró al oír su propia voz. Sonaba grave y decididamente

áspera e impaciente. Era una voz de macho en celo, vaya. Eso le excitó más aún.

—Estoy aquí —añadió, moviéndose para cambiar de postura.

Agarró las caderas del chico desde atrás y empezó a entrar. Despacio, entrando un poquito y saliendo de nuevo, para adaptarse a la sensación y que él también se adaptara.

A William pareció gustarle. Le ofreció el trasero más aún, y sus gemidos se volvieron rítmicos y apremiantes.

—¡Ah, Troy, por mi alma...! ¡Qué bien lo haces, por Dios...! ¡Más! ¡Más dentro, cariño, quiero sentirte!... ¡Más!

Cielos, aquella charla le ponía frenético. Troy aceleró el ritmo, contestando:

—Más, mi vida... Toma...

—¡Ah, sí!... ¡Sí, así, Troy!

—Así, m-m...

—¡Me vuelves loco, chico...! ¡Me gustas muchísimo, joder...! ¡Oh, por Dios, qué bien lo haces...!

Troy no tenía idea de si lo estaba haciendo bien o no. Sí sabía que aquel agujero tan redondito se adaptaba perfectamente a la forma de su erección. Que se cerraba un poquito en torno a él cada vez que salía, como si no quisiera dejarle ir. Y que estaba tan caliente... Era un verdadero horno.

Se pegó más al cuerpo de su compañero, tanto que sus muslos estaban pegados a los suyos y ya no podía salir, sino solo empujar hacia delante. Rodeó su cintura con un brazo y aceleró más aún.

—¿Te gusta así? —jadeó sin aliento.

—¡Sí! ¡Me tienes loco perdido, cabrón, que lo sepas! —Fue la acelerada e impaciente respuesta de William.

—¿De quién es este culito?

—¡Tuyo, coño! ¿No lo ves?

—¿Vas a correrte para mí?

—¡Sí! ¡Solo para ti, hijo de puta!

—Tócate, Will... Tócate para mí...

—¡Maldito cabrón...! ¡Me tienes frenético!

Troy sintió que William se buscaba a tientas, jadeando y gimiendo, y que empezaba a sacudírsela como un poseído. Se movió otra vez.

Cubrió la espalda de su chico con su pecho, apoyó una mano sobre la cama, cubriendo la de él, y con la otra buscó sus partes. Asió la mano que se pajeaba con la suya. Le murmuró al oído:

—Los dos juntos, Will...

William sollozó de excitación, y su mano perdió un poco el ritmo. Troy la sujetó con la suya, empujando con más fuerza. Entrelazó los dedos de la otra mano con los de él sobre la cama.

—¡Troy, me voy a ir...!

—Y yo... Los dos juntos... Vamos...

—¡Troy, por Dios...!

—¡Vamos!... Échamelo todo... Conmigo, Will. Con mi mano... Vamos...

William gritó, desesperado. Troy empezó a sentir humedad en la mano. El culito se cerró en torno a él, metiéndole dentro, muy dentro.

Sintió que se preparaba su orgasmo y apoyó la frente en el hombro de su compañero. No tuvo tiempo de nada más. El placer lo inundó todo, y sintió que se iba y que se lo daba todo a este hombre maravilloso. Con un último jadeo: «Te quiero, Will», se vació en él, apretando los dientes para retener un grito de éxtasis.

***

Cuando empezó a volver en sí, se dio cuenta de que William se había dejado caer hacia atrás y que él estaba sentado sobre sus propias piernas, con su chico sobre su regazo. William suspiraba muchas veces y murmuraba:

—Oh, cielos... Oh, madre mía... A partir de ahora, o me das uno de estos todos los días, o prometo hacerte pedir clemencia haciéndote cosquillas en los pies con una pluma cada mañana hasta que lo hagas.

Troy se rió. Este hombre tenía unas cosas...

—¿Te ha gustado? —dijo, abrazándole desde atrás con las dos manos—. ¿Sí?

—¡No! ¡Ni un poquito! Anda que...

—Mm... Déjame sentirte.

Troy apoyó su mejilla en el hombro de su chico. Cerró los ojos. Se limitó a respirar y a sentirle, el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel, la humedad que tenía en su regazo gracias a él, el tacto sólido de sus muslos sobre los suyos...

Su mano sobre una de las suyas, apretándola contra su cintura...

Su respiración...

—Te quiero —repitió muy bajito.

—Y yo a ti —murmuró William, volviéndose un poco para hablarle por encima de su hombro. Sus dedos acariciaron los suyos.

Troy recordó algo y sonrió, levantando la cabeza.

—Así que una pluma —dijo.

—Sí. Una pluma de esas de ave, para que te cosquillee bien.

—¿Y eso todas las mañanas, dices?

—M-m.

—¿Y todo para que hagamos esto?

—Uno como este. Todos los días. O eso, o la pluma de ave, tú eliges.

Troy volvió a reír. William se apartó suavemente para darse la vuelta, y Troy tuvo que dejarle ir.

—No te preocupes por buscar una pluma, entonces —dijo, con una risita.

Esperaba alguna respuesta provocadora por parte de William, o alguna otra broma disparatada. Se sorprendió cuando sus ojos se encontraron, y vio que su chico le miraba serio y casi tímido desde debajo de sus rizos.

William alargó una mano, acarició uno de sus brazos, y murmuró:

—Troy, ha sido maravilloso.

Y sin esperar a que respondiera, tomó su mejilla en la otra mano, y le besó los labios.

Troy se dejó besar. Apretó su mano contra su cara con una de las suyas. Sintió el roce de los pelitos de la incipiente barbita que brotaba alrededor de los labios de William rozarse con sus propios labios. Se impregnó del sabor de su boca, blanda, suave y húmeda...

Se dijo que esto también era hacer el amor, al fin y al cabo, y se rindió a la caricia, apretando la mano de William ahora contra su pecho, allí donde su corazón estaba latiendo como un desesperado de ilusión.

Sí, Troy estaba enamorado. Y no cambiaba esta sensación por nada en este mundo.

Capítulo 11

—¿Lo sabéis? ¿Os habéis enterado? —exclamó Seth, radiante, en cuanto los vio en el aeropuerto.

Por un primer momento, Troy no supo a qué se refería, y ya iba a preguntar: «¿Enterarnos de qué?», cuando William gritó un prolongado «¡sí!», y corrió a abrazarse a sus dos amigos a la vez, con su pesada mochila al hombro y todo.

Austin le dio una palmada en la espalda, y Seth también le abrazó, diciendo:

—A mí me lo dijo mi hermana en cuanto llegué. ¡Me quedé helado! ¡No podía creerlo!

Troy sintió una punzada de dolor al oír la palabra «hermana». Ah, qué bonito debía ser tener hermanos normales. Qué triste era tener que pasar por este mundo teniendo dos hermanos y sin tener ninguno en realidad...

—Yo estaba duchándome con la radio puesta y lo escuché —dijo Austin, y se rió—. Tampoco podía creerlo. Casi no reconocí nuestra canción, tíos.

Hubo una risa general. Austin se deshizo del abrazo de William y vino a darle una palmada en un hombro a Troy, diciendo:

—¿Qué tal, jefe? ¡Felicidades!

Troy se sacudió. Se dio cuenta de que se había quedado aquí de pie, absorto en sus pensamientos. Miró a su amigo y esbozó una sonrisita. Le dio una palmada en el brazo a su vez.

—Lo mismo digo, colega —contestó.

—Supongo que ahora somos verdaderos rockstars, ¿no? —dijo

Austin.

La sonrisa de Troy se hizo más amplia. Honestamente, no creía que fuera tan fácil. Él no se sentía diferente de ayer para hoy, salvo hambriento y cansado, a pesar de haber dormido toda la noche y de haber tenido un buen desahogo de ciertos temas. Pero soñar es gratis, así que suponía que no le hacía daño a nadie si dejaba soñar a su amigo.

—A nosotros nos lo dijo Max anoche —parloteaba William—. En realidad, tuvo que decirlo dos veces, porque la primera vez se me olvidó. Nos dijo que pusiéramos la radio a una hora en punto, el muy pillo. ¡Pero no dijo por qué! ¡Fue la sorpresa más grande de nuestra vida!

Y se echó a reír. Seth le miró con interés.

—¿Max os lo dijo? —preguntó—. ¿Y eso?

—Tuvimos que llamarle ayer por la tarde.

—¿Ah, sí?

—¿Y le encontrasteis en casa? —Quiso saber Austin—. Porque conociéndole...

—Sí, sí. Dijo que había anulado sus vacaciones por motivos de trabajo.

—Ah. ¿Será por algo nuestro? —preguntó Seth.

—No sé. Eso no me lo explicó. —William se quedó pensativo, con un dedo sobre los labios—. Ahora que caigo... Estuvo muy misterioso todo el tiempo, ¿verdad, Troy?

Troy se limitó a asentir. Señaló uno de los mostradores de la compañía aérea.

—Ah... ¿Vamos facturando los equipajes y tal? —dijo—. No hay nadie en la cola.

—¡Buena idea! —exclamó William—. Y después vamos a desayunar, como ayer. ¡Tenemos mucho que contaros!

Los cuatro empezaron a caminar hacia el mostrador. Troy volvió a sentir un pellizco en el estómago. No quería tener que hablar de lo de ayer, y menos si era con sus amigos. Se moría de vergüenza. Ellos tenían familias normales, y no podrían entender por qué había ocurrido todo esto. Era mejor no decir nada.

—Will —comenzó—. No quiero...

William debió leerle el pensamiento, porque le interrumpió,

decidido.

—Sí, Troy. Son tus amigos y tienen que saberlo.

—Pero...

—No vamos a volver a Charleston nunca más, ni tú ni yo. Y tienen que saber por qué.

—¿No vais a volver más? —preguntó Seth, preocupado—. ¿Tan grave ha sido la cosa?

—Joder, qué intriga —dijo Austin—. ¿De qué se trata?

—En seguida os lo contamos, en cuanto estemos sentados delante de un café —dijo William. Y volvió a sonreír, preguntando—: ¿Y vosotros qué tal? ¿Lo pasasteis bien ayer?

***

Minutos más tarde, estaban sentados en torno a una de las mesas de la cafetería, como hicieron el día anterior. Troy seguía siendo reacio a hablar. No se sentía orgulloso de nada de lo que ocurrió ayer. Pero William dijo:

—¡Bueno, pues yo sí! Les echaste un par, ya te lo dijo el abogado. Además, Max también lo sabe. Tus amigos tienen que enterarse. Tú no digas nada si no quieres. Ya se lo contaré yo.

Y eso hizo. Narró la aventura con todo lujo de detalles, gesticulando con las manos. A veces se excitaba mucho, y Troy tenía que pedirle que por favor bajara la voz, que iba a enterarse todo el aeropuerto.

Por su parte, Seth y Austin escucharon el relato con grandes ojos de asombro. Cuando William llegó a la conversación entre Troy y su hermano, Seth miró a su guitarrista con mezcla de respeto y admiración y murmuró:

—Joder, Troy...

Y cuando William llegó a la parte del coche y la pistola, sus dos amigos soltaron exclamaciones de sorpresa, y Austin apretó un brazo de Troy con una mano, diciendo:

—¡Qué valiente, coño! Yo ni siquiera habría podido reaccionar. Y tú...

—Yo estaba aterrado, créeme —repuso Troy.

Sí. Y se le movían las tripas con el recuerdo. No había pasado peor día en toda su vida.

Cuando William concluyó la narración, sus dos amigos se les quedaron mirando muy serios.

—¡Madre mía! —murmuró Seth—. Ahora entiendo por qué no vais a volver.

Austin parecía emocionado. Apretaba un hombro de Troy y uno de sus brazos con las dos manos, repitiendo:

—¡Qué tío!...Troy, sabía que eras valiente, pero esto... Eres mi ídolo, chico.

Seth miró a William.

—¿Por qué no nos llamasteis? —preguntó—. Habríamos ido en seguida. No habríamos podido resolver mucho, cierto. Pero al menos, os habríamos acompañado.

—Si te digo la verdad, no se me ocurrió —contestó William—. Todo pasó tan deprisa, y fue tan surrealista, y tuvimos tanto miedo...

—Terror —murmuró Troy, mirando su taza de café. Estaba intacta aún. No se atrevía a tomar nada mientras estuvieran hablando de esto—. Yo lo que sentí fue pánico. Fueron unas horas de incertidumbre insoportable.

—Pobrecito, coño... —dijo Austin, haciéndole una ruda caricia en un brazo, con los ojos húmedos.

—Bueno, lo de ayer ya pasó —dijo Seth—. Pero ahora sí estamos juntos. Troy, no me puedo imaginar lo que tiene que ser quedarte sin familia de golpe...

—Ni yo tampoco —murmuró Austin, secándose los ojos con una mano.

Seth concluyó:

—Pero nosotros estamos aquí. Somos tu familia, chico. Para lo bueno, y para lo malo.

Troy asintió muchas veces con la cabeza. Tragó saliva. Volvía a sentir un nudo en la garganta, y no quería ponerse a llorar aquí en medio. Ya tuvo un colapso emocional ayer delante de William, y se sentía patético por ello. No quería tener otro delante de sus amigos, en mitad del aeropuerto.

Sintió que William le apretaba con ternura la otra mano. Seth carraspeó y dijo:

—Entonces, ¿cuándo os enterasteis de que somos números uno? ¿Después de hablar con el abogado?

—Sí. Cuando llamó por segunda vez —contestó William, retirando suavemente la mano, con una caricia, para tomar luego su taza—. Max nos dijo que pusiéramos la radio. ¡Imagínate el susto! Creímos que había ocurrido una catástrofe o algo. Con lo sensibles que estábamos...

—Tú lo creíste —corrigió Troy, haciendo un esfuerzo por estar como siempre y por participar en la conversación—. Yo no podía pensar. —Miró a los otros dos—. ¿Sabéis por qué pesa tanto su mochila? ¡Lleva de todo en ella! Libros, un transistor...

—Es un walkman, Troy.

—Eso. Con cintas. Y auriculares de los grandes incluidos.

William sacudió la cabeza y Seth esbozó una sonrisita. Por su parte, Austin parecía todavía afectado por el drama familiar de su amigo y estaba ausente, mirando a su café ante sí, como metido en su propio mundo.

—¿En qué piensas, Austin? —Le preguntó William.

El batería se sacudió un poco. Levantó la vista para mirarle.

—Pienso muchas cosas —dijo, y tomó un sorbo de café.

—Eso ya lo vemos —contestó William—. Pero, ¿qué cosas son?

Austin les miró uno por uno antes de contestar:

—No sé... Supongo que me he dado cuenta de repente de que hemos cambiado. Todos nosotros. Y eso se nota fuera. Troy se ha visto obligado a elegir entre su familia y William, y nosotros. Y nos ha elegido a nosotros tres. —Se encogió un poco de hombros y repitió—: No sé. Estoy sobrecogido y... Me pregunto qué más cosas nos pasarán. Qué más tendremos que dejar atrás.

—Yo pienso que si algo o alguien desaparece de tu vida, es porque es lo mejor para todos, aunque en un principio no lo parezca —opinó Seth suavemente.

—Sí, pero... —Austin volvió a mirarles uno a uno—. Tíos, esto va en serio. Ya no somos cuatro chicos que tienen un grupo y ensayan por las tardes. Ahora somos número uno en ventas. El jefe

ha tenido que sacrificar a su familia por su novio y su grupo... Esto va muy en serio.

—Siempre ha ido en serio, Austin —dijo William—. Por lo menos, para Troy y para mí, sí.

—¿Ah, sí? —Austin les miró a los dos, admirado—. Para mí no. Nunca creí que fuéramos a llegar muy lejos. A ver, quería creerlo. Pero no lo creía realmente.

Volvió a quedarse pensativo y murmuró:

—Supongo que eso marca toda la diferencia.

Seth, que tenía los codos apoyados sobre la mesa, empezó a hacer dobleces a una servilleta, preguntando:

—¿Qué te preocupa, Tarugo?

—Pues... Yo no habría sido capaz de hacer lo que ha hecho Troy, por ejemplo —repuso Austin.

Troy se apresuró por intervenir:

—Tu familia es diferente, tío. Estoy seguro de que nunca tendrás que distanciarte de ellos, ni lo más mínimo.

—¿Sí? —Austin hizo un gesto de duda—. No sé, jefe. En mi casa somos gente normal, ¿eh? No hay ningún famoso. Yo sería el primero.

—Razón de más para que estén orgullosos de ti. —Asintió William, muy seguro.

—Y también, pensando en ello... —continuó Austin—. Tíos, no me gustaría que nos viéramos obligados a elegir entre nosotros. Ya sabéis, como ocurre en otros grupos, que unos se quedan y otros se van...

—¡Oh, eso de ningún modo! —dijo William—. ¡Nosotros estaremos siempre juntos!

—Siempre, Austin —repitió Seth, muy serio—. Queda tranquilo en cuanto a eso.

Austin asintió, y volvió a llevarse su taza a los labios. Troy se le quedó mirando, impresionado. ¡Caramba! Era verdad que Austin se daba cuenta de muchas más cosas de las que parecía. Cuando menos te lo esperabas, salía filosofando sobre cuestiones que a él no se le habrían ocurrido ni en mil años. Un tipo curioso, su colega Austin. Había en él más de lo que parecía a simple vista.

***

A base de insistir, William consiguió que Troy tomara media taza de café. Y como era de esperar, sus tripas protestaron por ello y le obligaron a salir corriendo al baño todo lo deprisa que la dignidad le permitía.

—Desde luego, Troy, eres increíble. —Le dijo William—. ¡Hasta tu barriga es rebelde!

—¿Y qué puedo hacer yo? —contestó Troy, poniéndose en pie y saliendo en dirección al servicio.

Era terrible y vergonzoso, esto de tener un intestino tan exigente y con voluntad propia...

Troy agradeció que el servicio masculino de la cafetería estuviera desierto. Escogió el cubículo que estaba más limpio y se dedicó a lo suyo, decidido a resolver esto cuanto antes para reunirse de nuevo con sus amigos.

Ya había terminado y estaba a punto de salir, con la mano en el pomo de la puerta, cuando escuchó pasos que entraban y voces de hombre hablando entre sí. No pudo reconocerlas. La primera frase que dijeron, nada más entrar, le dejó paralizado en el sitio.

—He oído que le han robado al Juez Anderson.

Su corazón se puso en su garganta. ¿Quién sería ese tío? ¿Cómo se había enterado? ¿Debía arriesgarse a salir, o le reconocerían?

Sin saber por qué, se le vinieron a la cabeza las palabras de Hudson de ayer. «No te muevas. No hables con nadie». Troy suponía que después de la segunda conversación con el abogado, ese consejo ya daba un poco igual. Pero por si acaso, se quedó donde estaba, quieto, aguantando la respiración, y escuchó.

—No —contestó la segunda voz. Parecían ser jóvenes los dos —. Ha sido a su hijo James.

¡Demonios! ¿Estos tíos conocían a su familia? ¿Con nombres y todo?

—Ah —dijo el primero—. Van diciendo que ha sido un macarra drogado.

Troy hizo un gesto de sorpresa.

—¿Macarra drogado? —articuló para sí, perplejo.

Fuera, la segunda voz se echó a reír.

—¡Qué va! —exclamó.

—¿Ah, no? —dijo el primero.

—No. Mi madre vive en la misma calle, y lo vio todo. Fue su hijo pequeño, Troy. El que toca en los Dragon Riders.

Troy deseó que se lo tragara la tierra en ese instante.

—¡Un momento! —exclamó el primero—. Yo solo conocía a Dick y James. ¿El Juez tiene tres hijos?

—Sí, sí. Ya te digo.

—¿Y uno de ellos es rockero? ¡No me jodas!

—¡Rockero y de los buenos! Yo soy fan suyo. Esta semana son número uno en ventas. ¿No has oído la radio?

—¿En serio?

—Sí, sí. ¡Imagínate! En los bares y clubes están como locos porque un grupo de Charleston está en lo más alto.

—No-me-jodas —murmuró Troy para sí—. Y pensar que hemos pasado la noche encerrados en un hotel...

—¿Y ese tío le robó a James? —preguntaba fuera la primera voz.

—Sí. Mi madre no sabe los detalles, pero por lo visto, James estaba gritando y Troy le sacó una pistola y lo dejó mudo. ¡Y luego se llevó su coche! ¡Con un par! ¡Le está bien empleado a ese fantasmón de James!

—¡Y que lo digas! Va de matón por la vida. ¡Ya era hora de que alguien le pusiera en su sitio!

—Pues sí. Y más Troy, tío. Mi madre dice que James lo ha tenido acobardado toda su vida.

—Demonios, ¿tan obvio era? —murmuró Troy—. ¿Quién es la madre de este tío, que sabe tanto?

Fuera la primera voz seguía hablando:

—Pues ese tal Troy es mi ídolo, coño. ¡Una pistola en la casa del Juez Anderson! ¡Hala! ¿No quiere armas el Juez? ¡Pues ahí las tiene!

—¡Pero si la pistola era de James! —articuló Troy, espantado.

Las dos voces rieron y de nuevo hubo sonido de pasos. La puerta del baño se abrió. Durante un instante se escuchó la

algarabía que reinaba al otro lado. Luego se volvió a cerrar y el servicio quedó en silencio.

Troy se quedó allí de pie, perplejo. ¡Pues sí que circulaban rápido las noticias en Charleston! ¿Y a la gente le parecía bien lo que hizo? ¿También creían que James era un matón? ¿Él y su grupo tenían fans y admiradores en Charleston?

Quién le iba a decir a él que algún día se haría famoso en su ciudad natal, no solo por su música, sino también por ser el hijo rockero del Juez, el que puso en su sitio al matón de su hermano...

Su cabeza era un batiburrillo confuso de emociones. Hasta aquel momento había estado pensando solo en sí mismo y en William. Nunca creyó que lo ocurrido ayer fuera a hacerse vox populi, ni tan pronto. Por supuesto que vio a los vecinos, pero creyó que tomarían partido por su familia, y que todos le considerarían loco o degenerado, o las dos cosas.

Por primera vez en su vida, se dijo que tal vez su familia fuera muy apreciada en algunos círculos, pero no por la mayoría de la gente. Y tal vez lo ocurrido ayer no solo le había dejado a él una cicatriz emocional de por vida, sino que su familia también había quedado marcada, y en algo que les dolería mucho más: su imagen.

De repente, tuvo miedo de salir del baño. Le parecía que James o su padre (¡o los dos!) estarían en la puerta, esperándole con sendos rifles para ajustar cuentas. Deseó con todas sus fuerzas que William y los demás vinieran a por él. Si la cosa se ponía fea, sabía que ahí fuera tenía a sus amigos y por lo menos un fan dispuesto a ayudarle. Pero, ¿cuánta gente de Charleston estaría de su parte? ¿Y cuánta de parte de su padre?

En fin, no había nada que hacer. Con miedo o sin él, tenía que salir. Quedaban pocos minutos para embarcar. Y sus amigos no iban a venir a por él. Ya era un adulto, coño.

Abrió la puerta cautelosamente, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho. Echó una ojeada por la rendija. Parecía que estaba a salvo.

Se lavó las manos deprisa y luego se puso las gafas de sol y se subió la solapa de la chaqueta. Qué pena que ya no hiciera clima de bufanda, porque habría podido taparse toda la cara con ella. A

falta de esa solución, enterró la barbilla en su chaqueta y salió a buscar a sus amigos.

Procuró caminar mirando al suelo, para no hacer contacto visual con nadie y no ver ningún rostro conocido por accidente. Le parecía que llevaba un cartel sobre su cabeza donde ponía en letras de neón: «Soy Troy Anderson». Y no le gustó. No era esta la clase de fama que él iba buscando. No veía el momento de verse en Nueva York, donde nadie le conocía aún, y podía sentirse a salvo.

Capítulo 12

—¿Qué pasa, Max? —preguntó Seth, nada más abrir la puerta del apartamento.

Era el día siguiente. Habían regresado a casa la víspera sin incidencias. Luego habían cenado en un restaurante, y habían dormido como troncos hasta bien avanzada la mañana. Max había llamado hacía unos minutos para avisar de que iba a ir a verles porque tenía que comentarles algunas cosas.

—¡Qué cargado vienes, tío! —dijo Austin, levantándose del sofá, donde estaba sentado junto a Troy, hojeando pentagramas—. Pareces Santa Claus.

Troy soltó los papeles sobre la mesita baja. Se puso en pie también. En efecto, su mánager venía tirando de un gran saco que se había echado a la espalda. Se le veía extraño, con la camisa hawaiana, el abrigo beige de cuello de pelo y el saco a la espalda. Por cierto, ¿Max nunca se cambiaba de ropa? ¡Qué extraño era este hombre!

—Sí. Es que se me ha ocurrido que ya es hora de que veáis esto —contestó Max, dejando el saco en el suelo.

Se irguió. Miró a Troy y sonrió.

—¿Todo bien, dragón? —Le dijo—. ¿Se te ha pasado el disgusto?

—Sí. Gracias, Max.

—¡Con la sorpresa de la radio, se le tenía que pasar! —

intervino William—. ¡Vaya una manera de decírnoslo!

Max sacó un cigarrillo de uno de los bolsillos de su abrigo y lo prendió, diciendo:

—Fui original, ¿eh?

—¡Y tanto! ¿Tan difícil era decirlo tal cual, que somos número uno en ventas? ¿Era necesario ser tan misterioso?

—¡Bah! Si os lo decía yo, no me creeríais —contestó Max, despreocupado.

Austin sonrió.

—De hecho, yo todavía no me lo creo. Tengo que repetirme continuamente que es verdad.

—Y eso que ayer cenamos fuera para celebrarlo —dijo Seth.

—¿Ah, sí? ¿De fiesta y tal? ¿Sin avisarme? —preguntó Max.

—¿Qué demonios fiesta? —dijo William—. ¡Si estábamos reventados, hombre! Una cena tranquila y para casa, eso hicimos.

Asintió con decisión, como para poner el punto. Max hizo una mueca.

—Sois unos jóvenes muy raros, ¿lo sabéis?

Troy se acercó un poco más al grupo. Estaban todos de pie en un círculo en medio del salón, con el saco en el centro. Pero nadie hablaba del saco en cuestión, y él empezaba a sentir curiosidad.

—¿Qué nos has traído, Max? —preguntó.

Antes de que el mánager pudiera contestar, Seth aventuró:

—¿Patatas?

—No, no —dijo Austin—. Yo creo que es ropa usada. Habrá estado haciendo limpieza en el armario.

Max se echó a reír.

—¡Frío, frío! —exclamó—. No valéis mucho como adivinos, ¿eh?

—Entonces, ¿qué es? —dijo William—. ¿Tu testamento, que ocupa varios volúmenes? ¿O los restos momificados de tus numerosos ex de ambos sexos?

Todos los ojos se quedaron mirando al joven cantante con idénticas expresiones de perplejidad y espanto.

—Pero, ¿qué demonios...? —dijo Austin.

—William, tienes que dejar de leer novelas de terror —afirmó Max—. Estás empezando a dar miedo, chico.

—¡Es que no nos lo dices! —exclamó William—. ¡Y esto está ahí, erguido ominosamente en medio del salón!

Señaló al saco con ambas manos, mirándolo con recelo, como si dentro hubiera un león. Por su parte, el saco continuó inerte e inmóvil. A Troy le pareció que tenía un aspecto de lo más inofensivo. Si en su interior había algo vivo, desde luego, no hizo ni la más mínima intención de demostrar que lo estaba.

Max tomó una calada y sopló el humo al techo, diciendo, con una sonrisita sabihonda:

—¿Por qué estáis esperando a que os lo diga? Es vuestro. Abridlo.

—¿Nuestro? —repitió William.

—¡Qué intriga! —dijo Troy, y se inclinó, alargando las manos para soltar el nudo de la cuerda que mantenía el saco cerrado.

—¡Ten cuidado, Troy! —advirtió William—. A ver si va a estar lleno de ortigas. De este hombre, me creo cualquier cosa.

Max volvió a reír.

—Pero, ¿cuándo os he traído un saco de ortigas, a ver? —exclamó.

Austin vino a ayudar a Troy.

—A ver, jefe... Esto parece...

—No parecen plantas, ¿verdad? —dijo Troy, abriendo el saco con ambas manos.

—Parecen cartas, tíos —añadió Austin.

—¿Cartas? —Se extrañó William.

Troy agarró una al azar, se incorporó y bromeó, acercándola a la cara de su novio y diciendo con voz tenebrosa:

—¡Sí! ¡Cartas venenosas! ¡Y vienen a por ti! ¡Waahh!

William frunció los labios y se echó atrás, apartándole con un gesto.

—¡Quita, Troy! ¡No tiene gracia!

—¿No? Pues esta es para ti. —Troy leyó en voz alta—: «Para mi amor, William Miller». ¡Anda! ¡Y no lo he escrito yo!

Seth se estiró un poco para ver.

—Parece letra de chica —opinó.

—¿Qué demonios...? —murmuró William.

Arrebató la carta de las manos de Troy. La miró por ambos

lados.

—¿Es esto tu idea de una broma, Max? —Quiso saber.

Max negó rotundamente. Señaló al saco y se limitó a decir:

—Servíos. Hay para todos.

—Sí —dijo Austin—. Aquí tengo una postal para Seth, otra para William, dos cartas para Troy, otra para mí...

Troy ya había agarrado a bulto otro fajo de papeles. Enumeró a su vez:

—Seth... Otra para Seth, con corazones y todo... Austin, también con un corazón pintado en rojo... Otra para mí... ¡Ah, una para los cuatro! Es una postal. Pone: «Poema para los Dragon Riders».

—¡Qué fuerte, chicos! —exclamó Seth, arrodillándose también junto al saco—. ¿En serio?

—¿Esto es obra tuya, Max? —preguntó William—. ¿Has sobornado al equipo de marketing, o qué?

Max volvió a negar, con una amplia sonrisa, y explicó:

—Esto es solo una pequeña parte de lo que ha llegado a mi oficina en las dos últimas semanas. Tengo cinco sacos más como este. Y en la discográfica hay otros dos, que yo sepa. Hemos abierto un apartado de correos para que los fans puedan escribiros.

—¡Es maravilloso! —exclamó Troy, alucinado.

El contenido del saco era realmente apabullante. Había postales y cartas, con sobres de todos los tamaños, formas y grosores. Había sobres cuadrados normales, de aspecto muy formal. Otros parecían los sobres decorados de papel de carta. Otros exhibían dibujos, algunos más elaborados que otros. Había también sobres alargados y acolchados que contenían alguna clase de objeto, además de la carta. Llaveros, flores prensadas y pulseras de cuero o de hilo trenzado eran algunos de ellos.

Las cartas en sí eran igual de variopintas. La mayoría parecían ir dirigidas a William, pero en realidad, había para todos. Algunas eran muy formales y serias, dándoles las gracias por su música. Otras eran obscenas y atrevidas, y otras eran verdaderas cartas de amor.

Algunas cartas también contenían dibujos, y había de todo. Desde dragones dibujados con tinta china, a dibujitos infantiles, o

corazones rojos con sus nombres en el interior. Había mensajes de personas de todas las edades y de todos los rincones del país. Seth encontró incluso una que venía de Charleston, de un barrio cerca de su casa.

Una cosa parecía evidente. Los fans habían derrochado creatividad con esto. Cada una de aquellas personas les había enviado lo mejor de ellos mismos. Les habían enviado su corazón.

Troy se sintió sobrecogido. Había tanto amor en aquel saco... Y ellos estaban aquí, ocupados con sus asuntos, sin saber que todas estas personas les querían y que estaban enviándoles amor. Quizás en este momento había decenas de fans ahí fuera, escribiéndoles, dibujándoles cosas, y quizás había un río de amor fluyendo hacia la oficina de Max y la discográfica. ¡Y todo gracias a su música! Algo de lo que habían compuesto y grabado había conseguido llegar al corazón de otra gente. ¿No era maravilloso? Troy se sintió agradecido e inmensamente feliz.

—¡Es increíble, chicos! —exclamó William, que se había arrodillado en el suelo junto a los demás y estaba leyendo cartas con avidez—. ¡Toda esta gente nos admira y nos adora!

—Hombre, sabíamos que teníamos seguidores —dijo Seth—. Hacemos pleno en todos los conciertos, y eso quiere decir algo, ¿no? Pero de ahí a esto...

—¡Es mejor que lo de Newark! —exclamó Austin.

—Ahora que lo nombras, Don también me ha escrito —dijo Max.

—¿Don? ¿Sí? —preguntó Troy, levantando la cabeza, ilusionado—. ¿Y qué dice?

—Dice que quiere que Newark sea la sede de vuestro club de fans oficial, a nivel estatal. Lo que hiciste allí os ganó el cariño de mucha gente, Troy.

—¡Pero si no hice nada! —Se asombró Troy—. ¡Fueron ellos los que se portaron bien conmigo! Me dieron cerveza, comida y tabaco. Cantaron nuestras canciones...

—Y te besuquearon bien —concluyó William—. Sí, amor. Lo recuerdo.

—Y estuvieron a punto de secuestrarte porque te querían solo para ellos. —Se rió Seth.

Max continuó:

—En cualquier caso, ese Don es un tío eficiente. Están bien organizados. Tienen un local, y parece que van en serio. Quieren abrir una segunda sede en la capital del estado, en Nueva Jersey.

—¡Caramba! —exclamó Austin—. ¡Es estupendo!

—M-m. —Asintió Max—. Pero no era eso lo que venía a deciros.

—¿Cómo? —Se asombró Seth—. ¿Querías decirnos algo más que todo esto?

Max prendió un segundo cigarrillo, diciendo por una comisura:

—¿Por qué crees que he suspendido mis vacaciones? —Sopló el humo al techo otra vez y añadió, ya con la boca despejada—: Tengo el negocio echando humo, en el mejor de los sentidos.

Y volvió a sonreír.

—Bueno, pues... ¿De qué se trata? —preguntó Troy.

—En vista del éxito... —Max señaló al saco con la mano que sostenía el cigarro—. Y del éxito comercial, que es más importante, la discográfica ha barajado la posibilidad de daros un empujoncito.

—¿Empujarnos? —repitió Troy—. ¿Más aún?

Max asintió.

—Sí. Cuando algo promete, una vez que empieza a subir hay que ayudarle, ¿no creéis? A nadie le interesa que decaigan vuestras ventas. —Tomó otra calada y volvió a soplar el humo, añadiendo—: Así que se les ha ocurrido que podríais actuar como teloneros para un concierto que van a dar los Red Devils aquí, en Nueva York, en el estadio de los Yankees.

—¿Cómo? —Austin se puso en pie, totalmente desencajado por la sorpresa—. ¿Actuar con los Red Devils? ¿En serio?

Max asintió. Austin se volvió hacia sus amigos, explicando:

—¡Ese grupo hace un espectáculo de fuego que es genial! ¡Es perfecto para nosotros!

Troy hizo un mohín.

—¿Tú crees? —preguntó, no muy convencido.

—¡Sí! —Austin le miró, entusiasmado—. ¡Imagínate, jefe! Fuegos artificiales, llamaradas que brotan del escenario, y tu guitarra con un amplificador grande como una torre. ¡Eso tiene

que ser la leche!

—Yo solo con pensar en cantar delante de un estadio, me da un orgasmo, tíos —dijo William.

Seth se echó a reír ante la ocurrencia.

—La verdad es que a mí también me hace ilusión —dijo—. Tendríamos que vestir ropa especial. Todos de cuero negro, o algo así.

—¿Cuero negro? —repitió William—. Somos los Dragon Riders, Seth. ¿Quieres que nos llamen «Los hijos del Marqués de Sade»?

Seth volvió a reír.

—¿Por qué no? —contestó, medio en broma—. No estaría mal. Sería original.

Troy le dio un empujón a su novio en un hombro.

—Pero, ¿tú siempre estás pensando en lo mismo? —Le dijo.

William se volvió hacia él y le sonrió ampliamente.

—Sí —respondió—. Y te encanta, reconócelo.

Max intervino:

—En todo caso, el concierto está firmado. Y yo estoy feliz, qué queréis que os diga. En la discográfica llevan tres meses barajando nombres de grupos para que fueran los teloneros de esos tíos en Nueva York. Y vuestro nombre nunca había estado sobre la mesa, ni por un segundo. Y ahora de repente... —Chasqueó dos dedos en el aire—. ¡Ahí están mis chicos! ¡Esa actuación es para vosotros, coño! ¡Ahí tenéis que estar, en un estadio! ¿Quién sabe? A lo mejor de aquí a un año, sois vosotros los que necesitáis teloneros...

Sonrió de oreja a oreja, satisfecho. Austin apretó los puños de entusiasmo en el aire y exclamó:

—¡Sí! ¡Esto es real, tíos! —Miró a sus amigos—. ¿Qué os dije ayer? ¡Es *real*!

Hizo un gesto de ilusión muy elocuente al pronunciar la última palabra. Y luego, de un brinco, se fue a por el teléfono, añadiendo:

—¡Voy a decírselo a mi gente!

Troy se quedó mirando a Seth y a William, que continuaban arrodillados en el suelo, junto a él y al saco de las cartas.

—Pues sí que está emocionado Austin —dijo.

—Le hace mucha ilusión. —Sonrió Seth—. Lleva tiempo

soñando con hacer una actuación con los Red Devils, y jamás creyó que algún día sería posible.

—Ah. Comprendo. —Troy miró las cartas que tenía en las manos—. A decir verdad, yo tampoco imaginé nunca que me vería en estas.

Y esbozó una sonrisita.

William en cambio no sonreía. Se quedó mirándole muy serio y como pensativo. Troy ya iba a preguntarle por qué cuando su compañero alargó una mano, le acarició la mejilla con las puntas de los dedos, y le dijo:

—Cuando Austin termine de hablar, podrías llamar a tu propia familia para contarles que somos números uno, y lo de las cartas, y... Bueno, todo esto.

—¿A mi familia? —Troy cambió una mirada de confusión con Max y Seth—. Pero...

William interrumpió, sacudiendo un poco la cabeza.

—Me estoy refiriendo a Harold —dijo.

—¡Harold! —murmuró Troy—. ¡Oh...!

No tenía palabras. Que William hubiera dicho aquello... Que hubiera sido William quien propusiera... Con la pugna silenciosa que había mantenido contra Harold durante meses, y ahora...

Troy rodeó el cuerpo de su chico con un brazo. Le atrajo hacia sí y le besó los labios, susurrando:

—Por supuesto que lo haré. —Le besó otra vez, un piquito casto y fugaz, y añadió, más bajito—: Gracias.

William se dejó hacer, no dijo nada. Cuando Troy se apartó, carraspeó un poco, incómodo, se enderezó y dijo, en tono despreocupado, mirando a sus propias cartas:

—Ah, ya que le llamas, dile también que el domingo iremos al desfile de sombreros.

—¿Desfile de sombreros? —repitió Troy, con una sonrisita.

Creyó que era una broma. William era capaz de inventar las cosas más disparatadas del mundo. Pero el cantante asintió tranquilamente con la cabeza y se limitó a decir:

—M-m.

Seth intervino:

—¿Qué es eso del desfile de sombreros, William?

Fue Max quien respondió:

—¿No lo conocéis? Es una de las tradiciones más famosas de Nueva York. Se celebra el Domingo de Pascua. Si queréis ver cosas coloridas y divertidas, lo recomiendo.

Seth sonrió.

—Me parece que nosotros pasamos de eso. Ya vimos el de San Patricio, y casi todavía nos dura la resaca.

Se rió. Max y William también sonrieron. Pero Troy se quedó mirando a su chico con curiosidad. ¿Por qué sabía Will lo de ese desfile y ellos no? ¿Verdad que parecía como si se lo hubiera dicho Harold? Pero si eso era imposible...

—¿Cómo sabías lo del desfile de sombreros? —Le preguntó.

William volvió a bajar la vista al saco de las cartas, murmurando:

—Me lo dijo Harold.

—¿Harold? ¿Cuándo? ¿En el rancho?

A Troy le extrañaba. Que él recordara, William nunca se había quedado solo con el productor.

—No. Le llamé el otro día —repuso su novio, aún sin mirarle.

El asombro de Troy alcanzó una nueva dimensión.

—¿Tú le llamaste? ¿Y eso?

William levantó la cabeza. Le miró. Sonrió con dulzura y contestó:

—Porque te quiero.

La conversación se interrumpió. Austin acababa de colgar el teléfono y se reunía con ellos, hablando de los Red Devils, y de lo estupenda que iba a ser esa actuación con ese grupo.

William aprovechó que los otros tres estaban hablando para darle un empujoncito a Troy en un codo con su brazo. Señaló el teléfono con la barbilla y le dirigió a su chico una mirada de complicidad.

—Aprovecha ahora —murmuró—. Vamos.

Troy se puso en pie y se dirigió al teléfono. Miró a su novio mientras marcaba el número de Harold. William levantó la cabeza otra vez, y sus ojos se encontraron. Una sonrisita tierna apareció en sus delicadas facciones, pero en seguida bajó la vista y continuó leyendo cartas y hablando con los demás.

Troy estaba maravillado. A ver, es que era increíble. William había llamado a Harold a escondidas y, aunque no había dicho el motivo, no parecía que hubiera sido por algo malo. Y ahora estaba aquí, mirándole y regalándole sonrisitas dulces y tiernas, algo poco propio de William, que tendía a ser muy sexual en sus demostraciones de afecto. ¿Por qué sería?

A lo mejor era verdad, eso de que también estaba enamorado de él...

Troy sintió una oleada de ilusión en el pecho, como un chaval de quince años a quien la persona que le gusta le hubiera guiñado un ojo.

¡William enamorado de él! ¡Como en los cuentos! ¿Verdad que eso sería maravilloso?

Ah, Troy bien podía haber cumplido ya los veintiséis, pero en el fondo, seguía siendo un tonto soñador...

Capítulo 13

El desfile de sombreros del Domingo de Pascua en Nueva York era, y sigue siendo, célebre por lo colorido y lo disparatado. Más que un desfile organizado, se trataba en realidad de una inmensa aglomeración de gente que ocupaba toda la 5ª Avenida y sus aledaños, convenientemente cerradas al tráfico para la ocasión. En aquella reunión, todo el mundo charlaba, reía, se hacían fotos, se grababan vídeos, se bailaba... Pero sobre todo, se lucían los sombreros más creativos del mundo.

Muchos de los participantes habían invertido varios meses en el diseño y la fabricación de sus sombreros. La temática común de todos ellos era la Pascua, así que en la gran mayoría aparecían conejos, huevos o alguna combinación de ambas cosas. Solían estar elaborados con tela, fieltro o papeles de colores. Y aunque algunos acababan hechos trizas al final de la tarde, los participantes lo pasaban en grande luciendo sus creaciones y viendo las de los demás. Ah, y cogiendo ideas e inspiración para el

año siguiente.

William había tenido la idea de llevar a Troy a aquella fiesta más que nada con el objetivo de salir juntos a tomar el aire y ver una costumbre que les resultaba ajena y cuando menos, bastante curiosa.

Sin embargo, les había costado un poco arrancar, y había sido por su causa. William necesitaba su tiempo para arreglarse. Era muy presumido, y además era muy consciente de ser la cara visible del grupo, así que no descuidaba su apariencia en lo más mínimo.

Para cuando por fin se vieron en la calle, el desfile estaba más que empezado. Ya en las calles adyacentes empezaron a ver grupos de gente portando sombreros multicolores sobre sus cabezas. Cuando llegaron a la 5ª Avenida, había tal multitud que no pudieron entrar. Tuvieron que quedarse en la acera, porque una verdadera marea humana había tomado posesión de la calle y la había convertido en un muro inaccesible.

William se quedó impresionado, tanto por la cantidad de gente, como por la variedad de edades, y por la originalidad de los sombreros. Había algunos que parecían enormes recipientes redondos llenos de flores. Otros eran disparatados, como alguien que se había amarrado a la cabeza con una cuerda un cartón de huevos, con pollitos y una gallina de plástico incluidos. Otros eran artísticos, como una inmensa mariposa que se erguía majestuosamente sobre la cabeza de su dueña, con las alas abiertas hechas de papel brillante, de colores muy vivos.

Muchas de las personas iban disfrazadas, con trajes tan coloridos y disparatados como sus sombreros. Llamaba la atención la cantidad de gente mayor, muchos de ellos de edad muy avanzada, que se mezclaban con los jóvenes, luciendo los sombreros más estrafalarios del mundo.

Pronto William se dejó envolver por el ambiente, la música, las canciones, los colores, y empezó a disfrutar como un crío con tanto derroche de creatividad. Se alegró de que Harold le hubiera dado la idea, porque desde luego, merecía la pena venir. Con lo que él disfrutaba con la moda, la decoración y las ideas nuevas y originales, este lugar y esta fiesta eran perfectos para él.

Absolutamente perfectos.

***

Troy no podía decir lo mismo.

En primer lugar, le agobiaban las grandes aglomeraciones de gente. Cuando accedió a venir, no tenía idea de que se las iban a ver en medio de una multitud semejante. No le gustaban. Le hacían sentir encerrado y sin posibilidad de escapar. Todo su cuerpo se ponía tenso, y le resultaba muy difícil centrarse en otra cosa. Su cuerpo entero gritaba: «¡Sácame de aquí! ¡Sácame!».

Sabía que era algo irracional, pero no podía evitarlo. Le ocurría desde niño. Por eso evitaba los sitios con mucha gente. Siempre que podía, claro.

Distinto era estar subido en un escenario. En los conciertos, ellos estaban en alto, viendo a la multitud desde arriba. Además, la música acaparaba toda su atención. No tenía tiempo de darse cuenta de que había mucha gente, porque su mente y sus dedos estaban pendientes de su guitarra y nada más. El solo hecho de tenerla colgada de sus hombros le hacía sentir a salvo. En control.

Ahora se sentía como un animal enjaulado, y no era agradable.

En segundo lugar... ¡Había huevos de Pascua! ¡Por todas partes!

Con lo que había ocurrido en los últimos días, Troy había olvidado por completo qué fecha era, y que en Pascua los huevos decorados eran el elemento estrella. Y al volver a verlos, sintió una punzada de dolor en el alma. No quería verlos. No necesitaba recordar que existían. Había pasado página, ¿no? Toda su vida anterior había quedado atrás. Estaba hecho. ¿Qué sentido tenía recordar nada?

Empezó a pensar que tal vez habría sido mejor si se hubiera quedado en casa...

No le dijo nada a William, sin embargo. No tuvo valor. El chico parecía estar disfrutando un montón con aquello. Miraba a todas partes, con los ojos negros muy vivos y brillantes, y una

amplia sonrisa de ilusión en los labios. Troy intentó olvidarse de lo que sentía y centrarse en él, en lo guapo que era, y en lo delicioso que era verlo así de radiante.

Recordó aquel día que pasearon por estas mismas calles, en Navidad, para ver la iluminación y los adornos. Todo había sido muy diferente. También había habido gente, lógico. ¿Cuándo y dónde no había gente en Nueva York? Pero el ambiente había sido más relajado y no había habido ninguna multitud bloqueándoles el paso.

William también estuvo maravilloso aquella tarde, y Troy disfrutó mucho de aquel paseo en su compañía. Deseó que hoy pudiera ser igual que ese día.

Sin decir nada, buscó a tientas la mano de su novio y la estrechó en la suya, como el hombre que se agarra desesperadamente a un tablero de madera en pleno océano para tratar de retrasar lo inevitable.

—¡Mira, Troy! ¡Aquel parece un inmenso florero! ¡Lleva hasta girasoles! —decía William, señalando con la mano libre.

—M-m. —Fue lo único que pudo responder Troy.

—¿Y ese? ¡Es una abeja gigante! —continuó William, con una carcajada.

—Qué cosas... —contestó Troy, esforzándose con toda su alma por seguirle la conversación.

—Me gustan los de flores. Son los más artísticos y coloridos.

—Sí.

—¡Mira ese otro! ¡Es un inmenso conejo rodeado de huevos! ¡Qué colores, Troy! ¿Dónde habrán conseguido papel de colores tan vivos?

Troy no pudo contestar. Al ver el sombrero del conejo, rodeado de huevos artísticamente dispuestos en lo que parecía ser una cesta con hojas y flores, los recuerdos se escaparon del débil muro de contención en el que estaba intentando retenerlos a duras penas y le inundaron la mente.

Vio su casa, pintada de celeste, con el césped delantero, el garaje y todo tal como la vio hacía unos días.

Se vio a sí mismo, siendo muy pequeño, corriendo alrededor de la casa, entusiasmado, durante una *Easter Hunt* («Cacería de

Pascua»), una de tantas que se celebraron en su casa durante sus años de infancia. Incluso vio en su mente detalles que ya no recordaba, como que en el jardín trasero había una mesa blanca y sillas de hierro, y setos y pequeños arbustos que se llenaban de flores en primavera...

La caza de huevos de Pascua es un juego que se realiza en miles de hogares estadounidenses. Consiste en buscar y encontrar dichos huevos, que suelen estar hechos de plástico, decorados con papeles de colores, y rellenos de golosinas. Otros huevos se hacen directamente de chocolate, y se recubren con papeles de colores brillantes.

Los padres les dicen a los niños que el conejo de Pascua ha escondido esos huevos durante la noche para ellos, y les animan a encontrarlos y comérselos. Este ritual ocurre todos los años el Domingo de Resurrección, y es una de las fiestas preferidas de los niños.

A Troy se le daba particularmente bien aquel juego. Siempre encontraba todos los huevos, que el conejo de Pascua solía esconder en el jardín que rodeaba la casa. Sus hermanos y él lo pasaban genial ese día.

Troy era el que buscaba los huevos, brincando y trotando entre el césped y los arbustos, con su flequillo rubio saltando sobre su frente y sus ojos al ritmo de sus pasos. Cada vez que encontraba uno, se lo llevaba en triunfo a los dos mayores, que le aguardaban ante la puerta de la casa. Ellos le hacían mucha fiesta. Le alborotaban el pelo, riendo, y le decían:

—¡Eres genial, enano! ¡Los encuentras todos!

—¡Busca más, Troy! ¡Eres increíble!

Troy sonreía, orgulloso, y se iba a buscar más. Al final de la mañana, cuando se reunía con ellos, agotado y sin aliento, pero muy satisfecho, siempre se encontraba con la misma sorpresa: sus hermanos se habían comido todos los huevos. Pero le habían reservado el más grande para él, como premio a sus esfuerzos. Y se lo daban con mucha ceremonia, proclamándole el rey de la *Easter Hunt*. Luego se sentaban los tres en el césped delantero de la casa, y Troy se comía su huevo de chocolate, mientras sus hermanos contaban chistes y hacían bromas.

Troy sabía que sus hermanos hacían trampa. Uno solo podía comerse los huevos que había buscado y encontrado por sí mismo. Pero no decía nada. El ritual de los Domingos de Pascua era una de las pocas veces al año en que se sentía aceptado y querido. Una de las pocas veces que sentía que ellos tres también eran familia. Por eso ocupaba todavía un lugar muy especial en su corazón.

Y es que una cosa es saber que uno es familia de alguien, porque se convive con esas personas o porque lo digan los documentos, y otra muy distinta es sentirse familia. Sentirse pertenecer a un hogar.

Ahora Troy ya no tenía familia biológica. Ya no iba a volver a ver a sus hermanos nunca más. Y la última vez que vio a James aún le pesaba. La cara de su hermano, asustada y desencajada, mirando el arma que le apuntaba se le había quedado grabada para siempre en las retinas.

Troy sabía que había hecho lo correcto. En verdad, en aquel momento no pudo hacer otra cosa, porque dejar que James les pegara no era una opción. Pero el dolor aún estaba demasiado fresco. Él desearía que su familia fuera de otra manera, y a la vez, sabía que no podían serlo. Esta disonancia se sentía como una herida abierta en el alma que sangraba a borbotones.

Y es que, a pesar de las décadas de malos tratos, a pesar de que no les entendía, a pesar de todo... Familia biológica solo hay una.

Troy se sintió de pronto muy agobiado, sobrepasado por la sensación de pérdida, por la ausencia de esa familia que nunca pudo tener. No era la primera vez que lo sentía. Muchas veces, a lo largo de los años, había tenido el dolor sordo en el corazón de sentirse huérfano y solo. Tan, tan solo...

La risa de la gente que le rodeaba le sonó estridente y hueca. Los colores brillantes de los trajes y sombreros le parecieron chillones y feos. La alegría colectiva le dio envidia, y se sintió aún más aislado y diferente, rodeado por una burbuja invisible de dolor. Estaba a años-luz de distancia de todas aquellas personas. Nadie podía entenderle. Nadie podía ayudarle.

Estaba solo. Y quería irse. Dejar de ver los conejos y los huevos. Lo necesitaba. Se estaba ahogando.

Sin pensarlo, soltó la mano de William, que ya no recordaba

estar sujetando, se dio la vuelta y se internó entre la gente que tenían a su espalda para salir de la avenida.

Quería irse a casa, a su refugio. Olvidar de una maldita vez este pasado que le estaba aplastando y volver a ser adulto. Ya no era aquel niño que buscaba huevos para sus hermanos. Ahora era otra persona, alguien nuevo, y necesitaba volver a ser él mismo y regresar a su nueva vida. Y olvidar que había tenido familia biológica hasta la semana que viene que fuera al despacho de Hudson a firmar el documento que zanjaría ese asunto para siempre.

Muchas veces, de pequeño, había pensado que él a lo mejor era adoptado, porque no se parecía en nada a su padre ni a sus hermanos. Quizás después de la firma del documento, al quedarse huérfano de verdad, se acababa todo por fin y podría hacer tabla rasa y empezar su nueva vida en condiciones.

Eso era lo único que quería, a fin de cuentas. ¿Por qué tenía el mundo que enviarle recuerdos de improviso? ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

Capítulo 14

William sintió que Troy se soltaba bruscamente de su mano y que su cuerpo se apartaba del suyo. Se volvió, extrañado, y vio que su novio estaba avanzando deprisa entre la gente que tenían a su espalda, y que parecía querer salir de la avenida.

—¡Troy! —exclamó, apresurándose en seguirle.

Se escurrió todo lo rápido que pudo entre las personas que se agolpaban detrás de él, deslizándose entre ellas sin perder de vista a su compañero y llamándole en voz alta.

—¡Troy! ¡Troy, espérame!

Pero Troy no dio muestras de haber oído. Continuó avanzando, sin volverse. William intentó caminar más aprisa para darle alcance, murmurando para sí:

—Pero, ¿qué mosca le ha picado? Si acabamos de llegar, y lo

estamos pasando tan bien... —Volvió a llamar—: ¡Troy! ¿Quieres pararte? ¡Será incorregible...!

William estaba ahora más cerca, pero aún no había conseguido llegar a su altura. La espalda de Troy estaba encorvada, y caminaba con la cabeza baja, sin mirar nada más que al suelo. Se internó por la misma calle lateral por la que habían venido y, tras unos pocos de pasos, desapareció por las escaleras de una boca de metro.

William consiguió colarse por entre las últimas personas que le bloqueaban el paso y que caminaban en dirección contraria, hacia la avenida. Echó a correr detrás de su novio. Llegó a las escaleras y empezó a bajarlas a toda prisa también. Intuía que Troy quería volver a casa en seguida. Lo que no conseguía entender era por qué.

***

Finalmente, William se reunió con Troy en el andén de la estación. Estaba bien iluminado por unas potentes luces que había en el techo. Tanto las vías como la estación en sí estaban desiertas, cosa insólita en Nueva York. Desde allí abajo se oía el jaleo de la multitud en la avenida. Todo el mundo debía estar fuera, disfrutando de la fiesta.

—¡Troy! —Volvió a llamar William, en cuanto divisó a su compañero.

Echó una última carrerita tras él. Troy estaba dando paseos arriba y abajo junto a las vías. William le retuvo tomándole por un brazo, y le increpó:

—¿Puedes decirme qué es lo que te pasa? Estabas tan bien y de pronto...

—¡Había conejos y huevos por todas partes, joder! ¡Eso es lo que me pasa! —exclamó Troy.

William parpadeó, confuso.

—Normal —dijo—. Estamos en Pascua. ¿Eso es para salir corriendo?

Troy volvió la cara por toda respuesta, con una mueca de dolor. William inclinó la cabeza a un lado para mirarle, preguntando con curiosidad:

—¿Puedo saber qué te han hecho los conejos, por favor?

—¡Oh, ellos nada! —murmuró Troy, haciendo un gesto con la cabeza.

—Ah, es bueno saberlo. ¿Entonces...?

Troy se mordió el labio inferior. Pareció pensarlo un momento antes de mirar a William a los ojos desde debajo del flequillo. Tenía la expresión desamparada de un niño solo y triste.

—El Domingo de Pascua mis padres hacían en mi casa el juego de los huevos —murmuró. Y más bajito aún, añadió—: Era el único día en que me lo pasaba bien con mis hermanos.

—¡Oh! —exclamó William—. Oh, ahora entiendo...

Sí, ahora comprendía la mirada de Troy. Y también su prisa por quitarse de en medio y volver a casa. Sabía por experiencia personal que, por mucho que dolieran las puñaladas metafóricas, sobre todo si quien las propinaba era alguien de su propia familia, el recuerdo de una vivencia agradable con esas mismas personas dolía mucho más.

Cuando a uno le maltratan todos los días, el único día del año en que no lo hacen se queda grabado a fuego en la memoria. Muchas veces, ese recuerdo bueno es lo que lo mantiene a uno vivo durante los días de malos tratos, porque conlleva la esperanza de que las cosas puedan volver a mejorar, de que uno pueda volver a vivir cosas agradables con esas personas que se portan así, sin que uno sepa realmente por qué.

Pero cuando ya ha terminado todo, esos mismos recuerdos buenos que a uno le salvaron la vida entonces, ahora se vuelven tormento. Porque no le dejan a uno pensar: «En mi familia todos fueron demonios y todo fue malo» y pasar página. Porque te hacen sentir nostalgia de aquellas personas, aunque sabes muy bien que te maltrataron. Porque te hacen desear volver atrás.

Para Troy ya no había marcha atrás, y William se alegraba por ello. No quería que su dragoncito tuviera que volver a ver a ese impresentable de James nunca más. Pero también entendía que el dolor emocional que estaba viviendo su compañero debía ser

exquisito. Enternecido, alargó una mano y acarició con cuidado su cara y su barbilla.

—Lo siento, mi vida. No sabía nada. —Le dijo.

Apoyó su frente en la de él, dejándole un piquito en los labios, antes de añadir:

—No te preocupes. En seguida nos vamos a casa, ¿de acuerdo?

—Sí, por favor.

—Claro que sí. Ya está...

William volvió a besar la deliciosa boquita de su chico, y Troy le devolvió la caricia agradecidamente. Ninguno de los dos escuchó los pasos que se acercaban hasta que fue demasiado tarde.

William sintió de pronto que una mano le agarraba rudamente por un hombro y que le apartaba de Troy, haciéndole dar un par de pasos atrás sin ningún miramiento. Al mismo tiempo, una voz burlona exclamó:

—¡Eh, maricas! ¡Que corra el aire!

Se volvió, ultrajado, zafándose de la mano aquella con un empujón. ¿Quién demonios se atrevía a separarle de Troy? ¿Con qué derecho? ¿Qué rayos...?

Para su sorpresa, vio que les habían rodeado tres tipos desconocidos. Los tres parecían ser mayores que ellos, y desde luego, también eran más altos y más corpulentos. Eran muy blancos de piel, con el pelo muy claro y muy corto. Vestían ropa que parecía de camuflaje, de color caqui y verde, y les miraban con expresiones torvas y desagradables. Su lenguaje corporal no era amistoso en absoluto.

William sintió un pellizco de miedo en el centro del pecho. Aquellos tipos se parecían muchísimo a aquellos otros, los de Charleston, los que quisieron pegarle. No sabía que en Nueva York también hubiera esta clase de calaña. ¿Acaso uno nunca estaba a salvo? ¿Qué iba a ser de ellos?

Antes de poder darse cuenta de lo que hacía, alargó una mano hacia Troy para agarrarle por un brazo, exclamando:

—¡Troy!

Los desconocidos debieron ver el miedo en sus ojos, porque soltaron risotadas, mirándose entre sí con malévola satisfacción. A William le dio igual. Aferró la chaqueta de Troy con las dos

manos y balbuceó:

—Troy, vámonos... Tenemos que irnos... Vámonos...

Pero su compañero no debió darse cuenta del peligro, porque se volvió hacia los tipos en perfecta calma, al menos en apariencia, y les dijo:

—¿Podéis decirnos por qué nos habéis molestado?

—¡Oh, tíos! ¡Les hemos molestado! —Se mofó uno, haciendo muecas.

—Porque eres basura, enano —contestó otro—. Por eso.

—¿Qué pasa? —dijo el tercero—. ¿Te jode que hayamos interrumpido tu mariconeo?

—No contestes, Troy. Buscan camorra. Vámonos —murmuró William, tirando suavemente del brazo de su novio.

Pero Troy no se movió. De hecho, no dio muestras de haberle oído. Frunció el ceño y repitió:

—¿Basura?

—¡Sí, marica! —dijo el que había hablado en segundo lugar.

Era más alto que los otros y tenía la cara redonda y pálida. Hizo un gesto agresivo, echando el cuerpo hacia delante, al añadir:

—¡Basura! ¡Y nos molesta veros! ¿Vale?

Los ojos grises de Troy se entrecerraron, mirando fijamente al tipo. William estaba aterrado y no se atrevía a soltar su chaqueta. Si Troy echaba a correr, como hizo Patrick, al menos tiraría de él, ¿no? Y se irían juntos. ¿O correría tan rápido que se zafaría de William y lo dejaría atrás? ¿Y qué iba a ser de él si eso ocurría? En Charleston consiguió librarse de aquellos matones por los pelos, pero... ¿Qué podía hacer aquí, en un subterráneo, sin un alma a la vista? ¡Estos tipos le matarían!

—¿Qué pasa, tío? —exclamó otro de los desconocidos, empujando a Troy en los hombros con las dos manos—. ¿Te crees que nos impresiona esa cara? ¡Venga ya!

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —Le increpó el tercero, riendo.

Troy no contestó. Tampoco echó a correr. Agarró una de las manos de William con firmeza en la suya y le dijo suavemente:

—Ven, cariño. Vamos a la calle.

¡Sí! ¡A la calle, por Dios! Con gente, en un espacio abierto

donde pudieran correr y meterse en cualquier sitio. Y esconderse. Y ponerse a salvo.

William apretó su mano en la suya a su vez. Le sudaban las palmas y no quería que Troy se le escurriera por nada en el mundo.

***

Troy no era tonto. En cuanto vio las caras de los desconocidos, supo que venían con ganas de bronca. Pero le habían enseñado que lo primero era tratar de dialogar, lo segundo tratar de huir, y lo tercero, solo si las otras dos opciones resultaban imposibles, pelear.

Troy esperaba no tener que llegar a usar la tercera opción.

Las manos de William estaban húmedas de sudor. Estaba muy pálido, con los ojos desencajados de miedo. Pobrecito. No había derecho. Ningún idiota tenía que hacer a Will pasar por esto. De hecho, Troy tenía ganas de partirles las caras a estos tres payasos, aunque solo fuera para vengar el susto que le habían dado a su chico. Pero no le gustaba pelear. Él no era como sus hermanos.

Además, se sentía en la obligación de protegerle, como ocurrió en Charleston. No estaba seguro de ello porque nunca lo habían hablado, pero intuía que William no sabía nada de defensa personal. Y él sí. Él le cuidaría. Él le pondría a salvo.

Ignorando totalmente a los tres tipos que tenían delante, Troy se volvió e hizo la intención de echar a andar. Pero uno de los desconocidos hizo un movimiento rápido con una mano, y sonó el chasquido de una navaja.

Troy se detuvo en seco. Sintió el tacto frío de algo puntiagudo y cortante bajo la barbilla, mientras los tipos soltaban risitas socarronas. Apretó el puño de la mano libre.

Lo primero que pensó fue: «No te muevas, Troy. Nervios de acero. Sabes más que ellos».

Lo segundo fue que había intentado hablar y había sido imposible. También había intentado huir y no le habían dejado...

Pues parecía que había llegado el momento de usar la tercera opción.

Hizo acopio de fuerzas y de sangre fría. No le gustaba pelear, pero sabía hacerlo. La vida le había obligado a hacerse un experto, a base de práctica. Apretó los labios. Solo esperaba ser capaz de acordarse de todo lo que le habían enseñado. Por el bien de William, y por su propio bien.

***

William vio con horror que el tipo le ponía la punta de un cuchillo largo y brillante a su novio bajo la barbilla. Supo que estaban perdidos.

—¿Ya os vais? —dijo el de la navaja, con una sonrisa fea y torcida—. ¿Tan pronto? ¿Sin haber dejado que nos divirtamos antes?

Hubo un coro de risas entre sus dos amigos, que empezaron a comentar entre sí que habían dejado al marica chulo totalmente helado, y tal y cual. El que sostenía el cuchillo miró a Troy a los ojos, inclinando la cabeza a un lado, y su sonrisa se volvió feroz.

Por su parte, Troy le mantuvo la mirada al tipo, con la barbilla levantada y la mandíbula tensa. William estaba paralizado de miedo. Aquella hoja brillante y afilada rozando la piel de Troy le daba verdadero pánico. Estos tipos no eran unos simples matones como los de Charleston. Estos venían armados, venían en serio. Y ellos eran solo dos, y los dos canijos y sin mucha fuerza. ¡No había salida posible para ellos!

Como muy lejos, en el colmo del horror, sintió que Troy soltaba lentamente su mano. Trató de agarrarse a él otra vez, desesperado, pero sus dedos no le respondían.

Ahora era el momento en el que Troy echaba a correr, estaba seguro de ello. Ahora era el momento en que le dejaba solo.

William empezó a temblar por el pánico sin poder evitarlo, y las lágrimas se le agolparon en los párpados. Hoy era el último día de su joven vida, lo sabía, lo sentía. Casi podía oler a la muerte en

el filo del arma de aquel desconocido. Y venía a por él. Esta vez no iba a librarse. Hoy venía a por él.

***

Troy soltó lentamente la mano de William. Agradeció que su chico se dejara hacer y que le dejara ir, porque necesitaba las dos manos libres en este momento.

No miró a William. Tampoco habló. Deseó que él comprendiera sus intenciones y que no hiciera nada que pudiera ponerle las cosas aún más difíciles.

Apretó los labios con decisión. Con un movimiento rápido del brazo derecho, apartó el arma de sí, propinándole un golpe preciso a la mano del tipo que la sujetaba. Sintió un dolor lacerante bajo la barbilla. Quizás la navaja le había cortado, pero no se detuvo a averiguarlo. No era el momento.

Sabía que su única ventaja aquí era el elemento sorpresa, así que en cuanto hubo apartado el cuchillo, agarró el brazo del tipo y le hizo una llave, torciéndole el codo y obligándole a soltar la hoja, con un grito de dolor.

Troy tenía entrenamiento. Su instructor le había dicho que un matón es en realidad un gran cobarde, y que nunca atacaban solos ni de uno en uno, así que estaba preparado.

Con el rabillo del ojo, vio al segundo de los tipos echarse sobre él, mientras le daba una patada a la navaja para arrojarla a las vías, fuera del alcance de sus agresores. Vio el brillo de un segundo cuchillo cerca de su cara.

No pensó. Se movió para esquivarla, al tiempo que se volvía hacia el tipo. Con un golpe violento, apartó el brazo que esgrimía el arma. Luego giró sobre sí mismo para atizar una patada de kárate al desconocido bajo el mentón. La fuerza del golpe hizo al otro dar dos pasos atrás y dejar caer la navaja. Apenas tocó el suelo, Troy la arrojó a las vías junto con la primera, empujándola con un pie.

Se incorporó y miró a los matones con suspicacia. ¿Qué iban a

hacer ahora?

Apretó los puños, flexionando el cuello a un lado y a otro. Fuera lo que fuese, estaría preparado. Sabía hacer esto. Tenía experiencia. No en vano había crecido con dos hermanos maltratadores. No en vano había pasado años aprendiendo técnicas de defensa personal. Demonios, estos tíos eran unos santos comparados con sus hermanos. Troy podía hacer esto. No tenía miedo.

Estaba William, y dependía de él. Tenía que sacarlos a los dos de esta. No podía permitirse tener miedo.

Recordó las palabras de Connor, su entrenador. Connor había sido Marine, y era un tipo rudo, serio, que no sonreía jamás y que era inflexible con los que iban a clase por tontear, pero también sabía valorar cuando uno tenía ganas de aprender.

«Recuerda, Troy», solía decirle. «Cuando tengas a un matón delante, lo más importante es mantener la sangre fría. Cara de póker, chico. Esos cabrones se alimentan del miedo que infunden. No les concedas el honor de verte temblar».

Y Troy no pensaba hacerlo. No hoy. No nunca.

Por de pronto, sus agresores no parecían interesados en verle temblar. El primero al que había desarmado parecía más repuesto, y ayudaba a recobrarse al segundo, tirando de él hacia atrás para apartarlo de Troy, entre maldiciones y juramentos.

—¡Será cabrón...! ¡Me ha hecho daño! —decía el segundo, llevándose la mano a la barbilla dolorida.

—¡Es un maldito demonio! —decía el primero.

—¡El muy hijo de puta...!

Troy no prestó atención a los insultos. No podían hacerle daño. Miró alrededor a toda prisa. A estos dos los tenía controlados, pero... ¿No había un tercero? ¿Dónde estaba el tercero, el de la cara redonda?

Como en respuesta a su pensamiento, una voz dijo a su espalda:

—¡Vaya! ¡Eso nos ha sorprendido! ¡Pero a ver si eres tan gallito con esto, marica!

Troy se volvió de un salto. ¿A su espalda? ¡A su espalda estaba William!

Sí. Y el tercero de los matones le había agarrado por el cuello

con un codo y acababa de ponerle el cañón de una pistola en la sien.

Capítulo 15

William sintió que alguien metía un codo bajo su cuello y que le apresaban desde atrás, apretándole violentamente contra un cuerpo alto y fornido. Sintió el tacto duro y frío de algo metálico en una de sus sienes. Con el rabillo del ojo, vio que se trataba de una pistola. Supo que esta vez sí que estaba perdido.

Frente a él, Troy se volvió de un salto. Por primera vez desde que aparecieron estos tipos, su rostro se desencajó por el horror y el espanto.

—¿Qué? —decía el tipo que le sujetaba, reculando hacia atrás y arrastrando a la fuerza a William con él—. Ya no hay huevos, ¿verdad?

La voz sonaba arrogante y satisfecha. Troy hizo una pequeña mueca de rabia, arrugando el labio superior, y murmuró:

—Huevos... ¡Tu puta madre!

William se sentía al borde del llanto. Temblaba de pies a cabeza, y ya no era por sí mismo, porque sabía que había llegado su fin, sino por Troy. Conocía a ese cabeza de chorlito. Era demasiado noble, demasiado bueno, demasiado valiente... Demasiado todo para morir aquí.

—¡Corre, Troy! —balbuceó con voz ronca—. ¡Vete! ¡Salva tu vida!

Pero de nuevo, Troy no pareció haberle oído. Sus ojos estaban clavados en la cara del tipo que le sujetaba, no en William. Parecía estar observándole, estudiándole. De pronto, se entornaron tanto que solo podía verse de ellos el brillo de sus pupilas. Sus labios se fruncieron ahora en una mueca de decisión.

William cerró los ojos. Notó la humedad de las lágrimas en los bordes de sus párpados y en los lados de su cara. ¡Troy tenía que escucharle! ¡Tenía que irse! ¿Qué sentido tenía que murieran los

dos? William le quería más que a nada, más de lo que nunca quiso a Patrick o a ningún otro, más que a su propia vida. ¡Troy tenía que salvarse!

—No eres tan listo ahora, ¿verdad? —Escuchó que decía el tipo que estaba a su espalda—. ¿Qué decís, chicos? ¿Empieza el baile?

William volvió a abrir los ojos. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué iban a hacer?

—Troy, por Dios, vete... —murmuró.

Los otros dos tipos se acercaron de nuevo, soltando risitas. No parecían tan seguros de sí mismos como al principio, pero la vista de la pistola debía haberles animado un poco. Avanzaron unos pasos, a la espalda de Troy, pero se mantuvieron a buena distancia de él.

Por su parte, el tipo que agarraba a William se pegó a la pared y avanzó también unos pasos hacia su izquierda, tirando de él, mientras le decía a Troy:

—Eso es. Tú ahí, quietecito. Y nosotros nos vamos a ir con esta belleza para divertirnos.

—Que te crees tú eso —murmuró Troy entre dientes.

A continuación todo ocurrió tan rápido, que William no tuvo tiempo de reaccionar.

Troy cargó contra el tío que le tenía sujeto como un león enfurecido. Y en cuanto estuvo sobre ellos, les empujó contra la pared con el peso de su cuerpo, a la vez que agarraba la mano que sostenía la pistola y la apretaba también contra la pared, por encima de sus cabezas, apuntando al techo. Con la otra mano, forcejeó para apartar a William.

—¡Fuera, Will! ¡Fuera! —Le apremió, dándole manotazos en un hombro.

William intentó zafarse del brazo del tipo, pero no había manera. El otro forcejeaba por librarse de Troy, apretando más su cuello en el proceso.

—Maldita sea... —gruñó Troy, por entre sus dientes apretados.

Levantó deprisa una rodilla y la clavó entre las piernas del desconocido, haciéndole gritar de dolor. El musculoso brazo que tenía en torno a su cuello aflojó la presa, y William escurrió la cabeza bajo él.

—¡Fuera, Will! ¡Vete! ¡Ya es mío! —gritó Troy, empujándole a un lado.

Todavía temblando y trastabillando, William se soltó del todo. Se deslizó entre los dos cuerpos, y estaba libre.

***

—¡Maldito hijo de puta...! —Escupía el tipo, sacudiendo la cabeza para tratar de recobrarse—. Dando patadas en los huevos... ¡Como una mujer! ¡Marica de mierda...!

Troy no se entretuvo en contestar. Con Will libre y fuera del alcance de los matones, podía centrarse en lo importante. Usando todo el peso de su cuerpo para hacer más fuerza, le clavó al tipo el antebrazo izquierdo en el cuello y le obligó a alzar la cabeza y a mantenerla inmóvil contra la pared. El otro hizo un sonido gutural y muecas, como si no pudiera respirar, pero Troy tampoco hizo caso de esto. Con la mano derecha, le movió la mano que sujetaba la pistola a la fuerza, hasta ponerle el cañón en la cabeza.

—¿Quién es el gallito ahora? —Le increpó sin aliento—. ¿Eh?

Con la adrenalina corriendo por sus venas a toda velocidad, Troy se sentía capaz de disparar. Este cabrón había amenazado a William. Para él no tenía perdón.

—¡Troy! —exclamó William, espantado.

—¡Joder! —exclamó al mismo tiempo otro de los matones—. ¡Tiene la pipa, tío!

Troy miró al tipo que sujetaba. Sí, tenía la pipa. Tenía el poder. Tenía la vida de este desconocido en su mano. ¿Qué iba a hacer con ella?

El otro parecía en el colmo del terror. Con la cara colorada, trataba inútilmente de debatirse contra la llave que le mantenía sujeto por el cuello contra la pared. De esta postura, tampoco podía mover la mano que sujetaba la pistola, si no quería que se le disparase por accidente a causa del forcejeo. Respiraba con dificultad, y miraba a Troy con grandes ojos de horror, temblando y llorando, exactamente igual de aterrado que había estado

William hacía un segundo.

«¿Qué se siente, cabrón?», pensó Troy. «¿Te gusta? ¿Verdad que no? Entonces, ¿por qué se lo haces tú a los demás?».

Sin saber por qué, se le vinieron a la mente como un eco las palabras que él mismo le dijo a William hacía solo unos días, en Charleston.

«Las armas son el argumento de los que no tienen argumento».

Sí. Y él no era de esos. Pero estos imbéciles se habían ganado que les diera un sustito, a modo de escarmiento, y como pago por el susto que les habían dado a ellos. A ver si así se les quitaban las ganas de volver a ir por ahí intimidando y amenazando a gente inocente.

—¡Tiene la pipa, tío! ¡Tiene la pipa! —repetía uno de los matones.

Su voz sonaba muy nerviosa, como si no supiera muy bien qué hacer.

Troy les miró de través por encima de uno de sus hombros. En efecto, los otros dos estaban allí, con idénticas expresiones de espanto e impotencia. Parecía que su aventura había dado un giro inesperado por completo para ellos, y estaban fuera de juego. Troy les habló a los tres, mirando alternativamente a los dos de atrás y al que tenía delante, mientras se esforzaba por aparentar calma y compostura.

—Sí. Tengo la pipa. Y os voy a enseñar a usarla.

Movió un poco la mano para pulsar un mecanismo en la culata del arma con el pulgar, añadiendo:

—Lo primero es quitarle el seguro.

Miró al tío a los ojos al continuar:

—¿Te crees que no me he dado cuenta? No ibas a matar a mi novio con el seguro puesto. Solo querías acojonarme. Y no lo has conseguido.

El otro estaba ahora blanco como una pared. Ya no forcejeaba por soltarse, se limitaba a mirarle con grandes ojos. Troy continuó:

—Tíos, lo segundo es cargarla.

Sin apartar el antebrazo del cuello del tipo, movió el arma para unir el hecho a la palabra. Algo complicado, porque tuvo que mover también la mano del otro, que seguía aferrada a la pistola.

Al final, acabó poniéndole el arma en toda la cara, y no fue por su gusto. Lo único que Troy pretendía era darles un sustito, no humillarles también. Pero bueno, ya puestos, suponía que a este tipo concreto no le vendría nada mal una lección de humildad...

De cualquier modo, se las ingenió para cargar el arma sin soltar a su dueño... O bueno, su presunto dueño, porque a saber. No que el otro opusiera demasiada resistencia. Parecía haberse vuelto de trapo, y se dejaba mover sin apartar los ojos desencajados de la cara de Troy, como si no pudiera creer que aquello estaba pasando.

Pero ocurrió algo con lo que Troy no contaba.

En lugar de escuchar el familiar «click» de una bala entrando en el mecanismo del cañón, solo escuchó un chasquido seco.

Troy frunció el ceño.

—¿Qué coño...? —exclamó. Miró al tipo que sujetaba, perplejo—. ¿Ni siquiera está cargada? ¿Esta mierda no tiene balas?

El otro no podía hablar mucho que digamos. Pero se las ingenió para mover un poco la cabeza en un gesto negativo. Su cara empezó a ponerse roja como una amapola otra vez, pero ahora parecía más de vergüenza que por otra cosa.

Troy sintió que un peso enorme que no era consciente de estar llevando sobre sus hombros desaparecía de repente. Casi sintió ganas de sonreír de puro alivio. Tanto miedo como habían pasado... ¿Y todo por nada? ¡Ah, qué razón había tenido Connor! Cobardes, eso eran estos tíos. Cobardes y nada más.

—¡Valiente fantasma! —dijo, apartándose mientras le daba al tío un empujón en dirección a los otros dos—. ¡Vete, coño! ¡A tomar por culo!

El tipo salió corriendo a trompicones. Los otros dos le acogieron con caras de espanto.

—¡Tío! ¿No habías cargado la pipa?

—Creí que sí, ¿vale? —Se defendió el de la cara redonda, con voz ronca y débil.

El tercero le agarró por un brazo.

—¿Qué importa? —dijo—. ¡Ese tío es un diablo! ¡Yo me voy por patas!

Los tres se fueron deprisa, mirando recelosamente en su

dirección por encima de sus hombros de vez en cuando. Se perdieron de vista, aunque sus voces continuaron resonando durante unos momentos más en la estación vacía, soltando juramentos y discutiendo entre sí.

Troy se quedó viéndoles marchar, para cerciorarse de que de verdad se iban y que estaban a salvo. Mientras se alejaban, les escuchó decir varias veces la palabra «diablo». Se irguió y apretó los puños.

—Diablo, no —murmuró—. Dragón.

Capítulo 16

Aquella noche, cuando por fin se fueron a dormir, Troy se encontró a William en la habitación a oscuras. Estaba sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el vacío.

Troy cerró la puerta del cuarto y se acercó a él. Le dio un rodeo a la cama para trepar a ella por el otro lado. No le fue difícil orientarse en la penumbra. La cortina estaba descorrida, y la luz de la luna y las lucecitas de los edificios que les rodeaban entraban en la estancia, bañando la cama en una suave claridad azulada. De fondo se oía el familiar murmullo nocturno de la ciudad, el rumor de los coches, una sirena aislada de un coche de policía...

Troy se preguntó si estarían persiguiendo a sus tres agresores. Lo más probable era que no. ¿Les atraparían alguna vez? No tenía demasiadas esperanzas.

—Creí que ya estabas acostado —murmuró, sentándose en la cama y quitándose las zapatillas.

William pareció salir de sus pensamientos. Parpadeó, y al fin volvió la cabeza para mirarle. Sus ojos negros brillaban como estrellas en esta débil luz.

—No sé si podré dormir —contestó.

Troy gateó sobre la cama para acercarse a él. Hizo un intento de bromear.

—¿Por qué no ibas a poder? Yo estoy reventado —dijo.

Esbozó una sonrisita, pero William no sonrió. Alargó una mano para acariciarle la cara con cuidado y preguntó:

—¿Te duele la herida?

—No. Ya oíste al médico. Solo es un rasguño.

—Sí.

Troy inclinó la cabeza a un lado para mirarle.

—¿Qué te pasa?

William volvió la cara sin contestar.

En cuanto aquellos tipos hubieron desaparecido, Troy se reunió con su compañero. Se agarraron el uno al otro y corrieron juntos de vuelta a la calle. Regresaron a casa en un taxi. Les pareció más seguro. No querían tener más sobresaltos en el día de hoy.

Cuando les vieron llegar, sus amigos se quedaron muy sorprendidos. Y era comprensible. Habían salido hacía un rato para ver un desfile de sombreros, una fiesta en otras palabras, y regresaban antes de lo previsto, serios, hablando poco, y con William tan pálido como si hubiera visto una aparición y Troy con una herida que sangraba todavía bajo la barbilla.

Fue Troy quien tuvo que explicarles lo que había ocurrido. William se quedó sentado en el sofá, como ahora, mirando al vacío, mudo e inmóvil.

Seth tuvo la idea de llamar a Max, y el mánager se presentó allí en seguida, trayendo al abogado Hudson a rastras con él. Troy pudo verle la cara al letrado por primera vez. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, alto y de complexión robusta, con el pelo blanco y poblado bigote. Tenía el rostro vivo y enérgico y la expresión amable. Nada más verle, le dijo:

—¡Así que tú eres Troy! Y por lo que me han contado, te has metido en problemas otra vez, ¿no? ¡Dos veces en una semana! ¡Y con armas por medio también! Acabo de llegar de vacaciones, y Max no me ha dejado ni soltar la maleta. ¿Qué ha pasado?

Max y Hudson acompañaron a los dos jóvenes a la clínica para que les viera un médico. Además de curar a Troy, el abogado quiso que los reconocieran para estar seguros de que los dos estaban bien.

Luego les acompañaron también a la comisaría a poner una

denuncia. Troy se sintió muy arropado por los dos hombres. Hudson era un profesional con mucha experiencia, y se le notaba. Estuvieron con ellos todo el tiempo, y les dejaron en casa hacía un par de horas.

Una vez que se hubieron marchado, y con sus amigos ya bastante más tranquilos, Troy y William se habían dado una ducha rápida, y los cuatro se habían ido a dormir temprano, agotados por las emociones. Antes de retirarse a su habitación, Seth dijo:

—Chicos, bien está lo que bien acaba. Buenas noches.

Troy no entendió del todo lo que había querido decir. Pero estaban sanos y salvos, así que suponía que todo había acabado bien.

Sin embargo, ahora que estaba aquí sentado junto a William, se preguntó si eso era realmente cierto.

Su compañero había estado toda la tarde muy extraño. No solo no había hablado, lo cual era insólito, sino que además había estado quieto, con la cara blanca todavía, y la mayor parte del tiempo con la expresión ausente, como si no estuviera allí. ¿Por qué?

Troy se arrimó más al cuerpo de su novio. Le rodeó con un brazo y cuchicheó, preocupado:

—Will, ¿qué tienes?

William apoyó la barbilla en sus propios brazos y se hizo una bola.

—Creí que iba a morir —murmuró con voz rara, átona—. Cuando ese tío sacó la pistola, creí que no lo contaba.

Troy apretó los labios. Apoyó su cabeza en la de él.

—Y sin embargo, aquí estamos los dos, ¿no? Somos huesos duros de roer, mi vida.

—Sí. Gracias a ti.

William parpadeó varias veces, como si estuviera pensando, antes de continuar, con la misma voz hueca y extraña:

—Al principio creí que te irías, y tuve miedo de que me dejaras solo. Luego tuve miedo de que te quedaras. Temí que moriríamos allí los dos.

Troy cerró los ojos y tomó aire profundamente, impregnándose del aroma de su chico.

—Jamás te dejaré solo —murmuró—. Si aquellos tíos hubieran acabado matándote... Bueno, habrían tenido que matarme a mí también.

Sintió que William ponía una mano en la suya.

—¿Lo ves? —Le oyó susurrar—. Eso fue lo que me dio miedo.

Se movió para mirarle. Troy levantó la cabeza y abrió los ojos. Vio que su compañero estaba muy serio, con la mirada grave y alerta.

—Nadie ha hecho algo como esto antes por mí, Troy. Y lo que es peor. Nunca antes he tenido más miedo por otra persona que por mí mismo. Supongo que estoy... —Se interrumpió un momento, buscando la palabra adecuada, antes de concluir—: Sobrepasado.

Troy no supo qué contestar. Estaba cansado, y la expresión tan intensa e íntima de William le hacía sentir extraño. Además, no estaba seguro de comprenderle. Para él las cosas eran muy simples. Le quería. Y cuando Troy quería a alguien de esta manera, le quería más que a sí mismo. Era sencillamente natural tener más miedo por el otro que por la vida de uno, ¿no?

Troy no era muy bueno con las palabras, y temía enredarse y confundir a William. Así que lo único que se le ocurrió contestar fue:

—Te dije que estoy enamorado de ti.

William asintió.

—Y yo de ti. Pero cuando lo dije no sabía que conllevara todo esto.

Troy volvió a inclinar la cabeza a un lado.

—¿De qué tienes miedo?

—De perderte. —William apretó su mano en la suya—. Te enfrentaste a esos tíos como un valiente. Yo me sentí tan inútil y tan impotente como un mueble...

—Pero es normal, mi vida. Tú no sabes pelear...

William sacudió la cabeza.

—Estaba aterrado —continuó—. Si te ocurría algo y yo sobrevivía... ¿Qué iba a ser de mí sin ti?

Se movió para rodear el cuello de Troy con un brazo y apretar su mejilla contra la de él.

—¿Qué sería de mí sin ti, Troy? —repitió, con voz densa ahora.

Troy le abrazó con cuidado, enternecido.

—Ni te plantees esa pregunta —murmuró—. Nunca te las vas a ver sin mí.

William se apartó para mirarle. Tenía los ojos húmedos, pero por primera vez en lo que parecían ser décadas, esbozó una sonrisita trémula y sin alegría.

—Eso ha sonado a amenaza, ¿sabes? —dijo—. Pero me gusta.

Troy le hizo un mimito con su nariz en la suya y le besó los labios, antes de susurrar:

—Ven, cariño. No pensemos más por hoy. Estamos agotados. Vamos a dormir.

Tiró de él suavemente hacia atrás y se acostaron los dos. Les llevó un rato encontrar la postura. Troy quería abrazar a William, y este se empeñaba en meter la cabeza en el hueco de su hombro. Acabaron como solían acabar, con Troy tendido boca arriba, rodeando a su chico con los brazos, y William abrazado a él con brazos y piernas. Apenas sintió la superficie del colchón en su espalda, Troy soltó un profundo suspiro. No recordaba cuánto hacía que no se sentía tan cansado.

—¿Cómo lo hiciste, Troy? —cuchicheó William. Su cabello rizado le hizo cosquillas bajo el mentón—. Parecías una fiera. Desarmaste a tres tíos tú solo.

Troy trató de disimular un bostezo.

—Bueno, estuve en los *Boy Scouts* —contestó.

William soltó una risita, y su novio sintió una oleada de alivio en el pecho al oírle. William era risa, era pasión, era charla inagotable, era sexo... Era pura vida. Lo de esta tarde había sido tan poco propio de él... Qué bien que por fin empezara a ser el de siempre.

—¿En los *Scouts*? —repitió el cantante, levantando la cabeza para mirarle, incrédulo.

—Sí. Allí aprendí artes marciales, entre otras muchas cosas. Para defenderme de mis hermanos, ya sabes...

—Ah. —William pareció pensarlo un segundo antes de decir, con una sonrisita tierna—: Es curioso. No me había dado cuenta antes, pero te pega eso de ser *Boy Scout*.

—¡Venga ya!

—Sí, sí. —William contó con los dedos—. Te gusta la naturaleza... Eres noble y casi ingenuo algunas veces... Crees en la justicia... Y no sabías que se podía ser bisexual hasta que Harold te lo dijo. Muy propio de ti todo ello, sí.

Troy le miró, confundido.

—¿Cómo sabes que Harold me lo dijo?

William le besó la barbilla, antes de volver a meter la cabeza en el hueco de su hombro.

—Él me lo contó cuando le llamé el otro día —dijo suavemente.

—Cierto. Le llamaste. ¿Y por qué? Todavía no me lo has dicho.

—Porque te quiero y estaba preocupado por ti.

—¿Por mí?

—M-m.

—¿Por qué?

—Viniste muy raro del rancho, amor. Aunque ahora parece que hace mil años de eso...

—¿Y qué tiene que ver eso con...?

—Nada. Solo me pregunté de qué hablasteis que te afectó tanto. Y antes de que contestes, no te preocupes. Harold me lo dijo. Y seré una tumba y no se lo contaré a nadie. —Se interrumpió y chasqueó la lengua, murmurando para sí—: Otra vez se me ha escapado, mierda...

—¿Qué se te ha escapado?

—Hablar de la muerte. Sé que te pone nervioso. Y yo intento controlarme, pero...

—Shh... No te preocupes. —Troy le apretó contra sí, conciliador—. ¿Qué más te dijo Harold?

—Me aconsejó que te diera tiempo.

—Ah.

—Y eso pretendí hacer, aunque no sabía muy bien cómo. Luego ha ocurrido todo esto y... En fin. Supongo que ya no importa.

Troy sintió que su compañero frotaba su cabeza contra su hombro. Muy bajito, le oyó murmurar:

—Gracias, Troy. Gracias por todo.

Troy le abrazó con ternura a su vez y le besó el pelo, antes de contestar:

—Gracias a ti, cariño.

Ya no hablaron más. Se quedaron muy quietos, estrechamente abrazados, sintiéndose. Troy notó que los ojos se le cerraban solos. Pero no estaba tranquilo. Su último pensamiento antes de caer dormido fue: «¿Por qué tengo la sensación de que William no me lo ha dicho todo?»

***

Aquella noche, William tuvo otra pesadilla. En su sueño estaba en Charleston, en el callejón aquel, con los tipos que quisieron pegarle y violarle. Pero no estaba solo. Troy estaba allí.

Los matones no parecían ver a William, ni tampoco Troy. Nadie parecía verle. En esta ocasión, a quien tenían acorralado y a quien querían pegar era a Troy.

William intentó defenderle, pero no sabía cómo. Forcejeó, golpeó, arañó, gritó... Pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Por mucho que les pegara, los tíos no parecían sentirle. Por mucho que se dejara la voz, nadie parecía oírle.

En el colmo del horror, vio cómo uno de ellos sacaba una pistola, y que apuntaba con ella a la frente de Troy. Vio los ojos de su compañero agrandarse por el espanto y el miedo, vio el terror y la indefensión en ellos...

El tipo disparó. Hubo un fogonazo blanco y William se despertó.

***

Se sentó de un salto en la cama, fuera de sí de ansiedad. Se llevó las manos al pecho, desorientado. Le costaba respirar. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la suave claridad que

entraba por la ventana. Era de noche. Estaban en Nueva York. Y además del sonido del tráfico, se oía caer la lluvia sobre los cristales de la ventana de la habitación.

William se volvió hacia Troy. Se lo encontró tendido de costado, acurrucado bajo la sábana. Dormía como un angelito, roncando suavemente. Estaba agotado, pobrecillo, y William lo comprendía. Él también se sentía exhausto. Pero no se veía capaz de volver a dormir. No quería volver a ver morir a Troy.

Normalmente, solía olvidar sus pesadillas en cuanto se despertaba, pero esta era distinta. La imagen de los ojos desencajados de Troy con la pistola en la frente se le había quedado grabada. Y por mucho que miraba a su novio para cerciorarse de que estaba bien, aquella otra imagen, la del sueño, parecía más real que esta. Le perseguía. Le atormentaba. Necesitaba hacerla desaparecer como fuera.

Con mucho cuidado, salió de la cama y se fue, descalzo y sin encender ninguna luz, a la cocina, a tomar un vaso de agua. Agradeció el frescor del suelo en las plantas de los pies, pero no era suficiente. Bebió el vaso de agua fría de un tirón, a ver si así lograba despejarse del todo.

Se quedó mirando luego los edificios que se veían, cuajados de lucecitas, al otro lado de la ventana de la cocina. Nueva York no tenía el título de «la ciudad que nunca duerme» en vano. El ruido del tráfico era incesante, y siempre había decenas de luces encendidas en todos los edificios.

En la calle, sonó otra sirena de policía. Se oían con cierta frecuencia. Por la noche hacían eco en los altísimos bloques de hormigón, ladrillo y cristal, y el sonido tardaba más tiempo en perderse en la distancia. La lluvia caía con más fuerza ahora.

William no se lo había dicho a nadie salvo a Troy, pero últimamente las pesadillas estaban viniendo con más frecuencia, casi todas las noches. Él tenía la sospecha de que tenían que ver con lo que le pasó al pobre Charlie Orson, y tenía la esperanza de que poco a poco, se le fueran pasando y pudiera volver a dormir bien.

Pero esta noche había sido la primera vez que en su sueño aparecía Troy. Lo sabía porque si hubiera aparecido antes, seguro

que se habría acordado de ese sueño después.

William no era tonto. Con lo que había ocurrido esta tarde, sabía que hoy lo iba a tener difícil para dormir. Pero cuando se acostaron, no podía ni imaginar que iba a tener un sueño tan horrible.

El médico les reconoció ayer a los dos, por separado. A Troy le hicieron análisis de sangre, le pusieron la vacuna antitetánica y antibióticos y le curaron la herida. Después les leyeron los resultados de las pruebas y les aseguraron que todo estaba bien.

A William también le hicieron un chequeo completo. El médico incluso llegó a preguntarle si habían hecho algún intento de forzarle a algo sexual. William supuso que a Troy le habrían preguntado lo mismo, aunque él no lo dijo. Cuando acabó el examen, el médico también le aseguró que todo estaba bien en él.

Y William sabía que era verdad. En su cuerpo todo estaba bien. Era en su alma donde estaba el problema.

Algo se rompió en él aquella tarde en Charleston. Él creyó que lo había dejado atrás, donde debía estar. Pero por lo visto, los matones sinvergüenzas estaban en todas partes. No se podía ser gay y estar a salvo en ninguna ciudad. Y ahora, añadido al temor por sí mismo, tenía otro, el miedo a que le ocurriera algo a Troy.

William no sabía cómo iba a manejar esto. Pero eran las tres de la mañana, y algo tendría que hacer. El cuerpo le imploraba que durmiera, le pedía descanso a voces. Pero no se atrevía. No quería volver a vivir aquel horror.

De pronto, tuvo una idea. Sin pensarlo, abrió un mueble, agarró una botella de *whisky* y un vaso y se fue al salón. Se sentó allí, en el sofá, a contemplar la noche mientras tomaba una copa. Si el alcohol no conseguía espantar sus demonios y ayudarle a dormir en paz... Bueno, al menos, le pondría contento.

***

Unos días más tarde, Troy y William salían del despacho de Hudson. Acababan de firmar el famoso documento que marcaba la

ruptura final con su familia biológica. William había insistido en ir también, por acompañarle, y por si hacía falta la firma de algún testigo.

Como era natural, Troy pasó la mañana muy ansioso, fumando sin parar. No fue capaz de comer nada, por mucho que sus amigos le insistieron. Sabía que su familia no estaría allí. Hudson se lo había asegurado, y él confiaba en el abogado. No era la posibilidad de un enfrentamiento lo que le preocupaba, sino él mismo, sus propias emociones. ¿Le daría por llorar cuando viera aquel papel? ¿Le asaltarían nuevos recuerdos buenos de improviso, como le ocurrió con los huevos de Pascua? No quería ni pensarlo.

Ahora que ya había pasado todo, se detuvo un momento en la puerta del edificio, antes de bajar las escaleras que conducían a la calle. Miró al cielo, a la luminosa mañana de Nueva York, y tomó aire profundamente.

—¿Cómo estás, Troy? —preguntó William—. ¿Qué sientes?

Troy se volvió para mirarle. Su chico estaba a su lado, mirándole a su vez con aspecto inquieto. Sabía mejor que nadie lo que había significado este acto para él. Lo que había perdido, lo que había ganado, y por qué lo había hecho.

—Nada —contestó, con toda sinceridad—. No siento nada. ¿No es estupendo?

Nada. Ni odio, ni rencor, ni pena, ni remordimientos, ni culpa... Nada de todo eso. Tan solo un «nada» tan grande que casi se le podría calificar de alivio.

Desde este instante, el pasado quedaba definitivamente atrás. Por fin podía pasar página y empezar a vivir como él quería y con quien él quería. Sin más mentiras, sin tener que hacer teatro. Ahora era libre de verdad. Y el alivio le desbordaba.

—¿De verdad no sientes nada? ¿Estás bien? —insistió William.

—M-m. —Asintió Troy—. Estoy mejor que nunca.

Rodeó a su chico con un brazo e hizo la intención de besarle. Pero William dio un salto y se apartó, como si en vez de uno de sus brazos le hubiera rodeado una lengua de fuego.

—En la calle no, Troy —murmuró.

Y esquivó su mirada, bajando la vista al suelo. Empezó a descender las escaleras deprisa.

Troy se le quedó mirando, confundido. ¿En la calle no? ¿Por qué no? ¿Qué le pasaba? Pero si era pleno día y había gente por todas partes... Pero si estaban en Nueva York, y William siempre había dicho que aquí se sentía a salvo. Algo que Troy nunca había acabado de entender, pero bueno...

¿Ahora no? ¿Qué podía pasar en la calle, a ver?

Troy se reunió con su compañero, confuso y disgustado. No dijo nada. Pero se quedó rumiando.

Algo le pasaba a William. No había vuelto a ser él mismo desde el domingo que ocurrió aquello. Y por mucho que Troy preguntaba, su novio solo decía que no era nada, solo la impresión, y que se le pasaría...

Pero ahora decía que «en la calle no».

Pues si uno no podía besar al amor de su vida en la calle, algo pasaba, ¿no?

De repente, Troy ya no se sintió tan libre como hacía un momento. Se había librado de su familia, sí. Pero lo que fuera que le pasaba a William los tenía a los dos encadenados, obligados a no poder caminar de la mano y a no poder besarse por el solo hecho de estar en la calle.

¿Cuándo había sido William así, por favor? Si él siempre había sido un modelo de libertad para Troy... ¿Qué le había pasado?

Troy no iba a parar hasta averiguarlo.

Capítulo 17

Unas semanas más tarde, había mucho ajetreo en el apartamento de los Dragon Riders. Por fin había llegado el día de hacer la maleta para irse a Las Vegas. William llevaba ansiando este momento desde el día de San Valentín. Y Troy estaba deseando llevárselo a cambiar de aires, a ver si allí se relajaba y todo volvía a estar como antes.

—¿Qué tiempo hará en Las Vegas? —preguntó, entrando en su cuarto con un par de toallas en las manos—. ¿Hará frío? ¿Me llevo

ropa de abrigo?

—¡Aquello es un *desierto*, Troy, por favor! ¿Cómo vas a tener frío? ¡Llévate el bañador! —contestó William.

Estaba de pie a los pies de la cama, ante su inmensa mochila, varias pilas de ropa, y la maleta abierta de Troy. Este depositó las toallas junto a una de las pilas diciendo:

—¿Bañador? No tengo de eso.

—¿Lo ves? Vamos mal. Tenemos que comprarte uno.

Seth entró en la habitación, comentando:

—Otra vez parecéis un matrimonio.

—¡Muy gracioso! —protestó Troy con sorna.

William le señaló con una mano para hacer más gráfica su acusación, mientras le decía a Seth:

—¿Puedes creerte que quería llevarse la bufanda?

Seth se rió.

—Es muy friolero, pobrecillo. Por cierto, William, ¿crees que en tu mochila cabrá la plancha para el pelo? En mi maleta no cabe.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Troy—. Ya pesa bastante esa condenada mochila.

—¿Y qué? —repuso William—. ¿Acaso vas a cargarla tú?

—No, Will. Pero te vas a partir la espalda, yo solo te lo aviso.

William hizo un gesto de desdén, quitándole importancia, y volvió a hablarle a Seth.

—Lo miraré. Todavía no he terminado de elegir mi ropa. Luego te digo.

—Vale.

En aquel momento, Austin se reunió con ellos en el cuarto, diciendo:

—¡Todavía no me lo creo, tíos! ¡Nos vamos a Las Vegas!

Seth hizo un mohín.

—Yo sigo sintiéndome un poco culpable. Se suponía que iba a ser un viaje romántico, ¿no? Era un regalo de San Valentín. Debería ir la parejita a solas.

William hizo otro gesto con la mano, diciendo:

—¡Nah! ¡Tonterías! Recuerda que la idea de invitaros ha sido mía. Además, después de todo lo que ha pasado, os necesitamos cerca, ahora más que nunca. ¡Somos una piña, chicos!

Troy aportó su granito de arena.

—De todas formas, tendremos ocasión de quedarnos a solas. No vamos a dormir todos en la misma cama ni nada.

William se llevó una mano a la barbilla, haciendo como si contemplara la posibilidad.

—Aunque por una vez, no estaría mal probar, a ver qué tal —dijo.

—¡Will! —exclamó Troy, horrorizado.

Seth volvió a reír.

—Troy, parece mentira. ¿Todavía no le conoces? Con lo que William disfruta provocándote para escucharte...

Troy se limitó a sacudir la cabeza, mientras William le sonreía ampliamente, con la cara de la inocencia personificada. Pero a él no le engañaba. Sabía que este pervertido había tenido ideas lujuriosas con sus amigos. Sí, solo había sido en momentos de mucha calentura, y porque le encantaba «experimentar», como él decía. Pero aún así... Troy se moría de vergüenza solo con pensar en que Austin o Seth llegaran a enterarse algún día del tipo de fantasías que había de vez en cuando en la preciosa cabecita de William.

Muy oportunamente, sonó el teléfono en el salón. Troy dio un salto y fue corriendo a contestar. Lo más probable era que se tratara de Max, para desearles buen viaje. Pero cuando se llevó el auricular al oído y escuchó la voz que contestó al otro lado, se quedó clavado en el sitio.

—¿James? —dijo, incrédulo y horrorizado—. ¿Qué estás haciendo? ¿No se supone...? No debes llamarme, ¿no? Joder, ¿no es esto ilegal?

—¡Lo es! —contestó su hermano, hablando muy deprisa—. ¡No debo, lo sé! Pero escúchame un momento, Troy. Solo un momento, por favor...

—James, no creo...

Troy tuvo la tentación de colgar. Sí, colgar sin más. Se le ocurrió pensar que pudiera tratarse de una celada. James era capaz de denunciarle después diciendo que había sido Troy quien le había llamado a él. Y además, aunque no fuera así, ¿qué pintaba este tío en su vida? Ahora, nada. Troy debía colgar, aunque solo

fuera por su propia salud mental.

Pero mientras pensaba, James seguía hablando.

—Sé que no debo hacer esto. Y si no quieres, te prometo que cuando cuelgue desapareceré, esta vez de verdad. Pero escúchame, por favor. Necesito pedirte perdón.

Troy frunció el ceño al oír la última palabra.

—¿Perdón? —repitió.

—Sí, a ver... El susto me lo diste tú a mí, cierto. Pero no te guardo rencor. Es más, ¡te doy la razón! Me puse fuera de mí. ¡Tenías que ponerme en mi sitio! Hiciste bien. Un par de huevos, chico, en serio.

Bueno, esto era increíble. Que Troy supiera, era la primera vez en veintiséis años que uno de sus hermanos le pedía perdón por algo y le decía que «había hecho bien». ¿Qué demonios de cable se le habría cruzado a James para hacer esto?

—Ah... James, no comprendo...

—En realidad, me asusté, Troy.

—Por la pistola, ya. Normal.

—No. Antes. Me asusté cuando dijiste que ese amigo tuyo, William, es tu novio. Lo que te vi en la cara en ese momento... Chico, supe que era verdad.

—Es que lo es, James.

—¡Lo sé, lo sé! Y eso es lo que me dio miedo.

—¿Miedo? No entiendo...

—¡Miedo, Troy, porque vas en serio!

—Pero yo no hago daño a nadie. Yo...

—No es por ti. ¡Es por mí!

—¿Cómo?

Troy cada vez lo entendía menos. Quería colgar y acabar esta conversación prohibida. Pero de algún modo extraño, James le mantenía enganchado al auricular. La cabeza le daba vueltas. James parecía muy ansioso, y no se explicaba, y Troy tenía la sensación de que quería algo. Lo que no acababa de adivinar era qué.

Con el rabillo del ojo, vio la rizada cabeza de William asomarse al salón y mirarle con curiosidad.

—¿Quién es? —Le preguntó en voz baja, haciendo muecas.

Troy se limitó a negar con la cabeza. No podía hablar. En su oído, James continuaba:

—Mira, hay cosas de mí que tú no sabes. Igual que yo no sabía que tú eras gay...

—No soy gay, James. Soy bisexual. Ni siquiera me dejaste decirlo.

Al oír el nombre, William abrió grandes ojos de sorpresa y vino corriendo a ponerse a su lado, exclamando:

—¿James? ¿A qué coño juega ese hijo de...?

Se interrumpió, inflando los carrillos para retener la palabrota en su boca. Troy se llevó un dedo a los labios, mientras James decía:

—¡No importa! Lo que sea. La cuestión es que tienes un chico, ¿no?

—Sí.

—Bien, pues yo también.

Troy sintió que se le desencajaba la cara de asombro.

—¿Qué? —exclamó.

James explicó, hablando otra vez muy deprisa, como si estuviera ávido por soltarlo todo:

—Le conocí en la Universidad, y llevamos poco tiempo juntos. Yo no quiero verlo como nada más que un tonteo, un pasatiempo... Pero la cosa se está volviendo seria, y al verte a ti... Troy, ¿y si acaba convirtiéndose en algo más? ¿Y si papá o mamá me descubren?

Troy sacudió la cabeza.

—James, si esto es tu idea de una broma...

—¡No lo es! ¡Te lo prometo! ¡Es de verdad! Cuando te vi tuve miedo, porque a lo mejor tu relación con William hacía que también sospecharan de mí. Mamá ya me ha preguntado en más de una ocasión quién es este amigo tan especial que tengo...

—¿Tenías miedo? —repitió Troy, perplejo y francamente molesto—. ¿Y por eso ridiculizaste a mi novio, le despreciaste y te negaste a dejarnos entrar en casa? La que formaste, James...

—¡Sí! ¿No lo entiendes? ¡Tenía que aparentar que soy más homófobo que ellos! ¡Para que no sospechen!

William, que tenía la oreja pegada al auricular y a la mano de

Troy para enterarse de todo, murmuró para sí:

—¡Qué cobarde! Así son la mayoría de ellos, gays reprimidos... ¡Qué fuerte!

Troy volvió a sacudir la cabeza para centrarse. Habló muy firme y seguro.

—No me importa, James. Me diste un susto de muerte. ¡Creí que nos pegarías!

—¡Vamos, chico! ¿Cómo iba a pegarte?

—No habría sido la primera vez, ¿no?

—Pero...

—No. Hicimos todo el viaje a Charleston para nada. ¡Por culpa del numerito que tú empezaste, papá no quiere volver a saber de mí! ¿Y ahora vienes con esto? No, no. Ya no cuela.

Al otro lado del teléfono, James imploró:

—¡Troy, por favor! ¡Necesito tu ayuda! Si yo consigo que mamá te llame y tú le dijeras que los dos somos...

—¿Qué? ¿Ayudarte a salir del armario? ¡No me jodas! —contestó Troy, mientras William murmuraba otro «¡qué fuerte!».

—¡Tío, es que no sé cómo hacerlo! —dijo James—. Y después de esto que ha pasado, están peor que nunca. No te imaginas...

—Me da igual, James. Yo ya no formo parte de esa familia. Tú verás cómo resuelves tu problema.

—Pero, ¿y si consigo que papá y mamá reflexionen y consientan...?

—¡No! Me exigirían que dejara a Will y a mi grupo, y no lo haré. Además, mira. Yo ya tengo otra familia.

James se quedó mudo al oír esto. Troy se volvió hacia William, que asintió, muy seguro. Al otro lado del teléfono, James dijo:

—Total, que no tengo nada que hacer.

—Me temo que no.

—Bueno, yo tenía que intentarlo... Joder, chico, qué par de huevos tienes. ¿Sabes? Te envidio. Yo no sé si yo podría...

Troy interrumpió sin pensar. Al oírse a sí mismo decir la frase «ya tengo otra familia», de repente se le habían disipado todas las dudas, toda la confusión, y había desaparecido el extraño encantamiento que le había mantenido pegado al teléfono. Ahora sabía con toda seguridad lo que tenía que hacer.

Su camino no estaba detrás de él, en su pasado. Estaba delante.

—James, voy a colgar —dijo, decidido—. Esta conversación es ilegal.

—Sí, sí. Lo siento, Troy. Adiós.

Y James colgó de golpe.

Troy colgó a su vez y luego miró a William con los labios apretados, sintiendo la rabia hirviendo en las venas.

—¿Qué te parece? —Le dijo—. Con la que nos formó, con el miedo que nos hizo pasar... ¡Hace solo unos días que firmé que básicamente me iba de la familia! ¡Y fue por su culpa! Y ahora viene y...

Se interrumpió. Acababa de darse cuenta de que William le estaba mirando de modo curioso. Tenía los ojos llenos de estrellitas, y una expresión de adoración y de ternura... Parecía arrobado.

Y no era el único. Seth y Austin también estaban en el salón y le miraban con grandes ojos de admiración.

—Jefe, eres mi ídolo —dijo Austin, muy serio y solemne—. Te han puesto la tentación de volver con tu familia y no has querido. ¡Nos prefieres a nosotros! Porque eso de que ahora tienes otra familia iba por nosotros, ¿verdad?

—Sí —dijo Seth suavemente—. Y lo que es mejor. Ha podido aprovechar para hacer daño a James, para utilizarle o manipularle, y no ha querido. Un tío íntegro.

Troy parpadeó, preguntando:

—¿Hacer daño yo a James?

Seth se encogió de hombros.

—Bueno, podrías haber llamado en seguida a tu madre para contarle que James tiene novio y vengarte. O podrías haberle hecho chantaje. Pero no vas a hacer nada de eso, ¿verdad?

—¿Yo? —exclamó Troy, indignado—. ¡Desde luego que no! ¡Estoy harto de todos ellos, de sus dramas, de sus malos tratos! Y además, yo... ¡Yo no soy como James!

—¡Claro que no lo eres, cariño! —dijo William, echándole los brazos al cuello.

Le estrechó un momento y luego se apartó para apretar los puños en el aire con entusiasmo. Con el orgullo rebosándole por

todos los poros, añadió:

—¡Tú eres un dragón! ¡Ya quisiera ese tío llegarte a las suelas de los zapatos, Troy!

Troy sintió que una sonrisita tierna le trepaba por los labios. Rodeó a William con los brazos y le atrajo hacia sí otra vez. Sus amigos vinieron a abrazarles a los dos. Los cuatro hicieron una piña.

Sí, Troy ahora tenía otra familia, y sus miras estaban en el futuro. Primero en el viaje a Las Vegas, y luego en la próxima gira.

Se movió para buscar la carita de William con la suya. Le dejó un beso en la mejilla. Troy por fin había encontrado su sitio, su verdadero hogar. Y había sido gracias a este hombre maravilloso y a la lealtad de sus dos amigos. No cambiaría esto que tenían los cuatro por nada en el mundo.

Lo dicho. Le regalaría un viaje estupendo a William. Y cuando regresaran vendrían todos como nuevos, sin más traumas, ni agobios ni malos entendidos, y podrían centrarse en la gira. Estaba seguro de ello.

—Am... Por cierto, Troy —dijo Seth de pronto, sin romper el abrazo.

—¿M?

—¿Tu hermano no te ha dicho nada de que llevamos varias semanas siendo número uno en ventas?

—Ah, pues... No.

—¡Qué mala educación! —dijo Austin—. Lo mínimo era felicitarte, coño.

—Estaba muy nervioso. Sabía que era ilegal llamarme, y...

—¡Nah! —dijo William—. Ese innoble ni siquiera escucha la radio. Es un mariquita reprimido. No merece la pena pensar más en él.

El tono que empleó William al decir la palabra «mariquita» hizo que los otros tres se echaran a reír. Troy volvió a besarle con fuerza en la mejilla. Este hombre era único. Y él le adoraba.

¿FIN?

Epílogo

Aquella noche, Agnes Anderson se recluyó después de la cena en la pequeña salita que usaba para reflexionar y leer la Biblia. En realidad, era la que en tiempos fue la habitación de Dick, reconvertida en salita después de que él se casara. A la madre le gustaba sentarse aquí un ratito por las noches, para pensar acerca de lo ocurrido ese día, rezar y relajarse antes de dormir.

La habitación era pequeña, y solo cabían en ella una mesa redonda, cubierta por una camilla, y dos sillones. En una pared había una fotografía grande enmarcada de ellos cinco, cuando los niños eran pequeños. Troy no tendría entonces más de cinco años. En la pared opuesta, había un crucifijo.

Agnes cerró la puerta a su espalda, depositó su Biblia sobre la mesa, se persignó y se sentó en uno de los sillones, frente al crucifijo. Hoy no encendió la luz. Prefirió quedarse en la penumbra, con la habitación solo iluminada por la claridad que entraba por la ventana. Empezó a hablar a media voz.

—Han pasado muchas cosas en estas últimas semanas, y por eso no he podido venir. Señor, perdona a tu humilde sierva. Sabía que necesitaba hablarte, pero no encontraba las fuerzas.

Hizo una pausa, tomando aire profundamente, antes de continuar:

—Hoy hemos desmantelado la habitación de Troy. Yo no quería. Tenía esperanzas de que tal vez con el tiempo... Pero su padre ha insistido. Dice que necesita hacerse a la idea. Ahora ese cuarto está vacío. La mujer de Dick está de pocos meses, así que espero poder alojar allí algún día a mi futuro nieto y que vuelva a haber alegría en esta casa. Nunca será lo mismo, pero...

Se enderezó. Su voz sonó más segura.

—Mañana iré a casa de Seth. Su madre me ha asegurado que les harán llegar a Troy sus cosas. Bueno, las pocas que tenía aquí todavía...

Hizo otra pausa, como poniendo en orden sus pensamientos. Luego prosiguió:

—James lleva unos días muy inquieto. Se enfada por todo y pasa muchas horas al teléfono. Sospecho que ha intentado romper con el otro chico, pero el otro no quiere. Cuántos corazones rotos... Pero no culpo a James. Después de lo que ha pasado con Troy, no le culpo.

Bajó la vista a la Biblia, mirándola sin verla realmente, mientras añadía con voz suave:

—Por supuesto que sé lo de James. Él cree que no. Pero hace mucho que sé que está con ese chico. Nunca le he dado importancia. Me pareció que para él no era más que un juego, un experimento, si quieres. En cambio Troy...

Volvió a alzar la mirada a la cruz.

—Señor, lo que vi aquel día me impresionó mucho. No solo porque no me lo esperaba en absoluto, aunque después de saberlo entendí muchas cosas... Pero lo que más me impresionó fue lo que vi en ellos. La cara de Troy... La de William... Cuando se miraron en ese instante, delante de mí, cogidos de la mano... Señor, me quedé sobrecogida. Supongo que nunca me había hecho a la idea de que algún día el pequeño Troy también crecería.

Lo pensó un momento antes de añadir:

—Por supuesto que su cuerpo ha crecido, pero no me refería a eso. No crecemos por cumplir años. Siempre imaginé que algún día Troy vendría a casa con alguien, como hizo Dick, y que él seguiría siendo el mismo, y simplemente tendríamos a una persona nueva en la familia. Esto es distinto. Cuando les vi, Señor, supe que mi hijo se ha hecho un hombre. Ya no me necesita. Él no es como sus hermanos.

Lo pensó otra vez. Al cabo de pocos instantes, tomó aire profundamente de nuevo y volvió a mirar al crucifijo, con la expresión alerta y despejada.

—Su padre está destrozado. Es muy orgulloso, ya lo sabes, y lo que ha hecho Troy para él es una afrenta personal. Un insulto a su hombría. Casi un pecado. No lo dice, pero yo sé que está sufriendo mucho. Yo lo conozco. No lo expresa por fuera, porque los hombres no lloran, ya sabes... Pero yo lo conozco...

Se mordió el labio inferior, como si estuviera debatiendo algo consigo misma, y prosiguió:

—A mí me gustaría llamar a Troy, pero para su padre sería una traición. Y además... —Sacudió la cabeza—. No. No debo. Mi sitio está aquí, a su lado. Es mi marido y el padre de mis hijos. Tengo que respetarle. Y tengo que cuidar de él. Me necesita más que todos ellos.

Bajó la mirada a la Biblia y murmuró:

—Le haría tanto bien verlos... Ver lo que yo vi entre ellos con sus propios ojos... Le alegraría el corazón, estoy segura. Disolvería su máscara de orgullo y arreglaría las cosas. Pero no quiere, Señor. No quiere. Por favor, ten piedad de él. No es malo en realidad, es solo que no comprende. Perdónalo, ten piedad.

Entrelazó los dedos de ambas manos, se los llevó a los labios y oró en silencio unos instantes. Cuando hubo concluido, levantó la cabeza otra vez y murmuró:

—Cuando Troy se fue a vivir a Nueva York, su padre se disgustó mucho. «Nos lo van a llevar por el mal camino, Agnes», me repetía. Yo no lo entendía, porque Troy se iba con sus amigos... Todos ellos son buenos chicos, y proceden de familias buenas y respetables. Con la edad que tienen, era natural que quisieran ver mundo, y vivir solos y hacerse su lugar en la vida.

Suspiró y murmuró:

—Ahora a ratos me pesa no haber hecho nada para retener a Troy aquí un poco más de tiempo. Supongo que esto que ha ocurrido era inevitable. Troy siempre fue diferente. Pero soy su madre y... —Volvió a sacudir la cabeza—. Ya no tiene sentido pensar en eso. Troy es un hombre. Ha crecido, le va muy bien con su grupo, y es tan bonito lo que hay entre él y William... Tan, tan bonito...

Alzó los ojos al crucifijo una vez más.

—Por favor, Señor, cuida de él. Yo ya no puedo hacerlo. Está fuera de mi alcance...

La voz se le quebró. Y de pronto, se interrumpió, como si se le hubiera venido a la mente una idea nueva y esperanzadora. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su expresión se suavizó, y una sonrisa tierna y dulce apareció en sus labios.

—Ah, es verdad —murmuró—. Está con William. Así que estarán bien. Sé que estarán bien.

Ahora sí...

FIN

(De este libro, porque la serie continúa...)

VICTORIA HOLLIS



Estrella

Serie Rockstars, libro 6

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Contiene situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

—¡Cuánto *glamour*! —exclamó William, mirando a todos lados, mientras caminaban por la sala de juego del Bellagio.

Había mucha animación en las mesas de póquer. Según habían oído en la entrada, hoy estaban congregados allí los mejores jugadores del país, por lo que visitar esta sala era un espectáculo en sí mismo. En cada mesa estaba teniendo lugar un duelo de titanes.

William venía muy elegante, vestido de traje oscuro, con chaleco y camisa de seda. Llevaba su vaporoso cabello suelto sobre sus hombros. Sus ojos negros brillaban de ilusión y miraban a todas partes, como si no quisiera perderse ningún detalle. Parecía a sus anchas y totalmente en su elemento.

Troy no podía decir lo mismo. No sabía lo que era el *glamour*, no entendía ni jota de póquer, y las luces de las tragaperras de la sala anterior le habían deslumbrado, por lo que se sentía como un conejo ante los faros de un coche y no podía apreciar mucho de lo

que ocurría en las famosas mesas aquellas. Pero no obstante, se sentía feliz por el solo hecho de poder ver disfrutar a William.

Hacía unas horas que habían llegado a Las Vegas. Solo iban a estar allí dos días y una noche, así que traían un programa de actividades muy apretado.

Lo primero, como era de rigor, había sido dar un paseo por los casinos más emblemáticos. Después irían a darse un masaje en un spa, por supuesto también a propuesta de William, porque Troy ni sabía lo que era un spa, ni había recibido nunca un masaje...

Después de almorzar, irían a hacer turismo por la ciudad. Por la noche no querían perderse el espectáculo del lago del Bellagio. Y para mañana por la mañana tenían programada una ruta de senderismo por el monte Charleston. Troy se había traído su cámara de fotos, y esperaba sacar buenas tomas de las vistas que hubiera desde allí.

Por cierto que las bromas a propósito del nombre del monte no habían tenido fin en los últimos días. Seth decía que el que fuera que lo puso en el mapa debía ser de Carolina del Sur y debía extrañar su tierra con todas sus ganas. Austin decía que a Troy le perseguía Charleston, aunque se fuera a Nevada de vacaciones. Y William opinaba que había formas mejores de pasar la mañana, pero afirmaba que no pensaba dejar solo a Troy de ninguna manera, no fuera a ser que lo atrapara una turista lagarta «en ese monte de tan infausto nombre».

En fin, iban a ser dos días muy completos. Y Troy no veía nada de malo en ello. Además, no venían solos. Sus amigos Seth y Austin habían accedido a acompañarles. William no había querido dejarlos atrás. Decía que después de lo ocurrido en marzo, los cuatro tenían que ser una piña. Y no le faltaba razón.

A Troy le costaba confesárselo a sus compañeros, y de hecho, no lo había dicho a nadie. Pero la realidad era que se sentía muy triste. Y sí, necesitaba sentir a sus amigos cerca, sentirse arropado.

La semana pasada, la familia de Seth le hizo llegar un paquete de parte de su madre que contenía las cosas que había dejado en su casa y que aún no había recogido. Troy casi había esperado que se acompañaran de una carta, o tan siquiera una nota. No esperaba una disculpa o nada parecido, sino más bien lo contrario, más bien

anticipaba alguna clase de bronca manuscrita.

Y, por increíble que pudiera parecer, casi lo habría agradecido. Porque si su madre le hubiera escrito para regañarle, habría hecho ni más ni menos lo que había hecho siempre. Y eso habría significado que todo estaba bien, que ella no le odiaba, que la ruptura era reversible, aunque tuvieran que pasar mil años antes de que pudiera volver a su casa.

Pero por mucho que registró el paquete y todas las cosas que contenía, allí no había nada.

En los días siguientes, Troy se centró en su trabajo. Tenían firmas de discos, entrevistas, actuaciones en la tele y en distintos locales... Vaya, estaban atareados. Él recibió toda aquella actividad con alivio, y se refugió en ella agradecidamente. Esta era su vida, se repetía a sí mismo, su nueva y mejor vida, por la que tanto había peleado y sufrido, y por la que lo había sacrificado todo. Lo mínimo que podía hacer ahora era disfrutarla, ¿verdad?

Sí. Pero la tristeza le salía a flote muchas veces, y lo hacía a traición, cuando él menos lo esperaba. Comía poco, menos de lo que era habitual en él. Tenía pesadillas por las noches de las que se despertaba sobresaltado y sudoroso, y de día se sentía cansado a todas horas. Estaba sensible, y se le escapaba la lagrimita por lo más mínimo, algo que además le avergonzaba mucho, porque simbolizaba la antítesis de la imagen de rockero duro que tanto se esforzaba por dar...

Por suerte, los otros tres Dragon Riders no le dejaban solo ni un minuto. De tácito común acuerdo, habían hecho piña en torno a él, y se esforzaban lo que podían por animarle. Pero aquel asunto le había afectado a Troy más de lo que él quería admitir.

En el fondo suponía que era algo normal. A ver, su familia siempre había sido una fuente de conflictos para él. Su padre era rígido y exigente y le daba miedo, y sus dos hermanos mayores le habían maltratado toda su vida. Pero la familia siempre es la familia.

Además, las circunstancias habían sido muy traumáticas. Por ejemplo, William hacía años que no se hablaba con sus padres. Pero él reconocía que eso se había debido a un distanciamiento gradual, y que sabía que en cualquier momento podía volver «si le

daba un ataque de locura», como él decía. Lo de Troy en cambio había sido de repente y definitivo. Suponía que algo así debía afectarle a cualquiera.

Y eso que no se había quedado huérfano del todo...

En efecto, justo ayer mismo le llamó su tío Andy, con el que Troy había pasado largas temporadas cuando era niño. Dijo que quería felicitarle porque se había enterado de que habían sido número uno en ventas. En verdad, no paró de hablar en todo el rato.

—También estoy al corriente del sin sentido que ha hecho tu padre contigo —dijo, con su marcado acento tejano—. A mi hermano se le ha secado el cerebro, chico, eso es lo que le pasa. Ha estudiado demasiado, ¿entiendes? Pero tú no te preocupes, porque aquí seguimos siendo tu familia. En el rancho siempre tendrás tu casa.

Troy llevaba tiempo sin hablar con su tío, y la llamada fue una sorpresa maravillosa. Lo agradeció mucho.

Andy era mayor que su padre. Y aunque no entendía mucho de qué iba «esto del rock que le gusta al chico», siempre le había apoyado con su proyecto y sus ambiciones. Insistía en que Troy tenía talento de sobras para conseguir lo que se propusiera.

Para Troy era agradable saber que, aunque ahora tenía una nueva vida y era feliz en ella, aún tenía un hogar al que volver, por si alguna vez lo necesitaba. Un hogar donde nadie le iba a juzgar, ni por su profesión, ni por su aspecto, ni por su orientación sexual.

Troy había descubierto hacía poco su bisexualidad, y se sentía inestable con su nueva identidad, su nuevo concepto de sí mismo, que aún no había tenido tiempo de integrar del todo. También se sentía inseguro como profesional, porque de nuevo, no llevaba el suficiente tiempo en el mundillo como para haber podido adquirir sensación de control, y era muy consciente de que tenía mucho que aprender todavía. Agradecía tener a su alrededor a personas mayores que él y con más experiencia en todo, como su tío Andy, Harold o Max, personas en las que poder apoyarse, si le flaqueaban sus aún débiles y jóvenes alas.

***

William se sentía en el Paraíso.

El hotel en el que se alojaban tenía un spa. En cuanto se enteró, hizo una reserva para que les dieran a los dos un masaje relajante. Había pensado, y con razón, que les vendría muy bien para dejar ir el estrés del viaje y del calor, así como el cansancio de haber caminado por los casinos durante toda la mañana.

Cuánto se alegraba ahora de haberlo hecho.

Claro que Troy tenía que ser un rebelde para todo y no se lo había puesto fácil. Decía que no sabía lo que era un spa, y quiso cederle su sitio a Seth, argumentando que seguro que sabría disfrutar mejor de la experiencia. William se tiraba de los pelos algunas veces con este hombre tan testarudo, de verdad...

Suerte que Seth era mucho más calmado que él y tenía más sentido común. Había convencido a Troy recordándole que este viaje había sido su regalo de San Valentín para William, y que sería mucho más romántico si le acompañaba él al spa, en lugar de pedirle a un amigo que lo hiciera.

A Troy no le había quedado más remedio que agachar la cabeza, avergonzado, y William soltó un suspiro de alivio. Ya sabía que tenía un novio rockero y cowboy que carecía de las nociones básicas del romanticismo. Y Troy lo compensaba con creces siendo noble y perfecto en todo lo demás. Pero en ocasiones necesitaba un empujoncito de alguien de fuera, porque el dragoncito rubio seguía siendo rebelde como él solo. Tan ingenuo y tan indómito a la vez... Ah, ¿qué iba a hacer con él?

Las amables señoritas del spa, hermosas jóvenes de rasgos orientales y modales impecables, les habían conducido a una habitación recogida, situada ante un pórtico que daba a un patio interior. En el patio había un estanque cuadrado, con una fuente en el centro, macetas de flores alrededor, y carpas nadando parsimoniosamente en las cristalinas aguas.

La habitación disponía de dos camillas, una junto a la otra, y los dos muchachos estaban tendidos boca abajo sobre ellas, mirando al pórtico y al estanque. Se habían cubierto la zona en la

que la espalda perdía su digno nombre con sendas toallas, y había una señorita junto a cada camilla, prodigándoles un masaje en las piernas y en los hombros con aceites perfumados. Lo único que se escuchaba era una suave música oriental y el sonido del agua de la fuente. Era muy agradable.

William levantó la cabeza. Había tenido que recogerse el pelo en un descuidado moño en la coronilla, pero suponía que las damas que les atendían habrían visto a sus clientes en peores guisas que la suya, y que ya debían estar curadas de espanto hacía mucho tiempo.

Apoyó la barbilla en uno de sus brazos. Miró al estanque. Había que darle un premio al que fuera que se le hubiera ocurrido la idea de la fuente y las carpas. El solo hecho de verlas desde aquí ya era relajante de por sí. Sonrió y se volvió para mirar a Troy.

Su compañero tenía la cara vuelta en su dirección. Las chicas le habían dado una pinza para que se recogiera su propia melena, pero tenía el pelo tan fino y suave, que se le salían los mechones por todas partes. La mitad de su cabellera estaba ya sobre su frente y la almohada de la camilla, y el resto estaba de punta. Tenía los ojos cerrados y cara de estar muy relajado. A William no le sorprendería nada si de un momento a otro empezara a ronronear de gusto, como los gatos.

Su sonrisa se hizo más amplia. Le gustaba sorprender a Troy en su faceta adorable, sobre todo si era así, sin que él se percatara de ello. Lo hacía todo aún más especial.

—¿Estás bien, Troy? —preguntó.

—Mm. —Fue la respuesta de su novio, con voz de estar totalmente líquido.

—¿Verdad que ahora te alegras de haber venido?

—Mm.

William soltó una risita. Le habló a la chica que masajeaba los hombros de su compañero.

—Cuide bien de mi amigo, señorita. El pobre está muy estresado y le hará bien. Este mes pasado ha sido muy intenso para él.

Troy se rió entre dientes y contestó, sin abrir los ojos:

—¡Pff! ¡Amigo! No le haga ni caso. Este tonto es mi novio.

La chica sonrió de oreja a oreja.

—¿Novio? ¿Sí? —preguntó, interesada, como si le hubiera parecido algo muy tierno.

William sintió una oleada de pánico en el pecho. Antes de que Troy pudiera responder, exclamó:

—¡Qué va! ¡Este tío es un bromista! —Alargó una mano para darle un empujoncito a Troy en un hombro—. ¡Colega, que tengo novia, hombre! El día que mi chica se entere de tus bromas, ya verás, ya...

Miró a las dos jóvenes al añadir:

—No es por ofender, pero con las mujeres, ya se sabe. Es mejor no molestarlas, ¿verdad?

Las chicas se miraron, sonrieron por educación y asintieron. William volvió a apoyar la barbilla en uno de sus brazos. No se le pasó por alto que Troy había abierto los ojos y que le miraba con cara de no comprender nada.

William le hizo una mueca de reproche y le cuchicheó:

—Pero, ¿cómo se te ocurre...?

En ese momento, una de las muchachas dijo:

—Por ahora hemos terminado. Os dejaremos descansar unos minutos para que el tratamiento haga más efecto.

William metió la cara en el hueco entre sus brazos para disimular.

—Está bien. Gracias —dijo, en tono indiferente, procurando aparentar que acudía a un spa poco menos que a diario y que se sabía el protocolo al dedillo.

Escuchó unas risitas femeninas. Deseó que aquellas brujas no se estuvieran riendo de su moño, o a ver cómo iban a acabar. Luego escuchó el sonido de recipientes de cristal entrechocando entre sí, tal vez botellas o viales de aceites aromáticos. Y después le llegó el sonido liviano de unas zapatillas deslizándose sobre las losetas del pavimento, acompañado del susurro de la ropa. La música oriental cesó, y lo único que se pudo oír a continuación fue el silencio y la suave melodía del agua en la fuente.

Hubo un movimiento a su lado. William volvió a levantar la cabeza y echó una rápida ojeada alrededor para comprobar que de verdad estaban solos, antes de encararse con su novio.

—Pero, ¿qué demonios...? —cuchicheó Troy, extrañado.

Se había incorporado en su camilla, y miraba a William con media melena recogida precariamente con la pinza, la otra media suelta y de punta, la piel de los hombros brillante por el aceite, y los ojos grises confusos, ofendidos y casi ultrajados.

Y no era para menos, William lo comprendía. Pero aún así...

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a unas perfectas desconocidas? —Le increpó a su vez, también en voz baja.

—¡Pero si les ha encantado! ¡Les ha parecido adorable! ¿No lo has visto? —contestó Troy.

—¡Pero tú no las conoces! ¡No sabes a quién pueden ir contándolo por ahí! ¡Y ahora somos famosos! Puede venir cualquiera y...

—¿Famosos? ¡Más quisiera! Pero me temo que todavía no, cariño. Ninguna de ellas...

—¡Cht! ¡No me llames así aquí!

—¿Por qué no? No entiendo...

—Troy. No. ¿Vale?

—Will, llevamos aquí toda la mañana y no nos ha reconocido nadie. ¿A qué viene esto? ¿Qué te pasa?

—¡Shh! ¡Ahí vuelven!

William volvió a meter la cara en el hueco entre sus brazos. Se esforzó todo lo que pudo por relajar sus hombros, aunque se sentía de pronto tenso como una cuerda.

Escuchó los pasitos que volvían y movimiento en la camilla de al lado. Troy no habló más. Pero era evidente que estaba disgustado. No entendía nada, y William no entendía que no entendiera.

Su grupo había sido número uno en ventas durante varias semanas, y aún estaban entre los diez primeros. Sus caras salían en las revistas y en la televisión. Para William, que era el cantante y el que lidiaba con la prensa, la imagen que se diera del grupo y de ellos mismos era algo de una importancia fundamental aquí.

Mira lo que le había pasado a Charlie Orson, por ejemplo. Asesinado por decir que era gay, o eso sostenía su familia, porque aún no se había atrapado al culpable. Aquello le había dado pesadillas a William con su propia agresión, la que sufrió en

Charleston antes de conocer a Troy, cosa que jamás había querido tener que volver a recordar, muchas gracias. Pero ocurrió. También le agredieron por ser gay.

Igual que les agredieron en la estación de metro no hacía tanto tiempo, el Domingo de Pascua, por haberse puesto cariñosos en público. ¡Troy estaba allí, por favor! ¡Lo vivió! Y sí, gracias a él se resolvió la situación y nadie resultó herido. Pero William ya no se sentía a salvo en Nueva York y casi en ninguna parte.

A ver, le daba algo de consuelo saber que Troy sabía pelear, que sabía defenderse. Pero eso no le volvía invulnerable. Una tontería como esta, dicha sin pensar en una sala de masajes, podía provocar que mañana apareciera un loco en la puerta de su hotel y que le disparase a Troy por ser gay, como le había ocurrido a Charlie.

William solo quería protegerle, mantenerle a salvo. ¿Por qué Troy no se dejaba proteger?

Para el joven cantante, el peligro era tan obvio y tan omnipresente, que no podía entender que su novio estuviera tan tranquilo y que cometiera estas imprudencias. ¿Acaso Troy no lo veía? Era tres años mayor que él, demonios. ¿Tan poco sabía de la vida? ¿Cómo podía ser tan ingenuo?

Capítulo 2

—¿Sabéis? Nos hemos enterado de que nuestro hotel tiene piscina —dijo Seth.

—¿Ah, sí? —preguntó William, interesado.

—Sí. Por lo visto, todos los hoteles tienen.

—Debe ser porque estamos en pleno desierto —dijo Austin—. ¡Y se nota! ¡Vaya el calor que hace!

Iban caminando por las calles de la ciudad. El sol bajaba rápidamente, pero aún calentaba lo suyo y teñía de naranja y dorado la parte alta de los edificios. Había mucha animación. Troy se sentía apabullado por la cantidad de gente y la cantidad de

carteles que veía por todas partes. Una vez que cayera la noche, esto debía convertirse en una verdadera jungla de neón.

—Pues sería interesante ir a darnos un chapuzón, ¿no? —dijo William.

—Sí —repuso Seth—. Nosotros habíamos pensado ir mañana, cuando regresemos de la excursión.

—Es buena idea. ¿Qué opinas tú, Troy?

El aludido se encogió de hombros.

—Me da un poco igual. Como queráis.

La realidad era que no estaba para mucho discutir en aquel momento. Le dolían los pies. Traía las botas de diario porque no había caído en la cuenta de cambiarse en el hotel antes de salir, y le estaban haciendo tormento. Además, y todo hay que decirlo, lo que había ocurrido en el spa todavía le tenía confuso y disgustado.

—También nos hemos enterado... —Seth cambió una mirada de complicidad con Austin—. De que por lo visto en la piscina del hotel se celebran fiestas.

—Una cada noche —apuntó el batería, solícito.

—Y no son cualquier clase de fiesta. Dicen que tienen un DJ residente y todo.

—¿En serio? —William miró de nuevo a Troy—. ¿Qué dices? ¿Nos llegamos esta noche, a ver qué tal?

Troy volvió a encogerse de hombros.

—Bueno —dijo—. Pero os recuerdo que mañana hay que levantarse temprano para la excursión. Salimos a las nueve.

—¡Oh, tú y tu senderismo! ¡Por supuesto que no nos vamos a perder eso, hombre!

—¿Estás seguro? Porque irse de fiesta la noche antes de salir de excursión...

—Troy, estamos de vacaciones. ¡Queremos probarlo todo y experimentarlo todo! ¿O no? Igual que queremos ir de senderismo, también se nos ha ocurrido que queremos ver la fiesta. ¡Hay tiempo de sobras para las dos cosas!

—Como quieras. Pero luego no me digas...

—¿Yo? ¡No pienso decir nada, chico! ¡Faltaría más!

William hizo un gesto muy elocuente con las manos, sacudiendo su cabellera rizada. Troy se mordió los labios.

—Compréndeme, Will. Todo lo has planificado tú, ¿no es cierto? Era tu regalo, y yo no he puesto pegas. La única cosa que he pedido a cambio ha sido esa excursión...

—¡Que sí, Troy! ¡Que no te vas a quedar sin ella! Relájate, ¿vale?

—Si yo estoy relajado. Eres tú el que...

William hizo una mueca de exasperación.

—¡Oh, por favor! —murmuró—. ¿Quién me mandaría a mí echarme un novio Boy Scout?

Sus dos amigos se rieron al unísono, sorprendidos tanto por la exclamación en sí como por el tono del cantante. Seth le dio una palmada en el hombro a William.

—¡Cuánto te gusta un melodrama! —Le dijo—. ¡Pero si estás loco por él, hombre!

William le miró con expresión sufriente.

—Ay, sí. Ese es el problema, precisamente.

Seth volvió a reír.

—Parecéis un matrimonio —bromeó.

Troy gruñó entre dientes un frustrado: «¿Otra vez?». Empezaba a estar harto de la frasecita. No entendía por qué sus amigos se empeñaban en decirla una y otra vez. ¿Acaso era normal entre los matrimonios discutir por todo?

Austin estiró el cuello para mirarle al preguntar:

—¿De verdad fuiste Boy Scout, jefe? ¿O es una exageración de la estrella?

Troy resopló.

—¿Es necesario hablar sobre eso?

Sus tres compañeros rieron.

—¡Ah, pues hablando de matrimonios! —dijo Seth. Señaló con un dedo a la calle, un poco más adelante—. ¡Mirad!

Troy obedeció, agradeciendo la distracción. Era verdad que prefería no tener que hablar de su pasado como Boy Scout. En realidad, no quería tener que recordarlo en absoluto. En la niebla del olvido estaba mejor. Era su lugar, donde debía estar.

Ante ellos, a algunos pasos, había un restaurante de comida rápida. Delante de la puerta había congregada una gran cantidad de gente. Parecían estar muy contentos, reían y hablaban en voz

alta.

En el centro del grupo se divisaba una figura vestida de un llamativo color blanco. A medida que se acercaban, Troy pudo ver que se trataba de una novia, con un vestido corto de vuelo y un aparatoso velo, que cambiaba besos y abrazos con la gente del grupo.

—¡Vaya un lugar para celebrar una boda! —exclamó Austin—. Desde luego, hay gente para todo.

—Dicen que casarse en Las Vegas es fácil —dijo Seth, mirando la escena con expresión soñadora y una sonrisita abstraída en los labios.

—Casarse en Las Vegas... —repitió William, pensativo. Volvió a mirar a Troy para preguntar con curiosidad—: ¿A ti te gustaría?

Troy hizo una mueca. Nunca había pensado en eso de casarse. Cuando era más joven, porque había tenido otras cosas en la cabeza. Y desde hacía unos años, porque estaba dedicado en cuerpo y alma al grupo. Casarse, y además hacerlo en la Ciudad del Pecado, le parecía algo muy fuerte.

—No sé —contestó—. No estoy seguro. Soy más clásico y me gustan las cosas más sencillas. Algo como esto...

Hizo un gesto con la mano hacia la multitud. William sacudió la cabeza.

—Hombre, no nos casaríamos en un restaurante de comida rápida, eso seguro —interrumpió, decidido—. Uno solo se casa una vez en la vida. Ya que lo hacemos, habría que hacerlo con clase, digo yo.

Claro que sí. William todo lo hacía con clase. En este sentido, Troy estaba muy tranquilo, porque sabía que su boda, en caso de celebrarse alguna vez, sería una de las más elegantes y sofisticadas de la historia.

Pero no era eso lo que le había llamado la atención...

—¿Estás hablando en serio? —murmuró. Rodeó el cuerpo de su chico con un brazo y le atrajo hacia sí, preguntando—: ¿De verdad te gustaría casarte conmigo?

William se puso tenso de repente. Empezó a mirar a todos lados, como si fuera un detective de incógnito que temiera ser descubierto.

—¡Por supuesto que sí! —contestó, también en voz baja. Se removió como una culebra para soltarse de su mano—. Pero no me abraces así por la calle, Troy, por favor. ¡Me pone nervioso!

Troy le soltó y se apartó de él un paso. Miró a sus dos amigos, confundido. Ellos parecían estar tan extrañados y confusos como él. Les miraban al uno y al otro alternativamente, con caras de no comprender absolutamente nada.

—¿Por qué? —preguntó Troy—. ¿Qué pasa con la calle?

—¡Pasa que hay *gente*! —exclamó William en susurros, haciendo un gesto con las manos, como señalando algo obvio.

—¿Y qué? —insistió Troy.

—¡Vamos, no me jodas! —intervino Austin—. ¿Te da vergüenza, William? ¿A estas alturas? Pero si no hace todavía seis meses, al principio de lo vuestro, eras tú quien iba enganchado de Troy a todas partes.

Ah, menos mal que alguien más se había dado cuenta. Vaya, que Troy no estaba imaginando cosas...

—Bueno, pues ahora no, ¿de acuerdo? —contestó William—. Y tengo mis motivos.

—¿Y son...? —preguntó Troy, herido—. Porque vamos, si tu problema es que huelo mal, puedes decírmelo a la cara. No me voy a romper.

—¡Oh, no seas ridículo! —contestó William, haciendo una mueca—. ¡Por supuesto que no hueles mal!

—Ah, es un alivio saberlo.

—Y aunque lo hicieras, eso no sería un motivo suficiente para separarme de ti.

—¿No? Entonces, ¿qué es lo que te separa de mí, a ver?

—Troy, ¿es necesario hablarlo aquí y ahora?

—Es verdad —convino Seth.

Le hizo una seña a Troy en dirección a la avenida llena de gente que tenían delante, como para recordarle sin palabras dónde estaban. Se habían detenido en la acera. El grupo que acompañaba a los novios estaba terminando de entrar en el restaurante. El sol estaba ya cerca del horizonte, y empezaban a encenderse los primeros carteles de neón.

—Es necesario hablarlo —repuso Troy, decidido a no dejarse

amilanar—. Y hablarlo alguna vez. Llevas unos días que no te reconozco. Parece... Como si de repente te diera vergüenza de ser gay.

William pareció horrorizado al oír aquello y se deshizo en gestos pidiendo silencio, susurrando:

—¿Tienes que nombrar mi sexualidad por mitad de la calle? ¿No sabes lo que es la prudencia?

—¿Prudencia? —repitió Troy—. ¿Qué demonios...?

—Troy, no creo que sea vergüenza exactamente —dijo Seth, muy serio—. Me parece que el problema se llama de otra manera.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Miedo.

Troy miró a William con el ceño fruncido. Ahora sí que no entendía nada de nada.

—¿Miedo? —repitió una vez más, extrañado—. ¿De qué?

—Mirad, ¿sabéis lo que os digo? —explotó William—. Me estáis dando la tarde. ¡Ahí os quedáis! Me vuelvo al hotel.

Y sin más, giró sobre sus talones y se fue en sentido contrario, muy erguido, con todo el porte de una diva ofendida en su dignidad.

Troy se quedó mirando a sus amigos sin poder dar crédito a lo que veía.

—Pero, ¿será posible...? —murmuró.

Seth fue el primero en reaccionar. Se volvió él también y dijo:

—No le dejemos solo, chicos. Es evidente que no está bien.

Y se fue deprisa detrás de su cantante, llamando:

—¡William! ¡Espéranos, hombre!

William no se volvió, pero pareció ralentizar un poco el paso. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, con la cabeza hundida entre los hombros. Ahora ya no parecía una diva, sino un niño castigado.

Troy vio que Seth le daba alcance y que le sujetaba por un brazo, inclinando la cabeza para tratar de verle la cara. William hizo un gesto negativo, y Seth le dio una palmadita en un hombro, hablándole suavemente, antes de volverse para mirarles a ellos dos, como si estuviera apremiándoles con la vista.

—No entiendo nada, por mi alma. ¿A qué ha venido esto? —

dijo Troy.

—No tengo idea, jefe —repuso Austin, muy serio—. Pero vamos con ellos. Es verdad que ese chico no está bien.

Los dos empezaron a caminar hacia donde estaban sus compañeros. Seth había conseguido que William consintiera en detenerse a esperarlos.

—Está raro desde lo que nos pasó en la estación de metro —dijo Troy—. Y lo entiendo, porque el pobre lo pasó mal. Pero si estamos juntos, no tiene nada que temer. Más si vamos los cuatro. ¿De qué tiene miedo? ¿No le demostré aquel día que puedo cuidar de él? Él lo vio, estuvo allí. Yo puedo protegerle.

—Desde luego, jefe.

—William siempre ha sido un ejemplo de persona libre y segura de sí misma, y ahora esto... Es tan poco propio de él...

—Sí.

—¿Qué puedo hacer, Austin? ¿Qué se te ocurre?

El batería se encogió de hombros.

—Supongo que darle tiempo. —Alzó un índice en el aire—. Ah, y hablarlo. Eso también. En cuanto puedas. Y a solas.

Troy se mordió el labio inferior. ¡A solas! ¡Como si fuera fácil! Últimamente, tenían pocos momentos a solas, y cuando los tenían, era ya a la hora de irse a dormir, con frecuencia tarde. ¿Cómo iba a hablar de algo serio como esto con William de madrugada, a ver? Si siempre estaban reventados...

Además, Troy tenía su propia ración de problemas. Con la montaña rusa emocional que le había provocado lo de su familia ya tenía bastante. No necesitaba los líos mentales de un novio caprichoso e inmaduro para complicarle aún más las cosas.

—Ah, ya están aquí. —Oyó que decía Seth en cuanto se reunieron con ellos—. William, ¿qué acabas de decirme hace un momento?

William murmuró, mirando al suelo:

—Que no estoy enfadado.

—¿Y entonces cómo te sientes?

—Triste.

William levantó la cabeza. Miró a Troy a los ojos, con la expresión angustiada y vulnerable, y murmuró:

—Enormemente triste. Porque te quiero más que a nada, y me muero de ganas de abrazarte y comerte esa preciosa boquita que tienes, y no puedo. Lo haría ahora mismo, Troy, créeme, gente o no gente. Pero no puedo.

Troy se acercó a él para susurrarle en la nariz:

—¿Por qué no puedes?

William volvió a bajar la cabeza. No contestó.

Troy cambió una mirada con Seth. Su amigo le hizo una seña disimulada para que continuara, y Troy preguntó:

—¿Puedes al menos darme la mano?

William sacudió sus rizos en un gesto negativo. Troy volvió la cara con una mueca de frustración. ¿Era posible una cabeza tan dura?

Con el rabillo del ojo, vio que Austin le señalaba a Seth con la barbilla. Se volvió otra vez, intrigado, y vio que Seth estaba vocalizando algo sin voz, solo articulándolo con los labios. Troy no pudo entender de qué se trataba.

Después de varios intentos, su amigo pareció darse cuenta de que Troy estaba en la inopia. Alzó los ojos al cielo un instante, exasperado, y luego dijo:

—Mirad, antes que nada somos colegas. Todos. —Miró a Troy de modo muy elocuente, pidiéndole con la vista que le siguiera el rollo—. ¿Y qué hacen los colegas?

—Los colegas hablan —gruñó Troy, que no estaba para muchos jueguecitos.

—¡Y se abrazan! —exclamó Seth, rodeando los hombros de William con un brazo—. Y este colega tuyo necesita uno de estos, Troy.

—¿Y qué hay de lo que necesito yo?

—Troy... —apremió Seth.

Y la mirada que le estaba echando ahora casi le recordó a las que le dirigía su madre, cuando Troy era niño y se distraía en misa y empezaba a hurgarse la nariz en mitad del oficio.

¡Maldición! ¿Qué se estaba perdiendo? ¡No era él quien se estaba comportando como un crío aquí!

Seth soltó a William y unió sus dos manos en un gesto implorante. Troy chasqueó la lengua. Tenga usted amigos para

esto...

—Está bien —rezongó—. Ven aquí, so tonto.

Rodeó los hombros de William con un brazo y le atrajo hacia sí. Apretó la cara contra su rizada cabellera y cerró los ojos para impregnarse de su aroma, a suavizante y a tabaco, a viento y a colonia.

—Eh, Seth tiene razón. —Le dijo—. Antes que nada, somos colegas. ¿Vale?

—Sí —musitó William.

Y Troy sintió que le daba una palmadita en la espalda, antes de apartarse.

Rayos, vaya abrazo más extraño. Había sido demasiado incómodo y demasiado breve. Y ahora que el cuerpo de su chico volvía a estar a dos palmos del suyo, sentía casi dolor físico. Un dolor extraño, en la piel y en el alma, que solo podría calmarse si le apretaba muy fuerte contra sí y le llenaba de besos.

Y si los besos llevaban a otra cosa, pues muy bien, a tomar por culo. Entonces sería el momento de echar a correr de vuelta al hotel, de la mano, riendo como colegiales, para poder echarse el uno en los brazos del otro como debía ser en cuanto se quedaran solos.

¿Por qué le hacía esto William justo ahora que Troy ya sabía lo que sentía por él? ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

Capítulo 3

La piscina del hotel estaba muy concurrida. La música no era precisamente el estilo favorito de Troy, pero tenía que reconocer que era buena. Incluso él, que no era dado a ponerse a bailar con facilidad, sentía que a ratos se le movía el cuerpo por sí mismo al compás de las melodías.

Había mucha juventud. En la barra se servían todo tipo de bebidas. El DJ disfrutaba como el que más. La piscina estaba iluminada desde dentro, y el agua se veía de color turquesa. Estaba

llena de gente que reía y chapoteaba en ella, unos en bañador, otras en bikini, y otros con la ropa de diario empapada.

También había un pequeño estrado junto al lugar donde estaba el DJ. Sobre él, había varias bailarinas ligeras de ropa. De modo inevitable, la atención de Troy se quedó absorta en ellas durante unos minutos. Aquellas chicas estaban buenísimas, lucían mucha piel, y se movían bien. Como para no fijarse, vaya.

Sin embargo, llegado un momento, no le quedó más remedio que olvidarse de ellas y centrarse por completo en William.

Su compañero parecía desatado esta noche. Estaba bebiendo mucho más que otras veces que habían salido juntos. Incluso más de lo que habían bebido Troy, Seth y Austin en todo el rato que llevaban allí...

Y no solo eso. Entre copa y copa, bailaba como un poseído bajo las luces de colores, la mayoría de las veces con los ojos cerrados, inmerso en la música. Y como William y sexo iban unidos, el efecto que aquellos movimientos estaban teniendo sobre Troy era inspirador, por decir algo. ¿Cómo podía este hombre destilar tanto abandono, y a la vez, tanto control y tantas feromonas, todo junto? Troy estaba hipnotizado mirándole. Le parecía que nunca podría cansarse de él.

Pero llegado un momento, notó que aunque su chico parecía estar pasándolo bien, su cuerpo empezaba a mostrar síntomas de cansancio. Después de la última canción, había tenido que detenerse y taparse la cara con las manos, como si le hubiera dado un mareo.

Y él no fue el único en darse cuenta. Austin le dio un codazo en un costado y le hizo una seña con la cabeza en dirección a William, diciendo:

—Si no haces algo pronto, la estrella se nos va a caer redondo, jefe.

—Sí. Nos vamos ya —repuso Troy.

Se acercó a su novio los escasos pasos que les separaban. Justo cuando estaba a su lado, le vio tambalearse y alargó las dos manos para sujetarle. William se sobresaltó al sentirle, como si se hubiera asustado. Se volvió hacia él vivamente, con los ojos grandes de miedo y ansiedad. Pero en seguida su expresión se suavizó al

reconocerle. Sonrió y exclamó:

—¡Pero si es mi dragoncito rubio! ¿Vienes a bailar conmigo? ¿Sí?

Antes de que Troy pudiera contestar, se dio la vuelta del todo entre sus manos, le echó los brazos al cuello y apretó su vientre contra el suyo. Sus labios brillaban y esbozaban una sonrisita traviesa. Tenía la camisa muy abierta, y mostraba casi todo el pecho. Estaba mojado de sudor. El pelo negro que lo cubría se veía más oscuro y le marcaba el esternón y los pectorales. Estaba para comérselo.

Pero Troy aún no estaba tan borracho como para distraerse por ello, pensar solo en sí mismo y olvidarse de cuidar de su chico.

—Vamos a dormir, Will. —Le dijo—. Es tarde y mañana...

—¡Oh, dormir! —respondió William, frunciendo los labios con una mueca—. ¡Pero si la noche es joven! ¡La fiesta acaba de empezar!

—Llevamos aquí más de dos horas, Will. Estamos cansados.

—¡Yo no! —canturreó William—. ¡Yo puedo seguir bailando toda la noche si quiero!

Movió las caderas para apretarse más contra el cuerpo de Troy, como para hacer una demostración gráfica, y añadió, con voz susurrante:

—Baila conmigo, ¿sí? ¿Solo una?

Y le miró con ojitos de cachorro abandonado bajo la lluvia.

Si se hubiera tratado de otro cualquiera, por supuesto que William habría conseguido su objetivo, no habría necesitado hacer nada más para convencerle. Pero se trataba de Troy Anderson. Y a Troy había dos cosas que le pesaban mucho en aquel momento. Por increíble que pudiera parecer, le pesaban incluso más que lo que empezaba a levantarse dentro de su pantalón...

Una era su sentido de la vergüenza. Troy sabía que no sabía bailar, valga la redundancia. Se movía lento, torpe y desgarbado, y era muy consciente de ello. No le daba la gana de hacer el ridículo en una fiesta de piscina en Las Vegas.

La segunda era su necesidad de sacar a William de allí. Su compañero estaba más intoxicado de lo que parecía. Tenía la mirada vidriosa, los ojos demasiado brillantes y la sonrisa

abstraída. Él no parecía darse cuenta de lo borracho que estaba, pero Troy sí. Y se sentía responsable de cuidar de él, sencillamente porque le quería.

—Otro día —contestó—. Ahora nos vamos a dormir. Por favor.

—¡Aws! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

William le miró con una sonrisita sugerente desde debajo de los rizos. Troy se mordió los labios para tratar de retenerse y no comerle la boca allí en medio. Sentía que no debía. William no estaba en su sano juicio. Y además, una vez que empezara a morrearle, no iban a acabar...

Necesitaba llevarse al chico a descansar, por su bien. Y también empezaba a necesitar irse a un lugar privado, por el suyo propio. El tacto de la hebilla del cinturón de William en su barriga le ponía un montón. Su cuerpo estaba caliente, y era firme y sólido entre sus brazos... ¿Cómo podía uno mantener la cabeza fría en un momento como este?

William pareció adivinar algo de lo que pasaba por su mente, porque le miró de modo travieso y su sonrisita se hizo más amplia.

—Total, que no bailas —murmuró.

Y su voz sonó grave y rasposa. De algún modo misterioso, se fue directa al pantalón de Troy, a prender fuego en lo que tenía entre las piernas. Por favor, este hombre era la maldita encarnación del pecado.

Levantó la cabeza para tomar aire y tratar de despejarse un poco. Él también se sentía de pronto muy intoxicado, pero en su caso no por nada que hubiera tomado, sino intoxicado de deseo y de ansias. Se sentía en llamas.

—Deberíamos irnos a dormir —repitió, con la voz áspera de excitación.

—¿Solo dormir? ¿O algo más? —murmuró William, en tono sugerente ahora.

Se inclinó hacia delante para rozar con la punta de su nariz la mandíbula y la parte superior del cuello de Troy. Este sintió el calor de su respiración en aquella piel sensible, justo donde su pulso estaba latiendo como un desesperado, y tomó aire entre dientes. Sus dedos se curvaron, arañando suavemente la cintura de William por encima de la ropa para apretarle más contra sí.

—Dormir y lo que tú quieras —contestó—. Pero arriba. Por favor.

—¿Mi dragoncito ha recordado que él es el tímido aquí? —ronroneó William.

Le dirigió una mirada sensual, acompañada de una de sus sonrisas más irresistibles. El cerebro de arriba de Troy entró en cortocircuito, y antes de que el de abajo pudiera tomar las riendas, William hizo algo inesperado.

Bajó la vista a los labios de Troy, y se lamió los suyos lenta y deliberadamente, como si acabara de ver un dulce delicioso.

Troy sintió otra oleada de calor en dirección sur. ¿Qué le estaba haciendo este hombre, por favor?

—Parece que tú has olvidado lo que sea que tenías esta tarde, que no querías ni darme la mano por la calle. —Se escuchó a sí mismo contestar.

Y él fue el primer sorprendido. No solo por descubrir que aún podía formular oraciones completas y coherentes, al menos en apariencia, sino también por el algo de amargura que le había parecido oír en su propia voz.

William volvió a mirarle a los ojos y le habló muy serio.

—Ahora es distinto.

—¿Por qué?

—Bueno...

Se pegó más a él, pecho con pecho, y le habló al oído, con su aliento sembrando fuego en la piel de su oreja y dándole escalofríos por la espalda.

—Es de noche... Nos ven, pero no pueden reconocernos... Y la música es buenísima.

Empujó con su pelvis contra la de Troy antes de añadir:

—¿De verdad no quieres bailar?

Troy dejó que sus manos navegaran hacia abajo por el trasero de su chico, palpando su forma redondeada con los dedos abiertos. Apretó sus nalgas contra sí.

—Preferiría otro tipo de danza —murmuró—. Arriba. Solos. Y cuanto antes.

William soltó una risita, complacido. Se movió un poco para empujar con el trasero contra las palmas de Troy, con una sonrisa

abierta y feroz, y de pronto, se apartó y asintió.

—Está bien. Vamos.

Se agarró a una de sus manos y los dos se volvieron para salir de la multitud. Apenas habían dado unos pasos, se encontraron con Austin y Seth.

—Chicos, nosotros nos vamos ya a dormir —dijo este último—. Ha sido un día intenso, y mañana hay que levantarse temprano.

—Sí —convino Troy—. Nosotros hemos pensado lo mismo.

William se rió otra vez, pegándose mucho a él con todo su cuerpo. Rodeó su cintura con un brazo, y metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón. Le apretó el trasero con ella sin ninguna sutileza, y Troy sintió otro escalofrío de excitación subirle por la espalda. De algún modo curioso, se sintió bien por ello. Nunca antes le habían agarrado el trasero, y sentía que la mano de su chico, posesiva y provocadora, estaba exactamente donde debía estar.

Le llegó una ráfaga de su aroma, a alcohol, suavizante y colonia, y sintió en su brazo y su costado el calor de su cuerpo. Se preguntó cómo lo iba a hacer para ir caminando hasta su habitación con lo que tenía entre las piernas. Cada momento que pasaba y con cada nueva cosa que hacía su compañero, aquello se iba poniendo más y más interesado, y ya estaba en pie de guerra. ¿Cómo se podía caminar con la cosa dura y apretada dentro del pantalón?

***

—¡Esto hay que repetirlo! ¡Todas las noches! —exclamó William dramáticamente, con una mano alzada en el aire.

Pareció pensarlo mejor, porque añadió:

—Si puede ser, claro.

Y soltó una risita tonta, como si acabara de tener la ocurrencia más graciosa del mundo.

Iban ya por el pasillo del hotel en dirección a sus habitaciones. William continuaba con la mano metida en el bolsillo trasero de

Troy, y caminaba dando tumbos, así que en realidad iban los dos un poco inestables, trastabillando a cada paso. En consecuencia, avanzaban demasiado despacio para el gusto de Troy. Ya estaban cerca de su objetivo, lo cual era un logro, teniendo en cuenta el estado en que se encontraban. Pero se moría por poder darle alivio a ciertas partes.

—¿Lo has pasado bien? ¿Sí? —dijo Seth, mirando a William con una sonrisita divertida.

—¡Hombre, claro! —exclamó el cantante—. ¿Vosotros no?

Hablaba en tono muy alto, y con una alegría exagerada. Troy agradeció que no hubiera un alma a la vista, porque no estaban precisamente para una foto.

Ah, allí divisó las puertas de sus respectivas habitaciones, gracias a Dios. Estaban una junto a la otra. Austin se detuvo el primero, sacó su llave, y preguntó:

—¿De verdad puedes con esto, jefe? Si necesitas que nos quedemos con vosotros...

—No, no. Estaremos bien. No os preocupéis. —Se apresuró por responder Troy, buscando en los bolsillos delanteros su propia llave.

William se rió como un crío, apoyado en su hombro con todo el peso de su cuerpo.

—Jiji... ¿De verdad vas a poder con esto, dragoncito? Mira que soy peligroso, ¿eh?

Seth parecía ser incapaz de borrar la sonrisita de su cara. Les miró y dijo:

—Si nos necesitas, aquí estamos, Troy.

—Sí. Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches.

De algún modo, Troy consiguió abrir la puerta por fin y metió a William deprisa en la habitación. Luego cerró a su espalda, encendió la luz, y sin detenerse, empujó a su novio por los hombros contra la pared.

—No tienes idea de lo que me haces, ¿verdad? —gruñó entre los dientes apretados, echándose sobre él.

William no pareció en absoluto intimidado. Arqueó la espalda para ofrecerle el pecho, mirándole con expresión de depredador, y

contestó, haciendo puchero:

—Por lo visto, no es suficiente. ¿Por qué no estás besándome ya?

—¡Maldito cabrón...!

Troy no pensó más. Se tiró en plancha a morderle la boca.

Capítulo 4

La boca de Troy en la suya era ávida y posesiva. William agarró su cara con las dos manos. Se sumergió de lleno en el beso.

El alcohol, la música y el baile le habían llenado el cerebro de burbujitas de felicidad. Y Troy estaba buenísimo, por favor, con esa camiseta negra sin mangas que le hacía el pecho más amplio y le marcaba los hombros. Sus ojos grises echando rayos como los había visto hacía un momento le ponían a William las piernas de mantequilla. Y esos labios tan rudos y masculinos en los suyos, con el roce de la piel más áspera de alrededor, y sus dientes arañando y mordiendo, le estaban sembrando fuego entre las piernas.

William tenía ansia de Troy desde hacía días. Y estaba frustrado, porque no podía tenerlo. Estaba con él a todas horas, pero no podía deleitarse a su antojo. La gente y su maldita manía de odiar a los gays estaban haciendo que William se viera obligado a tener que privarse de tocar y besar a su novio cuando le nacía de dentro. Y lo hacía para protegerle, a Troy y a su relación. Pero no lo hacía gustoso.

Para empezar, porque William siempre se había sentido muy orgulloso de ser como era, y siempre había defendido a capa y espada que uno no tenía por qué esconderse ni andar fingiendo. Sí, incluso después de que le agredieran aquellos tíos en Charleston. Para él era una cuestión de principios, de integridad.

Para continuar, porque estar a todas horas en presencia de este derroche de testosterona andante y no poder siquiera cogerle de la mano era tortura. A veces le ardía la piel de necesidad. Y en

muchas ocasiones, era puro milagro que no mandara a la porra sus reparos y se abalanzase sobre Troy para aferrarse a él como un koala y llenarle de besos.

Ahora que estaban solos y que lo tenía tan entusiasmado y dispuesto, William pensaba aprovechar la ocasión al máximo. Troy no se hacía una idea. Pensaba comérselo entero, sí señor. William tenía otra vez calentura acumulada, e iba a satisfacerla esta noche o a reventar en el intento. Y no le atraía mucho eso de reventar...

***

—¡Qué rico estás, chico! —balbuceó William, cubriendo de besos la cara de su novio—. ¡Qué rico...!

Troy no se sentía capaz de contestar. Las manos de William estaban en todas partes, acariciando sus hombros, sus brazos, su pecho, su vientre... Su boquita era suave y húmeda, y esa lengua perversa que tenía se colaba en su boca sin parar, lamiendo y provocando. Estaba tan mojada... Era tan blanda...

Troy se moría por tenerla en otro lugar, mucho más abajo. Lugar que ya estaba como una piedra, por cierto. O le hacía sitio quitándose el pantalón, o el tema empezaría a ser doloroso. Sus manos se fueron por sí solas a la cintura de sus tejanos.

—Tienes demasiada ropa, Troy —dijo William, muy oportuno.

Su voz sonó rara, densa, arrastrando las palabras y con la lengua pegada al paladar. Eso le recordó a Troy que el chico estaba borracho. Pero ahora ya no le importó. Él también había bebido. Y con tal de que ciertas cosas funcionaran como debían, suponía que todo estaba bien.

Las manos de William empezaron a tirar de la camiseta de Troy hacia arriba, torpes y lentas. Se enredaron con la tela en el proceso, porque querían descubrirle y a la vez arañarle el pecho, y no atinaban ni a una cosa ni a otra. William soltó un gruñido de frustración en su boca, pero luego continuó mordiéndosela con más ahínco que antes.

Por su parte, Troy dejó que sus propias manos navegaran hacia abajo por el pecho estrechito y firme de su chico. Su piel estaba mojada de sudor, caliente y muy viva. Encontró un pezoncito a tientas, y se dedicó a rozarlo insistentemente con un pulgar, mientras apoyaba la palma en el pectoral para sentir los latidos desbocados del corazón de su compañero en su piel.

William se sobresaltó al sentirle, con un gruñido de placer.

—¡Cabrón! —murmuró.

Y se echó un poco hacia delante para ofrecerle más el pecho, descendiendo a bocaditos por su barbilla y su cuello.

—Tú eres el cabrón aquí —contestó Troy, arreglándoselas para besarle una mejilla y la frente como pudo—. ¿Nunca te cansas de provocar?

—No. Y te encanta eso de mí, ¿verdad?

—¡No sabes cuánto...!

William hizo un ruidito de necesidad y murmuró para sí:

—Esa voz, por favor...

Antes de clavar los dientes en la base de su cuello. La lengüita le lamió juguetonamente, y Troy sintió escalofríos de excitación por la espalda. ¡Se iba a volver loco!

Sus manos continuaron descendiendo, arañando el torso delgado de su chico con las uñas de los diez dedos abiertos. William tenía el cuerpo más tonificado del mundo, en la humilde opinión de Troy. No tenía músculos, pero tampoco grasa. Era todo tendones, pura fibra. A lo mejor por eso tenía tanta fuerza, y podía cargar él solo la pesada mochila que tenía cada vez que salían de viaje...

A lo mejor por eso podía ponerse a cuatro patas y aguantar todo el peso de Troy cuando este le embestía por detrás como un poseído. Solo una vez había visto temblar aquellos fibrosos brazos por el esfuerzo. Pero William no se quejó, al contrario. Sus brazos bien pudieron estar temblando, pero su boca en ese momento estuvo soltando juramentos y pidiendo más como una loba en celo.

El recuerdo hizo que a Troy le entraran ganas de repetir. Una de sus manos se fue a las nalgas del chico para apretarle contra sí, y la otra se fue delante, a lo importante.

Entonces ocurrió algo imprevisto.

En lugar de empujar con la pelvis hacia él, que era lo que Troy había anticipado, William dio un salto al sentir su mano y murmuró una exclamación:

—¡Ah! ¡Que me meo, coño!

Y se escurrió como una lombriz por debajo del brazo de Troy. Le dio un rodeo, y salió corriendo al baño. Tropezó justo en el umbral, y tuvo que agarrarse al marco de la puerta con ambas manos para no caer. Troy le oyó murmurar:

—Maldito mareo de mierda...

Antes de verlo desaparecer en el baño definitivamente.

Troy se dijo que era una suerte que las luces estuvieran encendidas, porque de lo contrario, William se habría partido la crisma, debido al entusiasmo y a la escasa coordinación con los que había abandonado el recibidor para refugiarse en el retrete.

Empezó a escuchar el chorrito caer, y su mente se centró en cosas más serias.

Cosas como por ejemplo su pantalón, que estaba abierto y amenazaba con caérsele de modo indigno. Se apoyó con una mano en la pared para quitárselo del todo.

Cosas como cierta parte de su anatomía, que estaba erguida y reclamando atención. La tenía tan dura, que la puntita estaba fuera, libre ya de la piel del prepucio, y tenía una gotita transparente deseando salir.

Su pene pedía a voces una boquita caliente y experimentada que le diera mimos y caricias. Esperaba que William tuviera piedad cuando saliera del baño y que le hiciera un favorcillo, porque de verdad que lo necesitaba mucho. Estaba en las últimas.

Como en respuesta a su pensamiento, escuchó un gemido de alivio, abierto y obsceno sin otro calificativo, en el interior del servicio. Demonios, William era un pervertido hasta para hacer lo mas básico...

Hubo el sonido del agua correr cuando su compañero tiró de la cadena. Y luego llegaron a sus oídos algunos gruñidos de frustración. Troy ya iba a preguntar si todo iba bien, cuando William apareció tambaleándose en el umbral, totalmente desnudo, haciendo muecas y guiñando los ojos, como si tratara de enfocar la vista. Se dejó caer con un hombro sobre el marco de la

puerta y miró a Troy desde allí.

—¡Uy! —dijo—. ¿Todavía estás así?

Le señaló con una mano. Troy se miró a sí mismo. Estaba desnudo de cintura para abajo, pero por arriba todavía tenía la camiseta puesta, enrollada bajo las axilas. Sintió un golpe de calor en la cara, y se apresuró por salir de ella y arrojarla al suelo, junto con el resto. Rayos, había estado tan concentrado en el horno que tenía entre las piernas, que había olvidado por completo todo lo demás.

—Eso está mejor. —Escuchó que decía William, satisfecho, con la misma voz rara de antes. Sin moverse de la puerta, añadió más bajito, ronroneante—: Qué hombre, por favor... Qué brazos... Qué pecho...

Troy miró a su chico, y vio que él le observaba a su vez con los ojos un tanto vidriosos, pero la expresión hambrienta y ávida. A William le gustaba lo que veía, no cabía ninguna duda. Troy se sintió de pronto muy expuesto, y su pene le envió un escalofrío de excitación para hacerle saber que a él también le gustaba, esto de sentirse admirado.

Casi sin darse cuenta, su mano derecha bajó para tocarse, porque lo necesitaba y nada más. Y los ojos de William se fueron abajo tras ella, y se posaron sobre el pequeño Troy. O más bien habría que llamarle «el gran Troy», porque estaba inmenso, implorando que alguno de los dos hiciera algo, por favor, porque iba a reventar.

Los ojos de William se agrandaron por la sorpresa.

—¡Oh! —exclamó suavemente—. ¡Oh, madre mía!

Y sin desviar la vista de sus partes, se le acercó como hipnotizado, caminando un poco inestable pero decidido.

—¡Qué maravilla! —balbuceó, arrastrando las palabras otra vez.

Por suerte para Troy, no tuvo que decir nada. Y era una suerte, porque la realidad era que no podía. Era incapaz de hablar, de pensar ni de hacer nada coherente. Toda la sangre de su cuerpo estaba abajo, latiendo de anticipación. Le costaba respirar. La expresión hambrienta de William y esos ojos mirando tan fijamente su erección le estaban matando.

Su compañero llegó frente a él y no se anduvo con sutilezas. Apoyándose en los brazos de Troy, se dejó caer de rodillas al suelo enmoquetado. Sus dedos largos y experimentados envolvieron su durísimo miembro. Y con un murmullo que sonó a: «Ven con papá, preciosidad», se lo metió en la boca.

Troy echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, llevándose una mano a la frente.

—¡Oh, Dios! —articuló.

Húmeda, sí, así era aquella boca. Y más caliente de lo que Troy recordaba. Y la lengüita se dedicó a darle vueltas en círculo, acariciando y provocando, mientras sus manos le acariciaban arriba y abajo, y sus dedos se metían bajo sus testículos.

—Hijo de puta, qué bueno eres en esto —murmuró Troy sin aliento.

—Mm... Es que tú estás muy rico, cariño —repuso William, sembrándole la pelvis y el sexo de besitos de fuego húmedo.

Troy intentó tomar aire profundamente. Quería aguantar un poco más. La cabeza le daba vueltas, y el placer le subía y bajaba por la espalda, poniéndole la piel de gallina.

—Aunque si nunca practicas, nunca aprenderás a hacerlo, ¿m? Yo solo te lo aviso. —Escuchó decir a William.

—Pero, ¿quién quiere aprender, si uno tiene...?

La frase murió en la boca de Troy cuando William volvió a meterle en la suya. Se le escapó un gemido en su lugar.

Abrió los ojos. Parpadeó para enfocar la vista, y bajó la cabeza para mirar a su chico. Lo único que podía ver de él era su cabellera rizada, suelta y de punta, y la piel blanca de sus hombros, sus brazos y sus piernas. Incluso desde este ángulo, seguía siendo la cosa más bonita que había visto en su vida.

—Will, mírame —susurró con voz ronca, entre gemidos y suspiros.

Ese calor y esa lengüita le estaban haciendo deliciosa tortura. William se tomó su tiempo en lamerle la puntita un par de veces más, justo en el lugar de más sensibilidad, tal vez para escucharle gemir esos «¡Ah, ah!» que se le escapaban a Troy sin querer cuando estaba muy salido. Al fin, se movió un poco para levantar la vista hacia él.

Seguía teniéndole en la boca, el muy pervertido, como si no fuera capaz de dejarle ir, como si no pudiera saciarse de él. Sus ojos le clavaron una mirada lasciva desde debajo de los rizos.

Troy tuvo que apoyar una mano en la pared a su espalda para no caerse redondo. Sentía el corazón redoblando con fuerza en sus oídos, y la habitación entera daba vueltas a su alrededor. Los escalofríos no paraban. Y esos ojos, por favor...

Pero por encima del deseo, del fuego y del ansia, se elevó otro sentimiento, más grande y más profundo. Otro que solo se podía expresar de una manera.

—Te quiero mucho —murmuró—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Con la mano libre, le acarició la cara y el pelo. William cerró los ojos, sus párpados cubrieron su mirada y sus pestañas negras descansaron sobre sus mejillas. Arrugó las cejas en una pequeña mueca de concentración, y su lengua volvió a rozarle el lugar sensible, ahora con insistencia, casi demandante.

—¡Dios bendito! —articuló Troy.

La mano de su compañero empezó a sacudírsela sin ningún miramiento, rápido, preciso y con decisión. Troy volvió a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Will, me voy a ir! —gimió—. ¡Me voy!... ¡Ah!...

Ya no pudo hacer nada más, solo sentir el estallido del orgasmo y vaciarse en aquella boca perfecta, entre gemidos y escalofríos.

***

Cuando empezó a ser consciente otra vez de dónde estaba y de lo que le rodeaba, Troy se dio cuenta de que su compañero le cubría la pelvis de besitos y de caricias, ronroneando de placer. Le pareció oírle susurrar:

—Una corrida preciosa, m-m.

Esbozó una sonrisita. Le habría gustado haber podido contestar: «Una corrida preciosa para un hombre precioso», o algo así. Pero su voz todavía no le respondía, así que optó por suspirar y dejar

caer la cabeza contra la pared.

Volvió a cerrar los ojos. Parecía que esto de liarse de pie junto a la puerta de su habitación de hotel se estaba convirtiendo en una costumbre. Lo hicieron en Newark, y ahora también en Las Vegas. Se cogían con demasiadas ganas, ese era el problema. Ni siquiera les daba tiempo de llegar a la cama.

William ronroneó un poco más, frotando su cara contra su vientre, y murmuró:

—Desde luego, Troy, eres increíble. A cualquier tío normal, en un momento como ese, le da por decir guarrerías. Pero, ¿Troy Anderson? ¡No, señor! A Troy le da por decir cosas ñoñas. ¡Lo que no hace estando cuerdo!

Soltó una risita, echándose hacia atrás y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —susurró Troy—. ¿Te molesta que lo haga?

—¿Molestarme? No. Pero hoy me habrías cortado el punto... Si hubiera habido algún punto que cortar, claro... Anda, ayúdame.

La mano de William se apoyó en la suya, y Troy le ayudó a levantarse. Luego tuvo que sostenerle con las dos manos, porque el chico se tambaleó peligrosamente.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contestó William, agarrándose a sus brazos y parpadeando muchas veces—. Es este suelo, que tiene la manía de ponerse en el techo, ji, ji.

Y volvió a reír, como si fuera la cosa más graciosa del mundo.

Troy le miró con curiosidad.

—¿Qué es eso de que no había punto que cortar? —preguntó.

—Pues lo que has oído. ¡Me caigo de sueño!

Apenas hubo recuperado el equilibrio, William se volvió y se fue a la cama, caminando despacio y como cauteloso. Troy se quedó mirando su espalda y su trasero redondito.

—¿Sueño? —repitió—. Pero si no te has corrido...

William rió de nuevo. Se dejó caer sobre la cama como un peso muerto, exclamando:

—¡Correrme, dice! ¡Pero si estoy beodo! ¿No me ves? ¿A quién se le empina estando beodo?

Hizo una seña con una mano, como para alejar algo de sí sin mucha convicción, y se llevó la otra a la frente. Troy se acercó

lentamente. Tampoco se fiaba de sus propias piernas, mucho menos después de una descarga tan espectacular.

—Hombre, yo también he bebido. Y ya ves. —Fue todo lo que se le ocurrió decir.

William rió una vez más.

—¡Bien por ti, chico! ¡Pero yo he bebido más que tú! ¡Más que todos vosotros! ¡Hoy os he ganado a todos! —contestó, haciendo nuevos gestos con las manos en el aire, torpe y como si le pesaran una barbaridad.

—Ya. Pero aún así... Había pensado en devolverte el favor.

Para sorpresa de Troy, en esta ocasión le respondió un ronquido. Confuso, preguntó:

—¿Will?

Otro ronquido, ahora más fuerte.

Troy se acercó a la cama para inclinarse sobre él, murmurando para sí:

—¿Está dormido? ¿Ya? ¡No! ¿En serio? Pero, ¿cómo puede ser?

Pues sí. William había caído cuan largo era boca arriba sobre la cama y roncaba como un oso. Troy pudo comprobar que en efecto, sus partes estaban relajadas y blandas, y no había mucho que hacer por ese lado. En verdad, todo su cuerpo parecía líquido...

Pero incluso estando de esta guisa, seguía siendo elegante. Había caído de tal manera, que su cabello estaba esparcido sobre la almohada como una corona alrededor de su cabeza. Su piel se veía blanca y lechosa. Su carita estaba ligeramente vuelta hacia un lado. Y soltaba unos ronquidos impropios de un cuerpo tan delgado y de un rostro tan delicado.

Troy se rascó la cabeza, perplejo. Habían salido de fiesta otras veces antes, y habían bebido mucho. Pero que él pudiera recordar, era la primera vez que veía a su compañero tan intoxicado.

Anduvo alrededor de la cama para trepar a ella por el otro extremo y no molestarle. William parecía tan frito que era poco probable que nada pudiera despertarle en realidad, aunque entrara una banda de música con cornetas, bombos y platillos en este preciso instante en la habitación. Pero por si acaso, Troy se abstuvo de tocarle y se tendió de costado, con la cabeza apoyada

sobre una mano, para mirarle.

¡Qué extraño había sido todo! Cuando llegaron a la habitación, le pareció que William traía tantas ganas de tema como él. ¿Tal vez la cosa se le vino a menos después de orinar? ¿Y luego no había vuelto a inspirarse? Muy raro esto en William, ¿no?

A decir verdad, el repentino e inesperado sopor de su compañero le dejaba un sabor agridulce. Eran pareja, se suponía que deberían pasarlo bien juntos. Esto de que él hubiera sido el único en correrse aquí se sentía extraño y mal. Más aún con lo sexual que era William, y que había estado provocándole mucho y bien en la fiesta. ¿Y ahora se quedaba sin nada? Muy feo.

Troy esperaba que no se volviera a repetir. Cuando tuvieran ocasión de darle otro asalto a ciertos temas, se esforzaría por compensar a su chico por lo de esta noche.

¿Por qué habría bebido tanto William, en primer lugar? ¿Habría sido por el calor? ¿Habría estado tan concentrado en su baile y la música que había perdido la cuenta de cuánto alcohol había ingerido? No lo parecía, ¿no? Él mismo acababa de reconocer que había bebido más que ellos. ¿Entonces...?

¡Qué raro todo!

Capítulo 5

Troy durmió poco y mal aquella noche. Los ronquidos de William hacían temblar las paredes. Y además tenía la cara vuelta en su dirección, así que tuvo que aguantar también la peste a alcohol.

Cuando llegaron a la habitación eso no había sido un problema para él. Pero cuando dieron las cuatro de la mañana, agotado como estaba después de un largo día y de una intensa descarga sexual, la peste y los ronquidos sí empezaron a serlo, un problema y un fastidio. Intentó mitigarlo como pudo dándose la vuelta, e incluso colocó una almohada entre los dos, para ver si así amortiguaba algo el sonido, pero no hubo manera.

En consecuencia, cuando salió el sol a la mañana siguiente, estaba exhausto, gruñón y con ganas de hacer la planta todo el día y nada más. Desde luego, no le apetecía ir de excursión a ninguna parte. Ni siquiera quería salir de la cama, vaya. Pero se habían comprometido ya con un grupo de turistas y un guía, así que no tenían escapatoria posible.

Estaba preguntándose cómo lo iba a hacer para despertar al Bello Durmiente, que seguía roncando en la misma postura, cuando sonaron unos golpes en la puerta y se pudo oír la voz de Seth al otro lado.

—¿Troy? ¿William? ¡Son las ocho!

Milagrosamente, los ronquidos cesaron. William levantó la cabeza de la almohada, miró a la puerta, y dijo:

—¿Eh?

Y de pronto, dio un bote formidable. Se puso en pie como si las sábanas hubieran estado cubiertas de ortigas y salió corriendo al baño, exclamando:

—¡Que me meo!

Troy se pasó una mano por los ojos. Le dolían de no dormir, y al tacto notaba los párpados hinchados. Anda que vaya tela...

Los golpes en la puerta volvieron a sonar y Seth insistió:

—¿Chicos?

Troy se levantó como pudo y caminó casi a rastras hasta la puerta. La abrió, solo una rendija para poder asomarse por ella, y gruñó:

—Sí. Ya vamos, Seth. Gracias por avisar.

Su amigo se le quedó mirando con grandes ojos de sorpresa. Troy pudo comprobar, para su gran irritación, que el puñetero estaba impecablemente vestido, aseado y con la larga melena alisada y oliendo a colonia. Eso le hizo hacerse consciente de su propio estado. Se pasó una mano por el mentón. La barba le empezaba a picar, mierda. Y él que no quería tener que afeitarse... Mejor no hablar de su cabeza. No quería ni pensar en cómo debía estar su cabellera.

No por primera vez, se le ocurrió pensar que esto del pelo largo estaba muy bien para los conciertos y las fotos, para parecer una rockstar, pero que no era práctico para un diario. Claro que a ver

quién era el listillo que le sugería a William que se lo cortaran... Debería haber hecho como Austin y nunca habérselo dejado crecer en primer lugar, pero ya no tenía remedio...

—Ah... ¿Todo bien, Troy? —preguntó Seth.

—Sí. ¿Por...?

—No sé...

Seth hizo un gesto vago en su dirección con una mano, como si se hubiera quedado sin palabras. Troy se miró a sí mismo. ¿Qué demonios de defecto le habría visto? Aparte de la melena enmarañada, los ojos como huevos, la mala cara y la barba, se entiende...

Entonces reparó en que estaba desnudo, y de un salto, se metió detrás de la puerta, pegando la espalda a ella.

—¡Joder, Seth! ¡No me había dado cuenta! —exclamó.

Seth cerró la puerta por él, contestando:

—¡No te preocupes!

—¡Tío, lo siento!

—¡No pasa nada, de verdad!

A Troy le pareció escuchar una sonrisa en la voz de su amigo, y quiso morirse de la vergüenza. Seth añadió:

—Ah... Os esperamos abajo, ¿vale?

—¡Sí! ¡Ya vamos!

Los pasos del bajista se alejaron por el pasillo. Troy suspiró, todavía con la espalda pegada a la puerta. Era la primera vez que un colega le veía en cueros, aparte de William, claro. Se preguntó cómo iba a mirar a Seth a la cara en el día de hoy... Y le pareció que ya tenía dos motivos para usar gafas de sol.

Justo en estas, apareció William por la puerta del baño, también tal como vino al mundo, y con la cabellera convertida en el nido de una cigüeña. Le miró un instante y dijo:

—¿Con quién hablabas? ¿Qué pasa?

—¡Seth me ha visto desnudo! —cuchicheó Troy, espantado.

William le miró de arriba abajo con rostro inexpresivo y de pronto sonrió, y dijo:

—¡Qué bien! Ya tiene material para ir abriendo boca. Porque habrá sido toda una visión, chico...

—Pero, ¿qué demonios...?

—Algún día tendremos que hacer un cuarteto, se me cae la boca de decírtelo —repuso William, despreocupado, alzando un dedo en el aire a modo de advertencia, mientras se volvía hacia la cama, bostezando.

Troy no salía de su asombro.

—¿Un qué? ¿Con nuestros amigos? ¿Y lo dices tan tranquilo?

—M-m. ¿Qué quieres? ¿Que lo diga contento? Me encantaría, cariño, pero estoy hecho pedazos hoy. Me duelen hasta las pestañas —contestó William, de espaldas, atareado con su mochila.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Troy.

Y se fue al baño a su vez.

Esperaba que les diera tiempo de tomar al menos un café, y que consiguiera despejarles un poco, porque tenían un día muy largo por delante hoy también...

***

En contra de lo que había creído en un principio, Troy acabó disfrutando bastante de la excursión. Agradeció mucho el aire libre y poder estirar las piernas. El grupo de turistas era gente mayor, y ellos cuatro eran un parche entre ellos, pero eso no le impidió sacar buenas fotos del paisaje y de sus amigos.

William tuvo todo el tiempo cara de no estar del todo despierto. Intentó disimularlo llevando sus gafas de sol, pero se le notaba demasiado el cansancio. Hablaba poco y bostezaba mucho. Y en algunos tramos del camino fue andando casi a rastras.

Pero Troy le preguntó si quería regresar y dijo que no, tozudo. Y aunque al principio se negó a salir en las fotos, luego acabó posando y todo. A lo mejor él también había notado los efectos beneficiosos del paseo, a saber...

***

Una vez que estuvieron de regreso en el hotel, decidieron pasar el resto de la mañana más tranquilos, relajándose en la piscina para descansar. Regresaban a Nueva York esa misma tarde, después del almuerzo, y querían reponer fuerzas antes de emprender el viaje.

—¡Ah, esto es vida! —exclamó Austin, recostándose en su tumbona.

Habían elegido unos asientos que estaban situados uno junto al otro, cerca del borde de la piscina. Les daba la sombra del hotel, pero no obstante, los cuatro se habían tirado allí en bañador con la vana esperanza de tostarse un poco.

—No creo que consigamos coger nada de color, la verdad —opinó Seth—. Para eso deberíamos haber hecho como aquella gente y habernos puesto allí.

Señaló con la barbilla frente a ellos. Al otro lado de la piscina había un grupo de personas tumbadas al sol. Tenían la piel roja como salmonetes y aspecto de estar sudando la gota gorda.

—Pero, ¿tú has visto el calor que hace? —contestó William, que no se había quitado todavía sus gafas oscuras—. No me apetece quemarme, la verdad. Prefiero irme de vuelta blanco como una sábana, antes que verme esta noche rabiando de dolor por haberme chamuscado a la parrilla. No tengo vocación de filete.

Sus compañeros se echaron a reír. Troy cruzó los diez dedos sobre su barriga y cerró los ojos, con un suspiro de satisfacción. Después de la mala noche y de la caminata de esta mañana, era muy agradable estar aquí tendido a la sombra, sintiendo la brisa cálida y el olor a cloro y a agua de la piscina.

—Troy —llamó Seth.

—¿M?

—¿Me pasas mi vaso, por favor?

Troy abrió un ojo. A su lado había una mesita de plástico blanco, donde habían puesto las bebidas.

—¿Cuál es? ¿El de cola?

—Sí. Cola con un limón.

—Toma.

—Dame el mío también, cariño, porfis —dijo William, alargando elegantemente una mano, con todo el aire de una diva.

A Troy le hizo gracia la pose y sonrió un poquito para sí,

contestando:

—¿Qué has pedido tú?

—Un *whisky*, ¿por...?

Ahora Troy frunció el ceño.

—¿Alcohol? ¿Otra vez?

—M-m.

—¿No tuviste bastante con lo de anoche?

—Troy, ¿te pregunto yo a ti por qué has pedido un zumo de naranja natural, mi vida?

—No. Pero si lo hicieras, te diría que...

—Por favor, me duele la cabeza.

—Normal. Con todo lo que bebiste ayer...

—Troy, no me hagas levantarme a por el vaso, chico. Seamos adultos los dos, ¿m?

Troy apretó los labios para no decir una palabrota. Le dirigió una mirada sombría a su novio, que este no pareció sentir, y finalmente tomó el vaso de *whisky* y se lo puso en su mano extendida. William sonrió agradablemente y ronroneó:

—Gracias.

Troy no contestó. Se limitó a beber un sorbo de su zumo.

Durante unos instantes hubo un silencio tenso e incómodo en el grupo. Sus amigos le miraron con expresiones preocupadas. Por su parte, él no pudo dejar de notar que Austin tenía en la mano un vaso de zumo de tomate, Seth su refresco, él mismo otro zumo, y que William era el único que estaba tomando alcohol.

Un *whisky* a las doce de la mañana. ¿Qué demonios de ocurrencia era esta? William jamás antes había hecho algo así.

—¿Sabéis? —dijo el cantante, al parecer totalmente ajeno, tanto al silencio que le rodeaba, como a las miradas que los otros tres estaban cambiando entre sí por encima de su cabeza—. Se me ha ocurrido que podríamos hablar con Max.

—¿Para qué? —preguntó Troy con voz seca.

—Para que busque el modo de que podamos dar un concierto aquí, en Las Vegas.

—¿Un concierto en Las Vegas? ¡No me jodas! —Fue la respuesta automática de Troy.

William se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y le miró

por encima de ellas con aire de no comprender nada.

—¿Por qué no? Así nos consolidaríamos como verdaderas estrellas del rock. Pocos sitios tienen tanto *glamour* como Las Vegas.

—Creo que solo uno. Hollywood —dijo Seth, con una risita.

William le señaló con un índice.

—Exacto —dijo—. Pero ya habrá tiempo para pensar en grabar una película sobre nuestras vidas.

Y volvió a recostar la cabeza en su tumbona, poniéndose bien las gafas, como si no acabara de decir un completo disparate.

—¿Una película? —repitió Troy, perplejo.

—No hagas ni caso, Troy. Está de broma otra vez, ¿no te das cuenta? —dijo Seth, riendo.

William se limitó a sonreírse para sí, con los labios brillantes y rojos por su bebida. Troy se dijo que Seth era demasiado bien pensado. La ambición de William no tenía límites. Esa cabecita rizada era muy capaz de estar planeando lo de la película de verdad para un futuro. Y Troy no sabía lo que sentir sobre ello.

Parte de él estaba horrorizada con la idea. Una cosa como esa solo podían hacerla los grupos míticos, grupos de culto que habían pasado a la historia y cuya música estaba ya impregnada en el corazón de la gente y en la cultura popular.

Y a la vez...

Parte de él se sentía entusiasmada con la idea. Porque si ellos conseguían llegar a Hollywood, querría decir que habían llegado a ser míticos, como esos grandes grupos. Y esa parte de él le decía al chico ingenuo que fue cuando empezaron: «Ser como ellos, chico. Llegar a estar al mismo nivel que esos gigantes... ¿No te gustaría?».

Oh, sí. Le encantaría. Y ese era el problema, ¿verdad? Esa ambición era lo que les había traído hasta aquí. Pero William y él nunca tenían suficiente. Querían más. Cuando alcanzaban un nivel de éxito, querían otro. Siempre estaban mirando arriba, siempre soñando, siempre anhelando. Y llegar hasta aquí les había costado mucho esfuerzo y sacrificios. Vaya, a Troy le había costado su vida entera. ¿Qué tendrían que hacer para llegar a ese nivel de fama, a lo más alto?

Cuando empezaron no se planteaba estas cosas. Durante años se había limitado a seguir sus sueños, a donde fuera que quisieran llevarle. Pero ahora, después de la ruptura con su familia, por primera vez, se preguntó...

Querer ser como los más grandes estaba bien. Muy bien. Le encantaría vivirlo. Pero, ¿cuál sería el precio?

Por supuesto, no tenía respuesta. El único modo de averiguarlo era tirarse a esa agua de cabeza sin más, continuar nadando en pos de sus sueños, y a ver a dónde les llevaban las corrientes del tiempo. Pero todo este asunto le había dado mucho que pensar.

Tener ambiciones estaba bien. Troy nunca había querido ser como la masa y conformarse con un trabajo vulgar que le permitiera sobrevivir. Amaba la música y creía que se podía comer de ella. Pero, ¿era bueno tener demasiada ambición? ¿Existía algo como la «demasiada ambición», para empezar? ¿Dónde estaba el límite entre una ambición normal y una exagerada? ¿Dónde estaba el límite entre los sueños y la locura?

Recordó a los grupos a los que admiraba e intentaba emular desde que era pequeño. A esos tipos también se les tachó de locos en las primeras etapas de su carrera, y ahora sin embargo eran mitos. ¿Existía realmente un límite, o el cielo era el límite? ¿Había que estar un poco loco para ser grande?

A lo mejor sí. A lo mejor en eso William les llevaba la delantera. Porque sus sueños siempre eran más, siempre iba por delante, siempre miraba más arriba. Cuando empezaron quería grabar un disco. Ahora tenían dos. Hacía un año, quería ser número uno en ventas. Ahora ya lo habían sido. Hacía unos meses, dijo que le hacía ilusión que actuaran en un estadio, y hoy ya tenían firmada la actuación con los Red Devils. Ahora hablaba de tocar en Las Vegas y de grabar una película...

Troy miró a su novio con mezcla entre respeto y admiración. No sabía muy bien si estaba con un loco o un visionario, pero a fin de cuentas, ¿qué diferencia había?

Austin decía siempre que Troy había sido el fundador del grupo y que era el alma de los Dragon Riders. Pero si esto era así, no cabía duda de que William era el motor que los movía a todos. Troy había inventado el globo, por así decir, pero era William el

que lo movía y lo estaba haciendo subir.

¿Subirían tanto que pincharían y darían un doloroso porrazo contra la tierra? Troy esperaba que no.

Pero a veces le parecía que su globo era demasiado frágil para la fuerza de William. A veces le asustaba que William tomara demasiadas decisiones y que el grupo acabara derivando en una dirección que no fuera la que Troy quería, y que se viera arrastrado sin darse cuenta por la ambición de su compañero. Y que un buen día se encontrara con que estaba cumpliendo los sueños de William, y no los suyos...

Este grupo y este proyecto eran creación de Troy Anderson. Ponía en ellos todo su talento, sus manos y su corazón. No estaba aquí para cumplir los sueños de otro, aunque ese otro fuera el amor de su vida. Estaba aquí para cumplir los suyos.

Ahora bien... ¿Qué deseaba realmente Troy? William tenía muy claro cuáles eran sus sueños pero, ¿y él? ¿Cuáles eran los suyos?

—¿Troy? —preguntó Seth.

—¿M?

El aludido se sobresaltó. ¿Por qué tenía la sensación de que le habían llamado varias veces y él no se había dado cuenta?

—¿Te has quedado dormido, jefe? —preguntó Austin.

Troy se pasó una mano por la cara.

—No. Solo estaba pensando. ¿Por qué? ¿Me he perdido algo?

—Te he preguntado si a ti te gustaría actuar en Las Vegas, como dice William —dijo Austin, incorporándose para hablarle por delante de Seth y del cantante.

—¿Por qué lo dices? ¿A ti te gustaría?

—En verdad me da igual. Es un sitio como cualquier otro.

—¿Entonces...?

Austin hizo un gesto con la mano en su dirección.

—Bueno, chico. Eres el jefe. Me gustaría saber tu opinión.

Troy suspiró. ¡Ah, bendito Austin! Siempre se ocupaba de devolverle a su puesto de capitán del barco. Un amigo leal, sí señor.

—Pues no sé. Lo veo como muy fuera de nuestro alcance —explicó Troy.

William hizo un gesto de desdén con la mano.

—¡Oh, vamos! —contestó.

—No he terminado, Will —repuso Troy, muy serio.

William guardó silencio, tomando un sorbo de su vaso con una leve sonrisita burlona. Troy aguardó unos instantes, y viendo que su novio no daba muestras de querer volver a interrumpirle, continuó:

—Los grupos y artistas que actúan aquí ya están consolidados. Son famosos desde hace muchos años. La idea me parece buena, pero no para ahora, sino para más adelante.

—¿Cuándo, Troy? ¿Cuando seamos ancianos decrépitos? —interrumpió de nuevo William.

Troy le clavó una mirada de advertencia.

—Will...

—¡Es que no te entiendo! ¡Las cosas hay que hacerlas cuando se está en la cresta de la ola! ¡Ya hemos sido números uno! ¿A qué vas a esperar? ¿A que la gente nos olvide?

—¡Quiero esperar a tener muchos números uno! ¡A ser disco de oro! ¡De platino! ¡Quiero esperar hasta haber grabado cuatro discos más, y que los cuatro sean un éxito tras otro! ¡Entonces podré decir que estamos consolidados! ¡Ahora solo somos todavía aficionados, polluelos saliendo del nido!

—Troy, si nunca se proponen las cosas, no se hacen.

—Las cosas se proponen cuando llega su momento, William.

—¿Tienes miedo? ¿Crees que vamos a fracasar? ¿Es eso?

—¡No! ¡Pero sí fracasaremos si miramos demasiado alto, demasiado pronto! Las cosas tienen su proceso. No pienso...

—Troy, creía que eras como yo. No te tenía por un cobarde.

Troy se quedó mirando a su novio con el ceño fruncido. Habló en voz baja, con lenta y deliberada calma.

—El alcohol te ha nublado el juicio, William. Cuando estés sobrio, volveremos a discutir si soy un cobarde o no. Y tal vez te recuerde las veces que has dicho que tengo un par de huevos. Por ahora lo único que tienes que saber es que este grupo, *nuestro grupo*, no va a ser una pompa de jabón. No vamos a subir tanto que esto explote. Te lo garantizo.

Hubo otro silencio, de nuevo tenso e incómodo. William miró a Troy fijamente. Era imposible saber su expresión, porque seguía

llevando sus gafas oscuras. Troy le mantuvo la mirada, desafiante. Con el rabillo del ojo, le parecía ver que Seth le miraba asombrado y Austin con admirada aprobación, pero no levantó la vista para comprobarlo. Sabía que ellos le seguirían sin cuestionar nada. Era William el problema aquí. Era William el que de pronto estaba amenazando su proyecto y el futuro de todos. ¿Y por qué? ¿Por el *glamour*? ¿Por un capricho?

Al fin, al cabo de unos instantes, fue William quien rompió el silencio, diciendo:

—Total, que nunca tocaremos en Las Vegas.

—No tocaremos este año —dijo Troy.

—¿Y cuándo sí tocaremos, amor?

—Cuando llegue el momento.

—¿Cuando estemos en la extrema vejez?

—¿No me has oído? Cuando tengamos fuera cuatro discos más y seamos disco de oro y de platino.

—Ah. ¿Vamos a ser disco de platino?

—M-m.

—¡Vaya! Entonces vamos a ganar muchísimo dinero.

—Muchísimo, sí.

—¡Qué bien! ¡Me gusta!

William sonrió ampliamente, llevándose su vaso a los labios.

Troy volvió a recostarse en su asiento. Le pareció que Seth soltaba un leve suspiro de alivio, como si hubiera estado aguantando la respiración. Pero él no estaba tranquilo.

—No le digas nada a Max, Will. Por favor —dijo.

—¿De qué? ¿De actuar en Las Vegas? —William soltó una risita—. No te preocupes, amor. No lo haré.

—¿Seguro?

—M-m. Soy un chico inteligente. No es sabio tocarle los cojones a un dragón fiero como el que tengo al lado.

Alargó una mano y le hizo a Troy una suave caricia en un brazo, apenas rozarle con las puntas de los dedos. Troy sintió un escalofrío de placer y se le puso la piel de gallina. Cielos, cuánto echaba en falta más caricias como esta... Así, casuales, casi sin venir a cuento...

No dijo nada más. Tomó un sorbo de su zumo. Pero no le había

gustado nada haber tenido que discutir con William, más delante de sus amigos.

¿Qué mosca le había picado a su novio, que estaba tan raro?

Capítulo 6

Aquella tarde, en el avión, William se acurrucaba en su asiento junto a Troy. Se cubrió con una mantita suave. El aire acondicionado de los aviones siempre le afectaba a la garganta, y era muy consciente de que tenía que cuidarse, porque su voz les ganaba el pan a todos. Se hizo un cuatro bajo la manta, apoyando la cabeza en el hombro de su compañero y colocando su mano sobre uno de sus brazos. Cerró los ojos.

Sintió que Troy cubría su mano con una de las suyas. No dijo nada, y William también guardó silencio.

Troy estaba serio desde lo que hablaron en la piscina. William opinaba que no era para tanto, pero tampoco estaba dispuesto a volver a discutir. Ya se le pasaría.

Según él, su novio estaba siendo demasiado prudente con este asunto. No le sorprendía. Troy era el mayor del grupo, y tenía tendencia a pensar demasiado y a ser demasiado responsable a veces. A William esto le parecía casi tierno. En el fondo le gustaba que su compañero se tomara el grupo tan en serio. Si no lo hiciera, dejaría de ser Troy, sencillamente.

Por su parte, seguía dispuesto a hablar con Max sobre el asunto. Pero lo haría en privado. Y para confirmar, le preguntaría si aquella jugada podría afectarle al grupo para mal, solo por si Troy se rebrincaba otra vez. Max tenía mucha más experiencia que ellos, él sabría distinguir. Pero vamos, William estaba seguro de que una actuación en Las Vegas no iba a reventar ninguna burbuja, todo lo contrario.

¡Ah, Troy...! Tan bruto y tan noble. Tan prudente para unas cosas y tan ingenuo para otras...

William estaba muy tranquilo en lo que concernía al futuro del

grupo. Todo iba como la seda, no había más que verlo. Su problema era otro muy distinto, uno que cada vez le atormentaba más.

Su piel echaba de menos la de Troy, la necesitaba. No podía seguir caminando a su lado por los sitios sin tocarle, sin sentirle, sin tomarle de la mano, sin abrazarse a él, sin besarle...

A lo mejor Troy también le echaba en falta a él, y por eso contestó de mala manera en la piscina, porque estaba irritable, porque le extrañaba.

¿Y qué podía hacer William? ¿Dónde podría sentirse a salvo estando en público, como le pasó en la fiesta de anoche? ¿Cómo podría saciar esta necesidad, sin poner a su chico en peligro?

Le dio un escalofrío y se acurrucó más bajo la manta. Troy debió darse cuenta, porque se movió para ayudarle, cubriéndole los hombros con cuidado.

De pronto habló una voz junto a ellos. Parecía muy joven, y preguntó sin ningún reparo:

—¿Por qué está tan abrazado a ti? ¿Es tu novio?

William se puso tenso. No quiso abrir los ojos, no se movió. Prefirió hacerse el dormido. Pero se le ocurrió pensar que Troy contestaría que sí. Y estaban en un avión lleno de gente, por Dios...

Su mano apretó el brazo de Troy en una silenciosa súplica. Para su sorpresa, la voz de su chico sonó muy tranquila y en tono suave cuando contestó:

—No. Es mi hermano pequeño.

—Parece una chica —dijo la otra voz.

—Pues te aseguro que es un chico.

—¿Y por qué está así? ¿Está enfermo?

—No. Está muy cansado. Dejémosle dormir, ¿vale?

—¡Vale!

En aquel momento, una voz de mujer llamó:

—¡Tina! ¡Ven aquí!

—¡Ya voy!

La voz se marchó. La mujer se oyó a alguna distancia por detrás de ellos, rezongando:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hables con

desconocidos? ¡Siéntate aquí y no te muevas más!

Y luego dijo algo que William no logró escuchar. Le dio lo mismo. Sintió que Troy apretaba cálidamente su mano con la suya y que le dejaba un besito en el pelo, murmurando:

—Solo era una niña, Will. No pasa nada.

William asintió, frotando su mejilla contra el brazo de su compañero. Agradeció los reflejos de Troy y que le hubiera leído el pensamiento. Cielos, qué susto había pasado.

Troy le acarició la mano y susurró:

—Duerme un rato, cielo. Es verdad que estamos muy cansados.

—Sí.

William hubiera querido añadir un «te quiero», y luego rubricarlo con un beso en la mejilla de su novio y un mimito. Pero una vez más, el miedo lo mantuvo paralizado, inmóvil, y lo único que fue capaz de hacer fue acariciarle el brazo por debajo de la manta.

Su corazón lloró por dentro. ¡Era tan injusto...! No podía besar a su amor ni decirle que le quería porque estaban rodeados de heterosexuales. ¡Pero ellos sí podían hacerlo! ¡Nadie agredía a un heterosexual por demostrar su amor en público! Se sentía tan frustrado, que de buena gana se habría puesto a gritar de rabia allí en medio. ¡Quería a Troy! ¡Y quería demostrárselo! ¿Cómo podía liberarse de este pánico que le atenazaba y le paralizaba de improviso?

Una cosa estaba clara. Rodeado de heterosexuales no podría. Nunca se sabía dónde podía haber oculto un homófobo, dispuesto a hacer daño.

Pero tal vez entre los gays...

***

—¿Un garito gay? —preguntó Seth—. ¿Allí es donde actúan?

—Sí —contestó William.

Era el día siguiente por la tarde. Estaban en su apartamento, revisando la agenda que tenían para la semana que viene.

Entrevistas, actuaciones en la tele, firmas de discos... La lista no acababa nunca. Los cuatro se habían reunido en torno a la mesa del salón. Seth tenía abierta sobre ella su inmensa agenda negra, donde tenía anotadas escrupulosamente todas las citas que le iban comunicando tanto Max como los chicos de marketing. La buena noticia era que mañana viernes por la noche y el sábado por la mañana no tenían ningún compromiso.

—¿Y cómo dices que se llama el grupo? —continuó Seth, interesado.

—Rain-Bow —repuso William.

Austin exclamó:

—¡Ah, yo los conozco! No personalmente, claro. Pero he oído algo de ellos. Esos tipos hacen pop, William. No es nuestro estilo.

—¿Y qué? De todo se aprende, ¿no? —dijo William.

—Hombre, visto así... —Austin hizo un gesto de duda.

—¿Cómo te has enterado, William? —preguntó Seth.

—En un anuncio de una revista.

—¿Y quieres ir?

—Yo sí. ¿Vosotros...?

Austin hizo otra mueca.

—Yo creo que nos vamos a aburrir, pero si vosotros vais, no voy a quedarme en casa solo.

—Más un viernes por la noche —dijo Seth—. ¡De ninguna manera! —Miró a William con una sonrisa y asintió—. Nosotros también vamos.

Troy intervino, frunciendo el ceño.

—¿Quién ha dicho que yo quiera ir?

—Nadie, cariño. Pero yo sé que vendrás —contestó William. Alargó una mano para acariciarle la mejilla, añadiendo—: Me prometiste que bailarías conmigo al menos una canción. Y tienes que cumplirlo.

Troy gruñó.

—¡Ni en tus sueños!

William le miró, confuso.

—¿Eso qué significa? ¿Que no vendrás? ¿Vas a quedarte aquí solo?

—Hombre, claro que no —rezongó Troy—. No me fío de ti.

Eres capaz de beber otra vez como una cuba, como hiciste en Las Vegas. Alguien tiene que ir contigo para vigilarte.

—¡Aww! Mi dragoncito rubio se ha convertido en mi padre... —contestó William, de broma.

Austin y Seth rieron, pero Troy se le quedó mirando con el ceño fruncido y los ojos grises serios y casi ofendidos. No le agradaban esta clase de bromas, y William lo comprendía. Después de lo que había pasado con su familia, nombrar a un padre o a una madre todavía debía ser doloroso para él. Se estiró para besarle en la cara con cuidado y cuchicheó:

—Lo siento, amor. No quería molestarte. En realidad, me hace mucha ilusión que vengas.

Troy bajó la vista. Su expresión se suavizó. Tomó una de sus manos entre las dos suyas y la apretó con cuidado, murmurando:

—No sé, Will. No quiero que bebas.

—¡Pero si es viernes por la noche! ¡Todo el mundo beberá! ¡Incluso tú!

—Ya, pero...

—Eh, venga, no pienses más. ¡Es una fiesta! Nos vendrá bien para relajarnos. Nos divertiremos un montón, ya lo verás.

Troy hizo una mueca de duda y solo repitió:

—No sé...

No parecía en absoluto convencido. Pero había dicho que sí, y William estaba feliz. ¿Qué sentido tenía ir a un garito gay sin Troy, a ver? ¡Ninguno! En cambio con él...

William pensaba provocarle, insinuarse y rozarse contra su novio todo lo que pudiera. Y si acababan haciendo algo indecente en algún rincón oscuro, a tomar por culo. Era *su* noche de esparcimiento. El único momento y lugar en que el miedo le permitiría volver a ser él mismo estando con desconocidos. Y William no veía el momento de exprimir la ocasión al máximo.

Y si de paso conseguía que Troy bailara con él... Bueno, eso sí que sería toda una experiencia. Pero lo veía difícil. Troy tenía un exagerado sentido del ridículo. No bailaba ni estando borracho, vaya.

Era todo un rebelde, hasta para las cosas más pequeñas. Y William le adoraba por ello.

Capítulo 7

Troy estaba muy a disgusto aquí.

A ver, el local no estaba mal. Era amplio y espacioso, y aunque había mucho público, uno podía moverse con libertad, sin verse aplastado por la multitud. Lo agradeció, porque las aglomeraciones de gente le daban agobio.

Pero la música era facilona y demasiado dulce para su gusto. Y hacía un rato había ido a la barra a por una bebida, y a su regreso se había tropezado de frente con un tío, más alto que él, más musculoso y más todo, que le echó la revisión de arriba abajo, como si Troy fuera mercancía. Y no contento con esto, luego se permitió la libertad de hacerle ojitos.

Troy se había sentido muy incómodo y ridículo allí, separado de sus amigos, con un vaso en la mano, padeciendo aquella mirada de un completo desconocido. No supo lo que hacer con su vida, de modo que bajó la vista y se escurrió deprisa por un lado en dirección a donde estaban los demás. Pero el encuentro no había sido agradable para él.

Y por si todo esto fuera poco, William estaba raro otra vez.

Aunque, decir que estaba «raro» no era una descripción adecuada. Sería más correcto decir que había vuelto a las andadas. En efecto, otra vez estaba bebiendo una cantidad exagerada de alcohol, otra vez estaba bailando como un poseído, y otra vez estaba poniendo frenético a Troy.

Allí estaban los dos, frente a él. William había tomado a Seth por una mano y le había dicho:

—¡Baila conmigo! ¡No te dé vergüenza! Mira, así...

Y había empezado a moverse al ritmo de la música, abandonado y sensual, como hizo el otro día, en la piscina del hotel en Las Vegas.

Seth estaba mucho menos intoxicado que él, pero pareció divertido por la actitud del cantante. Sonrió de oreja a oreja y luego empezó a bailar a su vez. Eso sí, en su caso, como en todo lo que hacía, sus movimientos eran más comedidos, más sobrios y

elegantes.

Sin embargo, William no tuvo suficiente con haber sacado a su amigo a bailar. Apenas hubo visto que Seth le secundaba, se arrimó más a él. Colocó una mano sobre su cintura, se pegó a él, barriga con barriga, y empezó a moverse de modo sinuoso, frotándose contra su amigo.

De nuevo, a Seth pareció hacerle gracia. Volvió a sonreír, le hizo una seña a Troy con la mano, como para decirle sin palabras que William había perdido la cabeza, y siguió con lo suyo. Había que decir a su favor que no tocó a William, se guardó mucho de hacerlo. Pero tampoco se apartó.

Troy estaba en llamas, y no sabría muy bien decir por qué. Estaba dividido entre la rabia, que se iba acumulando por segundos en la boca de su estómago, y el deseo, que estaba empezando a condensarse en sus partes bajas.

Cualquiera que no conociera a esos dos, diría que eran pareja. ¡Y eso no estaba bien! ¿A qué demonios estaba jugando William? ¿Por qué volvía a comportarse como una tentación andante?

Y a la vez, ver ese cuerpo delgado y sólido moverse así... Con la espalda arqueada, ofreciéndole el pecho a Seth... Otra vez lo llevaba descubierto, porque se había abierto la camisa nada más entrar. Algo que no sorprendía a Troy, dicho sea de paso. William acababa medio desnudo en todos los conciertos, y suponía que esto no tenía por qué ser diferente. Pero ese torso estrechito y blanco, cubierto de liso pelo negro, con los pectorales marcados, tan ofrecido y tan rico, llamaba a sus manos a voces para que lo recorriera entero a caricias. Y esos pezoncitos traviesos pedían ser mordidos y lamidos por su boca.

¿Y la carita? ¿Por qué tenía William que ponerse tan guapo cuando estaba inmerso en la música? Tenía los ojos cerrados, con las espesas pestañas negras acariciando sus blancas mejillas. Sus labios finos y masculinos, ahora rojos y brillantes por el alcohol, estaban fruncidos en una mueca de concentración. Parecían tan jugosos y blandos... Troy también se moría por morderlos.

Sus ojos se fueron por sí solos al pantalón del chico, a la curva perfecta de su trasero. Y las manos le ardieron de ganas de asirlo, apretarlo con los dedos abiertos, y sentir esa piel blanda y esos

músculos firmes bajo su piel.

Para su propia sorpresa, se le vino a la mente la imagen de ese mismo trasero, pero desprovisto de ropa que lo cubriera. En su imaginación, estaba ante él, y Troy se permitía el placer de clavar los diez dedos en esas deliciosas y blancas nalgas, y de besarlo y morderlo suavecito con dientes y lengua.

Se sacudió. Parpadeó para volver al mundo. Demonios, nunca antes había experimentado la necesidad de morderle el trasero a nadie. Le echó una ojeada desconfiada a su vaso de ron. ¿Le habrían puesto algo raro en la bebida?

Daba igual. Bebida o no bebida y algo raro o no, la imagen mental seguía ahí, bien nítida. Y se entretenía en enviar pequeñas descargas de escalofríos de fuego en dirección sur. El deseo de morder el culo perfecto de su novio a la menor ocasión se impuso a todo lo demás. La rabia se hizo más intensa.

¿Por qué hacía William estas cosas? ¿Por qué si iban por la calle se negaba a tocarle, y ahora se dedicaba a provocarle así? No parecía que le diera miedo frotarse contra Seth, ¿verdad? ¿Y con Troy no podía? ¿Era esto alguna clase de enrevesada estratagema para hacerle martirio sexual a Troy?

Porque vamos, si lo era, lo estaba consiguiendo. Su pequeño Troy, el que vivía dentro de su pantalón, se sentía muy frustrado. Quería ese trasero. Y con tanta gente alrededor, no lo podía tener. Y aún podían pasar horas hasta que pudiera volver a estar a solas con William en la intimidad de su habitación. Y esa parte de su anatomía era muy exigente; no le gustaba nada tener que esperar.

—¿Te aburres, jefe? —preguntó de pronto Austin.

Estaba de pie a su lado, con su propio vaso en la mano. Él tampoco bailaba, gracias a Dios, así que se dedicaba a hacer como Troy: aguantar la música como pudiera, beber y mirar a la concurrencia, tratando de aparentar que no se sentía en absoluto fuera de sitio. No. Ni un poquito.

—Pues sí, la verdad —repuso Troy.

Para ser exactos, no era aburrimiento lo que sentía. Pero le pareció que tampoco estaba muy lejos de la verdad. ¿Estaba recorriendo el cuerpo de William con sus manos a base de caricias? No. Luego entonces estaba aburrido, contando los

minutos que faltaban para poder hacerlo.

—Ya os dije que esta música no era lo nuestro —dijo Austin.

Sí, por cierto. Tal vez fuera la música lo que tenía frustrado a Troy y subiéndose por las paredes...

No, no. Eran los movimientos de William. Había que verlo, sacudiendo la cabeza para los lados y haciendo ondear sus rizos, con los brazos en alto y el ombligo pegado al de Seth. Este hombre destilaba lujuria, maldición.

Austin pareció darse cuenta de que los ojos del guitarrista estaban adheridos a la figura del cantante, porque comentó:

—La estrella parece estar pasándolo bien, ¿no crees?

Troy arrugó la nariz.

—Demasiado bien —gruñó.

Austin se rió.

—¿Por qué lo dices?

Troy señaló a sus compañeros con una mano.

—¡Míralo! ¡Está buscando guerra, lo pide a voces! ¡Todo el mundo está pendiente de él!

—Normal. Baila bien. Y ya sabes que la música le puede.

—¡Pero tiene novio! Y todos los tíos... ¡Cht! Espera, Austin.

Troy se dirigió resueltamente hacia William. Acababa de ver a un tipo, también delgado y pálido, con el pelo rubio y la nariz aguileña, acercarse a su novio por detrás con cara de estar salido. Estaba haciendo la intención de pegarse a él, haciéndose el encontradizo mientras bailaba, cuando Troy llegó. El guitarrista rodeó el cuerpo de su chico con un brazo y le habló al desconocido, fulminándolo con la mirada.

—Perdona, tío. Búscate a otro. Esta belleza está cogida.

El otro alzó las manos en señal de paz y se fue sin decir nada. Troy lo siguió con la vista hasta que se perdió del todo entre la gente.

—¿Qué pasa? —preguntó William.

Se había detenido, y miraba a Troy con cara de no comprender nada.

—¿No lo has visto? ¿En serio? —Le espetó Troy.

William se encogió de hombros. Troy miró a Seth, y este se limitó a decir:

—Yo lo he visto ahora, cuando tú has llegado. Pero la gente es así, Troy. Uno tiene que intentarlo, o no se come una rosca.

Troy apretó la cintura de William con más firmeza contra sí.

—Ya —contestó, molesto—. Pues esta rosca es mía, se siente.

Seth sonrió con ternura. William miró al uno y al otro alternativamente, preguntando:

—¿Qué ha pasado? ¿De qué habláis?

—Un tipo ha estado a punto de meterte mano —explicó Troy —. Y te está bien empleado, por moverte así. ¿Dónde te crees que estás? ¡Esto está lleno de gente! ¡Y todo el mundo te está mirando!

—¡Oh, ya será menos...!

—¡En serio!

—Bailas muy bien, William —intervino Seth.

—¡Y tienes novio, joder! —concluyó Troy.

William colocó una mano sobre su pecho, diciendo en tono meloso:

—Aws, pero si mi novio no baila...

—Si esto es un truco para hacerme bailar, que sepas...

—Que no quieres. Sí, sí. Ya lo he entendido.

William se dio la vuelta para apretarse contra él. Su mano subió para acariciarle el pelo y la mejilla. Una oleada de fuego bajó en dirección a la entrepierna de Troy al sentir el tacto cálido y liviano de las puntas de sus dedos en su piel. Su propia mano se abrió por sí misma para apretar más la cintura de su chico contra sí.

—¿Y mi dragoncito ha espantado al moscón? ¿Sí? —ronroneó William.

Su aliento olía a alcohol, a William, a sexo... Troy empujó un poquito con las caderas en su dirección. Sus partes pedían a voces que se rozara contra él. «¡Más contacto, por favor, que vamos a reventar con tanta provocación!», clamaban.

—¡Qué remedio! —rezongó Troy—. Pero no siempre estaré ahí para salvarte. ¿Qué habría ocurrido si yo hubiera ido al baño? ¿Y si...?

Empezó a sentirse patético, una mezcla entre abuelo cascarrabias y novio celoso, y estaba muy seguro de que él no era ninguna de las dos cosas. Por suerte, William le ahorró la indignidad de continuar con su retahíla. Y lo hizo del modo más

simple además. Simple, pero efectivo.

Le interrumpió con un besito lento, casto y dulce en los labios.

Troy se quedó inmóvil, sintiéndole. Aquella boca estaba húmeda y caliente, y sabía a *whisky*. El besito se fue a su pantalón, a aumentar la temperatura de la caldera que tenía entre sus piernas un poco más. Como si aún no hubiera tenido suficiente, vaya...

—¿Por qué estás tan celoso? —murmuró William, acariciando su nariz con la suya—. ¿Era guapo, o qué?

Se apartó un poco. Sus ojos negros se clavaron en la boca de Troy, mirándola con abierta fascinación, y las puntas de sus dedos se dedicaron a acariciarle la barbilla, una comisura y los labios, despacio y suavemente.

Troy eligió no contestar por ahora. De repente, tenía algo mucho mejor que hacer.

Con un gesto rápido, atrapó el índice de aquella mano entre sus dientes y sus labios, ahora que lo tenía a tiro, antes de que el muy travieso se retirase. Le hizo una caricia con la punta de la lengua en la yema del dedo, y tuvo la satisfacción de ver los ojos de su chico agrandarse por la sorpresa primero... Y luego entornarse por el deseo.

Ah, estaba bien saber que él también podía provocar aquí. Que su única función en la vida no era ser provocado y frustrado hasta la saciedad.

Saboreó con labios y lengua el dedito aquel mientras lo dejaba ir, y después se inclinó para besar la boquita del chico, murmurándole a flor de piel y desde el fondo de su alma, un simple y humilde:

—Te quiero.

Capítulo 8

A Troy le pareció recordar vagamente que habían estado hablando de algo. Pero no podía saber qué era, y suponía que tampoco importaba. La boca de William en la suya era blanda y

jugosa, y estaba caliente, oh sí. Y se dejaba morder, colaborando en la caricia a su modo sensual y sugerente. Troy rodeó el cuerpo del chico con ambos brazos...

O más bien lo intentó, porque no pudo. Todavía tenía un vaso medio lleno en la mano. De hecho, estuvo a punto de derramarlo sobre los tejanos de William. Troy chasqueó la lengua, contrariado. Se apartó de su novio a desgana y murmuró:

—Espera, cariño. Voy a...

Se volvió, sin saber muy bien qué hacer con el puñetero vaso. Seth parecía haber comprendido que necesitaban su espacio, porque se había retirado sin decir nada y ahora estaba con Austin cerca de la barra. Miraban los dos al escenario, hablando entre sí y bebiendo en agradable camaradería. Ninguno pareció verle ni percatarse de su dilema.

Troy hizo un puchero. La barra quedaba a varios metros de distancia, y sus amigos también estaban fuera de su alcance. ¿Qué hacía ahora? ¿Tendría que soltar a William para poder deshacerse de un simple vaso? La idea no le atraía, la verdad.

De pronto, William hizo algo increíble.

Soltó una risita. Se echó sobre él, ofreciéndole el pecho y abriéndose la camisa aún más con las dos manos, y le dijo:

—Échamelo encima.

—¿Qué? —Se extrañó Troy.

Debía haber oído mal, seguro. Pero William asintió y repitió:

—Sí. Échamelo. Y bébetelo en mí. Chúpame, saboréame, recórreme con esa preciosa boquita que tienes.

Troy no sabría decir si fueron las palabras en sí, o si fue la voz grave de su novio, que ahora sonaba susurrante y rasposa... O si fue ese pecho tan ofrecido y a tan poca distancia, y esas clavículas, y ese cuello, y su cara de abandono, y su sonrisa entre ilusionada y perversa... El caso es que todo ello se le fue directo a la entrepierna, y su pene empujó contra la cremallera de su pantalón, duro como una piedra.

Durante unos instantes, se quedó mudo e inmóvil, sobrepasado por la intensidad de los escalofríos que le recorrían la espalda y del deseo que le latía a flor de piel.

—Joder, Will... —Fue lo único que pudo balbucear.

En algún lugar de su cabeza, su única neurona pensante en aquel momento le dijo que por qué se sorprendía tanto, si William siempre había sido un pervertido...

Ya, pero aún así... ¡Estaban en un bar lleno de gente, por Dios!

—¿Qué pasa? ¿No quieres? —preguntó William, haciendo puchero.

—¿Querer? Si por mí fuera, te follaría ahora mismo hasta sacarte los ojos, chico. —Escuchó Troy decir a su propia voz.

William se rió, echando la cabeza hacia atrás a su modo exagerado.

—¡Ah, menos mal! —exclamó—. No he perdido del todo mi atractivo.

Le miró luego con una expresión curiosa, entre la ternura y el deseo, y de pronto, su mano se cerró sobre uno de sus brazos.

—¡Ven! —Le cuchicheó—. Busquemos un huequecito más privado.

Tiró de él hacia un extremo del bar, al lado opuesto de donde estaba el escenario. Troy le siguió sin discutir. Mientras caminaba, con cierta dificultad, todo hay que decirlo, se llevó el dichoso vaso a los labios y tomó un largo trago.

Si había que desnudarse allí en medio para encontrar alivio, qué menos que hacerlo estando decentemente alcoholizado, ¿no?

***

Instantes más tarde, estaban los dos en un rincón oscuro del local. Había otras parejas de tíos por allí, haciéndose arrumacos, pero a Troy no le importó. Ellos parecían ir cada uno a lo suyo, y él pensaba hacer lo mismo.

William encontró un hueco entre las parejas. Le quitó el vaso de las manos sin decir nada, bebió como el hombre que está sediento después de haber atravesado un desierto, y luego dejó el recipiente vacío en el suelo, junto a la pared. Pegó su espalda a la pared también y alargó las manos hacia Troy. Enganchó los dedos en su cinturón y le atrajo hacia sí.

—¿Por dónde íbamos? —ronroneó, empujando con las caderas hacia él.

—¿Por la parte en la que me tienes salido? —murmuró Troy.

Enterró la cara en el cuello de su chico y se dedicó a recorrerlo de arriba abajo con dientes y lengua, rodeándole con los brazos. William tomó aire, echando la cabeza hacia atrás y empujando ahora con el pecho también. Sus manos le apretaron los hombros.

—¿Tan salido como para hacerlo aquí en medio? —preguntó, un poco sin aliento.

Había una sonrisa en su voz. Troy le mordió la barbilla, dejando que sus dedos apretaran ese culo estrechito y firme, y preguntó a su vez:

—¿Hacer el qué?

—Lo que podamos.

—¿Aquí?

—M-m.

—¿Tú serías capaz?

—Oh, sí.

Las manos de William recorrieron a caricias sus brazos, su cintura, su vientre... Se fueron a por su sexo y lo frotaron por encima del pantalón sin ningún reparo.

Ahora fue el turno de Troy de echar la cabeza hacia atrás para tomar aire. Tenía las partes a punto de reventar, cielos...

—¡Vaya! —suspiró William—. Pues sí que hay ganas, sí...

—No sabes cuántas... —gruñó Troy.

William se rió, pero Troy se bebió su risa, mordiéndole la boca otra vez con ansia. Esos labios blandos y húmedos le llamaban de modo irresistible. Eran un imán.

William era William, y no sabía estar callado. Empezó a hacer ruiditos de necesidad en su boca, mientras Troy le acariciaba las nalgas como podía. Se sentía torpe y rudo, como las primeras veces que lo hicieron juntos. Su cabeza estaba embotada y solo escuchaba dentro el insistente apremio de la llamada del deseo.

Por su parte, las manos de su compañero tampoco se quedaron inactivas. Troy sintió que esos dedos perversos hacían algo entre sus dos cuerpos, y un instante más tarde, notó que se aflojaba la presión que su pantalón estaba ejerciendo sobre su erección.

Rompió el beso, echándose un poco hacia delante para apretarse contra su chico. Levantó la cabeza, tratando de respirar, pero lo único que consiguió hacer fue emitir un gemido, pequeño y ronco.

—Shh... Cariño... —murmuró William, sembrando su mandíbula de besitos—. Estoy aquí...

Sí, gracias a Dios. Y sus manos seguían siendo tan hábiles como de costumbre, a pesar del alcohol. Troy sintió el tacto de sus dedos en su erección y tomó aire entre dientes, cerrando los ojos. Sintió luego el contraste del aire más frío a su alrededor cuando aquello salió por fin de los confines ardientes de su ropa interior y suspiró, con otro gemido. Estaba en llamas.

—Ven, mi vida... Conmigo... Acércate más... —cuchicheó la voz de William en su oído.

Sus manos parecían estar en todas partes. Le tomaron por los brazos otra vez, le apretaron contra sí. Troy cubrió su cuerpo con el suyo, apoyando sus manos en la pared, a los lados de la cabeza de William, y enterró la cara en su hombro.

Lo iba a hacer, por Dios. Tenía el pantalón abierto en medio de un bar. Tenía la cosa fuera, y una de las manos de su compañero metida a presión entre sus dos cuerpos, sacudiendo como podía sus dos erecciones a la vez, apretadas juntas...

Se iba a correr. Rodeado de gente. En un lugar público. Y su semen se mezclaría con el de William en el regazo de ambos.

Sabía que en realidad nadie podía verlos ni ver lo que hacían. Estaban en una zona muy oscura y su cuerpo los cubría a los dos. También sabía que probablemente las parejas que les rodeaban estuvieran haciendo cosas aún peores. Pero aún así, solo con pensar en lo que estaba ocurriendo, una oleada de sangre le subió a las mejillas y el corazón se le puso a mil, latiendo como un desesperado en sus oídos. No estaba tan ebrio como para haber perdido toda la vergüenza. Pero la necesidad de descarga y la atracción de lo prohibido eran más fuertes, casi vibrantes en su intensidad.

Mientras estaba allí, envolviendo el cuerpo de su chico con el suyo, empujando contra él, gimiendo en su cuello y escuchándole gemir en el suyo, y sintiendo los escalofríos de justo antes del

orgasmo, Troy se dijo...

Que iban a ir al infierno los dos, pero la de ahora mismo iba a ser una de las mejores corridas que había tenido en su vida.

La mano de William aceleró el ritmo y Troy se dejó ir. El placer lo inundó todo y las llamas le consumieron como al ave fénix. Deliciosas llamas de placer.

Quizás esto que estaba sintiendo era el placer del pecado. Pero en aquel momento ya no quiso pensar más. Habría tiempo para ello, más tarde o cuando fuera. Aquel instante era para sentir. Y qué delicioso era lo que sentía...

Capítulo 9

Un par de días más tarde, Troy iba caminando por las calles de Nueva York en dirección a unos estudios de televisión.

En realidad, estaba acompañando a William a una entrevista. Y estaba nervioso porque iban mal de hora. Su compañero se había despertado hacía solo unos minutos, después de mucho insistirle y de mucho presionar. Troy tenía la sensación de que llevaba toda la mañana intentando sacarle de la cama. Aún así, cuando llegó el momento de salir, William no le había parecido estar del todo despierto, de modo que Troy había decidido acompañarle, para cerciorarse de que no había tropiezos.

Austin y Seth ya habían salido cuando ellos se fueron. Tenían una reunión con los chicos de marketing de la discográfica, y luego tenían la intención de dar una vuelta por el centro para estar un rato juntos. No llegarían a casa hasta la hora de comer.

A Troy le fastidiaba un poco haber tenido que cambiar de planes. Hoy podría haberse quedado en casa solo toda la mañana, y tenía previsto dedicar estas horas a ensayar. Estaban en puertas de una gira, y él todavía no se sentía lo bastante seguro con las canciones de su nuevo disco como para dar un concierto, mucho menos una serie de ellos. Pero si tenía que elegir entre ensayar y cuidar de William, prefería lo segundo. En casa no se habría

quedado tranquilo, de todas formas.

Había sacado su descapotable porque, a pesar de que el tráfico en Nueva York era un infierno, era más rápido ir a los sitios en coche que por otros medios. Además, los estudios estaban en las afueras, y había un aparcamiento subterráneo a un par de manzanas del edificio. Acababan de dejar el coche allí, y ahora caminaban todo lo aprisa que podían. Para desesperación de Troy, en el caso de William, parecía que por mucho que se esforzase, eso de la prisa hoy no estaba hecho para él.

Seguía sin parecer muy despierto que digamos. Al menos, había sido capaz de arreglarse lo suficiente, lo cual era un logro. Iba un poco al estilo de Troy, con tejanos oscuros, camiseta también oscura y chaqueta de cuero. Se había peinado su vaporosa cabellera, y se había puesto todas sus joyas. Pero sus ojos como huevos le habían obligado a usar gafas de sol y caminaba como un sonámbulo.

Troy rezó para que fuera capaz de hilar oraciones completas en la entrevista, y que no tuvieran que preguntarle a él. No era bueno con las palabras, y las cámaras le ponían nervioso, hasta el punto de dejarlo mudo. Si William no atinaba, la cita podría acabar en desastre. Y no podían permitirse una cosa así a estas alturas de su carrera. Pero no era esto lo que le preocupaba realmente.

Tenía la terrible sospecha de que William se levantaba por las noches para beber. Ya llevaba dos días encontrándolo comatoso en el sofá por las mañanas, y la peste a alcohol lo delataba.

Además, las botellas de *whisky* desaparecían de forma misteriosa, por más que compraban. Austin era el que se había dado cuenta de esto. Le gustaba tomar medio vasito por las noches de vez en cuando, y se había quejado de que en los últimos días, cada vez que iba a buscar la botella, se la encontraba vacía, aunque la hubiera puesto nueva el día anterior. Lo dijo como de pasada, y bromeó con que a lo mejor tenían duendes en casa. Duendes borrachos, para ser más exactos. Pero Troy había captado la preocupación en sus ojos mientras bromeaba. Y Austin había estado mirando a William.

Por su parte, el cantante no decía nada. Si le preguntaban, desviaba la conversación a otros asuntos, y nunca parecía darse

por aludido cuando Austin se quejaba de que el *whisky* desaparecía o hablaba de aquellos presuntos duendes. Troy había intentado hablar con él a solas en un par de ocasiones, y William había escurrido el bulto, diciendo que le dolía la cabeza.

¿Qué podría sucederle?

Troy podía entender que uno bebiera en una fiesta o en dos. Pero, ¿también en los días normales, estando en casa? ¿Y bebía solo? ¿Qué diversión había en beber solo, en el salón, de madrugada?

Estaba en este punto de sus pensamientos cuando vio que William trastabillaba y que se le iba el cuerpo hacia delante. Antes de poder pensarlo, alargó una mano y le rodeó con el brazo para sostenerlo y que no diera de bruces en el suelo. Pero apenas sintió el abrazo, William se irguió, se apartó de él con exagerada dignidad y murmuró:

—Ya está, Troy. Relájate. Sé andar solo.

—¿En serio? Porque has estado a punto de dar con la nariz en la acera.

—A punto. Tú lo has dicho. Pero no he dado.

—¡Eh! ¿A qué vienen esos aires? Encima de que intento cuidar de ti...

—Te lo agradezco, pero ya ves que no lo necesito.

—¿No? A mí me parece que sí.

—Troy, por favor, no tengo ganas de discutir.

—No me sorprende. Las resacas suelen poner a la gente de mal humor —contestó Troy agriamente.

William chasqueó la lengua e hizo una mueca de hastío. No dijo nada.

Troy se acercó más a él. Le agarró por un brazo y murmuró:

—¿Puedes decirme qué es lo que te pasa?

William dio un brinco y se apartó como si la mano de Troy estuviera hecha de fuego. En voz baja, exclamó, haciendo un gesto de impaciencia con las manos:

—¡En la calle no, Troy!

El guitarrista se detuvo y se le quedó mirando, perplejo.

—¿Otra vez? —dijo—. ¿Por qué no, a ver? ¿Te recuerdo lo de la fiesta del viernes? No te importó que aquello estuviera lleno de

gente, ¿verdad? ¿Y ahora no puedo acercarme a ti por la calle? ¿Qué demonios...?

William también se detuvo y se volvió para mirarle. Se acercó un par de pasos, preguntando:

—Ah, ¿tengo que explicarlo? ¿No te diste cuenta?

—¿Cuenta de qué?

William se inclinó un poco hacia delante para cuchichearle en la nariz:

—Era un garito *gay*, Troy. Allí estábamos a salvo.

Y sin más, se dio la vuelta y continuó caminando. Troy se apresuró a seguirle.

—¿A salvo? —repitió—. ¿A salvo de qué?

—Creo que llegamos tarde, ¿no? ¿Es aquí?

William no volvió a mirarle. Se dirigió resueltamente a la puerta de los estudios, que se abría ya a su derecha. Troy entró tras él, cada vez más confuso.

¿En qué momento habían empezado a correr peligro? ¿Y qué clase de peligro? ¿Acaso William sabía algo que ellos no supieran? ¿Y qué podría ser? ¿Por qué él lo sabía y ellos no?

No entendía nada de nada. Y este asunto empezaba a parecerle un tanto siniestro.

***

A Troy no le agradaba tener que hablar con la prensa. De hecho, no lo hacía jamás si podía evitarlo. Sin embargo, en aquella ocasión se vio obligado a ello. Y del modo más inesperado, además.

La entrevista ya estaba en curso y las cámaras estaban rodando. Se emitía en directo para un programa matinal, por lo que no había ningún margen de error.

Troy y William estaban sentados juntos en una especie de sofá, frente al presentador que les iba haciendo las preguntas. William contestaba con su ingenio habitual, y Troy se ocupaba de apretar bien los labios y de maravillarse por la capacidad de

improvisación de su compañero.

—En vuestro nuevo disco... —dijo el periodista, mostrando el álbum en una mano ante la cámara—. Hay varias canciones que hacen alusión al hecho de estar enamorado. ¿Por qué, William? ¿Hay alguna persona especial en tu vida?

William no contestó. Se quedó mirando al hombre con grandes ojos. Troy aguardó unos instantes. Imaginó que su novio estaría pensando alguna respuesta realmente ocurrente esta vez. No era ni mucho menos la primera ocasión en la que le preguntaban por su vida sentimental. William tenía ya experiencia y soltura en resolver este tipo de situaciones.

Pero el tiempo pasaba y William no decía nada.

Troy se removió en su asiento, incómodo, mirando a su compañero y apremiándole con la vista. William no pareció sentirlo. Estaba inmóvil mirando al vacío. Parecía petrificado.

Viendo que el silencio se alargaba y que empezaba a ser incómodo, el presentador sonrió de modo un poco forzado y dijo:

—¿Tenemos que interpretar esto como un «sí»?

—No —contestó Troy.

Y se sorprendió al oír su propia voz, porque no planeaba usarla en absoluto. Se esforzó por ignorar los latidos acelerados de su corazón en su pecho, mientras continuaba diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Es una metáfora. Estamos enamorados de la vida. Por eso nuestro disco se llama *Sons of Death*. En realidad, es un canto a la vida y a la esperanza.

Era cierto. Él mismo había elegido el título del álbum, y había sido por este motivo. Pero jamás pensó que algún día tendría que revelarlo a la prensa, ni mucho menos, de este modo, con William convertido en estatua de sal a su lado.

—¡Vaya! —exclamó el periodista.

Su improvisada explicación había tenido el efecto deseado, distraerle. Pero ahora Troy estaba ante un nuevo problema, porque el presentador se había dado cuenta de que él estaba allí, de que no era un mueble. Y también de que tenía boca y que sabía usarla. Y eso era algo terrible. ¡Le entrevistaría a él!

Y sí, el hombre le miró directamente y dijo:

—Eso es algo muy profundo. No es habitual en grupos de rock. ¿Podemos saber a qué se debe?

Troy continuó lanzando palabras al aire al azar, deseando que se lo tragara la tierra, y que William reaccionase de una vez y que se dignase rescatarle de este marrón.

—Nuestro cantante y letrista es un intelectual. Es poeta. Por eso se expresa en símbolos.

Se removió otra vez, y aprovechó para darle un codazo disimulado a William en un brazo. Empezaba a sentir el pellizco de la ansiedad en la boca del estómago. Si se veía obligado a responder a una sola pregunta más, él también se quedaría bloqueado, y a ver qué iban a hacer entonces. Era una situación desesperada. Troy ya no sabía qué más decir, había agotado todos sus cartuchos. ¡Will tenía que reaccionar!

Por suerte para ambos, William se sacudió un poco, como si despertara de un trance, y volvió a mirar al periodista, que en ese momento estaba diciendo:

—Interesante. Así que eres un erudito, William.

—Me gusta leer —contestó el cantante, en su tono despreocupado habitual, con un pequeño encogimiento de hombros—. Leer nos permite vivir mil vidas en una sola. ¿No lo sabía?

El presentador sonrió ampliamente y dijo:

—¿Y en eso te inspiras para escribir tus letras? ¿En los libros?

—En ocasiones. Otras me inspiran las experiencias de personas que conozco. En verdad, todo puede convertirse en canción si uno se empeña lo suficiente.

La conversación derivó por otros derroteros. El periodista empezó a preguntar por la gira y las actuaciones más inmediatas, y William pareció más a sus anchas en este nuevo asunto, y sus respuestas volvieron a ser divertidas y fluidas, como siempre.

Troy soltó un suspiro disimulado de alivio. Había faltado muy poco. William había patinado por culpa de la resaca, seguro. Ah, ¿qué iba a hacer con él?

Capítulo 10

¡Cielos, qué cerca habían estado del desastre! William todavía sentía escalofríos cada vez que se acordaba. Y eso que ya habían salido de los estudios e iban de regreso al coche...

Menos mal que Troy tuvo esa reacción. Una salida como aquella no se le habría ocurrido a él en su vida. Pero mucho menos estando lento de reflejos como estaba por culpa de la maldita resaca.

¡Y pensar que cuando salieron de casa esta mañana se sintió un poco fastidiado porque Troy parecía haberse convertido en su padre poco más o menos, y se había empeñado en acompañarle...! Menos mal que lo había hecho.

Hablar con la prensa era difícil. Esos tíos disparaban a traición y con mala leche. Uno tenía que estar muy alerta para desviar el fuego y salir por la tangente. Y también había que tener una cara muy dura para mentir sin ningún complejo cuando ya no le quedaba otra. Esta mañana el alcohol le había arrebatado ambas cosas, y durante ese instante terrible se había sentido desnudo y desvalido. Si no hubiera estado Troy, William no sabía lo que habría podido pasar.

La pregunta en sí había tenido miga. «¿Estás enamorado, William Miller?». Y su cerebro contestó por sí mismo: «Sí, mire usted, hasta los huesos. Y de este hombre que tengo sentado al lado. Puedo sentir el calor de su cuerpo y el aroma de su perfume. Se ha puesto ese que tanto me gusta, porque le hace oler a macho y a la vez es elegante y sofisticado. Y aunque no me vuelva para mirarle, sé que ahora mismo está saliendo guapísimo en las pantallas de televisión de todo el país, con esa chaqueta de cuero que le hace parecer un macarra, aunque en realidad no lo es, con el cabello dorado largo hasta los hombros y con esos ojos grises que tiene, de mirada seria y madura».

«Me siento muy orgulloso de él y de ser su novio. Amo a este hombre, ¿se enteran? Y no puedo decirlo ni puedo tocarle porque si me permito alguno de estos lujos, mañana mi amor podría

amanecer muerto. ¡Mi egoísmo puede matarlo! ¡Puede matarnos a los dos! ¿Entiende usted mi maldito dilema? Señores telespectadores, por favor, ¿pueden ayudarnos a acabar con la homofobia de una vez? ¡Ninguna persona debería morir solo por amar a otra!».

Todo esto pasó por su mente en ese instante, y además lo hizo a toda velocidad. Las emociones desatadas se le agolparon en el pecho y en la garganta: impotencia, rabia, amor, ira... Y todo ello se mezcló con el aroma de Troy y el calor de su cuerpo junto al suyo, y la necesidad de protegerle a cualquier precio. Aunque el propio Troy fuera tan noble y tan ingenuo que ni siquiera sospechara que necesitaba ser protegido. ¿Cómo demonios iba a hablar William en estas condiciones? ¡Su cabeza iba a reventar como una maldita olla a presión, joder!

En fin, por resumir, se sintió atrapado. No podía mentir porque ya se había quedado mudo durante unos segundos más de lo necesario, y dijera lo que dijera ahora, se notaría que era falso. Y tampoco podía decir la verdad, obvio. De modo que lo que sintió durante aquellos instantes interminables que mediaron entre la pregunta y la reacción de Troy fue puro y simple pánico. Un pánico inmenso y sobrecogedor.

No había sido una experiencia agradable.

Y ahora otra vez estaba en la calle con Troy. Y su compañero no hablaba ni tampoco le tocaba, pero le dirigía miradas desconfiadas de soslayo de vez en cuando.

Troy le conocía bien. Sospechaba que le pasaba algo. No en vano eran amigos desde hacía dos años y pareja desde hacía más de seis meses. Y William se moría por poder tomarle de la mano, entrelazar sus dedos con los suyos, apretarse contra él y darle las gracias. También se moría por hablar. Hablar en serio y decirle la verdad.

Pero Troy no comprendería. Había pasado su vida en el armario, sin saber siquiera que estaba en él. En el fondo seguía siendo un Boy Scout, idealista y soñador. Y William le adoraba por eso, ya que él hacía muchos años que perdió ese candor. Tuvo que hacerlo a la fuerza. El mundo y su familia homófoba le rompieron, le mostraron de qué estaba hecha la realidad: de sangre

y lágrimas. Tal vez por eso quería que Troy continuara siendo como era, a poder ser, durante toda su vida.

Pero para Troy las cosas eran fáciles. La vida era un camino recto y la verdad se vivía en el día a día. Y para William no era así como funcionaba el mundo. A ver, entendía a Troy, porque él había sido así antes. Pero ahora no. Había crecido. Y la fama había traído consigo esta inesperada amenaza. William no sabía qué hacer con ella, ni cómo manejarla. Y si él no sabía...

No, Troy no comprendería. Ninguno de sus compañeros podría. Ellos no habían vivido el rechazo y el odio. Él sí. Y Charlie Orson también. Al pobre le había costado la vida, precisamente.

De modo que William estaba solo. Solo con sus temores, solo con sus pesadillas, y solo para proteger a su novio. Solo con todo.

Y él se hacía el fuerte, pero en realidad sabía que sus hombros eran demasiado frágiles para una carga tan pesada. Muchas veces se sentía a punto de romperse, pero el *whisky* lo impedía. Eso y...

Lo que sentía por Troy. Y poder verle dormir, relajado y en paz. Aunque su compañero también había tenido pesadillas los primeros días después de regresar de Charleston, ya estaba mejor, y era una delicia verle dormir.

Ojalá William también consiguiera volver a dormir así alguna vez en la vida. Ojalá...

***

Troy se sintió más ligero en cuanto se hubieron quitado de encima la entrevista de marras. Incluso disfrutó del refrigerio que les ofrecieron después, y luego también disfrutó del breve paseo de regreso al coche.

El día estaba despejado, la mañana soleada, la temperatura era perfecta y soplaba una brisa muy agradable que le alborotó el pelo y le despejó bastante. Empezó a pensar que sería buena idea quitarle la capota a su coche para poder sentir la brisa y el sol también durante el camino de vuelta a casa.

Por su parte, William parecía sentirse mejor. Caminaba con su

decisión habitual y su mirada era más alerta. No había vuelto a ponerse las gafas oscuras. Parecía que lo que fuera que le había bloqueado en el plató había pasado del todo.

Sin embargo, a Troy no se le caía de la cabeza aquello que su novio le dijo antes, que en el garito gay estaban «a salvo». Le había hecho recordar lo que dijo Seth en Las Vegas, que William tenía miedo. Y aunque el propio William no lo hubiera confirmado ni desmentido, decidió aportar su granito de arena, por si pudiera ayudarle de algún modo.

Aguardó a estar ya dentro del coche con las portezuelas cerradas, aislándoles del exterior, para decir sin rodeos, mientras metía la llave en el contacto:

—Si lo que te preocupa son los matones aquellos, no te inquietes, Will. No va a volver a ocurrir.

William le miró de través, un tanto sorprendido, y contestó suavemente:

—Por supuesto que no, cariño.

Troy arrancó el motor.

—Lo digo en serio —insistió.

—M-m.

Troy pasó un brazo por encima del asiento de su acompañante para mirar atrás, al tiempo que reculaba despacio, con cuidado de no chocar con ningún pilar de hormigón de los que separaban las distintas plazas del aparcamiento. Continuó hablando, muy seguro.

—Mira, aunque tuviéramos la mala suerte de volver a tropezar con gente así, sabríamos defendernos, no te quepa duda. Pudimos hacerlo una vez, y podremos hacerlo una segunda. Te lo prometo.

William no contestó en seguida, y eso le extrañó. Troy aguardó a terminar la maniobra para mirar a su chico, y se encontró con que William estaba mirándole a él a su vez, con los ojos muy brillantes y el atisbo de una sonrisita tierna en los labios. No supo cómo interpretar aquella expresión, de modo que preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No estás de acuerdo?

—Sí —contestó William.

Colocó una mano sobre una de sus piernas y la apretó con cuidado al añadir:

—Te quiero mucho, Troy.

Troy sintió que se derretía. Alargó una mano para rodear su cuello con un brazo y atraerlo hacia sí. Le besó los labios.

—Y yo a ti, amor. —Le cuchicheó, con su boca a flor de piel de la de él—. No sabes cuánto...

William sonrió en sus labios y contestó:

—Creo que me hago una idea.

Troy le besó otra vez, un poquito más largo, antes de dejarle ir. Volvió a centrarse en el volante y en salir del aparcamiento.

—¿Te apetece que bajemos la capota? —preguntó.

—¡Vale! —repuso William, despreocupado.

Sacó sus gafas del bolsillo de su cazadora y se las puso de nuevo, arrellanándose en su asiento con una sonrisa.

—Am... Si te molesta el sol, no lo hago —dijo Troy.

—No, no —contestó William. Y añadió—: Ya que voy a presumir de novio y de coche, qué menos que hacerlo con clase, ¿no crees?

Troy se echó a reír, mientras pulsaba el botón que bajaba la capota.

Ah, William era tan refrescante a veces... Le encantaban los momentos así. Le hacían sentir vivo.

Condujo de regreso a casa despacio, saboreando el momento. Sabía que sus amigos no les esperaban, así que podía recrearse en su coche, en sentir el viento y el sol, y...

La mano de William sobre su muslo, caliente y posesiva. Y la suya sobre la pierna de William cada vez que tenía ocasión, para acariciarle y demostrarle sin palabras cuánto le quería.

William y Troy. Troy y William, y el mundo a sus pies. Su sueño se estaba cumpliendo. Cada día estaban más cerca de él, lo sentía. Casi podía tocarlo en aquel instante. No importaba nada más.

Capítulo 11

Al día siguiente por la noche, William estaba sentado en su

cama, con las piernas cruzadas como un indio, totalmente rodeado por las cartas de sus fans. Sus tres compañeros estaban en el salón, viendo la tele. Ya era de noche. La lluvia caía con fuerza sobre los cristales de la ventana. Aparte de eso, la habitación estaba en silencio. Lo único que se oía era el sonido de los papeles y alguna risita ocasional que se le escapaba cuando leía algo que fuera especialmente ocurrente.

William estaba encantado con esto de leer cartas. Adoraba sentir el amor de sus fans, sentirse admirado y querido. Le ayudaba a distraerse de pesadillas y miedos, y le ayudaba a tener esperanza en el futuro.

Tal como dijo Max, el número de cartas que recibían era ingente. Iban a necesitar varios meses para leerlas todas, y no paraban de llegar más y más. Pero William no tenía problema con eso. Al contrario, lo disfrutaba mucho.

Terminó de leer una apasionada carta de amor enviada por una jovencita y la colocó con mimo a un lado, sobre las demás que ya había leído, con una sonrisita divertida en los labios. Ah, las niñas y sus hormonas... ¡Las cosas que había que leer! Si las pobres supieran...

Tomó otro sobre. Por fuera era normal, como todos los demás. No tenía remitente, pero eso no le sorprendió. Muchos fans escribían tan emocionados que hasta olvidaban poner su dirección en el sobre. No era algo infrecuente.

Pero esta carta era diferente, y se dio cuenta de ello nada más abrirla.

En el interior del sobre había un folio doblado. William lo desplegó, y vio que no estaba escrito a mano ni a máquina, sino que se trataba de una especie de collage. Alguien había compuesto una misiva usando letras que parecían haber sido recortadas de periódicos y revistas. No había ninguna fecha. Tampoco había firma. Y el mensaje era una sola frase: «Muerte a los gays».

William tomó aire abruptamente con una pequeña exclamación. Un pellizco de miedo se alojó de repente en la boca de su estómago. Levantó la vista, aterrado, y miró a todas partes. Le parecía que de un momento a otro iba a ver salir a un asesino con un cuchillo o una pistola de detrás del armario o de debajo de la

cama. Por supuesto, no ocurrió nada, y lo único que pudo escuchar, además de la lluvia y de los acelerados redobles de su corazón en sus oídos, fue una carcajada colectiva procedente del salón.

Bajó la vista al folio que todavía tenía en sus manos. ¿Quién le había enviado esto? ¿Por qué? ¿Serían los tipos de Charleston? ¿Todavía se acordaban de él, después de tanto tiempo? O peor aún, ¿serían los que les agredieron en la estación de metro el Domingo de Pascua? ¿Querrían vengarse de Troy, por haberles dado un escarmiento?

Pero... ¿Y si era otro? Un homófobo desconocido e innominado a quien no habían visto nunca antes. ¿Y si le había cogido a él entre ojos, por ser el cantante, y le hacía daño a Troy para herirle a él de modo indirecto? ¿Y cómo se había dado cuenta de que él era gay y de que estaban juntos, por Dios? Si más cuidado no podía tener...

No sabía qué opción le aterraba más. No sabía lo que pensar. Durante unos segundos se quedó allí, temblando, con la carta sobre su regazo. De pronto, de las profundidades de su ser, surgió otro sentimiento: la ira.

—¡Maldito hijo de puta...! —murmuró.

Y con un movimiento rápido, partió el folio aquel y lo hizo trizas, pedacitos tan pequeños que casi no se veían. Apretó luego el montoncito de papel en uno de sus puños, se levantó de un brinco y fue al baño. Echó los papelitos al inodoro y tiró de la cadena después, con malévola satisfacción.

—¡Así! ¡A tomar por culo! ¡Este es tu lugar, malvado! ¡Espero que te ahogues con estos trocitos en tu propia mierda!

Se quedó mirando el agua correr con una sonrisa triunfante en los labios. Pero sus manos aún temblaban de miedo, y su corazón daba saltos como un loco contra su esternón.

Por primera vez, se le ocurrió pensar que tal vez se había precipitado destruyendo el mensaje. A lo mejor debería haberlo conservado para mostrárselo a Max, o incluso al abogado, Hudson. A lo mejor podría haber servido como prueba para atrapar al culpable o vaya usted a saber...

Pero no, qué tontería. ¿Cómo le iban a atrapar, si no firmaba ni

nada? Además, se habría sentido mal conservando aquello entre sus cosas, como contaminado, sucio. Algo como esto estaba mejor en la alcantarilla, con la mierda y con las ratas. Era su lugar.

Regresó a su cuarto lentamente. El susto iba pasando, pero ahora sentía el cuerpo malo y náuseas. ¿Quién habría enviado aquello? ¿Por qué? Que él supiera, sus compañeros no habían recibido nada de este estilo. Lo habrían dicho. ¿Por qué él sí? ¿Tan obvio era que era gay? ¿Con todo lo que se esforzaba por disimularlo? Pero si él siempre había creído que tenía matrícula de honor en esto de aparentar ser hetero. Demonios, hasta la madre de Troy se lo tragó... ¡Y durante dos años!

Mientras pensaba, poco a poco sus pasos le iban llevando por sí mismos en dirección al salón. Se asomó por el umbral. Sus tres compañeros estaban sentados en el sofá. Frente a ellos, en la tele, estaban emitiendo una conocida serie de humor, y ellos se desternillaban con aquello, compartiendo una gran botella de refresco y un bol de palomitas.

—Ah... Chicos —comenzó.

Troy fue el primero en levantar la vista para mirarle. Sonreía, y sus ojos brillaron cuando le vio, como si acabara de ver entrar en el salón a una criatura preciosa y maravillosa.

—¿Sí? —Le preguntó.

—¿Estás bien, William? —dijo Austin—. Te veo un poco pálido.

—No, no. Estoy bien.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —dijo Seth, moviéndose para hacerle un sitio entre él y Troy.

Todos sabían que William tenía tendencia a sentarse junto a su novio siempre que podía. Y normalmente lo hacía sin pensar. Hoy sin embargo necesitaba resolver su dilema antes y calmar esta intranquilidad. De modo que respondió:

—Sí. Ahora vendré. Quiero... —Hizo un gesto con la mano, señalando al pasillo—. Todavía tengo que recoger la habitación.

—Como quieras. —Asintió Seth.

—¿De verdad estás bien, Will? —preguntó Troy.

—Sí. Solo quería preguntaros... ¿Se nota mucho?

Los otros tres se miraron con idénticas caras de incomprensión.

—¿El qué? —dijo Seth.

—Ya sabéis... —William se señaló a sí mismo—. Que soy gay.

Ahora los otros tres soltaron exclamaciones de «¡Ah!» con amplias sonrisas.

—¡No, no! —dijo Seth—. ¡Ni un poquito!

Austin trató de sofocar una risita en una mano. No lo consiguió. Y Troy le miró con la sonrisa más abierta e inocente de su repertorio.

—En serio —dijo William, confuso.

—¡Totalmente! —Asintió Seth, con un gesto rotundo con la mano.

William señaló al sofá con los dedos abiertos, inclinando la cabeza a un lado.

—¿Estáis de broma? —Quiso saber—. ¿Os estáis riendo de mí?

Austin soltó otra risita de esas, que parecía más bien un acceso de tos. Seth parpadeó con un aire tan inocente como el de Troy y dijo:

—No sé. ¿Tú crees?

William se puso en jarras, ofendido.

—Pero vamos a ver. ¿Tan difícil es responder una pregunta normal? ¡No tengo ganas de broma! ¿Me veis nariz de payaso, o cara de guasa? ¡Lo he preguntado muy en serio! ¿Se me nota que soy gay, sí o no?

—¡Por supuesto que no, hombre! —exclamó Seth, haciendo ahora un gesto de desdén con la mano.

Pero Austin seguía riéndose, y Seth sonreía de oreja a oreja, así que William no sabía muy bien a qué carta quedar.

—Lo decís para contentarme —gruñó.

—Pero, ¿cómo se te ocurre...? —Empezó Seth.

—Y lo comprendo —continuó William—. Sois mis amigos y no queréis herirme. Lo comprendo, de veras. Pero esto es importante, y yo...

—Will —interrumpió Troy, muy serio—. Nunca antes te ha preocupado este asunto. ¿Por qué hoy es un problema?

William suspiró, impaciente. Y antes de poder retenerse, estaba exclamando:

—¡Porque cuando tu vida entera es una mentira, y te pasas el

día haciendo teatro, vives con el miedo permanente a ser descubierto! ¡Y no quiero que ocurra! ¿Lo entendéis?

Los otros tres ya no se reían. Seth le miró muy serio y casi solemne, y Austin bajó la vista, avergonzado, al bol de palomitas que sostenía en su regazo.

Troy se puso en pie. Tomó el mando a distancia y bajó el volumen de la tele. Solo entonces se dio cuenta William de que se había hecho un silencio muy denso en el salón, y que las risas y la música del show que estaban viendo resultaban chirriantes y molestas en contraste. Agradeció el gesto de Troy. El silencio parecía menos incómodo así.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó su chico, soltando de nuevo el mando sobre la mesita baja y acercándose a él—. ¿Quién ha insinuado que puedes ser gay? ¿Una fan?

William se rodeó con sus propios brazos. Asintió con la cabeza, mirando a todas partes menos a Troy. Le ponía nervioso cuando su compañero le clavaba esa mirada seria e íntima. Le hacía sentir vulnerable, y era lo último que necesitaba en este momento.

Sintió que Troy le rodeaba suavemente con un brazo, diciendo:

—Pues esa chica imagina cosas, porque te aseguro que no se nota nada. Vaya, hasta mi madre creía que eras hetero... ¡Y yo también lo creí al principio!

William sonrió un poquito con el recuerdo.

—Es verdad —murmuró.

Troy le besó la mejilla, y William se cobijó agradecidamente en el abrazo, apoyando la cabeza en la suya.

—¿Y las fans? —dijo Seth—. ¡Todas creen que eres hetero! Quieren hijos tuyos y todas esas cosas...

La sonrisita de William se hizo más amplia.

—Sí. —Volvió a murmurar.

—Eres el que más fans femeninas tiene —dijo Austin—. Las chicas se vuelven locas por tus huesitos. Y eso será por algo, ¿no?

William se encogió de hombros.

—No sé.

—Yo sí lo sé —dijo Troy—. Es porque eres guapísimo, tienes una voz de macho increíble y preciosa, y pareces más hetero que los propios hetero.

La última frase arrancó una risita general. William también se rió esta vez. Levantó la vista para mirar a su novio.

—Lo dices porque me quieres.

—No —contestó Troy. Seguía estando muy serio—. Lo digo porque es la verdad. Y también porque te quiero. Y estoy admirado y muy orgulloso de lo bien que finges.

Le dejó un piquito en los labios, antes de añadir:

—Aunque me da pena que te veas obligado a hacerlo. Tu verdadero yo es mucho más bonito que todos los personajes hetero que quieras representar.

William volvió a suspirar.

—Ya. Pero es necesario.

—Si tú lo dices...

—Troy, no hay grupos de rock con cantantes gays.

—¿Cómo que no? —exclamó Austin—. ¿Te recuerdo a...?

Troy alzó una mano pidiendo paz. Miró a William muy serio y grave otra vez, con esa expresión madura que empezaba a aflorar en él de vez en cuando desde que regresaron de Charleston, y que hacía que a William le temblaran las piernas y le bailaran mariposas en el estómago.

—Aunque nosotros fuéramos el único grupo en el mundo con un cantante gay, yo lo llevaría a mucha honra. Para mí sería un motivo de orgullo, Will.

—Para mí también —dijo Seth, sonriendo agradablemente—. Haríamos historia.

—Qué pena que no lo seamos porque ya hay cantantes famosos que son gays —dijo Austin.

—Tíos, tenéis un par de huevos. Todos vosotros —dijo William, impresionado—. Gracias.

—¡Nah! —dijo Seth, haciendo un gesto con la mano—. Si en algún momento quieres salir del armario delante de la prensa, ya sabes. Nosotros saldremos contigo.

—¡Por supuesto! —Asintió Troy.

William sintió una nueva oleada de pánico en el estómago.

—¡No, no! —Se apresuró a decir—. Tal como estamos vamos bien. —Trató de quitarle importancia—. Además, tampoco es algo relevante... Lo importante es la música.

—Estoy de acuerdo. Pero quiero que sepas una cosa —dijo Troy.

William volvió a mirarle. Algo en su tono de voz le hizo clavar sus ojos en los de él y no apartarlos mientras Troy continuaba:

—Yo también sé lo que es tener que ser alguien que no eres, ¿recuerdas? Cuando era más joven, lo hacía sin darme cuenta. Pero desde que tú y yo empezamos, cada vez fui siendo más consciente de que tenía que mentir a mi familia si quería conservarles. Sé muy bien lo que se siente. Te sientes sucio, culpable, y una mierda. Y te parece que, por mucho que te esfuerces, fuera todo el mundo se está dando cuenta y que te siguen el juego.

Hizo una pausa. Sus ojos se entristecieron al añadir:

—También tienes la sensación de que en cualquier momento, sin tú quererlo, vas a cometer un error o vas a dar un paso en falso. Algo que hagas o digas sin querer puede ocasionar que te descubran. Y todo el tiempo que estás delante de esas personas te sientes alerta, vigilando cada cosa que sale de tu boca, y aterrado.

William le miró con grandes ojos. Él mismo no podría haberlo expresado mejor. Era esto lo que sentía cuando iban por la calle. Esto lo que sentía cuando estaban delante de la prensa...

Troy suspiró y asintió.

—Sé lo que se siente, Will. Me sentí así con mi familia desde que nos vinimos aquí hasta que ocurrió... Bueno, lo que ya sabéis. Por eso nunca les llamaba ni quería ir a Charleston.

—Joder, Troy... —murmuró Austin.

Troy continuó:

—Pero lo que quiero decir es que, aunque tú sientas que te estás delatando y que estás «fingiendo mal», si es que eso existe... ¡Esa sensación es mentira! Tus inseguridades no se notan fuera. Mi familia no se dio cuenta de que yo había cambiado hasta que yo decidí que ya no podía ni quería seguir manteniendo esa máscara ni un día más.

—Eso es cierto —dijo William suavemente.

—Así que no tengas miedo, ¿vale, Will? El mundo no merece ese honor.

William rodeó el cuello de su amor con los brazos y le apretó

muy fuerte, convertido en un charquito de gelatina emocionada y enamorada.

—Troy, te quiero más de lo que puedes imaginar —murmuró.

Los brazos de Troy le rodearon y le apretaron contra sí a su vez. William sintió un besito en el pelo y un cuchicheo.

—Y yo a ti.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. Pero ahora se trataba de un silencio respetuoso y agradable, de esos en los que todos parecen sentir que están compartiendo algo bonito, y que da pena ensuciarlo con palabras.

Austin fue el primero en hablar.

—¡Caramba! —exclamó a media voz—. ¡Vaya discurso nos ha dado el jefe! ¡Y eso que dice que no es bueno con las palabras, que lo suyo son las cuerdas de una guitarra! ¡Pues menos mal, hombre! Si fueras bueno, dejarías a la estrella sin trabajo con la prensa. Se aburriría, el pobre.

Todos rieron. William también.

Mientras se apartaba poco a poco de Troy, acariciándole los hombros y los brazos, vio que él inclinaba la cabeza, buscando sus ojos con los suyos, como para cerciorarse de que todo estaba bien. Le sonrió y asintió, sin decir nada.

Iba a creerle. Quería creerle. William bordaba el papel de hetero, y no había más que hablar.

Pero entonces, ¿por qué le habían enviado esa carta? ¿Y si esa única persona se había dado cuenta de que era gay?

No, no. Debía haber otro motivo. William debía creer a Troy. Nadie se había dado cuenta de que era gay. Nadie deseaba su muerte. Nadie.

Capítulo 12

Aquella noche William tuvo otro sueño. En esta ocasión, estaban otra vez en la estación de metro en la que les agredieron el Domingo de Pascua. Solo había uno de los matones, el tipo de la

cara redonda y pálida que le puso el arma en la sien.

Pero hoy no le apuntaba a él. De hecho, ni siquiera parecía verle. Estaba delante de Troy, y tenía el cañón de la pistola apoyado contra su frente.

William corrió hacia él para tratar de desviarle la mano, pero no llegó a tiempo. El tipo exclamó entre risotadas:

—¡Muerte a los gays!

Y disparó.

William se despertó sobresaltado, con un grito de terror.

***

Troy fue arrancado de su sueño de madrugada por un movimiento brusco en el colchón y un grito ahogado. Abrió los ojos, pero la habitación estaba a oscuras y no pudo ver nada. Le pareció sentir una respiración acelerada a su espalda.

—¿Will? —murmuró.

Todo desorientado, alargó una mano a tientas hacia la lamparita de su mesita de noche. Encendió la luz. Escuchó un gemido de protesta, mientras se sentaba en la cama, frotándose los ojos para quitarse el sueño y acostumbrarlos a la claridad.

—Will, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

William también estaba sentado, con la cara entre las manos, respirando con dificultad. Hizo un ruidito, frotándose la cara y los ojos a su vez. Troy no supo cómo interpretarlo, de modo que se acercó más y se inclinó para tratar de verle la cara, preguntando:

—¿Eso es un «sí»?

—Sí —musitó William.

—¿Qué ha sido? ¿Otra pesadilla?

William asintió, sin levantar la cabeza.

—¿La recuerdas? ¿Me la puedes contar?

Ahora William negó.

—¿No la recuerdas?

—No.

Troy chasqueó la lengua. Tomó aire profundamente y se rascó

la cabeza, echándole una ojeada al despertador que había sobre la mesita de su compañero. Se sentía agotado, a duras penas podía estar despierto. Y no era de extrañar. Eran las tres de la mañana.

Miró de nuevo a su chico. Por fin había levantado la vista de sus manos y volvía a respirar normal. Tenía mala cara, como si hubiera pasado un susto tremendo. Estaba pálido, y tenía la mirada perdida en el vacío.

—Qué raro que tengas pesadillas con tanta frecuencia —murmuró Troy—. ¿Quieres que vayamos al médico? ¿Consultamos a alguien?

—No, no —repuso William, sacudiendo la cabeza, aún sin mirarle—. Me ha ocurrido otras veces. Vienen por rachas y luego se van...

Hizo un gesto con la mano hacia el vacío, y después la dejó caer sobre su regazo. Con la cabeza baja, los hombros hundidos y la cara tan seria y triste, parecía la imagen de la desesperación. Nada que ver con el muchachito risueño, bromista y seductor que era habitualmente.

Troy se frotó un ojo, intentando disimular un bostezo.

—¡Qué extraño! —dijo—. ¿Y de verdad no recuerdas de qué van?

William volvió a sacudir la cabeza por toda respuesta.

—¡Qué rabia! —Troy lo pensó un momento, haciendo memoria, antes de explicar—: ¿Sabes? Melinda me dijo una vez que si le cuentas a otra persona un mal sueño, le quitas a la pesadilla todo el poder sobre ti. Se disuelve y no regresa. Algo así dijo.

—¿Ah, sí?

—M-m. Por eso te pregunto tantas veces si la recuerdas. A lo mejor si me la cuentas, conseguimos que desaparezca para siempre.

—A lo mejor...

Troy pasó una mano por la espalda de su novio para hacerle un mimito y tratar de reconfortarle. William se volvió para mirarle, con la expresión pensativa. Le contempló durante unos segundos, antes de murmurar:

—¿Te da miedo la muerte, Troy?

Troy parpadeó, sorprendido por la pregunta. Se encogió un poco de hombros.

—Depende —dijo—. La mía, no. La tuya, sí. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Por qué lo dices? ¿En tu sueño muere alguien?

William se llevó una mano a la cara para frotarse un ojo y la nariz.

—No sé. Es que... Desde lo de Charlie estoy un poco paranoico.

—Normal, cariño.

—Y luego intentaron secuestrarte, y nos agredieron a nosotros, y...

—Nadie intentó secuestrarme.

—Pero...

—¡Y pudimos con aquellos tíos, los de la estación! —Troy apretó un puño en el aire, decidido—. Y ya te dije que si hubiera que hacerlo otra vez, también podríamos. ¡No hay que tener miedo!

—No, si yo... —William suspiró. Volvió la cara, alargando una mano para darle una palmadita a Troy en un brazo—. Perdona, amor. Todo esto es una tontería. Estoy cansado, no me hagas ni caso.

Troy volvió a bostezar.

—La verdad es que yo también estoy cansado. Son las tres de la mañana.

—¿En serio? —William miró el reloj y chasqueó la lengua—. Qué mal. Siento haberte despertado.

Se movió un poco para salir de la cama. Troy preguntó:

—¿A dónde vas?

—Al baño.

Su chico se volvió para dejarle un piquito en los labios, añadiendo:

—Vuelve a dormir. Vengo en seguida.

Y se puso en pie definitivamente.

Troy no estaba del todo tranquilo. Su compañero seguía muy pálido y muy serio. De modo que, a riesgo de molestarle por ser un pesado, insistió:

—¿De verdad estás bien?

—Sí. Un poco desorientado. Pero no te preocupes, se me pasará —contestó William, agarrando un pantalón de chándal que había sobre una silla.

Se marchó, dejando la puerta entreabierta tras de sí. Troy se quedó unos instantes sentado en la cama, con el ceño fruncido, pensando...

¿Por qué tenía la sensación de que William estaba ocultando algo?

***

William se lavó la cara con agua fría. Le hizo mucho bien sentirla en su piel. Le ayudó a despejarse del todo y a sentirse algo más alerta. Se secó deprisa con una toalla.

Mientras se secaba la barbilla y el cuello, sus ojos tropezaron con los de la imagen del espejo. Estaban apagados y tristes, y no le sorprendió. Acababa de ver morir a Troy en sus sueños. Esta debía ser la cara que se le habría quedado si hubiera tenido que perderle de verdad.

Apartó la vista deprisa y se dio toquecitos con la toalla húmeda en la frente. No, no, tenía que volver al aquí y ahora, a la realidad. Troy estaba en su cama, sano y salvo. No había ocurrido nada. No iba a ocurrirle nada.

Suspiró. ¡Pobre Troy! Si él supiera...

Estas pesadillas eran tan tremendas, que William sí las recordaba. Pero no podía contárselo a Troy. Durante un instante estuvo a punto, ¿eh? Cuando él mencionó lo de Melinda...

Pero solo con imaginarse a sí mismo diciendo la frase: «Sueño que te matan», se le encogía el corazón. ¿Qué reacción iba a tener Troy? William no podía ni imaginarlo. Podría darle por echarse a reír, o no darle importancia, o incluso por asustarse, creyendo que podría ser alguna clase de sueño premonitorio o algo así. Aunque William no le veía capaz de esto último, más que nada por lo ingenuo que era Troy. Ahí estaba, en sus trece, diciendo que

podrían salvarse una segunda vez...

William tenía serias dudas, pero no quería contradecirle. Soñar es gratis. Además, era mejor que no les agredieran nunca más y no tuvieran que verse nunca obligados a comprobarlo, ¿verdad? ¿Qué sentido tenía discutir sobre ello?

En el fondo, William envidiaba a su dragoncito rubio. Su ingenuidad y su confianza en sus capacidades le salvaban de tener que sufrir, de angustiarse, de sentirse amenazado...

La jodida carta de ayer le había hecho a William más daño del que se permitía admitir, maldita sea. Ojalá su autor se quemara mucho y bien en el infierno.

Mientras tanto, aquí estaba él, despierto a las tres de la mañana y sin posibilidad de volver a dormir, por miedo a ver la misma imagen en su mente una y otra vez. ¿Qué podía hacer?

Pues suponía que lo que hacía otras noches, irse a la cocina y... Bueno, hacer de duende borracho, como decía Austin.

Dejó la toalla donde estaba, salió del baño y apagó la luz. Caminó descalzo por el pasillo en dirección a la cocina. Al pasar por su cuarto, alargó una mano para cerrar la puerta un poco más. La luz estaba apagada, Troy debía estar dormido ya. Y así debía ser. Que durmiera como un angelito, él que podía. Ya William se ocupaba de lidiar con los demonios...

***

Troy estaba tendido boca arriba en su cama, con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando a William. Escuchó que apagaba la luz del baño. Escuchó sus pasitos regresar...

Bajó la vista para mirar a la puerta, pero no le vio entrar. Por el contrario, vio que alargaba una mano para tomar el picaporte y cerrarla del todo, y eso le hizo sentarse de nuevo, extrañado.

¿Dónde iba William? ¿Qué estaba pasando aquí?

***

William no se molestó en encender la luz. Como en días anteriores, la persiana estaba levantada, y a través de la ventana entraba la claridad lechosa de las lucecitas de la ciudad. Era pobre, pero suficiente.

Además, para lo que iba a hacer, tampoco necesitaba demasiada luz. Sabía perfectamente dónde estaban el *whisky* y los vasos.

Tenía ya la botella en la mano cuando escuchó el rumor de unos pasos descalzos que se acercaban. Frunció un poco el ceño, sorprendido. ¿Quién podría ser? Se volvió hacia la puerta, justo en el momento en que su novio aparecía por el umbral, en pantalón de chándal y camiseta, y con la melena aplastada en media cabeza y de punta en la otra media.

No pareció sorprendido al verle allí plantado con la botella en la mano, pero no obstante, cuchicheó:

—¿Qué haces?

William volvió la vista hacia el armario para sacar un vaso, contestando:

—¿Qué haces tú levantado? Creí que estabas dormido.

—Te estaba esperando, y te escuché venir aquí.

—Pues vuelve a la cama y descansa. Yo iré en seguida.

—No vas a venir, Will, lo sé. Vas a irte al salón a beber, como haces casi todas las noches. ¿Por qué?

William no contestó. Se quedó mirando los objetos que tenía en las manos. Demonios, Troy se había dado cuenta. ¿Tan transparente era?

De repente, se sentía absurdo allí de pie, con el vaso en una mano y el *whisky* en la otra. Esto no era propio de él en absoluto. Le dieron ganas de tirar ambas cosas contra la pared. ¿Qué coño andaba mal en su cabeza?

Sin embargo no fue capaz de moverse. No podía ver los ojos de Troy, porque estaba casi volviéndole la espalda, pero sí podía sentir su mirada clavada en él. Estaba atravesándole el alma, y le tenía paralizado.

—¿Es por las pesadillas? —murmuró Troy quedamente.

William asintió con la cabeza.

—¿Tan terribles son? —Volvió a preguntar Troy.

Ahora William se encogió de hombros. No pensaba decir ni

una sola palabra sobre ellas, por mucho que su novio insistiera. Ni una sola.

—¿Y no las recuerdas? —cuchicheó Troy—. ¿Seguro?

William hizo un gesto negativo con la cabeza.

Sintió que Troy soltaba un profundo suspiro y se volvió un poquito para mirarle por encima de uno de sus hombros. Su compañero había apoyado la espalda y las manos en el borde de la encimera y miraba al techo, con aire pensativo. No parecía enfadado, ni tampoco había en sus ojos ni rastro de la vergüenza ajena que William casi había esperado encontrar. Por el contrario, estaba muy serio, y su expresión era casi comprensiva cuando volvió a bajar la vista para mirarle, murmurando:

—¿Y crees que el *whisky* te las va a quitar?

—Por lo menos me relajará —contestó William.

—¿Y si hubiera otra manera?

—¿De qué?

—De relajarte.

William miró a su novio de través con una sonrisita torcida y sin alegría.

—Por increíble que pueda parecerte, no tengo ganas de tema, Troy —respondió.

—Lo sé —dijo Troy, asintiendo tranquilamente con la cabeza —. No se pueden tener ganas de tema cuando uno acaba de despertarse sobresaltado y aterrado.

—¿Entonces...?

—¿Confías en mí?

La pregunta sorprendió a William. Pero asintió, un poco confuso.

—Claro.

—Entonces guarda eso.

Troy señaló a la botella con la barbilla. Al ver que William titubeaba, repitió, con más decisión:

—Sí, guárdalo, vamos. Y luego ven conmigo a la habitación de música.

Y si decir nada más, se fue, dejando a William hecho un lío y sin saber qué pensar. ¿Qué podría estar tramando?

Bueno, solo había un modo de averiguarlo. Así que William

volvió a guardar el alcohol y el vaso donde estaban, sintiendo una curiosa mezcla de emociones. Parte de él se sentía aliviado, como si hubiera escapado por los pelos de un monstruo terrible. La otra parte se sentía frustrada, como el niño que estaba antojado en un dulce y se lo niegan. Tal vez esta segunda fuera su demonio interno, que estaba un poco mosqueado con Troy por haberle privado de su cogorza nocturna. Se consoló pensando que si no había cogorza, tampoco habría resaca. Y tenía verdadera curiosidad por ver qué había ideado su compañero. Con mucho sigilo, se fue a la habitación de música.

Cuando llegó, encontró a Troy atareado encendiendo unas velitas sobre la bandeja de madera que tenían en el suelo, encima de la alfombra. También había encendido las bombillas de la pared, pero esa era toda la iluminación que había. El pequeño cuartito se veía muy confortable así. Acogedor.

Troy levantó la cabeza para soplar la cerilla. Le vio y dijo:

—Ah, ya estás aquí. Estupendo. Ven.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó William, acercándose unos pasos—. ¿Seducirme a la luz de las velas?

—No pretendo tanto. ¿Cómo voy a seducirte, si tú eres el seductor aquí, a ver? Además, me has dicho que no tenías ganas de tema.

—M-m.

—Ven. Siéntate conmigo. Vamos.

Mientras hablaba, Troy se había acomodado sobre el colchón. Le dio unas palmaditas a su lado, para apremiarle a que hiciera lo mismo, y procedió a trajinar con una tela azul.

Apenas se hubo sentado a su vez, William sintió que su compañero pasaba la tela por sus hombros y los envolvía a los dos con ella, tirando de él hacia atrás para recostarlos sobre los cojines.

—¿Una mantita? —preguntó William, palpando el tacto suave y cálido de la tela entre los dedos—. ¿Este es tu sustituto para una cogorza?

Troy hizo una mueca.

—No exactamente. Pero nos vendrá bien. Todavía refresca de madrugada.

—Mi dragoncito pensando en todo, ya lo veo.

—M-m. —Troy pugnó por sacar algo de debajo de su cuerpo, diciendo—: Mi sustituto para el alcohol, cariño, es esto.

Y puso en sus manos un grueso libro.

No era cualquier libro, además. Se trataba de la recopilación de poemas de amor que le había regalado por Navidad.

William sintió que se derretía. Sus ojos se llenaron de lágrimas, al tiempo que una sonrisita tierna le trepaba por los labios sin que pudiera evitarlo.

—¿Poemas de amor? —murmuró—. ¿En serio? ¿Me leerías alguno?

—Bueno, si hay que hacerlo...

Troy se acurrucó agradecidamente bajo la manta, muy pegadito a su cuerpo. Le hizo un mimito con la nariz y le besó la mejilla, añadiendo:

—Aunque preferiría que me los leyeras tú a mí. Tu voz es preciosa.

La sonrisa de William ahora era de oreja a oreja. Se pasó una mano por los ojos.

—También podríamos turnarnos —sugirió.

—Como quieras —ronroneó Troy, apoyando su cabeza en la de él.

Se acomodaron allí, recostados en los cojines, abrazados y cubiertos por la manta. William se las ingenió para colocar el libro sobre sus rodillas, y se turnaron para leerse el uno al otro los poemas, a la luz de la guirnalda de bombillas que tenían sobre sus cabezas, colgada en la pared, y de las velitas.

Mientras tanto, fuera solo se oía la lluvia cayendo suave y mansamente sobre los cristales de la ventana.

***

Pasaron los minutos, y los minutos se convirtieron en horas. La penumbra, la lluvia, la mantita y los poemas poco a poco empezaron a obrar su magia, y William sintió que el miedo se

diluía de su mente y de su cuerpo, dejando en su lugar el agradable calorcito del amor y el agradecimiento.

Troy empezó a bostezar y a frotarse los ojos cada vez que le tocaba leer. William decidió apiadarse de él, y se movió bajo el caparazón que habían construido con la mantita para cambiar de postura y pasar un brazo por sus hombros.

—Anda, ven, cariño —murmuró—. Estás agotado. Duerme un poco.

Troy apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estás mejor? —ronroneó, frotándose los ojos otra vez y disimulando otro bostezo.

William le besó la frente.

—Sí. Y ha sido gracias a ti. Descansa ahora, mi vida. —Le besó otra vez—. Te quiero.

—Y yo a ti.

William sintió la caricia de las pestañas de Troy en su cuello cuando el chico cerró los ojos. Sintió que su cuerpo se relajaba junto al suyo, y su respiración se volvía lenta y profunda. Estaba dormido ya.

Por su parte, cerró el libro y lo hizo a un lado. Acarició con la mano libre el pelo de su chico, con cuidado de no despertarle, mientras le apretaba contra sí con la otra. Se quedó pensando.

Lo que había hecho Troy esta noche había sido increíble. No era un hombre especialmente romántico, o eso pensaba William, y desde luego, estaba seguro de que eso de la poesía no era lo suyo. Y sin embargo, había leído un poema tras otro, y había escuchado en silencio los suyos. Y lo había hecho por amor, para que William no bebiera. A pesar de no tener ni idea de cuáles eran los demonios que le acosaban, Troy se había propuesto vencerlos, o al menos, no dejarle solo con ellos. Y lo había conseguido. Aunque solo fuera por esta noche.

William estaba emocionado. Nunca olvidaría esto. Se quedaría para siempre viviendo en su corazón, como una lucecita cálida y hermosa en medio de las tinieblas. Había sido una de las mejores experiencias de su vida.

Pero sus demonios no estaban vencidos, ni mucho menos. Troy no tenía tanto poder, ya quisiera William. Y las sombras nunca

duermen...

William no quería beber. Pero no se le ocurría otro modo de mantener el miedo a raya, de olvidar el peligro que les acechaba y de seguir viviendo. Simplemente vivir. ¿Tan difícil era?

Apoyó su cabeza en la de Troy. La última velita que quedaba encendida se apagó. La llamita se disolvió en un hilito débil de humo gris, con un pequeño chisporroteo.

En la ventana, la lluvia había cesado y había empezado a aparecer una luz rosada. Estaba amaneciendo.

William cerró los ojos. Había terminado otra noche de pesadilla y empezaba un nuevo día de miedo y ansiedad. Pero no todavía. Aún estaba protegido en el caparazón de amor que Troy había construido para ellos. Aún estaba a salvo.

Casi sin darse cuenta, se quedó dormido, arrullado por la respiración de su compañero. Y esta vez tuvo un sueño blanco y cómodo que le hizo despertar renovado y con esperanza.

Soñó con Troy. Lo veía sobre un escenario, con su guitarra colgada de sus hombros. Una luz blanca muy potente le iluminaba desde arriba, haciendo brillar su pelo dorado. La música fluía de sus dedos, alejando las sombras a su alrededor. Y en la espalda tenía desplegadas dos grandes y hermosas alas de ángel.

Capítulo 13

—¡Caramba, Max! —exclamó Austin—. ¿Otro saco de esos?

—Pues sí. Se me acumulan sin parar. He contratado gente para poder ir contestando a algunas... Déjalo aquí, Ray. Gracias.

Troy se reunió con sus compañeros en el salón. El mánager acababa de llegar. Por increíble que pudiera parecer, por fin había decidido prescindir del abrigo de paño con cuello de pelo, y hoy traía otra camisa hawaiana distinta. Ah, y se había echado encima todo el oro que podía, que parecía ser bastante. Entre las varias cadenas y medallas que traía al cuello, el reloj, las pulseras y los varios anillos, venía más adornado que un árbol de Navidad.

Una vez más, Troy no pudo dejar de asombrarse de la capacidad de este hombre para exceder en *glamour*, como diría William, incluso a los propios artistas a los que representaba. De hecho, parecían gustarle las joyas tanto o más que al propio William, lo cual era decir algo. Y William usaba plata y bisutería, pero este elemento lo traía todo de oro, el tío...

Max no venía solo. Le acompañaba un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido, con mucho pelo negro y rizado. Tenía el rostro cuadrado y unos inteligentes ojos negros. Traía a la espalda un saco idéntico al que trajo Max con las cartas la ocasión anterior.

Siguiendo las indicaciones del mánager, el hombre depositó el saco en el centro del salón, y luego se quedó respetuosamente de pie a su lado, mirando a los chicos con simpatía.

—Espero que hayáis terminado ya con el otro que os traje —dijo Max.

—Nosotros todavía no —contestó Seth.

Vestido con un delantal blanco sobre sus tejanos y sudadera oscuros, y con su larga cabellera negra recogida en un descuidado moño en lo alto de su cabeza, el bajista parecía un chef desaliñado. Algo extraño en él, que solía ser la elegancia personificada. Pero Troy suponía que no se le podía culpar por ello.

La visita del mánager les había sorprendido con las manos en la masa, enfrascados en diversas tareas del hogar. Seth y Austin estaban en la cocina, preparando el almuerzo, y William y Troy en las habitaciones, doblando y guardando ropa.

—El que lleva eso más adelantado es la estrella —añadió Austin, señalando con la barbilla a William—. Le encanta leer cartas.

—Ah, es buena cosa que le guste —dijo Max, despreocupado, prendiendo un cigarro—. La mayoría siguen siendo para él. Las cosas de ser el cantante, chico.

William no dijo nada. A Troy le llamó la atención que se había quedado mirando fijamente al saco con aprensión, como si dentro hubiera un bicho horripilante dispuesto a engullirlo. Tan absorto estaba en la contemplación del inocente saco, que apenas pareció darse cuenta de que estaban hablando de él.

—Pues si en algún momento queréis decirle algo a algún fan concreto, solo tenéis que avisarme —concluyó Max.

Troy miró a Seth y a Austin, y los tres se sonrieron mutuamente y se encogieron de hombros.

—No se me ocurre qué podemos decirle a algún fan —dijo.

—Aparte de «gracias», se entiende —añadió Seth.

Max tomó otra calada de su cigarro, indiferente.

—Como queráis —dijo—. Mirad, hablando de otra cosa, este es Ray.

Austin estrechó la mano del desconocido, preguntando:

—Hola, Ray. ¿Te ha contratado Max para cargar los sacos de cartas?

El llamado Ray se rió.

—No —contestó—. Encantado, Austin.

—¡Me conoce! —Se asombró el batería.

—¡Pues claro, coño! ¡Os conoce a todos! —dijo Max, mientras Seth también le daba la mano a Ray. Asintió, satisfecho, añadiendo—: Eso es. Estrechadle la mano de uno en uno y sed educados con él. Vais a tener que aguantaros mutuamente durante la gira.

Troy se sobresaltó, ilusionado.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Tú vas a ser nuestro road mánager?

Y apenas hubo soltado William la mano de Ray, la estrechó a su vez entre las dos suyas, añadiendo:

—¡Encantado, Ray! ¡Tenía muchas ganas de conocerte!

—Y yo a vosotros. —Sonrió el hombre.

—Ray es fan vuestro, como no podía ser de otra forma —explicó Max—. Hay que ser fan incondicional para poder ser road mánager. El pobre tendrá que escuchar una y otra vez las mismas canciones, noche tras noche, durante semanas. No me gustaría estar en su lugar, la verdad.

Ray se echó a reír. Seth también sonrió y dijo:

—Nosotros también te queremos, Max.

—Perdona a Max, Ray —dijo William—. Ya ves que el pobre chochea de vez en cuando. Fíjate que habéis llegado hace media hora, y no ha caído en la cuenta de presentarte... ¡Qué desastre!

—Coño, hay muchas cosas de qué hablar, y todas a la vez.

Podemos sentarnos, ¿verdad? —dijo Max.

Y sin esperar respuesta, agarró una silla de las que rodeaban la mesa grande y se instaló en ella, con las piernas cruzadas, añadiendo:

—¿No tenéis cerveza o algo de beber?

—¡Sí! —dijo Austin, saliendo a la cocina.

Los demás también se movilizaron. Ray se sentó en otra silla, a instancias de Troy, y este se sentó a su lado, preguntándole:

—¿Tienes ya la lista de ciudades donde vamos a tocar? ¿Y las fechas? ¿Sabes ya cómo vamos a llevar los equipos?

—¡Woah! —exclamó Max—. ¡Relájate, chico! ¡Vas a quemarlo antes de empezar!

—¡Es que quiero saberlo todo!

Austin regresó con cuatro botellines de cerveza abiertos en las manos. Los dejó sobre la mesa, diciendo:

—El jefe es muy exigente con el tema de los equipos y demás. Le preocupa que se dañen los amplificadores. Y no me hagas hablar de las guitarras. Tiene una, la negra, de la que no se separa ni para bañarse.

Le dio una palmadita amistosa en el hombro a Troy y regresó a la cocina. El guitarrista le ofreció a su invitado un botellín, diciendo:

—No sé de qué os sorprendéis. Es nuestro trabajo, ¿no? Quiero decir... ¿Conocéis a algún carpintero o fontanero que descuide sus herramientas? Pues esto es lo mismo.

Ray asintió, conforme, pero Max dijo, llevándose un botellín a los labios:

—Lo tuyo es obsesión, Troy. —Le habló a Ray—. ¿Te he contado ya que al principio este cabeza dura era el que buscaba los garitos? Claro, no daban una. El que es músico, es músico, y no otras cosas. Pero aquí el señor se empeña en hacerlo todo y saberlo todo.

—¡Eh! ¡Ya hace muchos meses que las cosas no son así! —protestó Troy.

—¡Gracias a Dios! —Se rió Seth—. Espera, William. Deja que ponga esto a un lado.

Troy se dio cuenta de que William estaba danzando alrededor

del saco de las cartas, como si quisiera llegar a la mesa para sentarse con ellos, pero sin querer rozar el saco. Ni que fuera radioactivo o algo... Menos mal que Seth estaba atento y que captó su dilema. Colocó el saco en una esquina, junto a la mesita del teléfono, y William soltó un leve suspiro de alivio. Vino a sentarse junto a Troy.

En aquel momento, regresó Austin con dos cervezas más. Troy miró a su novio de soslayo con disimulo. Casi temía verle empinarse el botellín a pecho. Pero por el contrario, William tomó un sorbo pequeño, por compromiso, y dejó la botella sobre la mesa. Apoyó luego las manos en su silla, a los lados de su cuerpo, y le sonrió agradablemente. Troy también le sonrió a su vez. Qué bien. Era un alivio saber que una reunión de trabajo no iba a convertirse en una cogorza. Mejor así.

—Pues en respuesta a tus preguntas, Troy, aún es pronto para saberlo —dijo Ray—. Estoy esperando la confirmación de fechas y de ciudades. La discográfica tiene que darme todavía algunos datos, pero tengo una lista preliminar. Si quieres...

—¡Sí, sí! —exclamó Troy—. ¡Me encantaría verla!

Ray sonrió.

—Estupendo. Da gusto trabajar con artistas tan implicados en el proyecto.

—Este grupo es muy importante para Troy —intervino William con su voz grave, muy serio—. Es su vida. No quiere quedarse atrás en nada ni dar ningún paso en falso. Tú, Max, los técnicos... A todos vosotros os une un contrato. Esto es un trabajo y nada más. Pero para nosotros no. Ya os digo, es nuestra vida.

Troy asintió, mirando a su novio, admirado. Él mismo no habría sido capaz de expresarlo mejor.

Era cierto. Troy era reacio a dejar algo tan importante como una gira de promoción en manos de otras personas y limitarse a ir donde le mandaran, tocar sus canciones, y nada más. Como decía William, este proyecto era su vida. No podía permitir que todo se fuera a la mierda por haber delegado en otras personas. Otros a quienes también les importaba, pero que no les iba el futuro en ello, porque para esos otros, esto era solo un contrato y nada más.

—Lo comprendo. —Asintió Ray—. Para mí es un honor poder

gestionar esto con vosotros.

—Todavía hay muchas cosas que no sabemos —dijo Max—. Pero la discográfica ha hecho estimaciones de público, y este año tocaréis en locales más grandes, e incluso en algún estadio, ¿no, Ray?

—Sí. Por eso se está barajando la posibilidad de llevar mayores amplificadores y un equipo más complejo.

—¡Mayores! —Troy miró a sus amigos, entusiasmado—. ¡Eso es estupendo!

—Sí —dijo Ray—. Tendremos que llevar un camión para cargarlo todo. Cuando tenga la lista del material, también te la pasaré, Troy.

—¡De acuerdo!

Max exclamó:

—¡Pero si tú no entiendes de mesas de mezclas, ni de cables, ni de focos!

—Bueno, pero quiero verla, ¿vale? —Se defendió Troy—. Por cierto, ¿cómo va la búsqueda de los técnicos de iluminación y de sonido?

Ray asintió.

—También estamos en ello. Ya he contratado a un par de chicos para el concierto con los Red Devils.

—¿En serio? —exclamó Seth.

—Sí —dijo Max, asintiendo a su vez—. Ray se estrenará en ese concierto, coordinando a parte del equipo. Tendrá que trabajar con los técnicos de los Red Devils, pero eso no es un problema para él. Tiene experiencia. E incluso creo que conoce a algunos de ellos, ¿verdad?

—Sí. Son buenos chicos y trabajan bien. No habrá problemas.

—No los habrá si estos locos trabajan también. —Max sacó otro cigarro—. Como veis, nosotros estamos haciendo nuestros deberes. ¿Estáis haciendo los vuestros?

Seth miró a Troy, preguntando:

—¿Deberes?

Max explicó:

—Me refiero a que estaréis ensayando muchísimo para ese concierto con los Red Devils, ¿verdad?

Todos los ojos miraron a Troy. Este titubeó:

—Am...

La realidad era que no estaban ensayando nada en absoluto. Y deberían. Pero habían estado muy ocupados con otras cosas...

Por suerte para él, antes de que pudiera abrir la boca, William preguntó:

—Pero, ¿cuándo es el concierto, Max? ¿Mañana? ¿Dentro de una semana?

—¿Qué coño? —exclamó Max—. ¡Claro que no!

Troy se permitió la debilidad de soltar un suspiro de alivio. William continuó:

—Hombre, es que escuchándote parece...

—¿No os lo dije? ¿En serio? —Se asombró Max.

—Nos dijiste que sería en el estadio de los Yankees, pero no cuándo —dijo Austin.

Max se llevó una mano a un bolsillo y luego al otro, como buscando algo, con el cigarro en una comisura. Pareció contrariado, y le dio una palmada a Ray en un brazo, diciendo:

—Díselo tú, Ray, anda. Yo he olvidado en casa mi cuaderno de notas.

—Es el mes que viene, el veintisiete de mayo —dijo Ray, solícito.

—¿Solo un mes? —exclamó Troy—. ¡Yo creí que era para después del verano!

—¿Después del verano? —repitió Max. Se quitó el cigarro de la boca para añadir—: Pero, ¿cómo se te ocurre? ¡Yo no hago planes tan a largo plazo, chico! ¡A saber dónde estaremos de aquí a entonces, ya te digo! —Y murmuró para sí—: ¡Después del verano, dice! ¡Anda que tienes unas cosas...!

Troy miró a sus amigos, mordiéndose el labio inferior, preocupado. Parecía que era urgente que se pusieran a ensayar, sí...

Capítulo 14

El nuevo local de ensayo de los Dragon Riders estaba situado en las afueras de Nueva York, en los sótanos de un estudio de grabación. Lo tenían alquilado desde hacía dos meses, pero apenas lo habían pisado.

Y eso que les gustaba mucho. Se trataba de una habitación amplia, cuadrada, con paredes sólidas, techo alto y focos blancos muy potentes. No había eco, porque estaba construida de modo que las paredes absorbían el sonido. A Troy le parecía perfecto.

Los cuatro amigos habían decidido pasar hoy la mañana aquí. La visita de Max de ayer les hizo conscientes de que habían estado descuidando precisamente lo más importante, la música, y que tenían que ponerse las pilas. Sabían que aún necesitaban ensayar mucho, si querían hacer un buen papel en la actuación con los Red Devils.

Ese concierto quizás fuera el más importante que tenían antes de la gira. Ser teloneros de un grupo tan consolidado y tocar delante de un estadio suponía una gran responsabilidad, y Troy se sentía un poco intimidado por todo ello. Ensayar mucho le ayudaba a sentirse más seguro.

Claro que eso de «ensayar mucho» también tenía sus desventajas...

A media mañana, Austin ya había dejado caer varias veces que «el jefe se está convirtiendo en un viejo cascarrabias», algo insólito en él, que solía ponerse de su parte en todo. Seth sobrellevaba los rigores del perfeccionismo de Troy todo lo estoicamente que podía. Había que decir a su favor que era un ejemplo de calma y de compostura en unas circunstancias tan difíciles. En cuanto a William, había tirado el micrófono contra la pared en dos ocasiones, en sendos accesos de frustración.

Pero esto no era nada nuevo. Al cantante le desesperaba que Troy se interrumpiera en mitad de una canción y que les hiciera a todos volver a empezarla desde el principio porque él se había equivocado en una nota. Para William, que era un espíritu libre y amante de la improvisación, la necesidad de repetición hasta que saliera perfecto que tenía Troy era algo superior a sus fuerzas.

Si era totalmente sincero consigo mismo, Troy tenía que

reconocer que las iras de William estaban justificadas. Sabía darse cuenta de que se había pasado de quisquilloso. Y aunque ya no tuviera remedio, porque no podían rebobinar la mañana y volver a empezarla, sí que estaba dispuesto a disculparse en cuanto tuviera ocasión. Sabía que su compañero no estaba pasando por un buen momento, que no dormía bien y que tenía algo que le preocupaba, y lo último que él quería era darle disgustos.

A eso de las doce, aprovechando un descanso entre dos canciones, Seth propuso hacer una pausa para ir al baño y tomar algo, y todos acogieron la sugerencia con alegría y casi con alivio.

Austin y Seth salieron en seguida, prometiendo traer algo de beber. En el momento de salir, Austin le dio una palmadita en el hombro a Troy y le dijo:

—Aprovechad el tiempo y relajaos un poquito en pareja, jefe. Algo me dice que lo necesitáis.

Y se fueron deprisa, antes de que Troy o William tuvieran ocasión de contestar.

Una vez solos, Troy se descolgó la guitarra de los hombros y la depositó con cuidado en el suelo, apoyada en el amplificador. Se acercó a su novio, dispuesto a hacer caso a Austin y aprovechar para disculparse.

William estaba de espaldas a él, en cuclillas en el suelo, reordenando cables. Troy le habló suavemente.

—Perdona por lo de antes, Will. Estoy un poco nervioso por ese concierto, y supongo que lo he pagado con vosotros. No era mi intención. Es que creía que faltaban meses, y cuando Max nos dijo eso ayer...

—Sí, lo comprendo —interrumpió William—. Yo también estoy nervioso. Perdóname tú a mí.

Terminó su tarea con los cables y se irguió. Se echó el pelo hacia atrás con las dos manos, antes de volverse hacia Troy. Sonrió, diciendo:

—En verdad, nos viene bien repetir. Desde que terminamos el disco, no hemos vuelto a ensayar en serio, y se nota.

—Sí —contestó Troy, aliviado, sonriendo a su vez.

Agradecía que William no se hubiera enfadado de veras. Cuantos menos conflictos, mejor.

Su novio se le quedó mirando unos instantes con una sonrisita abstraída en los labios. Troy ya iba a preguntarle en qué estaba pensando, cuando William se acercó más, con las manos a la espalda y los ojos brillantes de ilusión, y le dijo:

—¿Sabes? La otra noche tuve un sueño curioso.

—¿La otra noche? ¿Cuándo? ¿La de los poemas?

—Sí.

—¿Pudiste dormir? ¿En serio?

—M-m. Dormité un poquito. Y soñé contigo.

Le señaló con un índice. Troy le besó la punta del dedo, y luego la mordió con cuidado, como un juego. William se rió.

—¿Y qué soñaste? —preguntó Troy, rodeando la cintura de su chico con los brazos.

—Bueno...

William hizo como si pensara, con una sonrisa bromista. Su dedo se fue por sí solo a acariciar las clavículas de Troy, recorriéndolas despacio, recreándose en su forma. Sus ojos siguieron los movimientos de ese dedo travieso, mientras iba descendiendo poco a poco por su esternón y la parte superior de su pecho.

La mirada tan hambrienta de aquellos ojos, la boquita del chico, mordiéndose el labio inferior y dejándolo sonrosado y brillante de saliva, y el suave roce de su dedo en su piel y en los pelitos de su pecho le dieron a Troy cosquillas entre las piernas. Le entraron ganas de abrirse la camisa, para que William pudiera acariciarle a sus anchas con las dos manos. En lugar de eso, se inclinó un poco hacia delante para besar su boca, susurrando:

—¿Me lo vas a contar? ¿O tengo que suplicarte?

William volvió a reír. Le miró a los ojos de modo sugerente y provocador.

—La idea es tentadora. Me encantaría verte suplicar. Pero en otros temas, no sé si me entiendes...

—Y con menos ropa, supongo.

La sonrisa de William resplandecía.

—Mi dragoncito va aprendiendo, ¿no es adorable?

Troy le hizo un mimito con la nariz en su mejilla.

—Mmm... He tenido un buen maestro.

Volvió a buscar su boca con la suya. La encontró blanda, suave y abierta, y la lengüita del chico ya salía a su encuentro para enredarse con la suya. Troy no lo pensó y se dedicó a besar y morder concienzudamente aquellos labios. Despacio, disfrutando de su tacto, de su sabor y de la caricia de su lengua en los suyos.

William era por cierto un maestro en cuestiones orales, en todos los sentidos. Antes de poder darse cuenta, Troy estaba apretándole contra sí con las dos manos, y tenía las de William en su pelo, sus hombros, su pecho...

Cuando el chico se apartó, creyó que sería para tomar aire. Por lo menos, él lo necesitaba. Empezaba a costarle respirar, y estaba apareciendo un calorcito sospechoso entre sus piernas.

Sintió el aliento húmedo y ardiente de William en su mejilla y una de sus comisuras, mientras su novio le sembraba la barbilla de besitos abiertos y fugaces. Parecían caricias de fuego. Le correspondió como pudo, sin abrir los ojos. Esto era delicioso.

—Soñé que eras un ángel —ronroneó la voz grave de William cerca de su oído—. Mi ángel de la guarda. Y que tu música disipaba las tinieblas.

Le mordió el lóbulo de la oreja, juguetón, y Troy sintió un escalofrío de placer.

—¡Vaya! —contestó, con voz un tanto temblorosa—. No esperaba algo como eso. —Frotó su mejilla contra la de él, hablándole al oído a su vez—. Entonces fue un sueño bonito, ¿no?

—Fue precioso —dijo William, abrazándole con las dos manos y apretando su pecho contra el suyo—. Como tú —añadió, empujando ahora con las caderas.

Troy soltó una risita nerviosa.

—Si seguimos así, verás cómo vamos a acabar...

—Nah...

—Los chicos pueden regresar en cualquier momento.

—Pues que regresen.

William levantó la cabeza para mirarle a los ojos otra vez.

—No, pero en serio, Troy. Me ayudaste mucho. Gracias, de verdad. No olvidaré aquella noche en la vida.

—Yo tampoco. —Troy lo pensó mejor y añadió—: Además, ¿por qué íbamos a olvidarla? Podemos repetir cuando queramos.

William sonrió tiernamente.
—¿Lo harías? ¿Sí?
—Cuando tú quieras. Y como tú quieras.
William se echó a reír, y solo entonces se dio cuenta Troy de lo que acababa de decir. Y que, dicho así, con la voz grave y rasposa de excitación, se podía interpretar de diversas formas...
En algún momento anterior de su vida, le habría dado vergüenza. Pero hoy no. Con William todo era fácil y fluido. Con William nunca sentía vergüenza. La naturalidad con la que se tomaba las cosas y la frescura de su carácter hacían que Troy se sintiera libre.
—¿Te he dicho que te quiero? —canturreó William, radiante.
—Hoy todavía no.
—Pues te quiero. Con locura.
William volvió a reclamar ávidamente su boca con la suya, y sus manos volvieron a recorrerlo entero a caricias. Troy enterró una de las suyas en la nuca del chico para apretar su cabeza contra sí, mientras le abrazaba con la otra. Nunca se cansaba de estos besos.
—Am... ¿Chicos?
La voz de Seth se coló por los oídos de Troy y llegó a su cerebro, esperada pero poco bienvenida en este preciso momento, esa era la verdad. La de Austin en cambio, le hizo reír en la boca de William.
—Jefe, dije que os relajarais en pareja, no que subierais la temperatura de esta manera. No se os puede dejar solos, coño. Me está entrando un calor, que voy a empezar a quitarme ropa yo también. Vosotros seguid así y ya...
William también rió. Rompió el beso para echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Les hizo una seña a sus amigos con la mano, exclamando:
—¡Venid! ¡Hagamos un cuarteto!
—¡Will! —Se horrorizó Troy.
—¡Aws! Ya le habéis cortado el punto a mi dragoncito rubio...
William tomó las mejillas de Troy con las dos manos y le volvió a besar. Troy solo pudo dejarse hacer, hechizado, mientras sus amigos seguían hablando. Seth dijo:

—Si queréis que os volvamos a dejar solos...

—No, coño —dijo Austin—. Venimos en el coche del jefe. A ver cómo regresamos a casa sin ellos.

—Verdad. Y tenemos que ensayar.

—Eso creo, sí. Pero no sé cómo lo va a hacer Troy para tocar la guitarra sin abrirle un agujero. Y es la negra, Seth, con el cariño que le tiene...

—¿Tú crees que los refrescos pueden ayudar?

—No se me ocurre. Con el calentón que tienen, estos dos necesitan una nevera llena de hielo, ya te digo. Cuatro latas de refresco para ellos es nada. Como no se las tiremos a las cabezas...

Fue Troy quien rompió el beso esta vez, murmurando:

—Pero, ¿será posible...?

—Jefe, ¿estás en condiciones? Si lo estás, ensayamos. Si no, nos vamos a tomar un café por ahí y ya volveremos. No queremos que le pase nada a tu guitarra negra. ¡No, por Dios! Es tu amuleto de la suerte, ya lo sabemos.

—¿Qué amuleto ni qué...?

—No la sueltas ni para lavarte el pelo, doy fe.

—¡Austin, eso es una completa y absoluta exageración! —exclamó Troy, que no sabía si sentirse frustrado por la interrupción, o divertido por el número que estaban formando sus amigos.

Se volvió hacia ellos, en jarras, para tratar de hacerse el ofendido. Austin y Seth estaban en el umbral, cada uno con dos latas de refresco en las manos. William reía sin parar. Seth le dio un codazo a Austin.

—¿Has oído? Eso ha sonado a William —dijo—. Lo de hablar versado por lo visto se pega.

—No me sorprende —repuso Austin—. La estrella le estaba metiendo la lengua en la muela del juicio. Algo de lo bien que habla tiene que haberle llegado al cerebro, seguro.

—Pero, ¿tú sabes lo que eso significa? ¡Ahora tendríamos a dos como William! ¡Qué horror! Yo con un erudito tengo bastante, la verdad.

—Y yo.

Llegados a este punto, Troy estaba tan perplejo que no era

capaz de protestar. Se quedó mirando a sus amigos con los ojos como platos, mientras a su espalda William se había dejado caer sobre una de las cajas de los amplificadores y se reía con todas sus ganas.

Había una cosa de la que no cabía duda. La pausa les había venido muy bien a los cuatro.

***

Aquella misma tarde, los Dragon Riders estaban sentados en el salón de su apartamento en torno a la mesita baja. Habían volcado sobre ella el saco de cartas, creando una pequeña montaña, y estaban revisándolas para quedarse cada cual con las suyas.

William tenía ya un montón tres veces más grande que los de sus compañeros. Y la montaña tenía aún el mismo tamaño. Los chicos bromeaban entre sí, diciendo que William era el más afortunado, el preferido de los fans. El cantante ahora ya no se reía. Tenía una vaga sensación de ansiedad en la boca del estómago. Temía encontrar otro anónimo horrible como el del otro día.

—Toma, Will. Otra más que es para ti —dijo Troy, sonriente, entregándole un sobre.

Era anodino, vulgar, cuadrado, blanco y aparentemente inofensivo. Pero William tenía todos sus sentidos alertas, y captó que había algo fuera de lugar, incluso antes de tomarlo de la mano de Troy.

Este sobre tampoco tenía remitente.

Su cuerpo entró en pánico de modo instantáneo. El corazón se le puso en la garganta. Le dio la vuelta al sobre para mirarlo por todos lados y cerciorarse de que de verdad no tenía remitente, y luego lo ocultó deprisa con manos temblorosas en su fajo de cartas, abajo del todo.

Se sentía de pronto sucio, contaminado por haber tocado aquello. Y Troy también lo estaba. Sintió el irracional impulso de hacerlo levantar del sofá y de llevarlo a rastras al fregadero para

que se lavaran bien las manos los dos. Por supuesto, no lo hizo. Era absurdo. Y además Troy le habría mandado a la porra.

El resto de la tarde fue para él un borrón confuso. Estuvo distraído y fue incapaz de participar en la charla y las risas de sus amigos. Al fin, cuando hubieron distribuido la montaña entera, Austin y Troy se fueron a la cocina a preparar la cena, Seth se fue a la ducha, y él se escurrió a su habitación.

Cerró deprisa la puerta tras de sí. Guardó el fajo de cartas en uno de los cajones de su mesita, dejando fuera el sobre sospechoso. Y apenas hubo cerrado de nuevo el cajón, rasgó el sobre. Sus dedos parecían empeñados en no dejar de temblar esta tarde, y la ansiedad se había convertido en una bola, alojada en la boca de su estómago, que le estaba dando náuseas y mareos sin parar.

Tuvo que pelear un poco con el puñetero sobre, pero al fin extrajo de él un folio doblado. Lo desplegó y comprobó que en efecto, se trataba de otro collage, compuesto de la misma manera que el de la otra vez. Tampoco ahora había nada parecido a una firma. Y el mensaje era el mismo: «Muerte a los gays».

En cuanto vio aquello, toda su ansiedad se convirtió de golpe en una oleada de ira destructiva. Antes de poder darse tiempo para pensarlo, hizo pedacitos el folio. Luego partió los trozos en otros aún más pequeños, los apretó en un puño, y salió a grandes zancadas hacia el baño.

Seth estaba metido en la ducha, con la cortina echada, silbando feliz de la vida. Tenía una radio encendida sobre el lavabo, sonando a todo volumen. William casi no se dio cuenta de todo esto, cegado como estaba por su propia tormenta emocional.

Entró en el baño sin molestarse en pedir permiso, y les hizo sufrir a los pedacitos que llevaba en la mano la misma suerte que a los de la carta anterior, a saber, los echó al inodoro y tiró de la cadena.

Se quedó mirando el agua correr, con el corazón palpitante todavía y el ceño fruncido. El que fuera que le enviaba estas mierdas no parecía haber tenido bastante con una. Y él cada vez estaba más asustado. Si seguía así, se iba a volver paranoico. Empezaban a darle miedo los sacos de Max y todo lo que

pareciera carta. ¡Y él no era así! ¡Nunca había sido así! La sensación de impotencia y de indefensión le devoraba por dentro. ¿Qué podía hacer?

—¿William?

La voz de Seth le arrancó bruscamente de sus sombrías reflexiones. El cantante levantó la vista, y se encontró con que su amigo había asomado la cabeza por un lateral de la cortina, y le miraba con curiosidad.

—¿Una emergencia? —preguntó.

—¿Qué? —dijo William.

Se dio cuenta de que estaba de pie junto al inodoro abierto. El agua ya había dejado de correr, y no había ni rastro de los pedacitos. Se habían ido a tomar por culo por ahí, a contaminar ríos y mares. Pensándolo bien, ojalá se disolvieran antes, o se los comieran las ratas, o...

—¿William? —repitió Seth—. ¿Estás bien?

El aludido se sobresaltó. Improvisó a toda prisa.

—¡Ah! Sí, sí. Tenía que mear, no podía más. Ya me voy. Perdona, Seth.

Bajó la tapa y salió del baño. Echó una carrerita hasta su habitación y se refugió en ella agradecidamente. Apoyó la espalda en la puerta cerrada y suspiró, mirando al techo.

A ver cómo lo iba a hacer para dormir esta noche. Troy había hablado de repetir lo de los poemas, y William sabía que lo decía de verdad. Pero el pobre también tenía derecho a dormir, ¿no?

Capítulo 15

Troy despertó sobresaltado, sin saber por qué. Abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras. La escasa claridad procedente de la calle que entraba a través de la ventana no permitía ver mucho.

—¿Will? —preguntó desorientado, incorporándose un poco.

Alargó una mano hacia el lugar que ocupaba su compañero, buscándolo a tientas.

—¿Will? —repitió—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Troy estiró el brazo un poco más. No consiguió encontrar el cuerpo de William. Su lado de la cama estaba vacío, con las sábanas revueltas y frías.

—¡Cht! ¿Otra vez? —murmuró para sí.

Alargó la mano ahora hacia la lamparita. La encendió. Tuvo que guiñar los ojos y parpadear un par de veces para adaptarlos a la luz. Se volvió hacia el espacio donde solía dormir su novio. Efectivamente, estaba vacío. William debía haberse levantado hacía un rato, tanto que a la cama le había dado tiempo de enfriarse.

—Apuesto a que ese tonto está borracho en el salón —gruñó Troy, levantándose a su vez y metiéndose deprisa en un pantalón de chándal—. Pues esto no puede seguir así. Tanta cogorza no puede ser bueno. Ya verás cómo va a acabar...

De repente, sin saber por qué, se acordó de Harold. Volvió a ver su cara en su mente, seria y triste, tal como le vio la tarde aquella que estuvieron hablando en la habitación de las guitarras. Volvió a ver la melancolía en sus ojos mientras le decía: «Las drogas terminaron con nuestro sueño de ser famosos. Me quitaron la música durante muchos años. Y me arrebataron a Fox para siempre. No permitas que te hagan lo mismo».

Y él aquella noche se había prometido que protegería a William de ese particular dragón. A William y a todo lo que estaban construyendo juntos. ¡Y lo haría, con uñas y dientes si hacía falta! No iba a permitir que a ellos les pasara lo mismo que a Harold y a Fox. ¡De ninguna manera!

Apretó los labios en un gesto de decisión. Los últimos restos de sueño se esfumaron de su cabeza como por encanto. Ahora estaba bien despierto y alerta. E iba a salir ahí fuera a pelear por William con todas sus fuerzas. Aunque para ello tuviera que pelear con el propio William. Nada ni nadie iba a robarle a su amor, estaba seguro de ello.

Mientras pensaba esto, caminaba ya a grandes zancadas hacia la puerta de la habitación. Y nada más abrirla, se encontró con una sorpresa.

El pasillo estaba oscuro. Pero había luz en la habitación de

música.

¿Estaría allí William? A lo mejor no estaba borracho, después de todo...

Intrigado, Troy se acercó unos pasos, estirando el cuello para ver. La puerta estaba entreabierta, y una rendija de luz amarilla se colaba por el hueco en dirección al pasillo. La rendija era demasiado pequeña como para poder ver lo que ocurría en el interior, y por mucho que abrió oído, no pudo escuchar nada. A Troy no le agradaba tener que interrumpir a su compañero si estaba haciendo algo importante, pero si quería cerciorarse de que estaba bien, no le quedaba más remedio que entrar. Con mucho cuidado, colocó una mano sobre la puerta y empujó despacio.

La luz que había en la habitación procedía de la guirnalda de bombillas que había colgada en la pared de la esquina. William estaba justo debajo, sentado sobre el colchón y envuelto en la mantita del otro día. Tenía un grueso libro abierto sobre sus rodillas y la cabeza inclinada sobre él, con el pelo por la cara. Desde esta distancia, Troy no podría asegurarlo, pero le pareció que el volumen en cuestión era ni más ni menos que el poemario que estuvieron leyendo la otra noche. No había ni rastro de ninguna bebida por ninguna parte, y tampoco olía a alcohol en la habitación, sino solo a tabaco y un poco al producto que usaban para limpiar el suelo.

Troy sintió como si acabaran de quitarle de la espalda un peso enorme. Sus hombros se relajaron y soltó un profundo suspiro de alivio.

William debió oírlo, o debió sentir de alguna manera que él estaba allí, porque levantó bruscamente la cabeza para mirarle. Su expresión era seria e intensa. Sus ojos estaban muy alertas y brillaban como estrellas entre su mata de cabellos castaño oscuro.

Troy se acercó un par de pasos, murmurando:

—¿Qué haces?

William señaló con una mano el libro, manteniendo la vista fija en su rostro, como diciendo sin palabras: «¿No resulta obvio?».

Troy se acercó más.

—¿Otra pesadilla? —preguntó con interés.

William asintió.

—Iba a tomar una copa para que se me pasara el susto —explicó—. Pero luego me acordé de esto.

Su mano continuaba sobre el libro de poemas, pero ahora rozaba las páginas con las puntas de los dedos, como acariciándolas con reverencia. Su expresión cambió. En sus ojos apareció la angustia.

—Llevo aquí un rato, pero no funciona, Troy —añadió—. Hoy no funciona...

Troy sintió que se le encogía el corazón. Sin romper el contacto visual, se dejó caer de rodillas en el colchón frente a él y cuchicheó:

—¿Qué necesitas?

***

William se mordió los labios, con la mirada perdida en los ojos de Troy. Eran serios y maduros, del color de las tormentas, y le observaban con mezcla entre preocupación y decisión.

No era un hombre especialmente guapo, pero a él le parecía el más precioso del mundo. Y tan masculino... Su boquita era suave y blanda, con el labio superior algo más carnoso que el inferior. Tenía un algo de sensual en ella, aunque estuviera serio, como ahora. Su cuello delgado se unía a esas clavículas tan fascinantes que tenía, que invitaban a cubrirlas de mordisquitos suaves y húmedos. Tenía puesta una camiseta y un pantalón de chándal, pero la camiseta le quedaba holgada y el cuello redondo dejaba ver parte de su escote. William podría pasar el resto de su vida acariciando esa piel blanquita y sintiendo los pelitos en sus dedos, sin hacer nada más.

¿Qué necesitaba? ¡Qué pregunta! Ni él mismo sabría decirlo.

Necesitaba muchas cosas. Necesitaba dormir desesperadamente, y poder descansar una noche en condiciones, aunque solo fuera una. Necesitaba que desapareciera esta sensación omnipresente de amenaza que le atenazaba el pecho. Necesitaba dejar de recibir mensajes anónimos cargados de mala

leche. Necesitaba que todos los homófobos del mundo dejaran de serlo...

Sí, pero Troy no podía darle nada de eso. Troy solo podía darle... Pues a sí mismo. Darse a sí mismo, tal como era, con su perfeccionismo insufrible y con su adorable ingenuidad.

William vivía en estos días con el miedo permanente a perderle metido en el cuerpo. Pero hoy, esta noche, Troy estaba aquí. Estaba vivo y sano, y dispuesto a darle lo que él necesitara.

La pregunta volvió a su mente. ¿Qué necesitaba William? Y la respuesta esta vez llegó por sí sola.

—A ti, Troy —murmuró—. A ti, mi vida. Estamos solos en un mundo incierto y aterrador. Pero estamos juntos.

Acarició sus mejillas con ambas manos. Troy le tomó una de ellas en la suya y se la llevó a los labios. Le besó la palma, susurrando:

—Siempre juntos.

William notó un escalofrío al sentir el tacto de su boca en su piel. Se movió para arrodillarse él también y poder acercarse más. El libro cayó de mala manera sobre el colchón, pero él apenas se dio cuenta. Toda su atención estaba centrada en Troy.

—Necesito sentirte —cuchicheó, con su boca a flor de piel de la de él.

Troy cerró los ojos y le hizo un mimito con la nariz. Le besó una comisura.

—Estoy aquí, amor —ronroneó.

William rodeó su cuello con los brazos y le besó los labios. Su primera intención fue hacerlo suavecito y dulce, recreándose en la sensación. Pero pronto la dulzura se vio sustituida por mordiscos ávidos y hambrientos. Ese labio superior tan blandito sabía a macho. Y era tremendamente excitante sentir en sus propios labios la piel más áspera de alrededor. Los movimientos de Troy eran lentos y dedicados, casi perezosos. Pero su boca se acoplaba con la suya y le seguía sin vacilar, mordiéndole a su vez, lamiéndole con cuidadito, jugando con su lengua y mordisqueando sus labios con delicia.

Las uñas de William se clavaron en la espalda de Troy por encima de su camiseta. Le arañaron sin ninguna sutileza, y Troy

gruñó de placer en su boca, estrechándole contra sí con las dos manos, y cubriendo su espalda de caricias.

Troy estaba aquí, dispuesto a entregarse a su modo, noble y sin reservas. Y William quería enredarse en su cuerpo y sentir que estaban juntos contra ese mundo hostil de ahí fuera. Que hoy, todavía, dijeran lo que dijeran sus pesadillas y sus miedos, Troy estaba vivo.

Esta noche no se hablaría de amor en este cuartito. Los poemas no se leerían, se sentirían. Las palabras no se pronunciarían, se suspirarían entre gemidos de placer. Las rimas y los versos los crearían el movimiento de sus cuerpos, las caricias y los besos.

Esta noche no se hablaría de amor. Esta noche se haría. Porque como en todo, entre la palabra y el hecho hay un abismo. Y porque como en todo, una acción vale más que mil palabras.

***

William se quedó dormido poco después de correrse, y Troy no fue capaz de tomárselo a mal. El pobre debía estar agotado.

Pero él no podía dormir. Su cuerpo estaba relajado después de la descarga, pero su mente continuaba muy alerta. Además, estaban estrechos en el pequeño colchón, y no quería moverse de modo involuntario en sueños y despertar a su chico. Se quedó muy quieto, mirándole.

Estaban abrazados, piel con piel, cubiertos apenas con la mantita. William se había dormido en una de sus posturas preferidas, rodeándole con brazos y piernas, con su cabeza junto a la de él, apoyada en la suya. Troy pasaba un brazo por sus hombros y le acariciaba uno de ellos, despacio y con cuidado, con las puntas de los dedos.

William dormía, sí, por fin. Pero no tenía un sueño tranquilo ni estaba tan relajado como otras veces. Sus manos estaban aferradas a Troy como si alguien se lo fuera a quitar, y tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

Troy volvió la vista hacia la ventana. Se quedó mirando ahora

las luces cambiantes del tráfico que se reflejaban en el espejo de la pared, pensando.

Este asunto empezaba a preocuparle de veras. William estaba teniendo pesadillas con demasiada frecuencia. Y esta noche había estado desatado, una verdadera fiera. Parecía haber sentido más necesidad que pasión, más ansia que deseo.

¿Qué podría ocurrirle? Y no menos importante: ¿cómo podría él ayudarle?

***

Cuando se despertó al día siguiente, estaba solo otra vez. William se había ido, dejándolo bien tapado con la mantita. Troy tuvo la tentación de acurrucarse y quedarse allí dormitando un rato más, pero luego recordó que esta mañana tenían una firma de discos en un centro comercial. Max había quedado en venir a recogerlos con una furgoneta a eso de las diez. ¿Qué hora debía ser?

No había modo de saberlo. La luz que entraba por la ventana era pálida y gris. Fuera estaba nublado y amenazaba lluvia otra vez. Confuso y desorientado, Troy se levantó a trompicones y fue al baño.

Mientras se vestía, escuchó las voces de sus amigos por la casa. Parecía que por una vez, había sido el último en despertarse. ¿Sería muy tarde? ¿En qué andaban los demás?

Caminó deprisa hacia la cocina, siguiendo el sonido de las voces, ya vestido y metiéndose en su chaqueta de cuero. Apenas se asomó al umbral, vio que Seth y William estaban allí, hablando y riendo. El desayuno de Seth era una taza de café. El de William era un botellín de cerveza.

Troy le frunció el ceño al botellín, pero no tuvo ocasión de abrir la boca. En cuanto lo vio entrar, William le rodeó el cuello con un brazo, exclamando:

—¡Mi dragoncito con cara de sueño! ¡Buenos días, amor!

Parecía muy contento, radiante. Pero sus ojos volvían a estar

vidriosos por el alcohol, y le apestaba el aliento. Le besó los labios con todas sus ganas, y Troy tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no ser grosero y no apartar la cara.

—Menos mal que por fin estás despierto —dijo Seth—. Austin ya iba a ir a llamarte. Salimos dentro de media hora.

—Ah, es bueno saberlo —gruñó Troy. La vista y el olor del alcohol le habían puesto de mal talante—. ¿Hay más café?

Seth hizo un gesto hacia la hornilla, donde había una cafetera grande.

—Todo el que quieras. —Sonrió.

Troy se desenredó del abrazo de William para ir a coger una taza. La llenó de café solo y le puso dos cucharadas de azúcar.

—¿Estás bien, Troy? —preguntó Seth, mirándole con una ceja levantada.

Rayos, se había dado cuenta. Troy nunca tomaba café solo. Le parecía demasiado amargo. Pero hoy necesitaba ese algo diferente para despejarse del todo. A ver si de paso se le quitaba también el mal humor...

No contestó. Tampoco podía, por otra parte, porque la voz de William ya estaba llenando la habitación y casi el edificio, parloteando sin parar acerca de la ilusión que le hacía poder ver a sus fans y sentir el calor de las masas. Seth desvió su atención hacia él, y Troy lo agradeció. No se sentía capaz de explicar nada.

Además, ¿qué le decía a su amigo? «Ah, sí. Mira, Seth, es que anoche me desperté de madrugada por culpa de una pesadilla de William. Y aunque le di sexo y del bueno, o eso creo, esta cotorra se fue de vuelta a por el alcohol en cuanto me quedé dormido, ya lo ves. Tío, ni los poemas funcionan, ni el sexo... Ya no sé qué voy a hacer con él. Y voy a perderle, como Harold perdió a Fox. Voy a perderle...»

Sintió que se le nublaba la vista de repente y que se alojaba un nudo en su garganta. Le asaltó la brusca necesidad de gritar su impotencia y su rabia hasta quedarse sin voz, pero no podía. Ni eso podía.

Les volvió la espalda a sus compañeros y tomó un largo sorbo de café. Se sobresaltó e hizo una mueca. Las lágrimas de angustia dieron paso a otras de dolor. ¡Maldita sea! ¡Se había quemado la

lengua! ¿Cómo se le había ocurrido tomarse el café como si fuera agua, hombre? ¿Tan distraído estaba? ¿Y con esta cabeza tenía que ir hoy a una firma de discos?

Se consoló pensando que solo se trataba de firmar, no tenía que hablar. No estaba precisamente como para dar un discurso con la lengua medio escaldada. Qué desastre todo...

Capítulo 16

La cola de fans para que les firmaran sus discos era infinita. Había tanta gente, que al fondo del todo Troy solo conseguía ver una multitud arremolinada. En su vida se había visto en una circunstancia similar, y la verdad era que impresionaba un poco.

Los organizadores del evento habían preparado una mesa larga y sillas para que pudieran sentarse los cuatro. Los fans iban pasando por delante de ellos y los chicos iban firmando cada disco de uno en uno, empezando por Troy, luego William, seguido de Seth y por último Austin. Había personal de seguridad vigilando que nadie se saltara la cola y que los fans no se entretuvieran demasiado tiempo en la mesa. Max se había quedado allí, oculto entre bambalinas, charlando con los organizadores y tomando una copa.

En un principio, la cosa fue bastante bien. La gente estaba entusiasmada, pero no enloquecida. William estaba contento, pero aguantaba el tipo. Y Troy empezó a albergar esperanzas de que todo acabaría saliendo como debía y que la cogorza de William no tendría consecuencias.

Incluso empezó a preocuparse por otras cosas. Bueno, a la vista de aquella muchedumbre, y sabiendo que uno tenía que firmar cada uno de aquellos discos, era inevitable preguntarse si acabaría doliéndole la mano o dándole un calambre. Troy nunca había sido persona de escribir mucho que digamos, así que no sabía cuánto tiempo podría llegar a aguantar.

William no parecía afectado por esto. Firmaba dándose un aire

de persona intelectual, poniendo cara seria, fingiendo que se esmeraba en cada trazo, haciendo florituras y jugando con el rotulador.

Empezó dibujando corazones debajo de su nombre en los discos de las chicas. Eso arrancó chillidos alborozados en las afortunadas, así que empezó a hacerlo por sistema.

El primer chico que vio un corazón en su disco se quedó mirando a William con cara de no comprender nada. William le miró a él a su vez desde abajo, sonrió con aire perverso, y le pasó el disco a Seth, cruzándose de brazos y mirando al chico de modo desafiante.

Troy miró al uno y al otro, preguntándose si tendría que intervenir. Pero por suerte, el chico no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros y avanzó hacia donde estaba Seth.

No obstante, Troy se inclinó sobre su novio para cuchichearle al oído:

—Will, no hagas esas cosas, hombre. Somos profesionales.

William hizo la intención de ir a responderle y Troy puso la oreja. Tuvo que reprimir una mueca de asco cuando le dio en toda la nariz el olor a alcohol del aliento de su compañero. Este se estiró para hablarle al oído a su vez, con voz grave y aterciopelada.

—Si vuelves a decirme cositas al oído, con lo guapo que estás hoy, no voy a poder retenerme. Te voy a comer la boca, ya lo verás.

Troy chasqueó la lengua. Su chico hablaba arrastrando las palabras. Y cuando se apartó, se le quedó mirando con una sonrisita traviesa. Estaba mucho más intoxicado de lo que parecía, maldita sea. ¿Cuándo le había dicho estas cosas estando sobrio, a ver? Y más últimamente, con el pánico que le tenía a eso de acercarse a él estando en la calle...

Troy cambió una mirada de preocupación con Seth y Austin. A ver cómo iban a terminar la mañana.

—Bueno, tú limítate a poner tu nombre. —Le dijo a William, sin mirarle para no seguirle el juego. Troy era muy consciente de la cola de gente que estaba pendiente de ellos—. Tampoco es tan difícil.

El cantante le apretó un muslo con una mano abierta por debajo

de la mesa, ronroneando:

—Aws, un dragoncito serio... Qué ñam te pones, hijo de puta...

Troy se sobresaltó. Le dio un manotazo disimulado por debajo de la tela que cubría la mesa a la mano aquella perversa que ya intentaba hormiguear en dirección a su entrepierna. Se frustró, porque no consiguió apartarla. Le dio otro, susurrando:

—¿Quieres comportarte?

Y trató de sonreírle a la siguiente chica de la cola, que ya estaba ante él con su disco en las manos.

William soltó una risita. No dijo nada más, y tampoco volvió a tocarle. Pero la cosa no iba a quedar ahí. Más bien acababa de empezar...

En cuanto la chica llegó frente a William, le dijo, ilusionada:

—¿Puedes ponerme un corazón a mí también, por favor?

El cantante miró a Troy con una ceja levantada, sonriente, y Troy le hizo una seña con su rotulador hacia el disco para darle a entender que firmara de una vez.

William no firmó. Su sonrisa se hizo más amplia.

—¿En qué quedamos, Troy? ¿Lo hago o no lo hago? —dijo.

Troy resopló.

—Ella lo ha pedido, ¿no? Así que hazlo —murmuró, haciendo gestos con los ojos para apremiarle—. Y hazlo hoy, si puede ser. ¿No ves la de gente que hay esperando?

William miró a la chica.

—El jefe ha dicho que lo haga, lo siento —dijo.

Y sin más, se puso en pie, agarró la cara de la chica con las dos manos, y la besó en toda la boca.

Troy y Seth se levantaron también en seguida, exclamando:

—Pero, ¿qué...?

—¡William!

Tiraron de su cantante cada uno por un brazo, mientras uno de los chicos de seguridad se acercaba a toda prisa para apartar a la perpleja muchacha.

—Perdónalo, por favor —decía Seth, echando a William hacia atrás con las dos manos—. El pobre hoy no se encuentra bien.

—¡Qué vergüenza, por Dios! ¡Max! —exclamaba Troy—. ¡Max, ven rápido!

Hubo un revuelo en los alrededores de la mesa. Max llegó corriendo y entre él y Troy, tiraron de William hacia atrás para sacarlo de allí, mientras el cantante se reía más y mejor. Seth trataba de disculparlo como podía delante de la chica y de los fans más cercanos, que lo habían visto todo y estaban mirándoles con caras de perplejo asombro.

El chico de seguridad rodeó a la fan con los brazos y se la llevó deprisa. Cuando ya casi habían salido, ella pareció recuperar el habla y empezó a exclamar:

—¡Mi disco! ¡Se ha quedado allí! ¡Quiero mi disco!

Austin dibujó deprisa un corazón en la carátula del disco, garabateó sus nombres y fue corriendo a llevárselo. Mientras tanto, otra chica, que había visto la escena estirando el cuello desde la cola, empezó a gritar:

—¡William está repartiendo besos! ¡William está besando a las fans!

Y ese fue el principio de la locura. El caos se desencadenó en la multitud que aguardaba. Una marea de chicas corrió en tromba para acercarse a la mesa, empujándose unas a otras, dándose codazos y tirones de pelos, y atizándose con los bolsos para conseguir el mejor sitio. Otros vigilantes de seguridad vinieron a toda prisa para intentar contenerlas. Austin y Seth se pegaron a la pared que tenían a sus espaldas, preguntándose si deberían salir corriendo, mientras la organizadora del evento, una mujer de traje con aspecto autoritario, le gritaba órdenes a todo el mundo.

—¡Sacadlo de aquí! ¡Por la salida de incendios! ¡Deprisa! —Le decía a Max.

—¡Vosotros no os mováis! —Le dijo luego a Seth, en tono de advertencia, al mismo tiempo que sacaba un walkie-talkie y decía—: ¡Seguridad! ¡Necesito que forméis un cordón delante de la mesa de firmas! ¡Esto se nos ha ido de las manos! ¡Llamad a la policía!

Lo último que Troy pudo escuchar mientras sacaban apretujadamente a William por la puerta de incendios, fueron los chillidos de las fans, que ahogaban las órdenes de la mujer, la voz de Seth pidiendo calma, y las del personal de seguridad.

***

—¿Estás idiota, o qué coño pasa contigo? —gritó Troy.

En cuanto se vio a salvo con Max y con William en la escalera de incendios, agarró a su novio por la solapa de la chaqueta con las dos manos y le envió violentamente contra la pared. Le sacudió como a una estera, furioso, increpándole:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡No puedes ir por ahí besando a las fans! ¡No eres Dios, joder!

—¡Ella lo pidió! —Se defendió William, tratando de soltarse de sus manos con exagerada dignidad.

—¡Ella pidió que dibujaras un maldito garabato en un cartón! ¡No esto! ¡Y aunque te lo hubiera pedido! ¡Tú no eres nadie para...!

—Troy... —intervino la voz de Max.

—¡Esa chica puede demandarte! ¿No te das cuenta? ¡Nuestra carrera está en juego! ¿No lo ves?

Troy empujó con ambas manos los hombros de William y se apartó, frustrado, gruñendo:

—¡De buena gana te partiría la cara!

—Troy, ya está. La chica no va a hacer nada —dijo Max.

—¡Pero podría hacerlo! —exclamó Troy, haciendo un gesto de rabia, con los puños apretados—. ¡Podría hacerlo, aunque solo fuera por sacar dinero a costa nuestra! ¡Está mal! ¡Nadie besa a una desconocida sin venir a cuento! ¿Es que no lo entiendes, Will? ¡No puedes...! ¡El hecho de ser famoso no te da derecho a...!

Se interrumpió. Se atascaba con las palabras. Cuando más falta le hacían, menos conseguía encontrarlas. Volvió la cara.

—Es verdad. No le da derecho —dijo Max, muy serio—. No ha hecho bien. Troy, estamos de acuerdo. Pero el chico no está sobrio, ¿no lo ves?

—¡Ese es el problema! —Volvió a exclamar Troy.

Empezó a dar paseítos por la estrecha plataforma de hierro, moviéndose arriba y abajo, a ver si así conseguía sacar fuera su furia.

—¡Sabía que hoy teníamos que venir aquí por trabajo! ¿Qué

profesional del mundo va borracho a su trabajo? ¡No! ¡En serio, Max! ¿Quién coño hace eso? ¡Una cosa es lo que uno haga en su vida privada, y otra...!

—Shh... Troy. Te va a dar algo. Relájate, ¿vale? —dijo Max, haciendo un gesto con las manos para pedir paz.

—¡No puedo! —gritó Troy.

Dio otro paseíto. Se detuvo, de espaldas a ellos. Sacó del bolsillo de su pantalón su tabaco y un mechero. Prendió un cigarro con manos temblorosas.

No era solo que no pudiera relajarse. Era que tampoco quería. William había llegado sencillamente demasiado lejos.

Durante unos instantes, reinó un tenso silencio sobre la plataforma. Troy fumaba, mirando al cielo y a los edificios que había frente a ellos, al otro lado de la calle. Max miraba abajo, tal vez para comprobar que no les había oído nadie. La callecita a la que daba esta fachada del centro comercial estaba totalmente desierta.

Por su parte, William continuaba con la espalda pegada a la pared, mirando a Troy, muy serio ahora.

—Ya veo —dijo al fin, con voz queda—. El trabajo te importa más que nada, ¿no, Troy? Tu carrera, tu grupo, tus normas, ¿no es eso? Te crees que los demás tenemos tus mismos problemas, y quieres que tu grupo haga lo que tú deseas, ¿verdad?

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó Troy, volviéndose hacia él —. ¡Solo he dicho que nadie va bebido al trabajo! ¡Solo he dicho que no debes besar a una fan!

William se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Todos los rockeros lo hacen. ¿No has oído hablar de las groupies?

—¡Nosotros no somos así! ¡Y es diferente! ¡Esa chica no quería...!

—¿Y tú qué sabes lo que quería? Yo no la he visto ofendida.

—¡William, no me enredes! ¡No-debes-hacerlo! —Troy le advirtió con la mano que sujetaba el cigarro—. ¡Y no hay más que hablar!

Tomó la última calada y tiró la colilla al suelo metálico. La pisó con un pie. William continuó mirándole muy serio.

—Estás celoso —dijo.
—No.
—Oh, sí que lo estás.
—No.
—Sabes que te quiero a ti y solo a ti, ¿verdad? No tienes que sentirte celoso.
—Mira, ¿sabes qué? No voy a quedarme aquí discutiendo esto.
Troy agarró el picaporte de la puerta para volver a entrar, pero William preguntó:
—¿No se te ocurre pensar que pude tener un motivo para hacerlo? ¿No piensas en mí? ¿Solo en ti, Troy?
El aludido se detuvo y se volvió otra vez.
—¡Estoy pensando en ti! ¡Si a esa chica le da por presentar cargos...!
William se encogió de hombros una vez más, diciendo simplemente:
—No lo hará.
—¿Y tú qué sabes? ¡Intento protegerte, William!
—¡Y yo intento protegerte a ti, Troy!
—¿Qué?
—¿No lo entiendes? —William habló con inesperada pasión ahora—. ¡Si beso a una chica delante de todo el mundo, los fans me tomarán por hetero!
—¿Otra vez? ¡Todo el mundo cree que eres hetero! ¿Qué coño paranoia te ha dado para...?
—¡Todo el mundo no, Troy! ¡Tenía la esperanza de que ese tío estuviera ahí! ¿Vale? ¡En la cola!
—¿Qué tío?
—¡El de las cartas!
—¿Qué cartas?
—¡El hijo de puta que me envía cartas anónimas amenazando a los gays!
Troy se quedó mudo. Miró a William con grandes ojos y luego a Max, balbuceando:
—¿Cartas anónimas? ¿De amenaza?
—¡Sí! ¡«Muerte a los gays», pone el cabrón! ¡Ese tío va a por nosotros, Troy! ¡Y si te matan como a Charlie Orson, yo...!

Troy sacudió la cabeza, totalmente perplejo, mientras Max exclamaba:

—¡Woah! ¡Tranquilo, William! ¡Para el carro ahí, chico! Rebobina. ¿De qué cartas anónimas estamos hablando? ¿Cuántas has recibido?

William continuó mirando a Troy de modo penetrante unos segundos más, antes de volverse hacia Max, como a desgana, respondiendo:

—Dos.

—¿Dos? —exclamó Troy—. ¿Y no me has dicho nada?

—¿Para qué te lo iba a decir? —Se defendió William—. ¿Acaso me ibas a tomar en serio?

—Bueno, bueno, calma. —Max tomó a los dos chicos por la mano con las dos suyas—. Calmaos los dos, joder. Parecéis un par de adolescentes. Necesitamos hablar de esas cartas con más detalle. Pero antes, a ver qué pasa ahí dentro. ¿Creéis que puedo dejaros solos un minuto, o en cuanto entre os vais a arrancar la cabeza el uno al otro?

William bajó la vista al suelo.

—No, Max. Puedes entrar. Estaremos bien.

—Además, Austin y Seth te necesitan —dijo Troy—. Ve, Max, por favor.

El mánager asintió.

—Esperadme aquí. En seguida vuelvo.

Les miró una vez más al uno y al otro, como para cerciorarse de que era seguro marcharse. Troy asintió a su vez, y al fin Max se dirigió a la puerta. Antes de cerrarla a su espalda, les dijo:

—No os matéis, ¿eh? No tardaré. Lo prometo.

Y se fue definitivamente.

Los dos jóvenes guardaron otro tenso silencio durante unos instantes. Troy prendió un nuevo cigarro y fumó más despacio, mirando a la calle y al cielo.

Apenas había tomado dos caladas, escuchó la voz de William.

—¿Me das uno?

Troy le ofreció el paquete y el mechero, sin mirarle. William prendió su propio cigarrillo y le devolvió las cosas, soplando el humo al cielo.

—¿Estás enfadado? —preguntó muy serio.

Troy volvió la cara hacia el edificio de enfrente una vez más para resistir la tentación de mirarle.

—Sí —contestó—. La has cagado ahí dentro. —Señaló a la puerta con la cabeza—. Aunque la chica no presente cargos, la que has liado ha sido bestial. Seguramente, habrá que anular la firma de discos. No creo que te dejen ponerte allí otra vez. Esas locas te devorarían vivo. En cuanto a lo otro...

Tomó otra calada y metió la mano libre en el bolsillo, pensándolo un instante antes de murmurar:

—Me jode que no hayas confiado en mí.

—Troy, claro que confío en ti.

—No, ¿verdad? Es evidente que no.

—Pero, ¿es que no me entiendes? ¡Tú todo lo ves muy fácil! Si nos agreden, les damos dos patadas y ya está. ¡Resuelto! —Chasqueó dos dedos en el aire—. Y esa idea está bien para ciertas cosas, no lo niego. ¡Pero esto es diferente! ¿Cómo vences a un enemigo al que no puedes ver?

—¿Bebiendo, Will? ¿Emborrachándote cada día?

—No he bebido por eso. Era por las pesadillas, y tú lo sabes.

—Ya.

—Además, hoy no estaba tan borracho como tú crees. ¡Solo he tomado una cerveza, demonios!

William tomó una calada a su vez. Troy vio aparecer una nube de humo gris a su lado, y dedujo que su compañero debía haberse acercado a él para hablar más en privado. Se negó a mirarle, sin embargo, no aún. La rabia seguía demasiado a flor de piel. Y además, empezaba a sentir otras cosas...

Para empezar, dolor. Estaban ahora mismo tan cerca... Y a la vez tan lejos...

Tomó una nueva calada, preguntando:

—¿Entonces...? ¿Cómo vences a este enemigo, m? ¿Besando a una fan?

—¿No te lo he dicho? ¡El tipo podría estar allí, entre el público! ¡Podría verme y convencerse de que soy hetero! ¡Y dejarnos en paz!

Troy sacudió la cabeza, diciendo:

—No es así como se hacen las cosas.

—Aunque te parezca mentira, lo he hecho por ti, Troy. Porque te quiero. Tú no ves el peligro, pero...

—¿Me quieres?

Troy ya no pudo retenerse más. Se volvió hacia William y le miró a los ojos, herido, diciendo:

—¿Querer a alguien es ocultarle cosas? ¿Es utilizarle para calmar tu ansiedad, sin decirle lo que pasa?

—Si te refieres a lo de anoche, yo no te utilicé. Tú viniste a buscarme.

—¡Claro que sí! ¡Quería ayudarte! Y tú...

—¿Sabes lo que es tener que guardarle a tu amor un secreto para protegerle?

—No. Porque yo no lo haría.

Troy apuró su cigarro y sopló el humo a un lado, antes de tirar la colilla, añadiendo:

—Además, has dicho que fue porque yo no te comprendería, o eso creías. No para protegerme.

—¿Y no es lo mismo?

—No me enredes, William.

—Troy, tú no ves el peligro.

—¿No? ¿Y tú sí?

William se le quedó mirando muy serio. Alargó una mano para apartarle el flequillo de los ojos, contestando suavemente:

—Sí. Yo sí. Yo lo veo todas las noches.

Le acarició ahora la frente y una de sus cejas. Troy sintió el tacto de sus dedos en su piel. Estaban fríos. Apartó la cara.

—Y no quieres que busquemos ayuda con eso. ¿De verdad tienes pesadillas, o es otra de tus mentiras?

—Ocultar cosas no es mentir, Troy.

—Lo siento, Will. Estoy enfadado. Me siento engañado y utilizado.

—No. Te sientes herido. Y eso es porque me quieres.

Troy volvió la vista a la calle otra vez. Tragó saliva. Esto último había dolido, porque era la más pura y simple verdad.

Sintió que William ponía una mano en su brazo.

—Troy...

Se deshizo de él con un gesto, diciendo secamente:

—Déjame.

Antes de que William pudiera contestar, la puerta se abrió y salió Max. Venía acompañado de Austin y Seth. Los tres parecían un poco aturrullados y sin aliento.

—¡Ah, estáis aquí! ¡Y los dos de una pieza, qué bien! —dijo Max—. ¡Vamos, bajemos deprisa!

Le dio una palmada en un brazo a Troy y un empujoncito a William, y empezó a bajar la escalera. Austin y Seth le siguieron, con William tras ellos.

—Pero, ¿qué ha pasado con la firma de discos? —preguntó Troy.

—Pues nada. ¡Cancelada! —dijo Max, haciendo un gesto con la mano en el aire—. Esa multitud era incontrolable. ¡Incontenible! Necesitamos contratar a más personal de seguridad para la próxima vez. ¡Verás cómo ahora sí me hacen caso en la discográfica!

—Cuando Max ha dicho que William no podía volver a salir porque estaba indispuesto, las chicas se han vuelto locas —explicó Seth—. ¡Pero locas de verdad! Es increíble el magnetismo que tiene este hombre con las chicas...

Troy se dio cuenta de que el grupo iba ya por la mitad de la escalera y se apresuró a seguirles.

—¿Y ahora qué hacemos, Max? —dijo.

—¿Ahora? Ir a la furgoneta. Uno de los chicos iba a traerla... ¡Ah! Allí está, al final de la calle. ¡Vamos!

Señaló con una mano. Efectivamente, la furgoneta estaba aparcando al final de la calle, y un par de chicos de seguridad bajaron de ella y se detuvieron a esperarles.

—¿Y luego? —Quiso saber Troy.

—Vamos a mi despacho —repuso Max—. Tengo que hacer unas llamadas para que aplacen esto de hoy para otro día y de otra manera. Y después de eso vamos a tener una pequeña charla...

Había llegado ya abajo, y les veía descender de uno en uno. Se quedó mirando a William con expresión preocupada, añadiendo:

—Tengo que saberlo todo acerca de esas condenadas cartas.

—¿Cartas? —dijo Seth.

—Sí, cartas —contestó el mánager.

Los cuatro estaban ya abajo. Max empujó a Troy hacia la furgoneta, repitiendo:

—¡Vamos!

Capítulo 17

—Troy, colega... —dijo Austin—. ¡Qué fuerte!

Estaban en el camerino, si se le podía llamar así al estrecho cuartito que tenían para cambiarse. Esta noche actuaban en un bar de la ciudad, también como parte de las tareas de promoción del disco. Los cuatro amigos estaban preparándose para salir a escena. Troy estaba inquieto, preguntándose cómo lo iban a hacer en este concierto. William y él no se hablaban desde por la mañana, cuando ocurrió el incidente de la firma de discos. Que él pudiera recordar, era la primera vez que actuaban estando enfadados. Iba a ser algo jodido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Austin estaba a su lado, ante el espejo que ocupaba todo el ancho de la pared. Debajo del cristal había una mesa que hacía las veces de tocador. Austin estaba mirándole en el espejo como si no le hubiera visto nunca antes.

Los ojos de Troy se fueron por su propia voluntad a William, que estaba detrás de él. Desde este ángulo, podía verlo reflejado en el cristal. Les volvía la espalda, y estaba saliendo de su camiseta para meterse en una elegante camisa negra. Tenía otro botellín de cerveza abierto junto a él, sobre un banquito.

Austin obligó a Troy a desviar su atención, poniéndole una mano en un hombro con cuidado y haciéndole girarse un poco para mirarle la espalda y los hombros por detrás. Soltó un suave silbido de asombro.

Entonces supo Troy qué era lo que estaba observando tan atentamente, y quiso meterse debajo de una piedra, por pura vergüenza.

Él se había dado cuenta de las marcas esta mañana, cuando se levantó. Sabía que tenía arañazos en el pecho y la espalda, y morados pequeños en el cuello y un hombro. Para ser sinceros, cuando William y él estuvieron anoche dando rienda suelta a sus pasiones, no pensó que aquello fuera a dejar señales. En aquel momento, los arañazos de William le parecieron caricias y solo le provocaron escalofríos de placer. Y sus mordiscos le sembraron fuego entre las piernas, no sintió dolor. Ahora en cambio le parecía que su novio se había pasado un poco y que había tenido la rienda demasiado suelta.

Se sintió fastidiado por el hecho de que Austin las hubiera visto. No necesitaba recordar lo que pasó la noche pasada. Lo único que conseguía con ello era tener aún más dolor de corazón. Se metió deprisa en una camiseta negra sin mangas y empezó a meter los bajos por dentro del pantalón.

Austin le echó una ojeada a William y luego otra a Seth, como para cerciorarse de que ambos estaban ocupados, antes de inclinarse sobre Troy y murmurarle:

—¿La estrella?

Troy asintió, mirando a la mesa.

—Joder, chico —continuó Austin—. No tenía idea de que el sexo fuera un deporte de riesgo.

—Yo tampoco —gruñó Troy, dándose tirones de la camiseta para ponerla bien.

Austin se irguió a su lado para mirarse en el espejo. Se estiró en toda su estatura, dándose tironcitos de su propia camiseta a su vez, como si quisiera ver si estaba bien planchada. Troy le observó de soslayo. No había sido intencionado, pero hoy Austin y él estaban vestidos igual. A su amigo la camiseta sin mangas le sentaba mucho mejor que a él. Tenía el pecho más ancho y los músculos de los brazos más marcados. Austin se estaba poniendo fuerte con tanto comer, y Troy no podía hacer lo mismo porque su barriga siempre estaba revuelta... Suspiró. Qué cruz, esto de ser un eterno flojucho...

—Pues eso son las emociones salvajes de la jungla y lo demás son tonterías, jefe —dijo Austin, hablando en susurros y con disimulo, para que solo Troy pudiera oírlo.

—Coño, ¿tanto se me nota? —Se extrañó Troy.

—M-m. Tienes la espalda como un mapa.

—Joder...

—Si no te andas con ojo, este gato va a arrancarte la piel a tiras. —Austin señaló atrás con la cabeza, a la cabellera rizada de William.

Troy prefirió guardar silencio. Volvió a mirar a la mesa. La piel no lo sabía, pero el corazón se lo había robado ya. Y dolía horrores, el puñetero...

Austin pareció reflexionar un momento, porque añadió, en tono bromista:

—No le llamo tigre porque es un canijo, tú me entiendes...

Troy captó un algo de complicidad en la voz de su amigo. Miró al espejo, y vio que Austin le sonreía de modo desenfadado. Esbozó una sonrisita sin alegría a su vez, por seguirle la broma, y contestó:

—Nah... El tigre aquí soy yo, hombre...

Austin se rió. Y Troy volvió a mirar a la espalda de William, pensativo.

Ahora sabía por qué estuvo su compañero tan desatado y fuera de control anoche. William le había dicho a Max que el último anónimo lo vio ayer por la tarde. ¡Y Troy mientras tanto tan inocente, sin tener ni idea!

Maldita sea, en su vida se había sentido más utilizado ni más engañado. Y él que creía que iban los dos a una... Troy y William, y el mundo a sus pies, eso decía su estrella una y otra vez. Y ahora hacía esto. Decir que Troy se sentía herido era quedarse corto...

***

William terminó con su ropa, agarró la botella de cerveza y bebió un largo trago. Estaba fresquita, y lo agradeció mucho. Lo necesitaba.

Troy seguía enfadado. No había vuelto a dirigirle la palabra desde lo de esta mañana. En el despacho de Max estuvo todo el

tiempo serio, con rostro impenetrable. Y ahora solo le miraba cuando no tenía más remedio. Era evidente para cualquiera que las cosas no estaban bien entre ellos.

William se sentía culpable. Sabía que no había obrado del todo bien, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho en estas circunstancias? Troy no le comprendía, a la vista estaba. Él no sabía lo que era vivir con el miedo a cuestas a todas horas. Troy no sabía nada.

Le consolaba pensar que si su novio estaba tan ofendido, era porque él le importaba, porque le quería. Pero este silencio tan denso que se había alojado como una cuña entre ellos dos dolía casi tanto como una herida física. William no estaba acostumbrado a discutir con Troy, no de verdad, y su cara tan seria y eso de huirle la mirada le hacían daño. Más con el carácter tan dulce que tenía Troy. Su silencio y su distancia solo conseguían hacer que la culpa de William creciera más y más.

Tomó otro sorbo de cerveza.

William quería pedir perdón. Estaba seguro de que Troy acabaría por disculparle, aunque no lograra entenderle del todo. Pero no se atrevía a acercarse a él. Nunca antes le había visto tan enfadado. Temía dar un paso en falso que pudiera empeorar las cosas. Y se preguntaba si lo más sabio en esta situación no sería darle tiempo y esperar a que los ánimos se hubieran enfriado, antes de tratar de hacer algo. ¿Sería peor? ¿Se enfadaría más Troy si esperaba unos días para pedirle perdón?

Tomó otro largo trago. Esta noche necesitaba beber. Beber para olvidar. Beber para no llorar. Beber para ser capaz de salir allí fuera y cantar delante de una sala llena como si nada hubiera ocurrido. Esta mañana Troy acusó a William de no tomarse en serio su trabajo, pero estaba equivocado. William amaba su trabajo. Y se lo iba a demostrar.

Pero no podía cantar estando sobrio. Nadie podría hacerlo en estas condiciones. Así que si pillar una media cogorza era el precio a pagar, sea. Pero eso sí, en esta ocasión, William no iba a beber por sí mismo, para huir de sus demonios, sino por Troy. Porque le había roto el corazón a su amor, y él se sentía muy joven, muy perdido, y no sabía cómo arreglarlo.

***

William estaba bebiendo otra vez. Y Troy decidió volver la vista y no mirarle. No quería saber. Dolía saber, porque total, no podía impedirlo de todas formas... Lo único que estaba en su mano hacer esta noche era tocar lo mejor que sabía y rezar para que su compañero no volviera a meter la pata como hizo esta mañana, y no mandara toda la actuación al traste.

¡Qué irresponsable, de verdad! ¡Qué decepción! Jamás habría esperado esto de William. Él creía que el grupo y la música les importaban a los dos por igual, que sentían lo mismo hacia su trabajo. Pero por lo visto, también en esto se había equivocado de punta a punta con él. Si es que...

Sin embargo, sus temores resultaron totalmente infundados. El concierto transcurrió sin tropiezos. William se portó como de costumbre, como todo un profesional. Cantó de maravilla, chilló como solo él sabía hacerlo, y encandiló a las masas con su carisma y su magia. Nadie habría podido decir que estaba bebido. Y Troy daba gracias por ello en su mente.

La actuación se acercaba a su fin. William ya se había despojado de la camisa, y solo le quedaban las botas y el pantalón. Una pequeña montaña de objetos había aparecido a sus pies, sobre el escenario, y la gente seguía depositando más. Él no parecía darse cuenta. Estaba concentrado en la música, cantando con los ojos cerrados. Lo daba todo por su público, así que era lógico que el público a cambio le adorase como a un dios. En su fuero interno, Troy le admiraba por ello. No solía decirlo, pero se sentía tan orgulloso de él...

En ese momento ocurrió algo inesperado.

Troy no sabría decir qué le entró a William, si fue por el efecto del alcohol, o por contagio del frenesí de la gente, o vaya usted a saber. El caso es que su novio terminó la estrofa y luego se volvió hacia él para mirarle. Fue solo un instante, el tiempo de dirigirle una sonrisa fugaz, antes de tirar el micrófono a un lado y saltar en plancha sobre el público, como quien se tira a una piscina.

El tiempo se detuvo para Troy. Su corazón también. Todo él se

quedó paralizado. Ver a William suspendido en el aire, con los brazos abiertos, volando sin alas, saltando sin red, fue algo aterrador. Lo único que pudo pasar por su mente fue:

—¡Se va a matar, por Dios!

Sus dedos tal vez perdieron una nota o dos, pero le dio lo mismo, ni siquiera supo si seguía tocando o no. El público tampoco pareció notarlo. La multitud estalló en una ovación cuando vieron volar a William, y decenas de manos lo recogieron en el aire. Durante unos instantes, lo movieron arriba y abajo, como si fuera un trozo de madera flotando sobre un mar enfurecido. Y finalmente, los chicos de seguridad lograron rescatarlo y sacarlo a rastras de allí, forcejeando y haciendo equilibrismos entre la multitud, que se resistía a dejarlo ir.

Troy tomó aire. Había estado aguantando la respiración sin darse ni cuenta. Miró a sus manos. Seguían tocando por sí solas. Para esto servía ensayar sin descanso durante miles de horas, para mantener el tipo aunque uno estuviera al borde de un infarto. Por favor, qué susto había pasado...

Volvió a levantar la cabeza. No sabía si correr hacia William para abrazarle y llenarle de besos, dándole gracias a Dios, o si irse a por él y partirle la cara por imprudente, irresponsable, loco perdido, genio sin igual, exhibicionista engreído...

Sin embargo, no encontró a su novio sobre el escenario. Todavía estaba abajo, entre la multitud. Un tipo de seguridad, especialmente forzudo, alto y ancho como un armario abierto, con brazos como troncos de árbol y el pelo rubio muy corto, tenía agarrado al cantante por la cintura con las dos manos, y estaba tirando de él hacia el escenario para sacarlo del caos, mientras los demás chicos de seguridad empujaban a la gente para abrirle paso. El tipo llevó a William como si fuera una pluma, lo subió al escenario y lo depositó sobre él casi con delicadeza, marchándose en seguida de nuevo al foso, a contener a la multitud.

En cuanto se vio sobre sus dos pies, a salvo y entero, William levantó la vista para mirar a su salvador. Para perplejidad y asombro de Troy, los ojos de su novio recorrieron la espalda del armario aquel con abierta admiración. Pareció complacido, casi atraído por aquel tipo. Hizo una pequeña mueca como diciendo sin

palabras. «¡Qué bueno estás, chico!», y luego se fue tan tranquilo atrás, a donde estaba la batería, para empinarse otra cerveza.

Troy sintió que una bola de ira se le alojaba en el estómago. Le tenía mucho cariño a sus guitarras, en especial a la negra que estaba tocando en aquel instante, pero no se la tiró a William a la cabeza por puro milagro. O sea, este hombre no tenía bastante con darle un susto de muerte. En lugar de llegar al escenario y pedirle perdón por eso de haber intentado volar sin alas... ¿Se dedicaba a tomarle medidas a los forzudos? ¿En serio? Y Troy aquí sufriendo por él, ¿había alguien más imbécil que él? Ah, y por supuesto, Troy tendría las de perder si se le comparaba con un forzudo, ¿verdad? Él no era más que un canijo. Qué fuerte, de verdad. Troy estaba tan furioso, que de buena gana rompería algo allí y ahora. Sí, incluso su guitarra negra...

¡Pero no podía ser! Aún les quedaba una canción por tocar. Y él de verdad que le tenía cariño a esta guitarra...

Y William seguía bebiendo. Ese hijo de puta iba de cabeza al infierno en el día de hoy. Para empezar, iba a acabar en coma etílico. Y por esta única vez, Troy se negó a preocuparse por ello.

***

Era la última canción, y le tocaba a Troy hacer su solo. William sabía que le gustaba esmerarse, así que se retiró de las luces de los focos y se fue a donde estaba Seth para poder dejarle sus instantes de gloria, al tiempo que disfrutaba él también del talento de su novio.

El momento era casi mágico. El público estaba entregado. Las luces de los focos caían sobre Troy, iluminándole desde arriba con haces de luz blanca...

Y entonces ocurrió.

William vio a Troy ante él como en su sueño, tocando envuelto en luz, y su música disipaba las tinieblas. Su cabello dorado brillaba bajo los focos. Su carita en trance era digna de ver. Sus manos volaban sobre las cuerdas...

No tenía alas de ángel. Pero esto de hoy era aún mejor, porque era real. No era un sueño. Troy estaba vivo. Y él le quería más que a nada, y estaba muy orgulloso de él.

William había bebido, sí. Pero no estaba tan intoxicado como para no darse cuenta de las cosas. Hacía tan solo unos años, su tipo de hombre habrían sido los chicos fuertes y musculosos. Si hubiera visto a uno como ese chico de seguridad de antes, le habría entrado sin ningún complejo.

Ahora en cambio, se veía babeando por este hombre canijo y serio, demasiado responsable, demasiado perfeccionista, demasiado todo y demasiado poco. Y no solo babeaba por él. También estaba dispuesto a todo para protegerle. Sí, incluso a pelearse con él si era preciso. Y a privarse de comerle la boca en medio de un escenario.

Una lástima, ¿eh? Troy estaba para eso y nada más. Aunque William dudaba mucho que hoy su novio estuviera de humor como para dejarse morrear. Pero eso no le preocupaba. Eso se podía arreglar. Lo que le tenía literalmente sin sueño era...

¿Podría hacerlo alguna vez? Besarle en público. Por la calle, delante de desconocidos, en una fiesta, en un concierto... ¿Llegaría el día en que pudiera volver a sentirse a salvo, tanto como para atreverse a besar a su novio así, a la vista de todos?

Él no lo creía. Pero era bonito soñar...

***

—¡Ya te vale, Will! —exclamó Troy, entrando en el camerino como un ciclón, sin mirarle—. Me enfado contigo un día... ¿Y ya empiezas a pensar en sustituirme? ¡El colmo, vamos!

Esto no era lo primero que William había esperado escuchar de Troy después de lo de esta mañana. Entró tras él, perplejo, diciendo:

—Pero, ¿de qué hablas?

—¡Del tío de seguridad, joder! ¡Le echaste la revisión de arriba abajo!

—¿Y qué? ¿Ahora no puede uno mirar a la gente?

—¡Ah! Entonces, ¿te parece bien tomarle medidas a los forzudos? ¿Teniendo novio?

—¿Qué demonios...?

—¡Yo también soy gente, Will! ¡Y a mí no me miras!

—¿Que no te miro? ¿Qué estás diciendo? ¡Eres tú quien no me mira a mí! Desde esta mañana, parece como si te diera alergia verme o algo...

—¡Oh, no pienso discutir esto!

Troy entró en el baño a grandes zancadas, cerrando de un portazo tras de sí. William le gritó:

—¡Eso! ¡Huye! ¡No quiero discutir esto, no quiero discutir lo otro...! ¿Y después me acusas de no confiar en ti? ¡Si no hablas!

—¡No es culpa mía que no hayas querido contarme lo de las cartas!

La voz de Troy sonaba apagada desde detrás de la puerta del baño. William contestó:

—¿Y me vas a guardar rencor eternamente por ello?

—¡No me enredes! ¡No estábamos hablando de mí! ¡Hablamos de que vas insinuándote a los forzudos!

—¿Qué? ¡Yo no me he insinuado a nadie!

Troy no contestó esta vez. William aguardó unos instantes, pero al ver que todo estaba en silencio al otro lado de la puerta, gritó:

—¿Y desde cuándo te pones tan celoso por algo tan tonto? ¡Celoso esta mañana de una fan! ¡Celoso ahora de un héroe que me ha salvado de ser aplastado por la multitud...!

—¡Héroe! —bufó Troy—. ¡A cualquier cosa le llamas héroe! ¡Yo también te habría salvado si hubiera podido! ¿Te enteras? ¡Pero no podía tirarme a la gente detrás de ti! ¡Somos profesionales! ¡Nosotros tres estábamos aquí para tocar canciones, no para jugar a paracaidistas!

William puso cara de no comprender nada, porque la realidad era esta, que estaba fuera de juego. Se volvió para mirar a Seth y a Austin, preguntando:

—Pero, ¿se puede saber qué coño le pasa?

—Le pasa que te quiere —respondió Seth, con una sonrisita

dulce—. Si no, no tendría celos, digo yo.

—¡Pero si yo también le quiero a él! ¿Acaso no lo sabe? Y además, no ha pasado nada. ¡Apenas he mirado al tipo!

—¡No mientas! —gritó Troy desde el baño.

William se puso en jarras y le habló a la puerta en tono autoritario.

—¡Te estás comportando como un crío, Troy Anderson!

—¡No soy yo el infantil aquí! —Fue la respuesta.

Diplomático como siempre, Seth intervino con voz suave:

—Am... Hoy estáis un poco tensos los dos. Lo mejor será no discutir más y hablar las cosas tranquilamente mañana o...

—¡O pasado! —dijo Austin deprisa, tirando de William para apartarlo de la puerta—. Por cierto, no sé si tiene algo que ver con el enfado de Troy. Pero eso de tirarte en plancha ha sido...

—¡Tíos, eso fue genial! —exclamó William, entusiasmado. Se volvió para hablar con sus amigos, gesticulando con las manos—. Lo vi hacer a un rockero de verdad en un concierto, hace muchos años, y estaba deseando hacerlo yo. Pero nunca antes me he atrevido porque no tocábamos en sitios con tanta gente. ¡Es totalmente genial! ¡Sientes la adrenalina, el calor de la gente, las manos tirando de ti por todas partes...!

Se escuchó tirar de la cadena dentro del baño. La puerta se abrió por fin y salió Troy, gruñendo:

—Y si se hubieran apartado, habrías sentido el crujido de todos tus huesos al romperse contra el suelo, grandísimo inconsciente.

William hizo un gesto de desdén, sin mirarle:

—¡Oh, nadie se aparta en un momento como ese! ¡Son tus fans! —dijo.

—Ya. Y te importa una mierda si se le para el corazón a tu novio, ¿verdad?

—Troy... —dijo Austin, apartándose para ir a colocarse junto a su guitarrista, como si quisiera estar cerca para sujetarle, en caso de que le diera por intentar partirle la cara a William.

Troy no contestó. Estaba pálido y tenía el ceño fruncido. Sus ojos grises echaban rayos, y su voz estaba cargada de resentimiento.

—Yo pasé un susto tremendo cuando te vi hacerlo, William —

dijo Seth, con un entusiasmo un tanto forzado—. ¡Creí que te partirías la crisma!

—Y yo que te habías vuelto loco —murmuró Troy.

—¡Qué va! ¡Pero si la gente me adora, hombre! —exclamó William, en tono jovial.

—Ya —murmuró Troy—. Y al final nosotros acabaremos siendo los segundones que hacemos música para que tú te luzcas. Nosotros ponemos la banda sonora, y tú el espectáculo. Qué razón tenía mi hermano James, coño... Anda que...

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber a qué ha venido esto? —dijo William.

Volvió a ponerse en jarras, mirando a Troy con el ceño fruncido a su vez. Troy bajó la cabeza y se fue a la mesa, para tomar una lata de las muchas que había por allí.

—Nada —dijo—. No me hagáis caso.

Y se empinó la lata sin siquiera pararse a mirar qué contenía.

Hubo un tenso silencio en el estrecho cuartito. William miró a Austin primero y luego a Seth, sin salir de su asombro. Pero, ¿cuándo había dicho Troy un disparate como este, a ver? ¡Nunca! ¿Tendría fiebre? ¿Estaría enfermo? ¡Pero si acababa de decir que ese bruto de James tenía razón! Había que estar muy grave o muy borracho para hacer algo como eso...

Austin no dijo nada. Parecía estar pendiente solo de Troy. Seguía sus movimientos con la vista, muy serio y con aspecto preocupado. En cambio, Seth casi sonreía. Cuando los ojos de William se encontraron con los suyos, el bajista le hizo una seña con la cabeza en dirección a Troy, acompañada de un pequeño gesto de aliento con las manos. William tuvo la sensación de que su amigo le estaba diciendo: «¡Ve a por él, vamos! Discúlpate y se arreglará todo».

William lo pensó un momento. ¿Ir a por Troy? ¿Acaso se le había ido la pinza también a Seth? Francamente, estaba deseando arreglar las cosas. Pero no le apetecía ser mordido en la yugular por un dragón furioso en el intento. Todavía tenía su instinto de supervivencia intacto, muchas gracias.

Seth repitió el gesto, ahora con más decisión. Austin se apartó de Troy despacio y se fue a rebuscar en las bolsas de ropa que

traían. Seth le dio un empujoncito a William en un brazo, antes de volverse de espaldas a ellos y ocuparse de recogerse el pelo con una goma que llevaba en la muñeca.

William suspiró. Parecía que no le quedaba otra que enfrentarse al dragón. ¡En fin! Si había que morir, lo mejor sería hacerlo cuanto antes.

Se acercó a Troy desde atrás, escurriéndose por la espalda de Austin. Aquella habitación era estrecha de veras. Y la mesa estaba cubierta de latas y botellas abiertas. ¿Tanto habían bebido antes de salir?

Troy estaba de pie frente al espejo, tomando su lata a pequeños sorbos. William alargó las manos para rodear su cintura con los brazos desde atrás, moviéndose muy despacio. Apretó su mejilla contra la de él para hacerle un mimito, y le murmuró al oído:

—¿Has tenido miedo por mí? ¿Por eso te has enfadado?

Troy chasqueó la lengua. No contestó. Se deshizo del abrazo suavemente y se fue a sentarse en un banquito que había en el rincón, diciendo en voz baja:

—Déjame.

William apoyó las manos sobre la mesa, con los puños apretados. Bien, él lo había intentado. Si el muy mendrugo se empeñaba en seguir siendo un crío testarudo, ya no podía hacer nada más que dejarle en paz. ¡Que fuera un crío, hala! ¡A tomar por culo!

Sus ojos se posaron sobre las latas y botellas. Vieron una lata de cerveza que aún no se había abierto, y una bombilla imaginaria se encendió en su cerebro.

Había otra cosa más que podía hacer. ¡Podía beber! La cogorza de antes casi se le había pasado ya. El concierto y la discusión le habían aclarado bastante la cabeza, y eso no podía ser. ¡La noche aún era joven! Y decían que el alcohol ayudaba con el mal de amores...

Abrió la lata y tomó un trago. A través del espejo, vio que Troy le observaba fijamente desde debajo de su pelo dorado. Tenía la melena enmarañada, y le caía a ambos lados de la cara. Sus cejas rubias estaban fruncidas otra vez, y su expresión era una curiosa mezcla entre la ira y el pesar. Era un hombre serio y maduro, pero

tenía ojos de niño. Parecía un niño, allí sentado. Un niño rabioso y triste.

Los ojos de William tropezaron con los de su propio reflejo. Tampoco parecían muy adultos que digamos. Vidriosos por la bebida, angustiados por el dolor de corazón, impotentes por la cabeza tan dura de Troy... Tristes por sentirle tan lejos...

Se quedó con la lata en la mano, mirando al techo. Suspiró otra vez. ¿Qué iba a hacer con todo esto? ¿Cómo podría pedirle perdón a su novio y volver a estar como antes? Parecía que hiciera lo que hiciese, todo iba a ser para peor. ¿Estaban siendo críos los dos? ¿Cómo resolver esto?

Tomó otro trago. Ojalá la cerveza pudiera darle una respuesta...

Capítulo 18

Los Dragon Riders llegaron a su apartamento ya de madrugada. Apenas hubo entrado, William se fue directo al sofá del salón. Se desplomó sobre él tal como estaba, sudado, medio desnudo y con las botas puestas, y empezó a roncar.

Sus tres compañeros se le quedaron mirando con grandes ojos e idénticas expresiones de sorpresa y perplejidad en sus rostros.

—Pues sí que estaba cansado, sí —dijo Seth, soltando su bajo con cuidado en el suelo para apoyarlo en la pared.

Troy dejó su guitarra sobre la mesa grande, gruñendo:

—Lo que está es borracho.

—¿No os parece que la estrella se está volviendo muy aficionado a la bebida últimamente? —dijo Austin.

—Sí —repuso Troy, con el ceño fruncido—. Y eso me tiene de los nervios. A ver cómo va a acabar este tonto.

Seth le miró con curiosidad. Bajó la voz al preguntar:

—¿Sigues enfadado con él?

Troy hizo un mohín, mirando al sofá. Desde allí solo podía ver la pelambrera castaña de su novio y las puntas de sus botas. Sus ronquidos llenaban todo el salón.

—Un poco —respondió—. Pero lo que más estoy es inquieto. Esto... —Señaló al cantante con una mano—. Esto no es propio de él.

Austin sacudió la cabeza.

—Tienes que hablar con él, chico.

—Sí —dijo Seth.

Troy asintió, mordiéndose los labios. Sí, sabía que tenía que hacerlo. Lo que no sabía era cómo.

Seth recogió su bajo, murmuró un «buenas noches» y se fue a su habitación. Austin le dio a Troy una palmadita en un hombro con una expresión indefinible, entre la empatía y la compasión, y le dijo:

—Buena suerte, jefe.

Luego también se fue a dormir.

Una vez solo, Troy se acercó lentamente a William. Se quedó de pie junto al sofá, mirándole.

Era cierto que todavía se sentía herido por la falta de confianza que había demostrado su novio con el asunto de las cartas. Y lo del concierto había sido muy fuerte. Pero ahora que lo veía así, lo único que sentía Troy era miedo. Cada vez que veía a William borracho, se le venía a la mente la cara de Fox.

Y también se acordaba de Harold, y de que le dijo: «William es muy joven. Tal vez se sienta inseguro». En aquel momento, Troy lo creyó imposible. «Inseguro» no era una palabra que pudiera aplicarse a William. Pero cuando el chico dijo esta mañana que temía que le mataran como le ocurrió a Charlie Orson, que temía contarle lo de las cartas porque Troy no iba a creerle, que quería protegerle...

Bueno, por primera vez se le ocurrió pensar que a lo mejor la inseguridad de William era distinta de la suya. La suya se veía, mucho y muy a su pesar, o eso creía él. La de William iba por dentro. Pero a fin de cuentas, era lo mismo.

Y luego el tema de las pesadillas... Troy sabía que William estaba teniendo esos sueños extraños desde lo de Charlie. No tenía idea del motivo, ni de qué cosas horribles vería en ellos, pero sospechaba que este oscuro asunto de las cartas las había puesto peor. William necesitaba que su novio y sus amigos estuvieran ahí

para apoyarle. Como él mismo dijo esta mañana, es muy difícil vencer a un enemigo al que no puedes ver. ¿Y justo ahora él se sentía ofendido y le abandonaba con este problema, a que le dieran por culo? Eso no iba a hacerlo Troy Anderson.

Y es que él también era una persona y tenía sentimientos. Pero por encima de ellos, tenía muy claro que nunca, bajo ninguna circunstancia, iba a abandonar a William. Mucho menos si se trataba de un asunto del que el pobre Will no tenía la culpa. Nadie elige tener pesadillas...

Además, si era totalmente justo y honesto, él también había estado ocultándole cosas a su chico. William todavía no sabía lo que le pasó a Fox. No tenía ni idea del peligro que estaba corriendo bebiendo sin control ni medida. Troy sí.

Hasta ahora no había dicho nada por lealtad hacia Harold. El hombre le contó todo aquello en privado, y Troy no había querido traicionar esa confianza yéndole con el chisme a sus amigos y contándolo por ahí.

Pero esto era distinto. Aún no había podido hablar con Harold sobre ello y pedirle permiso para contárselo a William, pero estaba casi totalmente seguro de que su productor le daría su bendición. Harold también apreciaba a William. Seguro que no querría verle sufrir la misma suerte que a Fox, de ninguna de las maneras.

Al lado de todo esto, de la diferencia entre la vida y la muerte, una pelea de enamorados no era nada. Sobre todo si encima la pelea había sido por intentar protegerse el uno al otro. Era absurdo, infantil y casi ridículo guardarse rencor.

Troy sintió que los últimos restos de la ira de esta mañana se disolvían como las burbujitas del champán. En su lugar, sintió algo diferente: decisión. Tenía que hablar muy en serio con William. Mañana, en cuanto lo encontrara sobrio. Tenían que acabar con esta locura de una vez y para siempre. Y lo harían los dos juntos.

Pero mientras llegaba ese momento, este hombre estaba durmiendo a pierna suelta y torso descubierto. Y todavía estaba mojado de sudor. Se iba a resfriar, maldita sea.

Troy chasqueó la lengua. Se acercó a su compañero y procedió a quitarle las botas. Le costó un poco, porque William estaba frito y era un peso muerto. Pero al fin lo consiguió. Las dejó junto al

sofá y fue al baño a por una toalla y a la habitación de música a por la mantita azul.

Se sentó luego a su lado, en el borde del sofá, y le secó con cuidado la frente, el cuello y el pecho, usando un extremo de la toalla.

—Eres un irresponsable y estás como una cabra. Pero te quiero, qué le vamos a hacer —murmuró.

Intentó secarle el pelo también, pero eso fue tarea imposible. Dejó la toalla sobre la mesita. Suspiró, apoyando los codos en las rodillas. Miró a la cara de su novio con una sonrisita.

—Ya me ves. —Le dijo—. Me he convertido en tu padre. Si es que... —Alargó una mano para acariciarle la cara y el pelo con cuidado—. Ojalá pudiera hacer que no tuvieras pesadillas nunca más, mi vida. Ojalá pudiera verte dormir así de relajado, pero sin haber bebido.

Le pasó el dorso de los dedos por la barbilla, murmurando:

—Eh, has estado magnífico esta noche. Casi me matas de un susto. Pero has estado maravilloso.

Se inclinó sobre él para darle un besito en la frente.

—Te quiero, mi estrella.

Se dio cuenta de que la piel del chico estaba fría al tacto, y que su cara se estaba poniendo pálida. Chasqueó la lengua otra vez.

—Maldita sea... ¡Te vas a enfriar de verdad!

Agarró deprisa la mantita y se puso en pie para tapar a su novio con ella. Lo envolvió bien por todas partes. La manta era suave y cálida. Esperaba que con esto fuera suficiente. Por su parte, William no pareció darse cuenta de nada. Continuó roncando como un oso. Vaya, ni siquiera se movió.

—Qué desastre de hombre... —rezongó Troy, incorporándose y estirando la espalda, dolorida por el esfuerzo—. ¿Cómo se puede querer tanto a un desastre?

Se sacudió la cabeza a sí mismo y se fue a la habitación. Él también se sentía agotado. Y quería recuperar fuerzas, porque mañana tenía una batalla muy importante que librar.

Tenía que pelear contra el alcohol para recuperar a William. Y tal vez le costara tener que pelear también contra el propio William. Algo como eso bien merecía unas horas de sueño en

condiciones.

***

William despertó poco a poco y casi en contra de su voluntad. Le pesaba todo el cuerpo, y su respiración era lenta y profunda. Hacía mucho tiempo que no estaba tan relajado. Pero su vejiga ya le había dado varios avisos de que estaba llena; tenía que ir a mear.

Abrió los ojos y parpadeó un par de veces. Se sentía incapaz de mover ni un músculo. Parecía que su vejiga y su cabeza eran las únicas partes de su cuerpo que estaban despiertas, y la segunda no del todo... Parpadeó otra vez.

Estaba tendido cuan largo era sobre el sofá del salón. Ante él estaba la ventana. Había poca luz, débil y macilenta. El cielo estaba lleno de nubes grises y de color rosa pálido. Debía estar amaneciendo.

—Buenos días —murmuró una voz a su lado.

Sonaba con una leve ronquera, como de estar recién levantado. Pero su tono era amable y casi divertido. William la reconoció en seguida. Era Troy.

Movió un poco la cabeza para mirarle. Más bien con sorpresa, vio que no le resultaba tan difícil hacerlo. Sus músculos iban despertando de uno en uno, enviándole pequeñas punzadas de dolor. Eran agujetas. Le había ocurrido en otras ocasiones, después de alguna actuación un tanto vigorosa. ¿Tanto se excedió anoche, que hoy le dolía todo el cuerpo? No podía recordarlo.

Troy estaba sentado sobre un sillón. Lo había movido para estar cerca de él. Tenía una taza en la mano, de donde salía un leve aroma a café. Él también tenía aspecto de estar cansado.

—Buenos días —contestó William.

Se hizo una mueca a sí mismo al oír su voz. Había sonado grave y cavernosa como la de un ogro maligno. Y tenía un sabor horrible en la boca. Maldito *whisky*... Maldita cerveza...

Pensar en el alcohol no ayudaba. Su vejiga le envió otro aviso. La cosa parecía urgente. Si no se daba prisa, iba a terminar

arruinando el sofá.

Hizo la intención de levantarse, pero le dio un mareo y le sobrevino una oleada de náusea. Troy debió darse cuenta, porque le colocó una mano en un hombro para estabilizarlo, sujetándole con suavidad y decisión a la vez.

—Cuidado... —Le dijo—. ¿Se te pasa un poco?

—Sí. —William chasqueó los labios—. Qué náusea...

—Normal. ¿Quieres? Es café. A lo mejor ayuda.

Le ofreció la taza. William alargó una mano para tomarla. Se apoyó sobre un codo y bebió un sorbo. Hizo otra mueca. Aquello sabía a rayos.

—¿Cuánto azúcar le has puesto, por favor? —protestó.

Troy sonrió.

—Mucho.

—Se nota. Sabe asqueroso.

—M-m. El café solo sabe peor.

—Que no te oiga Seth. Es capaz de arrancarte la cabeza.

La sonrisa de Troy se volvió cómplice ahora. William también esbozó una sonrisita, antes de tomar un nuevo sorbo. Con sabor horrendo y todo, parecía que le ayudaba a despejarse. Le devolvió la taza a su chico para incorporarse un poco más. Lo de abajo no tenía espera.

—¿Puedes? —Le preguntó Troy. Su mano le sujetó un brazo —. ¿Te ayudo?

—No, no. Puedo solo. Tengo que ir a mear.

—Si quieres que te acompañe...

—No. Estoy bien.

William consiguió ponerse en pie, un poco inestable pero decidido. Fue todo lo aprisa que pudo al baño, dejando a Troy en el salón con aire inquieto.

Mientras se ocupaba de lo suyo, el cantante se preguntó...

Parecía ser muy temprano, y sus amigos parecían estar durmiendo todavía. ¿Qué hacía Troy despierto, allí sentado? No parecía estar enfadado, eso era evidente. Pero el motivo que fuera no le daba a William buena espina...

***

Poco después, William estaba de regreso en el sofá. Volvió a tenderse en él y a taparse con la mantita. El poco de café que había tomado le había aplacado el estómago, pero la cabeza parecía que le iba a reventar.

Durante largos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Se dedicaron a ver amanecer en silencio. William con poner una mano sobre su frente para tratar de impedir que explotara ya tenía bastante. Y Troy parecía ocupado enredando y desenredando los dedos en sus rizos, peinándole con cuidado.

La luz iba creciendo lentamente. El rosa de las nubes se volvió más brillante y el gris más intenso. Parecía que iba a llover otra vez. William dio gracias con la mente por no tener que salir hoy. Si fuera por él, se quedaría todo el día aquí, acurrucado y cómodo, hasta que su cabeza tuviera a bien dejar de dolerle.

Pero ahora que estaba más despierto, se sentía intrigado. Era muy raro que Troy estuviera tanto rato en silencio. ¿No iba a regañarle por haber bebido tanto? ¿Ni por lo de la firma de discos? ¿Ni por lo del concierto? ¿No iba a repetirle lo herido que estaba y lo malo que había sido William con él? Entonces, ¿por qué estaba aquí?

William no quería ser mal pensado, pero arreglarle el cabello era una actividad que nunca había figurado entre los pasatiempos favoritos de su novio. Lo había hecho antes, sí, en ocasiones. Sobre todo cuando se acurrucaban los dos después de correrse. Pero estaba totalmente seguro de que ahora no era una de esas veces. ¿Qué estaría tramando?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí mirándome? —preguntó al fin. Y su voz sonó más normal, gracias a Dios...

—Un par de horas. Y no he estado solo mirándote. También he estado pensando.

—Ah.

Otro silencio. William aguardó unos instantes, a ver si su novio se explicaba. Pero como no dijo nada más, preguntó:

—¿Y en qué pensabas?

—Pues... Me preguntaba si tengo derecho a contarte algo. Estoy casi seguro de que sí. Si Harold supiera todo esto, me daría el permiso. Pero ya no es él quien me preocupa. Me pregunto si hago bien contándotelo. Pero a la vez... ¡Es que tienes que saberlo!

William volvió a mirar a Troy. La incoherencia de su discurso estaba empezando a ponerle de los nervios. ¡Y se suponía que era él quien tenía la resaca aquí!

—Troy, por todo lo sagrado. ¿Se puede saber de qué estamos hablando?

Su compañero le miró unos instantes más, con una curiosa expresión de ternura, nada propia de alguien que se suponía que estaba enfadado con uno, y le acarició el pelo contestando:

—¿Sabes lo que le pasó a Fox? El compañero de Harold.

—¿Qué? —Se extrañó William—. ¿Qué tiene que ver Fox? ¿A qué viene...?

—¿Lo sabes, sí o no?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Vaya, que no lo sabes.

—¡No! El tipo debe estar por ahí, feliz de la vida con su pareja. Harold está casado, ¿no? Pues él también se habrá buscado a alguien, digo yo. ¿Qué tiene que ver...?

—Está muerto, Will.

La voz de Troy sonó muy queda, pero la frase llegó directa a la embotada cabeza de William y se clavó allí. ¡Muerto! Pero, ¿cómo podía ser? ¡Ese hombre no era tan mayor! Debía tener la edad de... ¡Exacto! ¡La edad de Harold! ¿Y estaba muerto? ¿Por qué? ¿Cómo lo sabía Troy?

Antes de que pudiera decir nada, su chico continuó, muy serio ahora:

—Murió por culpa de las drogas.

—¿Muerto? —balbuceó William.

—Sí. Tuvo que dejar la música porque estaba enganchado, y al cabo de un tiempo, le encontraron muerto, solo, en su apartamento.

—¡Cielos! ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Harold.

—¿El día que te contó que habían sido pareja?

Troy inclinó la cabeza a un lado con curiosidad.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó.

—Me lo dijo él... —William hizo un ruidito de esfuerzo mientras volvía a incorporarse, apoyado sobre un codo—. Cuando le llamé porque tú estabas raro. Pero no me dijo que Fox hubiera muerto. Yo creí...

Troy negó.

—Pues no. Murió. Y a Harold solo le queda su recuerdo.

—Joder...

William hizo una mueca. Su relación con Harold no había sido precisamente idílica durante la grabación del segundo disco. Pero aunque no lo pareciera, apreciaba a su productor. Le daba dolor imaginar lo que habría pasado ese hombre. Perder a su compañero así... Él no quería ni pensar que le ocurriera a Troy.

Como si le leyera el pensamiento, su chico dijo:

—Cada vez que te veo borracho, me acuerdo de él. Sé que parece una tontería, pero no lo puedo evitar. Me acuerdo, y me da miedo. Si...

—¡Pero si yo no tomo drogas!

—El alcohol es una droga, Will.

—¡Pero sabes por qué lo tomo! ¡Si no fuera por las putas pesadillas...!

William se sentó del todo en el sofá, haciendo un gesto de rabia. Troy le miró de modo penetrante.

—Hay otras maneras de poder con ellas, y lo sabes —dijo.

—¡Pero yo no puedo despertarte cada noche para...!

—¿No? Pues deberías.

—Pero...

—Estamos juntos en esto, Will. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando lo de mi familia? Pues te digo lo mismo. No estás solo con ese dragón. Yo estoy contigo. Y haré cualquier cosa para ayudarte.

Los ojos de Troy eran serios y sinceros. William bajó la vista, emocionado. Nunca pensó que algún día este hombre le diría algo semejante. Cuando empezaron como novios, le huía, y ahora...

Ah, pero ¿no era un alivio saber que estaban juntos en esto? ¿Que tenía a alguien con quien poder contar?

—Entonces... ¿No estás enfadado? —preguntó.

—Lo estuve... Ayer. Hoy no.

Troy se movió. Vino a sentarse a su lado, muy cerca. Le dio un besito en la mejilla, haciéndole una caricia con la nariz en su oreja y su pelo. William buscó una de sus manos con la suya, y Troy entrelazó sus dedos con los suyos, acariciándole el dorso con la otra mano.

—¿De verdad no te molesta que te despierte cada noche...? —murmuró William.

—Me molesta que no lo hagas —contestó Troy, apoyando su frente en la de él—. Me molesta que te vengas aquí a beber solo. Me molesta que no cuentes conmigo para ayudarte.

—Pero si a ti te aburren los poemas...

—Bueno, pues entonces jugaremos al parchís. Cualquier cosa con tal de que estés mejor.

William sonrió, enternecido. Troy buscó sus ojos con los suyos una vez más, y murmuró muy serio:

—¿Me llamarás? ¿Lo prometes?

William le acarició la cara con una mano y le besó los labios, un piquito fugaz.

—Lo prometo —contestó—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Troy le devolvió el besito, y en seguida se apartó, exclamando:

—Ahora vete a la ducha. ¡Vamos! ¡Apestas!

William hizo un mohín.

—Vaya, gracias —repuso, esmerándose por añadir una buena dosis de sarcasmo a su voz—. Mi dragoncito es el romanticismo personificado, ya lo veo. Amor mío, yo también tengo una nariz, ¿sabes? Y sé distinguir cuándo apesto y cuándo no.

Troy sonreía, bromista.

—¿En serio? ¿Y qué te dice tu nariz, m? Esa preciosa naricilla que tienes...

Le apretó la punta de la nariz con dos dedos, y William apartó la cara. Se frotó el apéndice olfativo con exagerada dignidad, y luego lo acercó a una de sus axilas e hizo una mueca de asco.

—¡Puaj! La nariz será preciosa, pero esta peste no lo es. ¿Por qué me dejaste que me acostara anoche con este hedor? ¿Y tú dices que me quieres?

—¡Eh! ¿Quién te quitó las botas? ¿Quién te secó y te tapó con la manta?

William hizo teatro, fingiendo indiferencia.

—Pensé que había sido Seth —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Seth? ¡Venga ya! ¡Lo que hay que oír! ¿Y para qué tienes un novio, eh?

William sonrió adorablemente, parpadeando muchas veces con aire de damisela en apuros y repuso:

—¿Para que me prepare el desayuno? ¿Por favor?

Troy le dio un empujoncito y se puso en pie, riendo. Se fue a la cocina. William se quedó mirando su taza, que había quedado abandonada sobre la mesita baja.

Era agradable saber que le importaba tanto a su novio como para estar dispuesto a compartir con él sus noches de insomnio. Nunca antes había vivido algo como esto en una relación, y se sentía enamorado y agradecido.

Bueno, y un poco pestoso, eso también. Lo mejor sería que se fuera ya a la ducha. No quería que se le enfriase el desayuno que iba a prepararle su dragoncito...

Capítulo 19

Unos días más tarde, Max se presentó de nuevo en el apartamento de los chicos. En esta ocasión venía solo, pero también cargaba a la espalda un saco de cartas.

—¿Otro más? —preguntó Austin en cuanto lo vio—. ¡Pero si todavía no hemos acabado con el anterior!

Troy se rió.

—Yo no voy ni por la mitad —dijo.

Le sonrió a William, que se reunía con ellos en el salón. Venía mirando a Max y al saco de cartas con aprensión. Troy rodeó su cuerpo con un brazo y le dio un besito en la mejilla para tratar de reconfortarlo. William le dirigió una sonrisita, demasiado débil y demasiado breve, antes de volver a fijar la vista en el saco que

Max había depositado ya en el suelo, junto a la mesa grande. Mientras tanto, el mánager estaba diciendo:

—Bueno, dejad de quejaros. —Sacó un cigarrillo y lo prendió, como estaba siendo su costumbre cada vez que venía de visita—. Esto lo estoy haciendo solo ahora, y solo durante un tiempo. No vayáis a creer que es para siempre...

—Ah, menos mal —dijo Seth—. Empezaba a preocuparme por tu espalda.

—Además, traer cartas no es algo muy propio de un mánager, ¿verdad? —dijo Troy—. ¿A lo mejor deberías reconsiderar tu profesión? Quizás siendo cartero serías más feliz...

Max les hizo una mueca a los dos.

—¡Muy graciosos! —dijo—. Pues no. Este saco es el último que os traigo, hala. Ya os he dicho que he contratado gente para leerlas y enviar respuestas. Y están muy ocupados, creedme.

—¿Tan grave es la cosa? —preguntó Seth.

—M-m. Esto es solo otra pequeña muestra.

Tomó otra calada, y de pronto pareció caer en la cuenta de algo, porque miró a William y añadió:

—¡Ah! Por cierto, William. Queda tranquilo porque en este saco no vas a encontrar ninguna carta de esas.

—¿Ah, no? —dijo Troy—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque las he seleccionado yo mismo. En parte por lo que os he dicho de que quería traeros solo una muestra de lo que hay. En parte porque quería ahorrarle a este chico un disgusto... —Señaló al cantante con el cigarro—. Y en parte porque quería tener en mis manos una de las cartas.

—¿Y has encontrado alguna? —Quiso saber William con ansiedad, rodeándose con sus propios brazos.

Max asintió.

—He encontrado tres sin remitente, y las he abierto. Dos de ellas eran de críos pequeños, pero la tercera era un mensaje tal como el que nos describiste el otro día.

—¡Ah! ¿Lo ves? —exclamó William—. ¿Verdad que dan mala espina?

—Son desagradables, sí —convino Max.

—¿Y qué has hecho con ella? —dijo Seth.

Max tomó otra calada.

—Pues se la llevé a la policía y puse una denuncia. Pero vamos, no fui solo.

—¿Y eso?

—Antes de ir llamé al abogado, Hudson —continuó explicando Max entre dos caladas, con aire de estar bastante satisfecho de sí mismo—. Me dijo que otros artistas le han comentado que están recibiendo cartas idénticas a estas. Y además sin ton ni son, sean gays o no.

—¡Caramba! —exclamó Troy—. ¿En serio?

—Sí. Por lo visto, la cosa empezó hace varios meses. Seguramente las ha recibido William porque sale en la tele y digamos... Es la cara visible del grupo. Pero podría haberlas recibido cualquiera de vosotros.

—Joder, qué marrón... —dijo Austin.

Max se encogió de hombros.

—Es el precio de la fama. La gente te adora, pero a veces también hay alguien que te coge entre ojos —dijo—. Pero vamos, Hudson lleva el caso y la policía está trabajando para encontrar al culpable, no os preocupéis.

William soltó un profundo suspiro de alivio.

—¡Qué buena noticia, Max! —dijo—. No tenía idea que de otros artistas también...

El mánager asintió. Apagó su colilla en el cenicero que había sobre la mesa grande.

—Pues ya ves. Por eso era importante que me lo dijeras —contestó—. Tengo que saberlo todo sobre vosotros y lo que os pase, chicos. Todo.

Y sin más, agarró una silla y se instaló en ella, sin ninguna ceremonia, sacando un segundo cigarrillo. Austin salió a la cocina, quizás para ir a buscar algo de beber para la visita, mientras Seth se acercaba a Max diciendo:

—Entonces, William ha estado recibiendo esas cartas por ser cantante, no por ser gay, ¿no es cierto?

Max volvió a asentir, con un ruidito afirmativo. Seth continuó:

—Es que el pobre ha estado un poco preocupado últimamente. Le inquietaba que el público se hubiera dado cuenta de que es gay,

y que alguien quisiera hacerle daño por ese motivo. Ya sabes, como a Charlie...

—¿El público? —Max miró a William, extrañado, y soltó una risita—. ¡El público cree que eres totalmente hetero, chico! ¿No ves las cartas que te traigo? ¡El noventa por ciento son mujeres!

William también esbozó una sonrisita.

—Es verdad —dijo.

Austin regresó con un botellín de cerveza abierto. Se lo dio a Max, quien lo tomó mientras añadía:

—Tú no te preocupes por eso. El público se enterará cuando decidas salir del armario. Si quieres hacerlo, claro. Mientras tanto, déjalas que sueñen. No os hacéis una idea de la cantidad de dinero que estamos ganando con el merchandising. Las fotos vuestras se venden como rosquillas. Tengo que concertar otra cita con Roger para que os hagáis más...

Se interrumpió. Miró a Austin con expresión de reproche y protestó:

—Chico, ¿qué es esto? ¿La cerveza y ya está? ¡Es media mañana, la hora del aperitivo! ¿No tenéis nada para picar? Unos frutos secos, unas olivas, un poquito de queso... No sé, un tentempié en condiciones, no esto. No he desayunado esta mañana y estoy desfallecido.

Austin regresó a la cocina, murmurando:

—Pues sí que nos ha salido exigente el mánager...

Max hizo como si no hubiera oído. Volvió a mirar a William y señaló al saco con la mano que sostenía el cigarrillo, diciendo:

—En fin, que no te preocupes por nada, porque este saco está limpio. Lo único que contiene son cartas de amor de jovencitas que se mueren por tus huesitos.

La sonrisa del cantante se hizo más segura. Asintió.

—Gracias, Max.

—Por cierto —dijo Troy—. Hablando de chicas. Max, ¿qué pasó con la firma de discos? ¿Pudiste aplazarla?

—¡Por supuesto! —Max se arrellanó en su silla—. El éxito de William entre las chicas es algo demasiado jugoso como para dejarlo escapar. La discográfica está buscando el modo de organizar una nueva firma de discos. Tal vez sean dos, aún no lo

sé. He pedido más personal de seguridad, desde luego. Lo único que falta es que nuestro cantante se porte bien esta vez. De todo lo demás, me ocupo yo. —Miró a Seth—. Te daré las fechas en cuanto las tenga.

El bajista asintió. William se apresuró por explicar:

—No te preocupes, Max. Lo del otro día no va a volver a ocurrir. Ya no bebo.

—¿Ah? ¿Y eso? ¿Tu novio ha amenazado con cortarte los huevos? Porque vaya cómo se puso, el dragón...

Max desvió su atención hacia un platito de olivas y uno de patatas fritas que acababa de traer Austin. Observó las primeras con interés, antes de engullir una, alargando la mano hacia las patatas al tiempo que masticaba con entusiasmo. Austin le puso por delante otro plato con jamón, pan y frutos secos, y el mánager le dio una palmadita en una mano, murmurando:

—Eso está mejor, chico. Gracias.

Miró otra vez a William, masticando a dos carrillos, y le apremió con un gesto.

—¿Y bien?

—Troy no me ha amenazado ni nada. —William sacudió la cabeza—. Ha hecho algo mejor.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me ha dado su apoyo. Cuando alguien como él está de tu parte, te sientes capaz de cualquier cosa.

Le hizo un mimito a Troy con la nariz, acariciándole una mejilla. Troy le dio otro besito, apoyando su frente en la de él y rodeándole ahora con las dos manos.

—¡Ah, la juventud...! —exclamó Max—. Está bien. Con tal de que no vuelva a haber tropiezos...

Masticó ruidosamente una patata frita, añadiendo:

—Bueno, contadme. ¿Cómo lleváis esos ensayos? Ya va quedando menos para el concierto con los Red Devils...

Austin también tomó una papa, protestando:

—No le digas esas cosas al jefe, que lo pones de los nervios y después no hay quien lo aguante.

—¿Nervioso? ¿Troy? ¿En serio? —dijo Max, divertido.

—¡Uf! No sabes cuánto...

—Se pone muy exigente —dijo Seth.

—Es que ese concierto es muy importante para nosotros por muchos motivos, Max —explicó William—. Es normal que el pobre se sienta presionado.

—Entonces supongo que estaréis ensayando como locos, ¿no? —repuso el mánager.

Austin resopló.

—¿Otra vez? ¿No te ha dicho William que Troy ya está bastante presionado? ¡No le metas más aún, hombre!

—Estamos ensayando —dijo Troy—. No nos cunde tanto como a mí me gustaría, pero...

—¿Cómo nos va a cundir, si nos haces repetir la misma canción mil veces? ¡No salimos de una canción en toda la mañana! —exclamó Austin—. En serio, Max, este hombre es increíble. Exigente de cojones, ya te digo.

El mánager sonrió.

—Está bien que sea perfeccionista. Yo no tengo problema con eso.

—¡Pero es que tú no le aguantas en los ensayos!

Austin le dio un empujón a Max en un hombro, y el mánager se echó a reír. Tomó otro poco de jamón y lo engulló con apetito, diciendo:

—¿Y qué canción es esa de la que no salís? ¿Tan difícil es?

—El single, *Strength* —contestó Seth—. Troy quiere que nos salga perfecta.

—Hombre, y no le falta razón. Es la más conocida. Ha sido número uno varias semanas, vaya...

—¡Pero si fuera por Troy, la tocaríamos hasta estando dormidos! —dijo Austin—. Y yo cuando pienso en todo lo que la vamos a repetir durante la gira...

Max le miró con una sonrisa divertida. Miró luego a William, preguntando:

—¿Y qué opina la estrella? ¿Le fastidia repetir?

—Un poco sí. —Se encogió de hombros William.

—¡Un poco! —dijo Seth—. Y el otro día tiró el micro contra la pared para no tirárselo a Troy a la cabeza.

Max volvió a reír.

—¡Pues no me imagino la reacción del dragón! —dijo, divertido.
—¿Troy? Ninguna —contestó Austin—. Dijo que se repetía y punto. ¡Terco como una mula!
—¡Es que si no se repite, no se domina! —Se defendió Troy.
Soltó a William, no sin antes darle un último besito en la mejilla, y se acercó a la mesa para picar algo él también. Max preguntó:
—¿Y los demás acaban haciendo caso al jefe?
—A ver... ¡Qué remedio! —dijo Austin—. El tío es un músico excelente. Será por algo.
—Eso es porque repito, no porque sea bueno —respondió Troy con la boca llena.
—Ya. Lo que tú digas. —Sonrió Seth, tomando una patata a su vez.
William se quedó mirando al saco un instante con la expresión abstraída, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Troy le llamó:
—Will, ¿no vienes? Es verdad que a esta hora hace un poco de hambre.
—¡Y tanto! —dijo Max—. ¿No vais a sentaros? Tenéis que contarme. ¿Habéis elegido ya la ropa que os vais a poner?
—¡Yo no! —canturreó William.
Sonrió y vino con una carrerita a sentarse junto a Troy en torno a la mesa, explicando:
—Quiero ir la semana que viene con mi chico a ver si encontramos algo.
Miró a Troy con complicidad, y este le sonrió, tomando una de sus manos entre las dos suyas para estrecharla tiernamente. Se inclinó un poquito hacia delante para decirle al oído:
—Me gusta que me llames «tu chico». Se me viene directo aquí.
Apretó sus manos unidas y entrelazadas contra su pecho, a la altura de su corazón. William sonrió más aún y murmuró:
—A mí también.
Y rascó con las uñas el pecho de Troy por encima de la camiseta, como un juego o una caricia. Austin debió verlo, porque

dejó caer en tono bromista:

—Cuidado con ese gato, Troy...

Los demás le miraron con cara de no entender nada, pero Austin no elaboró más. Se limitó a tomar un sorbo de su botellín, con una sonrisita, mientras Troy desviaba la vista hacia Max, sin saber dónde meterse de la vergüenza.

—No tengo idea de a qué viene eso de gato, y no quiero saber —dijo el mánager—. Pero él es el más importante. Sin ánimo de ofenderos, caballeros, pero los focos y las cámaras suelen buscar al cantante, ya sabéis...

—¿Habrá cámaras? ¿Sí? —dijo Seth, mientras Austin se levantaba e iba a la cocina, quizás a por más cerveza.

Max asintió.

—Se va a emitir en directo, ya os digo.

—¡Hala, jefe! —Austin dejó un botellín recién abierto delante de Seth—. Un poquito más de presión, que no tenías bastante.

Troy se limitó a sonreír, sacudiendo la cabeza. William intervino:

—Yo quiero un refresco, Austin, por favor.

—¡Y yo! —exclamó Troy.

—Y yo quiero que os levantéis y vayáis a por ellos —contestó el batería—. Y de paso, me ayudáis a traer más comida, que el mánager gorrón que tenemos se lo está zampando todo él solo.

—¡Gorrón, dice! —exclamó Max, haciéndose el ofendido—. ¡Encima de que no he desayunado por vuestra culpa! ¡He estado ocupado gestionando cosas del grupo, que lo sepáis!

Troy se levantó y fue a la cocina a por refrescos. Desde allí escuchó a William contestar:

—¡Venga ya! Habrás estado durmiendo hasta las tantas, y luego habrás hecho una gestión. ¡Una! Ya te conocemos, Max...

—¡Eh! —Se defendió Max—. ¿Y traeros las cartas? ¿Eso no da hambre?

Hubo una carcajada general. Troy también sonrió, cerrando el frigorífico con un pie y con dos latas en las manos. Si Max venía todos los días tan desfallecido de hambre como hoy, les iba a dejar la despensa vacía...

Se detuvo un momento en el umbral. Desde allí podía ver al

grupo en torno a la mesa. William reía con los demás, relajado y a sus anchas. A Troy se le ocurrió pensar que era la primera vez que lo veía así desde hacía semanas. Alegraba el corazón. Qué bien que Max se hubiera ocupado del asunto de las cartas...

Austin pasó por su lado para entrar en la cocina. Le sonrió sin maldad, dándole una palmadita en un hombro, y le dijo:

—¡Que se te cae la baba, jefe!

Troy sonrió otra vez. Fue a reunirse con los demás.

¡La baba! ¡Qué exagerado! Solo estaba enamorado, hombre, no tonto del bote...

Am... ¿Y no era lo mismo?

Bueno, ¿qué importaba? Él era feliz, así que...

Capítulo 20

—¿Qué tal estoy? ¿Te gusta? —preguntó William.

Estaban en el probador de una tienda de ropa. El cantante estaba en el interior del cubículo de madera, haciendo poses y mirándose en un espejo de cuerpo entero que tenía ante sí, en una de las paredes. Troy estaba tras él, asomado al interior del probador a través de la cortina. La había descorrido parcialmente para poder meter la cabeza por el hueco. Y se alegraba un montón de haberlo hecho.

William estaba magnífico con ese pantalón de cuero que se estaba probando. Le marcaba aún más el culo tan redondito que tenía, y le hacía parecer las piernas más fuertes y robustas.

—Yo creo que con unas botas hasta la rodilla y un chaleco por arriba... De cuero, por supuesto —añadió William, observándose ahora desde distintos ángulos—. No he visto ninguno ahí fuera. ¿Tú has visto alguno, Troy?

—¿Qué?

Troy se dio cuenta de que se había quedado embobado mirando el trasero de su novio. Incluso con la etiqueta colgando todavía de la cinturilla, esas nalgas estaban para...

—Digo que si has visto un chaleco de cuero ahí fuera. Para probármelo —dijo William, quitándose la camiseta.

Troy no logró entender para qué hacía eso, si se estaba probando un pantalón. Pero no puso pegas. El pecho estrechito y peludo de su novio siempre era agradable de ver, tanto de frente como en un espejo.

—Pues... No sé. No me he fijado —contestó.

—¿Te importa ir a ver, porfis? Deben estar por ahí, por ese perchero. —William señaló a algún lugar a sus espaldas y luego murmuró—: No sé cómo no he caído en mirarlo cuando miré el pantalón...

—Sí, ahora voy. Am... ¿Puedo hacer algo antes?

—Claro. Lo que necesites.

Troy miró fuera, primero a un lado y luego al otro. Cuando se hubo cerciorado de que nadie le veía, se metió en el probador y cerró la cortina a su espalda. Se fue directo a abrazar a su novio desde atrás.

—¿Sabes el culo que te hace este pantalón? —Le ronroneó al oído—. ¿Tú te haces una idea?

Mientras hablaba, recorrió con las uñas el pecho y el vientre del chico, acariciándole suavecito y con cuidado, para sentir el tacto de los pelitos en sus dedos y la suavidad de su piel. Enterró la cara en su cuello. William olía a jabón, a colonia y un poco a tabaco. El aroma era tan familiar y tan agradable, que Troy sintió que podría quedarse así el resto de la mañana. Había echado esto de menos. Ni él mismo había sido consciente estos días atrás de hasta qué punto le había faltado.

William y *glamour* iban unidos. Tener a su novio apestando a alcohol sencillamente no era propio de él, no le pegaba. William destilaba elegancia y refinamiento, aunque solo llevara encima un pantalón de cuero.

El chico se rió y empujó hacia atrás con las caderas, preguntando:

—¿Tanto te gusta? ¿Sí?

William y sexo también iban unidos. El puñetero tenía un aura de salvaje sensualidad a su alrededor. Aquí estaba, atrapado entre sus brazos, y aún así se las ingeniaba para moverse sinuosamente,

ofreciéndole el pecho al espejo, y sonreír de modo provocador, mirándole por encima de uno de sus hombros. ¿Qué había hecho Troy para merecer a este hombre, a ver?

—Me encanta —contestó. Le besó la mandíbula—. Me encantas tú, todo entero.

Sus manos navegaron por su cuenta hacia abajo, hacia las caderas del chico. La sonrisa de William se volvió abierta y juguetona cuando dijo:

—¿Tanto como para atreverte a hacer algo indecente en un probador, m?

—¿Lo harías? ¿En serio? —Se extrañó Troy.

Le sorprendería mucho. Sobre todo teniendo en cuenta el extraño reparo que tenía su compañero en los últimos tiempos a las muestras de cariño en público...

—No —repuso William—. Pero me gusta fantasear con lo prohibido. ¿A ti no?

William se dio la vuelta entre sus brazos, tomó su cara entre las manos y le besó los labios dulcemente.

Para ser honestos, Troy no fantaseaba mucho que digamos. No lo había hecho nunca. Pero viendo la espalda estrechita de su chico en el espejo y ese trasero...

—Hoy me estás dando material para fantasear mucho —murmuró.

Y dejó que sus manos hicieran lo que llevaban un rato implorando hacer: asir aquellas nalgas con los dedos abiertos y apretarlas fuerte.

William volvió a reír.

—¡Qué bien! —dijo—. Podremos fantasear juntos esta noche. ¿Te gustaría?

—Sí —murmuró Troy, buscando la boca de su chico con la suya para morderla despacio, saboreando sus labios.

Ya hacía varios días que William no tenía pesadillas. Troy no sabía muy bien si se debía a la noticia que había traído Max, que había tranquilizado bastante a William, por aquello de enterarse de que el loco aquel de las cartas no era un psicópata obsesionado con él, ni nada parecido... O bien si se debía al hecho de que ahora estaban más centrados en los ensayos y las tareas de promoción, y

acababan agotados al final del día...

O bien si se debía a un aumento en la frecuencia e intensidad de ciertos temas.

En efecto, desde aquella primera noche de amor en la que William le dejó como un mapa, había habido varias más, aunque por suerte ninguna había vuelto a dejarle marcado. Pero sí, en los últimos días, parecía haberse convertido en rutina, eso de echarse el uno en los brazos del otro en cuanto cerraban la puerta de su habitación por las noches.

Troy no tenía problema con ello, conste. Y William también parecía feliz. Y dormía a pierna suelta después, abrazado a él como un monito. ¿Sería por eso, por el desahogo sexual? Troy no tenía idea. Pero no quería que decayera la racha de sexo. Estaba más que encantado con ella.

William tenía esta manera de ser, expansiva y refrescante. Siempre estaba buscando cosas nuevas, siempre ideando «perversiones para su dragoncito», como él decía. Aquello de enterarse de que Troy había sido Boy Scout parecía haberle calado hondo. Decía que su novio no había tenido ocasión de saber nada de los placeres de la vida, y se había propuesto como meta personal ponerle remedio.

—¿Sabes? —ronroneó William, lamiéndole los labios—. Esto del espejo me ha dado una idea. En la habitación de música tenemos uno igual. Podríamos...

—Eres un exhibicionista, no lo niegues.

—No lo niego. Pero a ti te encanta que lo sea.

William le dejó un sonoro beso en los labios, con una risita, antes de apartarse y decir:

—Y ahora, mi buen caballero, si no es estropicio ni causa de sinsabores, me atrevería a pedirle a vuestra merced que salga ahí fuera a buscar un chaleco de cuero para este vuestro humilde servidor.

Hizo un gesto teatral, levantando mucho la cabeza con exagerada dignidad y colocando las dos manos abiertas sobre su propio pecho. Troy se rió, sacudiendo la cabeza.

—Pero, ¿de dónde ha salido este rockero tan versado? —murmuró, abandonando el probador para ir a buscar la dichosa

prenda.

William estaba antojado en un chaleco de cuero y tendría uno, faltaría más. Troy se moría de ganas de verlo gritar por el micrófono como él se ponía, agarrando el soporte con ambas manos como si fuera un palo de fregona. Verlo de esa guisa, llevando puesto este mismo pantalón que tenía ahora, debía ser algo maravilloso.

La imagen mental le puso a Troy una sonrisita tonta en la cara. Tuvo que sacudir un poco la cabeza para centrarse y mirar en el perchero correcto. Esto era lo que pasaba cuando uno se enamoraba de una estrella. Le robaban a uno el corazón, y luego ya no tenía remedio. Y encima ni siquiera se les podía culpar de ello. Porque... ¿Quién tenía la culpa de nacer perfecto?

***

—¿Sabes? —dijo William—. Todo esto que ha pasado me ha inspirado para escribir canciones. Ya tengo tres más.

Habían terminado con la compra, y habían ido a dar un paseo por Central Park, que quedaba cerca, más que nada porque hoy tenían el resto de la mañana libre, y William quería ver los cerezos en flor. Por su parte, Troy nunca ponía pegas cuando se trataba de caminar y de tomar el sol.

De modo que allí estaban los dos, andando lentamente por uno de los amplios senderos de adoquines que recorrían el parque. Frente a ellos había algunos árboles cubiertos de flores blancas. Desde lejos, parecían estar nevados. Había que mirar al suelo, cubierto de césped verde, jugoso y brillante, para darse cuenta de que no era nieve, sino que eran las famosas flores del cerezo.

—¿Canciones? —preguntó Troy, interesado—. ¿Sí?

William aún no quería que tuvieran muestras de afecto por la calle, y era una lástima. A Troy le ardían las manos de tomar una de las suyas y pasear como una parejita normal, como antes.

—Sí —respondió William—. Los poemas han ayudado mucho. Y tú también, Troy.

—¿Yo?
—M-m.
—¿Cómo he podido inspirarte yo?
William le miró a los ojos, muy serio.
—Peleando por mí. Yo andaba perdido en la oscuridad, y tú no has dejado que me perdiera del todo. Has tirado de mí. Has sido... Mi ángel de la guarda en estos días.
Troy sonrió un poquito, enternecido.
—Estoy seguro de que tú habrías hecho lo mismo por mí —contestó.
—Es posible. —Asintió William.
—¿Me dejarás ver las canciones?
—Cuando quieras. Les falta la música de todas formas. Esa tienes que ponérsela tú.
Sonrió, y toda su carita pareció llenarse de luz. Troy se detuvo. Miró a un lado y al otro, y al ver que estaban totalmente solos en el sendero, rodeó a su compañero con un brazo. Le atrajo hacia sí, y le dio un besito en los labios.
—Te quiero, ¿lo sabes? —murmuró.
William le puso una mano en la nuca, respondiendo:
—Y yo a ti.
Luego atrajo su cabeza hacia sí para besarle a su vez.
Se apartó demasiado pronto para el gusto de Troy, pero lo hizo con una sonrisa torcida, mirándole desde debajo de los rizos, con los ojos negros cargados de promesas para después.
Continuaron caminando, uno junto al otro. No se dieron la mano, pero Troy se las ingenió para ir rozando la de William con la suya a cada paso. Su compañero debió darse cuenta, porque le miró de modo intenso y cómplice y, lo más importante, no se apartó.
Troy estaba tan perdido en los ojos de su chico y en la sensación de tener el calor de su cuerpo junto al suyo, que tardó un rato en darse cuenta de que William tenía pétalos blancos prendidos de su cabello. Se detuvo otra vez para retirar uno con cuidado entre sus dedos.
—¡Mira! —dijo—. Parece confeti.
—¡Tú también tienes! —Se rió William.

Le quitó un par de pétalos de la melena, no con demasiada delicadeza, y Troy hizo una mueca.

—¡Ouch! ¡Pero no me dejes calvo, hombre!

William volvió a reír. Al verlo tan contento y tan parecido a como él era antes, hacía unos meses, Troy no pudo evitar acordarse de aquel otro paseo que dieron por Navidad. La nieve también cayó sobre el cabello de William, y en aquella ocasión parecieron pétalos blancos.

Aquel día William caminaba agarrado de su brazo con las dos manos. Hoy tenía pétalos de verdad en el pelo, pero tenía miedo a tomarle de la mano.

Sí, habían pasado muchas cosas en estos meses.

Pero Troy era optimista. Quizás cuando la policía encontrara al tipo de las cartas, William se relajaría del todo y volvería a ser él mismo. Y podrían volver a pasear de la mano, como antes, y besarse a todas horas y donde fuera.

Habían pasado muchas cosas, pero su relación se había visto fortalecida con ellas. Todas esas cosas que habían vivido juntos habían servido para unirles más. Y su sueño estaba muy cerca de cumplirse. Troy, William y el mundo a sus pies. Troy no podía esperar a vivirlo.

—¿Sabes? —volvió a decir William, continuando su camino por el sendero—. La semana que viene quiero ir con Seth a un mercadillo de antigüedades, a ver qué encontramos.

—Ah. Es buena idea.

—Supongo que tú querrás quedarte en casa, ensayando, como siempre.

William le miró con sonrisa pícara. Troy agradeció para sus adentros que a Seth también le gustaran los mercadillos, porque si no, no habría tenido modo de librarse.

—Pues si no te importa... —Intentó desviar la conversación—. ¿Nos sentamos allí? Tiene que ser muy agradable.

Señaló con una mano el pie de uno de los cerezos. El terreno hacía una pequeña elevación, y el césped era de un verde intenso. El lago estaba a dos pasos, centelleando al sol, y desde allí tenían una hermosa vista de los rascacielos en el horizonte, elevándose por detrás de los árboles de la otra orilla.

William sonrió ahora con ternura.

—Lo tuyo no son los mercadillos, ya lo veo. Lo tuyo es más el campo y el sol. Y, ¿sabes? Me gustas precisamente por eso. Si fueras como yo, sería todo muy aburrido.

—Di más bien que sería la guerra —murmuró Troy para sí.

William volvió a reír, mientras le seguía por el césped en dirección al lugar que Troy había elegido. Ambos se dejaron caer sobre la hierba, y Troy apoyó la espalda en el árbol con un suspiro de agradecimiento. ¡Ah, qué bien se estaba aquí! Un lugar perfecto, la compañía perfecta... No podía desear nada mejor.

Bueno, sí. Si se ponía quisquilloso, sí podía. Sería muy agradable poder tenderse en el suelo y apoyar la cabeza en el regazo de William. Y dormitar mirando pasar las nubes sobre ellos, mientras su novio le acariciaba el pelo y le recitaba poemas de amor, con la preciosa voz que tenía...

Hoy no podía hacerlo. Todavía. Pero algún día, lo haría. Estaba seguro de ello.

FIN

(De este libro, porque la serie continúa...)